



Hitler

Un perfil del poder

IAN KERSHAW



ESPA
PDF

A primera vista, Adolf Hitler parecía un candidato poco adecuado para asumir un poder dictatorial. ¿Por qué, de entre todos los fanáticos del nacionalismo racista que había en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, fue Hitler quien recibió el apoyo de las masas? ¿Cómo pudo llegar un personaje tan poco atractivo a hacerse con el control de la maquinaria de un complejo Estado moderno? ¿Por qué su autoridad —en contra de todas las previsiones— no fue limitada por las clases gobernantes tradicionales

ni por medio de restricciones constitucionales? ¿Qué papel desempeñó personalmente en el diseño de la política? ¿Dirigía él realmente, hasta sus últimas consecuencias, el curso de la política y la forma de las decisiones fundamentales?

Este estudio interpretativo de Ian Kershaw no es otra biografía breve de Hitler, aunque los capítulos temáticos estén organizados conforme a un marco cronológico amplio. En su lugar, estudia estos y otros asuntos concentrándose directamente en la naturaleza y los

mecanismos del poder de Hitler y en cómo hizo uso de él. Kershaw encuentra la respuesta fundamental a todas estas cuestiones en la forma peculiar de gobierno "carismático" que llegó a ser inherente a Hitler como encarnación de una gama amplia de expectativas y descontentos sociales. Toda forma de legalidad y de gobierno racionalmente organizado fue destruida por la disponibilidad a "trabajar en la dirección del Führer", es decir, en la dirección de las supuestas intenciones de Hitler. En gran

medida, pues, el poder de Hitler fue producto de la colaboración, la tolerancia y el desacierto o la debilidad de quienes se encontraban en posiciones de responsabilidad e influencia, y debió su expansión progresiva a las concesiones y capitulaciones que éstos estuvieron dispuestos a realizar. El final de la Guerra Fría y del orden europeo de posguerra, ambos legados del Tercer Reich, proporciona un momento oportuno para esta nueva valoración.



Ian Kershaw

Hitler

Un perfil del poder

ePub r1.3

Titivillus 25.04.16

Título original: *Hitler: A Profile in Power*

Ian Kershaw, 1991

Traducción: Lucía Blasco Mayor

Revisión histórica de Javier Moreno

Luzón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0

más libros en espapdf.com

*En recuerdo de Martin Broszat y
Tim Mason*

Prólogo

El «caso Hitler», su «grandeza histórica negativa» en palabras del autor de esta biografía, sigue haciendo correr ríos de tinta. Quizá ningún otro ser humano en la Historia ha sido objeto de una indagación vital tan minuciosa, en busca de los móviles caracteriales, ambientales o ideológicos de su ejecutoria política. Pero, a pesar de la ingente cantidad de estudios publicados,

que a la altura de 1995 se evaluaban en unos 120.000, los principales temas de discusión quedaron sobre la mesa incluso antes de su suicidio. La primera gran biografía, elaborada por Konrad Heiden en los años treinta, ya planteaba la estrecha relación existente entre el programa de Hitler y la acción política abordada por el nazismo en el poder, y el ex-jerarca Her-mann Rauschning dibujó en esa misma época un detallado cuadro psicopatológico del personaje, que ya se dejaba entrever en las páginas de *Mein Kampf*.^[1]

Tras la guerra, los alemanes trataron de exorcizar sus culpas expulsando a

Hitler de la memoria colectiva. Al fin y al cabo —justificaban viejos «compañeros de viaje» como Albert Speer o historiadores conservadores como Friedrich Meinecke—, no fue sino un vulgar agitador austríaco que había importado ideas y valores ajenos a la cultura nacional, como la demagogia, la violencia, el totalitarismo o el racismo. Esa demonización utilizó la caracterización psicológica como argumento fundamental, que Wilhelm Reich o Erich Fromm extendieron al conjunto del pueblo alemán. A inicios de los cincuenta, la primera gran biografía clásica de Hitler, elaborada por Alian

Bullock, utilizó como clave explicativa la desbocada voluntad de poder de un individuo oportunista, degenerada en tiranía para todo un pueblo. [\[2\]](#)

En los sesenta, la incorporación en Alemania de las nuevas corrientes de la historia social llevaron a la reacción inversa: la personalidad de Hitler ya no resultaba atrayente como factor explicativo de la «catástrofe alemana», cuya responsabilidad recaía en los sectores sociales, políticos y económicos que tutelaron su encumbramiento. Se reemplazó la imagen dominante de un demagogo oportunista y sin principios por la de un

fanático que ejecutó con lógica implacable un programa político precisado de antemano. Esta centralidad del «factor Hitler» marcó la pauta de los trabajos de los historiadores «intencionalistas» (A. Hillgruber, K.D. Bracher, E. Jäckel o K. Hildebrand) frente a las tesis defendidas por los «estructuralistas», que despreciaron las obsesiones ideológicas del líder nazi y subrayaron la naturaleza caótica y desestructurada de un sistema de poder emanado directamente de la voluntad del Führer, quien fue descrito por Hans Mommsen como un «dictador débil», incapaz de controlar todas las riendas

del poder, pero que explotó con habilidad las rivalidades internas y el caos institucional del régimen nazi para prevalecer.

Los años setenta contemplaron la aparición de una avalancha de publicaciones sin valor, que testimoniaban una fascinación morbosa por la personalidad del Führer y su alucinante periplo desde la neurosis personal a la política callejera. Incluso la meritoria obra del periodista Joachim Fest —significativamente, la primera gran biografía de Hitler realizada por un alemán— describía los desequilibrios de este «individuo desprovisto de

personalidad» como síntesis de todas las angustias y las obsesiones de la Alemania de su tiempo.^[3] No fue hasta la segunda mitad de los ochenta cuando se abrió camino la necesidad de abordar una biografía integral del personaje en su contexto histórico-político. Los ecos de la «Querella de los Historiadores» suscitada en Alemania por la tesis de Ernst Nolte sobre la relación de causa-efecto entre Stalin y Hitler, o entre el Gulag y Auschwitz, habían llevado a difuminar de nuevo su figura en aras de una extensión de la responsabilidad colectiva. En este ambiente surgió a fines de los noventa la magna biografía

de Ian Kershaw, profesor de la Universidad de Sheffield, quien después de haber trabajado sobre el mito del Führer, la estructura del régimen nazi o la opinión pública alemana, concluyó que Hitler no podía ser el origen de todo, sino la pieza maestra del régimen. Sonaba la hora de incorporar en el personaje, en sus ideas y en sus prejuicios un análisis pormenorizado de los entresijos del poder y de la sociedad que le dio cobijo. Pero, aunque una biografía de Hitler deba ser una historia de su poder, de cómo llegó a conseguirlo, ejercerlo, ampliarlo y conservarlo, Kershaw, advierte de que

«esas son preguntas que hay que dirigir a la sociedad alemana, no sólo a Hitler [...] Es necesario examinar la dictadura además de al dictador, y además de las estructuras de gobierno, las tendencias sociales que lo mantenían y le otorgaban un consenso básico».^[4] De este modo, Hitler-persona ya no es el objeto central de la historia, sino que es el Führer, en tanto que mediador simbólico entre el Estado nacional-socialista y la opinión pública alemana.

En la presente obra, auténtico ensayo general de su monumental biografía, Kershaw emplea el término weberiano de poder carismático como concepto

capaz de conciliar y superar las tesis ya mencionadas sobre la omnipotencia diabólica del Führer o el predominio de la estructura burocrática del régimen nazi. De este modo, explica el «enigma Hitler» no en sí mismo, sino en el contexto de la naturaleza, mecanismos y práctica de su poder dictatorial. Y es que, como señaló Karl Marx en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, «los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen por su propia iniciativa ni en las circunstancias elegidas por ellos, sino en las condiciones que se encuentran directamente y que le son dadas y transmitidas».

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Prólogo del autor

Este libro no es una biografía de Hitler. Todavía hay sitio para un estudio biográfico de amplio alcance, pero este breve ensayo no tiene la pretensión de cubrir ese espacio. He dejado a un lado los detalles personales y apenas paso rozando gran parte de lo que sería de interés en una biografía. Me he acercado al personaje de una forma bastante poco biográfica. De hecho, mi interés se centra solo en el poder dictatorial de Hitler: su naturaleza y mecanismos, su

carácter y cómo lo ejerció. Al adoptar el concepto de «dominación carismática» de Max Weber he intentado dar respuesta, por lo menos para mi propio uso, a interrogantes como por qué fue Hitler, de todos los fanáticos nacionalistas y racistas con enfoques más o menos parecidos que había en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial, el que atrajo tanto interés, o cómo un candidato tan improbable pudo hacerse con el control de la maquinaria de un Estado moderno y complejo, por qué las clases gobernantes tradicionales, en contra de lo que se esperaba, no recortaron un poder que rompió todo

tipo de límites, qué significó su propio papel en la configuración de la política, y si realmente era él quien la dirigía en persona y tomaba las decisiones cruciales hasta el final. He considerado esencial subrayar los cambios en el tiempo y, por lo tanto, aunque no tengo intención de presentar una descripción de los acontecimientos, he elaborado un análisis fundamentalmente temático del poder de Hitler dentro de un marco cronológico aproximado.

Para reducir las notas al mínimo, de acuerdo con los requisitos de esta serie, he tenido que omitir todas las referencias excepto las citas literales

que puedan parecer necesarias para la verificación, o las que se refieran a trabajos específicos que puedan ayudar a comprender mejor el tema. En casi todos los casos he manejado los originales alemanes de los textos o fuentes secundarias. Allí donde me ha sido posible encontrar una traducción publicada, la he cotejado con el texto en alemán y la he citado en las notas. En el resto de los casos las traducciones son mías.

En los últimos años, las condiciones en las universidades inglesas resultan menos propicias para la investigación, la erudición y su materialización en

obras escritas dentro de las áreas de letras y ciencias sociales, por lo que me consideré especialmente afortunado al poder disfrutar de una estancia de un año, durante el curso 1989-1990, en el incomparable Wissenschaftskolleg zu Berlin. Escribir sobre Hitler en Berlín justo en el momento en que se desmoronaba el orden establecido durante la Guerra Fría constituyó un gran estímulo. Escribí el grueso de mi trabajo durante la primera parte de mi estancia en el Wissenschaftskolleg. Quiero manifestar mi agradecimiento al rector, a sus compañeros y a los investigadores de la institución por crear un ambiente

de tanta vitalidad intelectual. En especial quiero agradecer profundamente a los bibliotecarios y al personal de la secretaría del Wissenschaftskolleg su infinita paciencia y toda su ayuda.

Quisiera, ante todo, dar las gracias sinceramente ahora y siempre a mi familia, amigos y compañeros de profesión por el aliento y apoyo que tanto valoro. Le estoy especialmente agradecido a mi hijo David por su ayuda en la confección del índice.

Durante la fase final de elaboración del texto recibí la triste noticia de la muerte de los investigadores Martin

Broszat y Tim Mason, tan especiales para mí. Este libro es una prueba de mi permanente consideración.

Ian Kershaw
Berlin/Manchester

Introducción.

EL PODER DE HITLER: UN ENIGMA

A poco que se realice un esfuerzo de imaginación, Hitler resulta, como objeto de un perfil del poder, un caso singular. Durante los primeros treinta años de su vida fue un don nadie, pero en los restantes veintiséis años de su existencia dejaría una huella imborrable

en la historia como dictador de Alemania e instigador de una guerra genocida que marcó el momento más bajo en los valores de la civilización que se haya conocido en los tiempos modernos y que acabó con su propio país y gran parte de Europa en estado ruinoso.

Nacido en 1889 en el seno de la respetable clase media baja del pueblo fronterizo de Braunau am Inn, en Austria, los primeros años de la vida de Adolf Hitler no ofrecen el menor indicio de que llegaría a ser un personaje que dejaría perplejo al mundo. Más bien se encaminaba hacia la insignificancia y la

mediocridad.

A la edad de dieciséis años, Hitler dejó el colegio sin mucho pesar. Los años escolares no fueron felices y sus resultados oscilaron entre malos y escasamente satisfactorios. Suspendió en 1907, y de nuevo en 1908, en las pruebas de acceso a la Academia de Bellas Artes de Viena, lo cual supuso un serio revés para su orgullo. Durante los cinco años siguientes llevó la existencia de un excluido social en la capital imperial. Era un solitario con pocos amigos y conocidos, un personaje marginal convencido de su talento artístico y resentido contra la sociedad

burguesa que le había rechazado. Huyó a Múnich en 1913 para escapar del servicio militar en Austria, para el cual, de todos modos, se le consideró «demasiado débil» y no apto un año más tarde, en 1914.^[1] Una foto muy conocida, tomada meses después, muestra su rostro emocionado en medio de una multitud exultante concentrada en la Odeonsplatz de Múnich el 2 de agosto de 1914, al día siguiente de la declaración de guerra a Rusia por parte de Alemania.^[2]

Hitler corrió a presentarse voluntario en el ejército bávaro. Recibió, como cabo primero en un

regimiento de infantería, dos distinciones al valor, una de ellas la Cruz de Hierro de primera clase, pero al mismo tiempo no se le consideró adecuado para un ascenso ¡basándose en que carecía de dotes de liderato!^[3] Sus camaradas le veían como un bicho raro, estafalario, introvertido y obsesionado con Schopenhauer,^[4] mientras ellos se dedicaban a charlar sobre sus familias y novias. Nada en él presagiaba a un hombre que fuera a llegar lejos. Pocos a su alrededor prestaron^[5] atención a los radicales puntos de vista que ya sostenía, algunas veces en público, entre ellos la necesidad de romper con el

«internacionalismo interno» después de la guerra.

Algunos años más tarde escribió que la guerra fue el «período más inolvidable» y «más maravilloso» de su vida.^[6] En la década de los años 40, cuando se hallaba encerrado en el cuartel general del frente en Prusia oriental, le invadían los recuerdos de sus tiempos de cabo, que en ese momento, sin duda, constituían un sustitutivo para sus fracasos como jefe militar. Indudablemente, la guerra fue un momento de vital importancia en la formación de Hitler, una experiencia que reforzó una amalgama de prejuicios ya

existentes, muy profundamente arraigados y llenos de palpitantes obsesiones que enardecían una personalidad tan poco atractiva como la suya. Para alguien como él, que se «había encontrado a sí mismo» en la guerra, las noticias de la derrota alemana y la revolución, que recibió en un hospital militar de Pomerania cuando se encontraba convaleciente de una ceguera producida por la acción del gas mostaza, fueron un duro golpe. Sufrió un trauma y una locura temporales. En ese momento, el odio que había nacido en su interior explotó con rabia hacia fuera.

Cuando recibió el alta en el hospital,

Hitler trabajó para el ejército en la vigilancia política rutinaria de grupos extremistas en Múnich, lo que le llevó a entrar en contacto con el incipiente Partido de los Trabajadores Alemanes, que acababa de surgir como uno de tantos grupos sectarios con ideas nacionalistas y racistas. Su incorporación a lo que pronto sería el Partido Nazi le condujo a la política activa de las cervecerías de Múnich. Tanto los que le rodeaban como él mismo empezaron a darse cuenta de su habilidad, poco común, para expresar los prejuicios y resentimientos populistas más vulgares de una manera

atractiva y puramente demagógica, con lo que comenzó a perfilarse la toma de conciencia y la seguridad del agitador político. Se iniciaba su salida del anonimato.

A estas alturas, no había todavía nada que presagiara su posterior ascenso meteórico. Carecía de experiencia política y no tenía una posición notable ni acceso a los círculos de poder. Sin embargo, en los años que le quedaban de vida, Hitler atrajo la atención como agitador de cervecería; se recuperó del oprobio después del tremendo fracaso del golpe de Estado, obtuvo un triunfo propagandístico

durante su juicio y reconstruyó un partido fragmentado al salir de la cárcel; emergió durante la Depresión como cabeza de un gran ejército político y se convirtió en un serio aspirante a los más altos cargos del Estado; se hizo con un dominio dictatorial, en un período de tiempo increíblemente corto, sobre un aparato de gobierno muy desarrollado, elaborado y sofisticado; dirigió una recuperación económica y militar que cogió desprevenidos por igual a opositores y seguidores; quebró el orden europeo establecido después de la guerra y trastocó la diplomacia mundial; recibió una adulación infinita de su

entorno y despertó una gran admiración —y un odio aún mayor— en otros; arrastró a su país, a Europa y, al final, a todas las grandes potencias mundiales a una guerra destructiva sin precedentes; mantuvo durante cuatro años bajo su dominio a casi todo el continente; fue el inspirador del genocidio más abominable que la humanidad haya conocido; y, finalmente, hundió a su país en una derrota militar total, que desembocó en su ocupación, y se suicidó con su tierra reducida a escombros y con su archienemigo llamando a la puerta.

¿Cómo un personaje así pudo,

aunque solo fuera durante unos cuantos años —que para sus adversarios significaron una interminable etapa de oscuridad— dirigir los destinos de una de las naciones económicamente más desarrolladas y culturalmente más avanzadas del mundo? ¿Cómo pudo convertirse Hitler durante un tiempo en el hombre más poderoso de Europa? Clase, origen, formación y experiencia obraban en su contra. Ni siquiera era ciudadano alemán (hasta que se le concedió la nacionalidad alemana en 1932). No procedía del tipo de familia del que salían tradicionalmente los dirigentes alemanes. No surgió de entre

las elites del poder al uso. Era ajeno por completo a ese mundo. Durante mucho tiempo, todo lo que al parecer podía ofrecer eran sus bien arraigadas fobias ideológicas y una habilidad poco común para la demagogia que despertaba los instintos primarios de las masas, junto a ciertos amaneramientos estrafalarios. Y, sin embargo, al cabo de quince años de su salida del anonimato absoluto, había logrado sustituir al pilar del antiguo orden que era el mariscal de campo Hindenburg como jefe del Estado. En solo dos décadas desde los inicios de su «carrera política», este antiguo cabo de infantería ya impartía órdenes a los

aristocráticos generales alemanes en medio de la segunda gran contienda europea, que se convirtió pronto en mundial, de la que él, más que cualquier otra persona, reclamaba ser su máximo responsable.

El poder de Hitler plantea una serie de problemas muy complejos. La pregunta «¿cómo fue posible Hitler?» inquietaba ya a los que en su tiempo se opusieron al nazismo y desde entonces ha obsesionado a los historiadores. Cuestiones todavía más complejas, más allá de cómo Hitler pudo alcanzar el poder, se refieren a la naturaleza, al alcance y al ejercicio de su poder.

Muchos de sus coetáneos, desde todos los sectores del espectro político y tanto dentro como fuera de Alemania, estaban seguros en 1933 de que el poder de Hitler iba a constituir un fenómeno de corta duración, de que estaba dotado para agitar a la muchedumbre pero no para gobernar y de que los grupos de poder tradicionales le apartarían y le marginarían una vez que se hubiese superado la crisis inmediata. Este planteamiento resultó ser un fatídico error de cálculo. Sin embargo, pone sobre la mesa el problema de cómo Hitler, una vez llegó a la Cancillería, fue capaz de consolidar y extender su poder,

un asunto del cual, a su vez, surgen preguntas acerca de las bases de ese poder, los cambios que tuvieron lugar entre los grupos poderosos que le apoyaban y cómo dichos cambios afectaron al alcance y al ejercicio de su propia influencia, así como acerca de los efectos de la forma de autoridad política tan particular que representaba Hitler sobre las estructuras ya existentes de poder y administración. El análisis de estas cuestiones debería permitir apreciar las relaciones que mantuvo el poder de Hitler con las «fuerzas sociales» impersonales que le dieron forma y lo condicionaron, qué grado de

autonomía en el ejercicio personal del poder tenía y cómo se puede relacionar ese poder personal con el camino hacia el abismo de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

En sus intentos de ofrecer respuestas a estas preguntas, los historiadores siempre han tenido que enfrentarse a la difícil tarea de sopesar la importancia relativa de la «personalidad» y de las «estructuras» y fuerzas impersonales en el proceso de desarrollo histórico. Aunque éste es un problema general en la interpretación de todos los períodos de la historia, ha llevado a divisiones especialmente acentuadas en el análisis

de la Alemania nazi. La importancia que los historiadores han dado a la «personalidad» o a «determinantes impersonales» ha marcado la naturaleza de las interpretaciones sobre Hitler.^[7]

En un extremo, las interpretaciones marxista-leninistas, que sostuvieron los coetáneos en la Comintern de Entreguerras y mantuvieron en particular hasta hace poco los historiadores de la Alemania oriental, atribuían tradicionalmente poco peso al individuo en la historia. En consecuencia, dichos historiadores minimizaron la importancia del papel personal de Hitler y negaron la existencia de cualquier

práctica de poder individualizado y autónomo. De acuerdo con dicha visión, fuera cual fuera el poder que ejerciera Hitler, no superó al poder de los grupos imperialistas más extremos del capitalismo financiero alemán. Estos grupos habían «aupado» a Hitler al poder, preparándole el terreno con el fin de que actuara como portavoz y «agente» de la destrucción de la fuerza del movimiento obrero y proporcionase el entorno adecuado para la reconstrucción del capitalismo tras una crisis sin precedentes y la expansión que asegurara la hegemonía del capitalismo alemán en Europa y, en definitiva, en el

mundo. Los que «realmente» mandaban en Alemania, según este marco explicativo, eran los representantes de «los grandes negocios». Sus intereses — los del gran capitalismo empresarial— moldearon la política nazi. Una vez instalaron a Hitler en el poder, siguieron determinando los límites dentro de los cuales podía actuar. Según esta interpretación, el poder personal de Hitler era una quimera; como variable independiente, no existió.

Este modelo explicativo tuvo poco arraigo entre los historiadores occidentales. A pesar de que la literatura procedente de la Alemania

oriental hizo mucho por desvelar la complicidad de las grandes empresas con el Gobierno nazi, resulta inadecuada porque, por un lado, exagera la capacidad manipuladora de los representantes de la industria y, por otro, olvida el problema de cómo, en determinadas circunstancias, un estilo de mando personalista puede desarrollar una relativa independencia respecto a los intereses económicos, subordinándolos a la larga a unas prioridades ideológicas no económicas.

Allí donde ha predominado una historiografía «liberal», se ha atribuido al papel de la personalidad una

importancia independiente mucho mayor de lo que los análisis marxistas de cualquier tipo consideran aceptable. Mientras que los historiadores de la República Democrática de Alemania no produjeron ni una sola biografía de Hitler, entre los escritores no-marxistas la fascinación por la figura del dictador comenzó ya cuando éste estaba vivo, momento en que se publicaron las primeras biografías, y no muestra signos de extinguirse. Los detalles de la vida de Hitler han sido exhaustivamente investigados, los elementos que componen su bagaje ideológico estudiados con minuciosidad, e incluso

su «historia psíquica» ha quedado al descubierto. Sin embargo, y a pesar de la abundancia de estudios, persisten los problemas interpretativos que, de alguna manera, se hallan en el reverso de los aportados por la literatura marxista.

En los primeros años de la posguerra, las explicaciones del nazismo y de sus siniestras consecuencias se personalizaron a veces tanto en la figura de Hitler que daba la impresión de que todo el devenir de una nación, por lo demás sano, hubiera sido secuestrado por la diabólica influencia de un solo hombre. El ex ministro de Armamento Albert Speer se refirió a

Hitler, durante su confinamiento en Spandau, como una «figura demoníaca», «uno de esos fenómenos históricos inexplicables que surgen ocasionalmente en el seno de la humanidad», cuya «persona determinó el destino de una nación».^[8] Esta demonización de Hitler ha dado paso desde entonces a una comprensión más sofisticada de su lugar en la historia alemana. Sin embargo, incluso las mejores biografías han corrido el riesgo de situar el poder personal de Hitler en un nivel tan elevado que la historia de Alemania entre 1933 y 1945 queda reducida a poco más que la expresión de la

voluntad del dictador. Desde esta perspectiva, el Tercer Reich puede aparecer como una mera tiranía personal de nuevo cuño.

El contraste entre el enfoque biográfico y el enfoque impersonal del marxismo-leninismo no podría ser más rotundo. Mientras en la historiografía de la Alemania oriental Hitler es poco más que un cero a la izquierda de los intereses capitalistas, la principal biografía del personaje escrita en Alemania occidental^[9] olvida en la práctica a los intereses capitalistas, que resultan, si no explícita sí implícitamente, subordinados a sus

dictados políticos e ideológicos. Según estas interpretaciones polarizadas, el poder de Hitler fue, al parecer, bien un elemento totalmente insignificante, bien un factor tan omnicomprendivo que todo el fenómeno nazi puede reducirse a «hitlerismo».

La supuesta personalización del nazismo a través de una preocupación excesiva por las intenciones y motivos ideológicos de Hitler ha continuado, de hecho, siendo el centro de atención en el debate de los historiadores del Tercer Reich. Desde una perspectiva marxista no dogmática ni leninista, se ha admitido abiertamente que «todavía no tenemos ni

quiera los elementos para construir una versión marxista del poder personal del líder fascista en el período de entreguerras». ^[10] El debate acerca del papel de Hitler y la naturaleza y el alcance de su poder personal ha sido en gran medida, por lo tanto, territorio de los investigadores no marxistas.

En la actualidad se considera que los enfoques sobre el asunto se pueden clasificar en dos categorías, que han venido a denominarse, no del todo satisfactoriamente, «intencionalista» y «estructuralista» (o «funcionalista»). En el conjunto de las interpretaciones «intencionalistas», el poder supremo de

Hitler como «señor del Tercer Reich»^[11] se da por sentado y se concibe la historia del nazismo en el poder como la historia de la ejecución programada y consecuente de las intenciones ideológicas de Hitler. En palabras de uno de sus máximos representantes, «se trataba en definitiva de la *Weltanschauung* de Hitler y nada más que eso».^[12] Según esta interpretación, Hitler es la encarnación clásica del poder en un Estado totalitario.

Por otro lado, el enfoque opuesto ha destacado el condicionamiento de las decisiones políticas por parte de

limitaciones «estructurales» que, como las restricciones económicas, les restaban libertad de maniobra, o debido al propio «funcionamiento» de los componentes fundamentales de la dominación nazi, como la necesidad innata de Hitler de evitar cualquier acción que pudiera amenazar su posición y su prestigio. La ideología de Hitler no se ha examinado como un «programa» que se ejecutaba de forma coherente, sino como un marco poco definido para la acción que avanzaba dando traspiés con el fin de conseguir objetivos realizables. Estas consideraciones han llevado a subrayar

que se trataba de un proceso decisorio muy poco claro dentro de un sistema de gobierno caótico. Por consiguiente, se ha puesto seriamente en cuestión el ámbito de actuación de Hitler, el grado de su autonomía personal con respecto a los factores que lo limitaban y hasta qué punto intervenía él mismo en la elaboración de la política. Desde esta perspectiva, se ha descrito a Hitler como un hombre «poco inclinado a tomar decisiones, a menudo indeciso, tan solo interesado en mantener su prestigio y autoridad personales e influido sobremanera por su séquito». Lejos de ser un líder con poder personal

ilimitado, se ha señalado que debe considerarse al personaje «en cierto modo, como un dictador débil».^[13]

En términos heurísticos, la polarización del debate ha servido algunas veces a fines útiles, aunque otras ha dado la impresión de ser estéril. En todo caso, éste parece el momento de avanzar. Se puede comenzar por aceptar, sin duda alguna, que Hitler ocupó un lugar singular en el curso de la historia alemana entre 1933 y 1945. ¿Se habría erigido un Estado terrorista y policial bajo el mando de Himmler y la SS sin Hitler al frente del Gobierno? ¿Se habría embarcado Alemania en una

guerra total a finales de los años 30 con un modelo diferente de régimen autoritario? ¿Habría culminado en genocidio la discriminación de los judíos con otro jefe de Estado? En cada uno de los casos, parece muy poco probable. Se puede pensar que Hitler fue crucial en el inicio de todos estos procesos. Sin embargo, dentro de la explicación histórica, *tanto* las intenciones de los actores principales *como* las condiciones externas que favorecen o invalidan esas intenciones resultan de gran importancia. Los móviles, objetivos y propósitos de los líderes políticos poderosos son de vital

trascendencia. Pero no completamente libres: tienen que actuar en circunstancias que van más allá del control y capacidad de manipulación de cualquier personaje histórico individual, por muy grande que sea el poder político que tenga ese personaje.

Los capítulos que siguen parten de la premisa de que el poder personal de Hitler fue ciertamente una realidad, no un espectro. Sin embargo, en ellos se interpreta el alcance y la expresión de ese poder, en gran medida, como el producto de la colaboración y la tolerancia, de los desaciertos y la debilidad de otros que estaban en

posiciones de poder e influencia. Se afirma, además, que la ampliación progresiva del poder de Hitler, hasta llegar a un punto en el cual su potencial exclusivamente destructivo llegó a ser arrollador y completamente antagónico respecto a la preservación de la autoridad política racional, era principalmente la consecuencia de las concesiones y capitulaciones que otros estuvieron dispuestos a hacer. Un examen del poder de Hitler no puede, por tanto, empezar y terminar en la figura de Hitler. Las acciones de otros y las condiciones que determinaron esas acciones resultan también cruciales.

Un destacado líder nazi declaró en 1934 que en el Tercer Reich «todo el mundo tenía el deber de intentar trabajar en la dirección del Führer, conforme a sus deseos».^[14] Y los fanáticos seguidores de Hitler se lo tomaban al pie de la letra. Sin embargo, muchos de los menos entregados al régimen «actuaban en la dirección del Führer», a sabiendas o no, de forma subjetiva u objetiva, para favorecer las circunstancias por las cuales el poder de Hitler se viera libre de restricciones y sus vagos o «utópicos» imperativos ideológicos se plasmaran en la labor de gobierno. El ejercicio de su autoridad,

de esta forma, estaba muy condicionado por su influencia *simbólica* como Führer. La disponibilidad para aceptar un nivel de poder personalizado que resulta bastante extraordinario en los Estados modernos y la idea de «trabajar para» la persona que ejerce ese poder están en el fondo de esta investigación.

Se puede definir el «poder», de forma abstracta, como «la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad».^[15] El complejo organismo del Estado moderno contiene una serie de bases de

poder interrelacionadas pero relativamente autónomas. Aparte del ámbito del poder político en sentido estricto, que reside en el aparato burocrático, ejecutivo, judicial y administrativo del Estado en sí, las esferas parcialmente independientes de los poderes militar, económico e ideológico pueden, todas o cada una de ellas, sostener o socavar la forma de dominación política vigente.^[16]

«Dominación» o gobierno es la «probabilidad de encontrar obediencia inmediata y automática, de forma estereotipada, a un mandato por parte de un grupo dado de personas».^[17]

Tal como se define aquí, «poder» es un concepto relativo, no absoluto. El dominio que obtiene un individuo se hace a costa de la pérdida de poder de otro individuo o grupo. Esto, claro está, no excluye la posibilidad, ni siquiera la probabilidad, de que dos o más individuos o grupos puedan aumentar su propia influencia, al menos temporalmente, a expensas de una tercera parte. En el caso del Tercer Reich, esto vendría a significar que no solo Hitler y el Partido Nazi sino también las elites tradicionales del poder —capaces, por medio de su entente con el nazismo, de renovar en

alguna medida su propia base de poder — se aprovecharon de la pérdida de poder por parte de las instituciones democráticas.

Con la progresiva destrucción de cualquier estructura «racional» de distribución del poder, se hace probable además la consolidación de un elemento de poder a expensas de los otros. En el Tercer Reich, el «cártel del poder» inicial, que abarcaba tanto a las facciones nazis como a los grupos de las elites tradicionales nacionalistas y conservadoras no nazis, se entretuvo durante unos años en incesantes batallas internas por el poder, de las que

surgieron fortalecidas algunas facciones radicales. El éxito de las mismas se debió generalmente a la dependencia directa de la protección de Hitler. Pero, a la inversa, la propia posición de poder de Hitler se vio sumamente reforzada por el éxito, en el «cártel del poder» del Tercer Reich, de esos mismos elementos, que tanto le debían y que constituyeron los agentes políticos ejecutivos directamente relacionados con sus imperativos ideológicos. En otras palabras, una idea distributiva del poder puede ayudar a conceptualizar el proceso mediante el cual el poder de Hitler se convirtió poco a poco en

absoluto a expensas de otros elementos integrantes de la ecuación del poder en la Alemania nazi.

Una clave para comprender la progresiva expansión del poder de Hitler puede encontrarse en otro concepto de Max Weber: la «dominación carismática». Este concepto —procedente de Weber, aunque modificado en ocasiones—, tal y como se explicará en los capítulos siguientes, hace uso de una acepción técnica de la palabra «carisma» que no equivale a la aplicación imprecisa del término, por ejemplo, a políticos democráticos o a otras figuras conocidas

con una personalidad llamativa o atractiva. A diferencia de la dominación que descansa en la «autoridad tradicional», la de los gobernantes hereditarios, y de la burocracia impersonal que caracteriza a la «autoridad legal» en la mayoría de los sistemas políticos modernos, la «dominación carismática» se basa en la percepción que tiene un «séquito» de creyentes del heroísmo, la grandeza y la «misión» de un líder aclamado. En contraste con las otras dos formas de dominación, la «dominación carismática» es intrínsecamente inestable. Tiende a surgir en condiciones

de crisis y es propensa a venirse abajo por dos causas principales: por su incapacidad para responder a las expectativas creadas o porque dé lugar a un sistema «repetitivo», capaz de reproducirse a sí mismo tan solo a través de la eliminación, la subordinación o la absorción de la esencia «carismática».^[18]

Aunque los escritos de Max Weber son anteriores a la aparición de Hitler en escena, su concepto de «dominación carismática» tiene trascendencia tanto respecto a las fuentes del poder de Hitler como al ejercicio del mismo. Resultan valiosos a la hora de

comprender la naturaleza de los fundamentos del poder de Hitler dentro del movimiento nazi y el impacto corrosivo de ese dominio cuando se superpuso a una forma alternativa de dominación, la que representaba el marco legal y burocrático del aparato del Estado alemán.

Desde una perspectiva marxista, se ha afirmado que es difícil acomodar el concepto de «dominación carismática» con la existencia de un moderno Estado capitalista.^[19] De hecho, parece que el ejercicio del «poder carismático» se contradice con las formas de gobierno regulado por normas que resultan

necesarias para la *reproducción* del capitalismo. Sin embargo, la aparición de demandas de poder «carismático», así como la naturaleza y función de la expresión «carismática» del poder, pueden comprenderse fácilmente en Estados capitalistas *en crisis*. Es aquí donde la intuición de Max Weber, a pesar de que la mayor parte de las veces se inspiró en ejemplos de «autoridad carismática» alejados de los sistemas políticos del siglo XX, se relaciona con las características propias de las formas fascistas de liderato y con las inestables bases de poder de un Estado de tipo fascista.

En los modernos Estados capitalistas, el poder político descansa normalmente en el desempeño de un cargo determinado y en la función que dicho cargo realiza. Se trata, básicamente, de un mando *impersonal*. El ejercicio del poder burocrático e impersonal, apoyado sobre la base de unas normas legales e impersonales equitativas, conforma el núcleo de lo que Max Weber explicó en términos generales como el marco «legítimo racional» de dominación. No obstante, en el contexto de una crisis socio-económica de la magnitud de la que asoló Alemania a comienzos de la

década de los años 30, que rodeó a un sistema político rechazado desde el comienzo por sectores importantes de la sociedad alemana y evolucionó con rapidez hacia *una crisis del propio Estado*, las bases impersonales del ejercicio funcional del mando se vieron frontalmente atacadas y desacreditadas por aquellos que tenían la sensación de haber sido los que más habían sufrido durante el período. La consecuencia de todo ello fue la violenta sacudida que se produjo en la crisis terminal de la República de Weimar y que desembocó en una disposición bastante extendida — aunque no generalizada— a aceptar un

sistema de gobierno completamente distinto, basado en el ejercicio del poder *personal* y también en la responsabilidad *personal*.^[20] El concepto de «dominación carismática» puede describir este sistema putativo.

Parece claro que, en un Estado moderno, esta forma de dominio solo pudo darse como resultado de la crisis más profunda que quepa imaginar y que no podía suplantarse a una burocracia moderna sino que tenía que superponerse a ella. Se hace también difícil imaginar cómo pudo crear una estructura duradera con el fin de perpetuar la dominación personalizada.

Su fugacidad, como intento de resolver una crisis condenada finalmente al fracaso, no puede enmascarar el hecho de que, en unas circunstancias como las que ofrecía Alemania a comienzos de los años 30, evolucionó como una fuerza de una potencia extraordinaria y arrolladora y se consolidó como un agente dinámico y corrosivo de una insólita capacidad destructiva.

El concepto de «dominación carismática» no viene a expresar nada en sí mismo sobre el *contenido* de una «exigencia» concreta de liderato ni sobre las razones de la aceptación de dicha exigencia. Éstas varían de acuerdo

con las circunstancias, los antecedentes y la forma particular de la «cultura política». Un factor psicológico de cierta importancia para el predominio de formas de liderato «carismático» de estilo fascista en los años 20 y 30 fue el hundimiento relativamente próximo en el tiempo de las monarquías, acompañado, sin embargo, en algunos sectores de la sociedad, por retazos de un anhelo casi religioso respecto a una autoridad suprema de origen divino, que en aquellos momentos podía adoptar una forma de autoridad más populista. Además, el traumático impacto que produjo la guerra y los valores

asociados a la misma, como el chovinismo y el exceso de militarismo, favorecieron un entorno en el cual las demandas de un liderato «heroico» tuvieron acogida.

Las características propias de la variante alemana de «dominación carismática», que la diferenciaban, por ejemplo, del culto al Duce con Mussolini o del culto a la personalidad que rodeó a Stalin y a otros líderes en las diversas estructuras de los sistemas comunistas, provenían de la interacción de la crisis global que sufrió Alemania tras la Primera Guerra Mundial —y especialmente a comienzos de los años

30— con los rasgos específicos de la cultura política alemana. La historia «nacional» se percibía con frecuencia como una larguísima prehistoria que había precedido a una unidad nacional tardía y parcial, forjada principalmente mediante guerras —triunfantes o desastrosas— en suelo «alemán», y caracterizada en exceso por interrupciones, desuniones y divisiones, lo cual dejó una predisposición, principalmente aunque no solo en los círculos de la burguesía, a dotar a la política de un carácter heroico. El panteón de los héroes nacionales, al margen de grandes personajes del

mundo cultural como Goethe o Beethoven, estaba habitado de manera más o menos exclusiva por figuras míticas o mitologizadas que habían obtenido célebres victorias adelantándose al ideal último de un Reich alemán unido.^[21]

Las figuras heroicas de Federico el Grande o Bismarck sobresalían más aún si cabe debido a la decepción provocada por el reinado del káiser Guillermo II, al trauma de la derrota en la guerra, a la revolución y a la conquista del Estado por parte de los odiados socialistas, a la vergüenza nacional de Versalles, al espectáculo

que ofrecía una nación en tiempos poderosa arruinada por la inflación y luego por la depresión, y a la percepción de que la democracia de Weimar era un sistema infectado por la división y las disputas entre los partidos políticos. En la década de los años 20, antes de que Hitler llegara a destacar, era frecuente en la derecha alemana encontrar el anhelo de un nuevo gran líder, concebido a veces como la encarnación del guerrero, sumo sacerdote y hombre de Estado. Según esta concepción, dicho sacerdote libraría a Alemania de sus divisiones y devolvería al Reich, término que en sí

mismo había adquirido connotaciones místicas, la unidad y la grandeza.

A comienzos de los años 30 y al inicio de una crisis que trajo un predominio todavía mayor de dichas ideas, había al alcance de la mano un aspirante que ofrecía las cualidades heroicas del liderato «carismático» y estaba respaldado por una organización que poseía el auténtico sello de una «comunidad carismática».

La «comunidad carismática» se componía, en primer lugar, de los más cercanos a Hitler, sus seguidores inmediatos en la elite del mando nazi, que formaban la correa de transmisión

del culto a la personalidad en su entorno. La relación de estos hombres con Hitler no venía determinada por ningún cargo formal o impersonal que ocupara éste como jefe del partido, sino por vínculos de lealtad personal de tipo arcaico, casi feudal, que provenían del reconocimiento por parte de sus seguidores de la «misión» y los «logros» de Hitler y a los que éste correspondía dado el alto nivel de su propia dependencia respecto a sus más leales «paladines».

Fuera del reducido grupo de los líderes nazis, aquellos que sostenían el «carisma» de Hitler eran los activistas

del movimiento, los principales portadores y proveedores del mensaje de sus «grandes hazañas». Otros personajes cruciales, que también soportaban y se aprovechaban del «carisma» de Hitler, eran los dirigentes y los funcionarios de aquellas organizaciones, la más importante de las cuales era la SS, que debían su propia existencia y la expansión de su poder a su adhesión al Führer. Más allá de éstos se encontraba la masa de los «partidarios de Hitler», entre la población en general, cuya adulación le proporcionaba a Hitler una plataforma de popularidad que fortalecía

sumamente su posición de mando. Incluso los admiradores que más reticencias mostraban, los poco entusiastas que no obstante no tuvieron otra alternativa y los oportunistas, dispuestos a gritar «Heil Hitler» más fuerte que nadie si con ello se beneficiaban en algo, contribuyeron de forma objetiva a intensificar el culto «carismático» al Führer.

Un perfil del poder de Hitler debe explicar cómo se obtuvo, se consolidó y se expandió el «poder carismático», así como su doble apoyo en la represión y la aclamación, además de sus manifestaciones y de su impacto una vez

hubo alcanzado el apogeo de su relativa autonomía y absolutismo. Esta investigación debe asimismo incorporar las concesiones con las que contribuyeron al «poder carismático» las elites no nazis, las de quienes tenían poca fe en él pero que, por sus propios motivos, estuvieron dispuestos a aceptarlo, o al menos a tolerarlo, hasta que se agotaran o rebasaran sus propias ambiciones de poder. Finalmente, habrá que examinar la fuerza destructiva del poder carismático, cómo erosionó todas las estructuras «racionales» y modelos de gobierno y administración, un proceso que culminó en un

«enloquecimiento»^[22] definitivo de la «comunidad carismática» al desmoronarse los fundamentos de aquel poder.

El hilo conductor de esta investigación, que sigue el establecimiento, magnificación y disolución del poder de Hitler, descansa en el fuerte impacto inherente a la «dominación carismática» sobre las bases «racionales-legales» de la autoridad política, la influencia destructiva de un poder arbitrario y personalista sobre unas formas reguladas de dominación impersonal.

El presente examen del proceso por

el cual una figura tan improbable pudo llegar a ejercer un poder personal tan extraordinario debe empezar por considerar de qué manera se hizo con esas cualidades «carismáticas». Sin duda alguna, una de las claves reside en la adecuación de sus condiciones personales a las necesidades de la situación, al igual que su promesa de salvación se correspondía con las expectativas de solución a la crisis. Habrá que comenzar, por tanto, estudiando la promesa de salvación en sí misma, cómo percibía Hitler su «misión» y cuáles fueron las razones por las que un grupo inicialmente reducido

de devotos vio en él la respuesta a las necesidades de Alemania.

EL PODER DE LA «IDEA»

No debería sobrestimarse la personalidad de Hitler como elemento fundamental de su poder. Sin embargo, tampoco debería pasarse por alto. Su mayor influencia recaía en el entorno de los más fanáticos y devotos seguidores que le acompañaron desde el

principio, el «círculo íntimo» de los discípulos más comprometidos. Al buscar una causa y un líder antes de «encontrar» al nazismo y a Hitler, llegaron a formar el núcleo de la «comunidad carismática» que vio grandeza en Hitler.

El «carisma» de la propia personalidad de Hitler, que tanta influencia tuvo entre sus seguidores cercanos, radicaba en el poder que emanaba —para los que estaban predispuestos a aceptarlo— de su «idea», de su credo político, junto con la extraordinaria habilidad que demostró desde que se incorporó a la política

activa para manejar a las masas. A lo largo de este capítulo se examinará, por tanto, el nacimiento del «político de convicción» y la acogida de sus primeros seguidores, que se convirtieron en algunas de las figuras más importantes del Tercer Reich, a su personalidad y a sus ideas.

Físicamente, Hitler era poco atractivo.^[23] De mediana estatura y tez clara, daba la impresión de que la cabeza dominaba al resto del cuerpo. Un flequillo lacio ocultaba su ancha frente. El centro de su cara parecía encontrarse en el recortado bigote. Nunca vistió de manera elegante. Su dentadura estaba en

malas condiciones y, en los últimos años, su vista —que había sido buena— necesitaba ya gafas para leer, aunque siempre se mostró deseoso de que no le vieran en público con ellas. Sus ojos, un poco saltones, y su mirada imperturbable constituían su rasgo físico más notable.

Los hábitos personales de Hitler resultaban repetitivos y conservadores, pero al mismo tiempo bastante estrafalarios. Trató de fijar lo más posible su rutina diaria, era prácticamente abstemio y, desde los primeros años 30, vegetariano, no fumaba ni tomaba café y tenía una manía

por la limpieza que le hacía lavarse con una frecuencia anormal. Necesitaba dormir poco, leía de manera ávida y compulsiva, aunque sin método, y poseía una memoria extraordinaria para las cuestiones de detalle. Monopolizaba la conversación con sus puntos de vista sobre un amplio abanico de temas. Se consideraba asimismo especialmente experto en cualquier cosa relacionada con la historia, el arte y la arquitectura. Estaba asimismo muy interesado en la medicina y la biología. Su confianza en su propio aprendizaje autodidacta iba de la mano de un completo desprecio por los «intelectuales» que dependían de una

educación formal. Sin embargo, no hay duda de que —aunque sus conocimientos estuvieran a medio hacer y fueran sesgados y dogmáticamente inflexibles— se trataba de un hombre inteligente y perspicaz.

A pesar de permanecer, en términos humanos, incluso en su entorno normal, distante e inabordable, Hitler podía dedicar una gran atención a asuntos triviales, como cuando hacía regalos de cumpleaños a sus secretarias. Le gustaba estar en compañía de mujeres y se mostraba invariablemente cortés y afable con ellas, especialmente si eran atractivas. Podía hacer reír a los que le

rodeaban con su humor agudo y su talento para la imitación. Además, tenía un fuerte sentido de la lealtad hacia aquéllos de sus camaradas que habían soportado sacrificios para apoyarle en los primeros días.

Estas características personales habrían resultado insuficientes para llamar la atención sobre Hitler si hubieran existido al margen de su visión política del mundo y de su capacidad de conducir al público con la fuerza de su palabra. Visto en términos puramente personales, prescindiendo de su filosofía política, Hitler era desde luego una mediocridad. Pero su credo político

y la convicción con que lo expresaba lo transformaron en una personalidad de un dinamismo considerable y extraordinario.

Tras el colapso del Tercer Reich, se creyó durante mucho tiempo que el mensaje de Hitler consistía en poco más que las frases vacías de un demagogo sediento de poder, que el hombre que había tras el mensaje carecía de ideas auténticas, como los tiranos clásicos de la Antigüedad. Sin embargo, ahora todo el mundo reconoce que detrás de las vagas llamadas misionarias subyacía un conjunto de ideas interrelacionadas —si bien repulsivas e irracionales— que

cuajaron a mediados de los años 20 en una ideología coherente. Aunque las ideas fijas de Hitler, que no variaron en lo esencial hasta su muerte en 1945, no pueden explicar por sí mismas su atractivo para las masas o el crecimiento del NSDAP, constituyeron una fuerza motriz personal de inusual vigor. Proporcionaron a Hitler una cosmovisión general que, como cualquier otra ideología exclusivista, le dio la oportunidad de ordenar todas sus ideas dentro de su propia filosofía de conjunto y le hizo descartar cualquier alternativa por considerarla absolutamente indefendible. Le

transmitieron asimismo el entusiasmo «misionero» del líder que combinaba, al parecer, la clarividencia con la certeza de que su camino era el correcto y, de hecho, el único que podía seguirse.

Aunque a menudo se manifestaba indeciso acerca de las acciones políticas concretas, nunca vaciló respecto a la certeza de sus ideas. Para los hombres de su entorno, que compartían sus prejuicios generales, la fuerza y la seguridad de su convicción, que se extendían más allá del mero fanatismo o de una excentricidad normal hasta componer una fórmula grandiosa e irrevocable para un futuro glorioso,

constituían un factor destacado en la consolidación de su supremacía personal. La simplicidad de su visión dual del mundo como una lucha maniquea entre el bien y el mal en la que todo quedaba reducido a absolutos, todo o nada, se correspondía con la fanática fiereza y la tenacidad inflexible con las que sostenía sus puntos de vista. Estos «atributos» hicieron de él un personaje destacado en los círculos de la derecha *völkisch* que empezó a frecuentar a comienzos de los años 20. Sus apariciones en público le convirtieron en el exponente principal de la propaganda de dicha corriente y le

despejaron el camino para entrar en contacto con los principales grupos de la burguesía adinerada de Múnich, lo cual le hizo indispensable y le aseguró el apoyo de otros elementos de la extrema derecha.

La esencia de la cosmovisión de Hitler abarcaba la creencia de que la historia consistía en la lucha entre las razas, un antisemitismo radical, la convicción de que solo podría garantizarse el futuro de Alemania mediante la conquista del *Lebensraum* (espacio vital) a expensas de Rusia, y el trenzado de todos estos hilos en la idea de una guerra a vida o muerte para

acabar con el marxismo, encarnado de manera más concreta en el «bolchevismo judío» de la Unión Soviética. La importancia de estas ideas entrelazadas no solo se advierte en el hecho de que durante más de veinte años estuvieran vigentes, sino, sobre todo, en que los objetivos ideológicos que emanaban de ellas llegaron a ponerse en práctica durante la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, deben tenerse en cuenta a la hora de analizar el poder de Hitler. Antes de proseguir, conviene examinar su formación, evolución y contenido.

Cuándo exactamente, cómo y por qué

Hitler se adhirió a estas ideas de forma tan fanática no está nada claro. Sin embargo, el proceso por el cual fraguaron varias líneas de su pensamiento que mezclaba todas ellas ya había concluido cuando redactó *Mein Kampf* en 1924, y apenas osciló desde entonces. El período que pasó en Linz entre 1905 y 1906 tras dejar la escuela y, sobre todo, los años de Viena, de 1907 a 1913, supusieron una etapa formativa importante. La experiencia de la guerra y, de manera bastante traumática, el hecho de la derrota de Alemania constituyeron una segunda influencia, más vital aún, para Hitler.

Por último, entre 1920 y 1924 se produjeron modificaciones cruciales en sus ideas, a raíz del impacto, no menor, de la guerra civil rusa.

El odio más profundo que albergaba Hitler estaba dirigido contra los judíos. Las raíces y las causas de su antisemitismo visceral han sido muy discutidas pero no pueden determinarse con absoluta seguridad. Algunas teorías resultan totalmente fantásticas. Que se pueda atribuir la paranoia antijudía de Hitler al hecho de que sus orígenes pudieran ser parcialmente judíos no tiene fundamento.^[24] Que temiera o creyese que el padre de su padre hubiera

sido judío es más verosímil, pero no puede probarse.^[25] Todavía se adentra más en el terreno de la especulación vincular su odio patológico a los judíos con un trauma histérico tras la intoxicación con gas mostaza al final de la Primera Guerra Mundial, que supuestamente habría relacionado con la muerte de su madre en 1907 a consecuencia de la anestesia administrada por un médico judío.^[26] Aparte de que, en aquel entonces, Hitler le había regalado una de sus acuarelas a ese médico por sus servicios,^[27] esta teoría no tiene en cuenta las pruebas de su antisemitismo

en los años de Viena.

De hecho, sigue siendo una incógnita por qué Hitler se convirtió en un maníaco antisemita. Las explicaciones psicológicas que giran en torno a fantasías de carácter sexual y a un complejo persecutorio muestran diferentes grados de credibilidad pero en el fondo no son más que conjeturas. Lo más que se puede suponer con cierta seguridad es que su propia frustración, provocada por la discrepancia entre su propia autoestima y la existencia marginal de artista fracasado y de excluido social que llevaba, se concentró en una imagen aún más

negativa que le proporcionó una explicación para su propio fracaso y una «prueba», también, de que al final la historia estaba de su parte.^[28]

La autobiografía de Hitler, contada en *Mein Kampf*, da noticia de su conversión al antisemitismo tras toparse por las calles de Viena con una figura ataviada con un caftán y el cabello rizado en bucles negros.^[29] Probablemente, se trataba de una dramatización. En los años de Linz leía prensa pangermánica y antisemita y ya entonces era un admirador del líder antisemita y pangermanista austríaco Georg von Schönerer.^[30] No hay duda

de que, cualesquiera que fueran sus puntos de vista sobre los judíos, durante su estancia en Viena éstos se reforzaron de manera exagerada. Por esas fechas le impresionó bastante la vehemencia antisemita del demagogo Karl Lueger, alcalde de la ciudad, a quien describió más tarde, en una poco frecuente demostración de su admiración por otro, como «el mejor alcalde alemán de todos los tiempos».^[31] A pesar de que la historia del «judío del caftán» sea probablemente una recreación, parece verosímil que refleje alguna experiencia significativa de Hitler en aquel período, en el que obviamente ya se empapaba de

lecturas antisemitas que ratificaban y agudizaban prejuicios en estado embrionario. De todas formas, marcó al parecer el cambio desde el antisemitismo convencional de la época de Linz al antisemitismo maníaco-obsesivo que mantuvo hasta el final de sus días. En estos años, escribió, «allá donde fuera, no dejaba de ver judíos y cuantos más veía más claramente diferenciados del resto de la humanidad me parecían».^[32]

Los años de Viena constituyeron también una etapa de formación en el desarrollo de otros aspectos de la cosmovisión de Hitler. Según su relato,

creíble en cuanto al tono general pero impreciso en los detalles, su propia existencia sin rumbo entre los menos privilegiados de Viena le hizo comprobar de primera mano las injusticias más claras de la sociedad burguesa y le lanzó a la observación de la «cuestión social». Su encuentro con la socialdemocracia vienesa le provocó una reacción violenta por su doctrina, basada en la clase y en el antinacionalismo. Su reprobación de la monarquía de los Habsburgo formaba parte de su ya declarado y fuerte nacionalismo fanático alemán, del que se había nutrido desde que se adhiriera

al movimiento de Schönerer en la época de Linz.^[33] Una vez que la «identificación» de los judíos como los «culpables» de todos estos males se convirtió en el ingrediente predominante, comenzaron a encajar las piezas esenciales de una ideología basada en la repugnancia hacia la sociedad vigente y asociada a una visión utópica de un orden futuro que debía crearse por parte de una autoridad fuerte e implacable en un Estado nacional étnicamente alemán.

En buena medida, la visión del mundo de Hitler ya estaba formada cuando sirvió en el ejército. Entre 1914

y 1918 como muy tarde, un elemento nuclear —su imagen social-darwinista de la historia como una batalla entre razas en la que vence el más fuerte, el más preparado y el más despiadado— parece que ocupaba el centro de su cosmovisión.^[34] Su reacción histérica mientras se encontraba postrado y ciego en el hospital de Pasewalk, al enterarse del triunfo de las fuerzas que odiaba con toda su alma, intensificó probablemente su ya consolidada imagen dual del mundo, sobre todo en cuanto a su seguridad respecto a que toda la culpa de la catástrofe que les había afectado a él y a todo aquello en que creía recaía

sobre la espalda de los omnipresentes judíos.^[35]

Al parecer, Hitler había hablado con uno de sus compañeros del frente sobre la posibilidad de hacerse arquitecto o político después de la guerra.^[36] Según decía, fue durante su estancia en el hospital militar cuando decidió convertirse en político.^[37] En realidad, la «decisión» de comprometerse en la política activa le vino de una manera menos consciente y más indirecta. Todavía en el ejército, regresó a un Múnich que apenas le recordaba en nada a la ciudad que había dejado en 1914. Las condiciones políticas resultaban

confusas. Después de la revolución, al frente del Gobierno hubo un socialista del ala izquierda, Kurt Eisner, judío. El asesinato de Eisner en febrero de 1919 a manos de un joven aristócrata de derechas condujo al caos político y, en el mes de abril, se proclamó una república de consejos de obreros y soldados, varios de cuyos dirigentes eran judíos. Ésta, a su vez, fue derrocada violentamente a las pocas semanas por fuerzas paramilitares de la derecha.

Hitler se abstuvo de cualquier participación activa. Sin embargo, observó desde el cuartel lo que estaba

aconteciendo y se informó extensamente por los folletos de la derecha, que probablemente confirmaban su propio diagnóstico de los acontecimientos. Al final de la primavera y durante el verano asistió a cursos de adoctrinamiento militar, que le hicieron tener más en cuenta el funcionamiento del capitalismo financiero internacional, asunto en el que estaba influido por las ideas de Gottfried Feder, el gurú económico del Partido Nazi en sus inicios. También asistió a conferencias y seminarios sobre historia de Alemania, teoría y práctica del socialismo, la situación económica y las condiciones de la paz,

Rusia bajo el dominio bolchevique, la política de precios y la cuestión de Baviera y la unidad del Reich. Empezaba a llamar la atención por sus opiniones exaltadas y dogmáticas.

Su propia conciencia sobre el impacto que tenía como orador en tales círculos marcó su primer paso en la política activa. Y cuando se le nombró para trabajar en la «unidad educativa» del ejército, se le destacó como «orador popular nato que a través de su fanatismo y de su estilo populista convencía con energía a las masas para que le prestaran atención y compartieran sus opiniones».^[38] «De repente»,

observó Hitler, «se me brindaba la oportunidad de dirigirme a una gran audiencia; y todo cuanto siempre había supuesto intuitivamente sin tener la certeza de ello se confirmaba ahora: podía “hablar”». ^[39] El otoño de 1919, cuando entró en contacto con el recientemente formado Partido de los Trabajadores Alemanes y comenzó a darse cuenta del efecto que podía producir en el público, fue el momento que despejó su camino hacia la política, aunque solo en los ambientes marginales de las cervecerías.

Cuando Hitler comenzaba a dejar su huella como demagogo populista en las

cervecerías de Múnich, sus opiniones políticas —aunque expresadas con un fanatismo extraordinario— compartían las convenciones de la extrema derecha; nada había en ellas que las diferenciara de las que mantenían los pangermanistas y otros grupos nacionalistas y racistas que abundaban en Múnich en aquellos años. La agitación contra el Tratado de Versalles dominaba sus primeros discursos. Como todos los pangermanistas, pedía la devolución de las colonias perdidas y la unificación de Alemania con Austria. Veía a Francia y Gran Bretaña, y no a Rusia, como los mayores enemigos de Alemania.

Atacaba a los judíos, sobre todo, como agentes del capitalismo financiero. Él mismo afirmaba que su cosmovisión se había construido de un modo decisivo antes de la guerra. Sin embargo, todavía quedaban por dar algunos pasos fundamentales en los primeros años 20 hasta completar su ideología. En especial, las ideas sobre la dirección que debía tomar la futura política exterior alemana, o sobre los judíos, por no mencionar su propio papel de líder, sufrieron modificaciones significativas desde su incorporación a la política hasta la redacción de *Mein Kampf*.

Aunque resultaban desorganizadas y

parciales, sus voraces lecturas incluían influyentes folletos sobre darwinismo social y geopolítica. Además de ellos, una aportación fundamental en las modificaciones que sufrió el pensamiento de Hitler en estas fechas fue la del poeta bávaro Dietrich Eckart y la de los alemanes bálticos Max Erwin von Scheubner-Richter y Alfred Rosenberg. Eckart aportó su propia filosofía combativa para vencer al «judaísmo desalmado», requisito previo a una revolución auténtica —en contraste con la revolución «falsa» de 1918—, destinada a traer nuevos dirigentes y el verdadero socialismo.

Rosenberg y Scheubner-Richter tuvieron aún más influencia al concentrar el pensamiento de Hitler en el «carácter judío» del bolchevismo ruso. Ambos poseían experiencia acerca de la revolución rusa, eran también antisemitas extremos y estaban en contacto con círculos antibolcheviques violentos. En la ideología inicial del Partido Nazi, ni Rusia ni el bolchevismo destacaban particularmente. Sin embargo, en aquellos momentos Rosenberg puso a Hitler al día de las ideas sobre la «conspiración judía mundial» que contenían los falsos «Protocolos de los Sabios de Sión». Los

dos autores bálticos representaron un papel decisivo al lograr que el concepto de la esencia judía del bolchevismo se anclara en la mente de Hitler, lo cual proporcionó la piedra angular del edificio ideológico hitleriano. Para cuando redactó *Mein Kampf* la extirpación del «bolchevismo judío» equivalía ya a la destrucción de la Unión Soviética en la búsqueda de «espacio vital» para Alemania.

Los cambios que se produjeron en la cosmovisión de Hitler entre 1919 y 1924 pueden seguirse en sus discursos y escritos de aquella etapa. La relación entre antisemitismo y antimarxismo en su

pensamiento se transformó en esos años bajo la influencia de Rosenberg y Scheubner-Richter. A pesar de que ambos conceptos llevaban largo tiempo presentes en su ideología —por encima de todo, el antisemitismo—, fue en esta etapa cuando se conjuntaron a través de la imagen de la Rusia bolchevique.

Antes de su fusión con el antimarxismo, el virulento antisemitismo de Hitler se había concentrado con mayor intensidad sobre el anticapitalismo en sus discursos públicos. Los primeros comentarios en público de importancia acerca de «la cuestión judía» se produjeron, en agosto

de 1919, en el contexto de una «clase magistral» sobre el capitalismo, cuando trabajaba para la Reichswehr en tareas de adoctrinamiento a los soldados «dudosos» que volvían del cautiverio.

[40] Unas semanas más tarde, y por el mismo puesto que desempeñaba, un superior le encargó que respondiera a una consulta sobre el «problema judío». En su carta, el documento más antiguo que se conserva sobre este asunto, Hitler se refería a los judíos como raza, no como grupo religioso, y señalaba la necesidad de combatirlos por medios racionales, no simplemente con la emoción. Esto exigía la supresión de sus

derechos jurídicos y, al final, «la eliminación de los judíos en su conjunto».^[41] El poder de los judíos se veía como el poder del dinero, «el destello del oro». No se mencionaba el marxismo, a pesar de que Hitler consideraba a los judíos como la fuerza motriz que se escondía detrás de la revolución y de la socialdemocracia. En el programa del Partido Nazi de febrero de 1920 se exponía claramente la eliminación de los derechos jurídicos para los judíos. Sin embargo, no se hacía ninguna mención explícita ni al marxismo ni al bolchevismo.

La fuerte fijación sobre el

capitalismo financiero judío en sus primeros discursos estaba ligada a las acusaciones sobre la responsabilidad de los judíos en la guerra, la derrota y los millones de alemanes caídos. Tan influyente resultaba este punto en su pensamiento que, con posterioridad, en un conocido pasaje de *Mein Kampf*, afirmó que podrían haberse salvado las vidas de un millón de alemanes muertos en el frente si «se hubiera envenenado con gas a doce o quince mil de esos hebreos corruptores del pueblo».^[42] La furia contra los financieros «judíos» de la guerra dominó muchos de sus primeros discursos, en los que se

repetían los intensos ataques contra usureros, acaparadores, estafadores y parásitos. Una y otra vez pedía la ejecución de los estafadores judíos.^[43] Para él, el socialismo genuino implicaba ser antisemita.^[44] Bajo la influencia de Feder, distinguía entre el capital industrial, fundamentalmente sano, y el floreciente «capitalismo financiero judío», que representaba el verdadero mal. Una vez que el bolchevismo judío se incorporó a este razonamiento, veía al capital internacional, mano a mano con el «elemento internacional en la Rusia Soviética», trabajando contra los intereses nacionales de Alemania.^[45]

En cada uno de sus discursos sucesivos, Hitler denunciaba a los judíos en los términos más perversos. Al igual que lo había hecho en su carta de septiembre de 1919, rechazaba el antisemitismo visceral de los «pogromos» como respuesta al problema, pero manifestaba que los alemanes debían estar preparados para firmar un pacto con el diablo, si era necesario, para extirpar el mal judío.^[46] Reclamaba una solución básica: «la eliminación de los judíos de nuestro pueblo».^[47] Se refirió a que había que impedir que los «judíos minaran a nuestro pueblo» internándolos en

campos de concentración.^[48] Su lenguaje, violento en grado sumo, se adornaba con términos biológicos que hacían pensar en la erradicación de los gérmenes. En agosto de 1920 proclamó:

No creáis que podéis combatir una enfermedad sin acabar con el agente que la origina, sin destruir el bacilo, y no creáis que podéis combatir la tuberculosis racial sin aseguráros de que el pueblo está libre del agente que causa la tuberculosis racial. El impacto del judaísmo nunca desaparecerá, ni la contaminación del pueblo cesará, a menos que el causante, los judíos, sea eliminado de entre nosotros.^[49]

En un discurso dirigido a la SA en

1922, Hitler manifestó que, en su opinión, solo importaba la preocupación «única, total y exclusiva» respecto a la cuestión judía; unos meses más tarde, recapituló el programa completo del partido en un único punto: ningún judío podía ser camarada del pueblo.^[50] Sin embargo, se había producido un cambio de matiz en su manera de referirse al antisemitismo. Influido por los acontecimientos de Rusia, el objetivo principal de Hitler dejó de ser el de los judíos como exponentes del capitalismo financiero internacional —sin que por ello olvidara o pasara por alto este elemento dentro de su antisemitismo—

para convertirse en el poder que había tras el marxismo y, de forma explícita, tras la manifestación política práctica del marxismo en el bolchevismo soviético. De una u otra manera, como controlador del capital internacional o como controlador del marxismo bolchevique, la «conspiración mundial judía» brindaba a Hitler la imagen de un enemigo indómito. Sin embargo, en comparación con su desprecio de la democracia burguesa en decadencia, el marxismo, en su versión bolchevique, suponía un *Weltanschauung* que, en su implacable brutalidad, él podía entender como una fuerza formidable. Le

proporcionaba una visión del futuro, que, a sus ojos, solo la lucha racial dirigida por Alemania podía impedir.

En el juicio por alta traición que siguió en la primavera de 1924 al fallido *putsch* de los días 8 y 9 de noviembre de 1923, cuando proclamó en el Bürgerbräukeller de Múnich una revolución nacional con la esperanza de derrocar al Gobierno del Reich, Hitler declaró ante el tribunal que lo que quería era ser el destructor del marxismo y que el movimiento nazi solo conocía un enemigo, el enemigo mortal del marxismo.^[51] No se mencionaba a los judíos. Cuando la prensa «judía»

observó el cambio de tono y se preguntó a Hitler acerca del mismo, éste respondió, de una manera característica, que efectivamente había variado de postura: mientras trabajaba en la redacción de *Mein Kampf*, se había dado cuenta de que hasta el momento había sido demasiado moderado, que la «cuestión judía» no era un problema exclusivo del pueblo alemán sino de todos los pueblos, «puesto que Judá es la plaga del mundo».^[52] Por lo tanto, la lucha no alcanzaría la victoria hasta que el poder mundial de los judíos fuera aniquilado por completo.

El principal ingrediente responsable

del cambio de acento fue la conexión en la mente de Hitler entre bolchevismo y judaísmo. Durante la primavera y el comienzo del verano de 1920, comentó en varias ocasiones, por vez primera, el efecto catastrófico del bolchevismo en Rusia y la destrucción de Rusia a manos de los judíos. Ya para julio de 1920 combinaba de forma explícita las imágenes del bolchevismo, el marxismo y la Rusia soviética bajo la dominación brutal de los judíos, para los cuales preparaba el camino, supuestamente, la socialdemocracia en Alemania.^[53]

El tema de la Rusia bolchevique preocupó a Hitler en numerosas

ocasiones durante los meses siguientes. En junio de 1922 preveía ya un conflicto entre dos ideologías, idealista y materialista, que representaba la misión del pueblo alemán en la batalla contra el bolchevismo, las fuerzas del bien unidas contra el enemigo mortal de los judíos. El Estado era un simple medio para conseguir el fin de la defensa de la raza.

[54] Para el otoño de 1922, su concepción acerca de la relación fundamental entre antisemitismo y antibolchevismo había alcanzado tal grado de maduración que desde entonces iba a dominar su misión política hasta el final. En el mes de octubre escribió

sobre el combate a vida o muerte entre dos *Weltanschauungen* incapaces de coexistir. En dicho combate solo podía haber vencedores y vencidos. El ejemplo de Rusia lo ilustraba. «Una victoria de la idea marxista significa el total exterminio de los oponentes... La bolchevización de Alemania... significa la aniquilación de toda la cultura cristiana occidental.» El objetivo del Partido Nazi podía, por lo tanto, formularse simplemente de la siguiente manera: aniquilación y exterminio del *Weltanschauung* marxista.^[55]

La conciencia cambiante de Hitler sobre la trascendencia de la Rusia

bolchevique para su filosofía racial tuvo implicaciones obvias en sus ideas acerca de la política exterior. Es importante destacar que fue entonces, en torno a 1922, al empezar a contemplar su misión como una lucha a vida o muerte contra el «bolchevismo judío», cuando se produjo un cambio en su concepción de la futura política exterior alemana, desde el tradicional interés pangermánico por el colonialismo a la noción de un expansionismo continental a expensas de Rusia. Bajo la influencia del éxito del «bolchevismo judío» en la guerra civil rusa y la amenaza de bolchevización en Alemania, la fusión

del antisemitismo y el antibolchevismo en el pensamiento de Hitler —que dio lugar a una determinación obsesiva por destruir el «bolchevismo judío»— se convirtió en un elemento mucho más decisivo que las consideraciones diplomáticas convencionales a la hora de reorganizar los objetivos en la política exterior.

En sus primeros discursos, Hitler transmitió muy poco de sus futuras intenciones en política externa. Censuraba continuamente los errores de la etapa posbismarckiana por haber asegurado la paz con Rusia en vez de alinearse con Austria-Hungría y habló

de la inevitable posición hostil de Gran Bretaña y Francia. El blanco al que se dirigía era naturalmente la política exterior de los gobiernos de Weimar, contra los que arremetía a la mínima oportunidad. En cuanto a su pensamiento, continuó siendo esencialmente antioccidental hasta 1922, aunque no tenía una idea clara sobre las estrategias de alianzas de cara al futuro. Su actitud hacia Rusia era de desconocimiento y ambivalencia. Siguió manteniendo una visión dualista — positiva hacia el pueblo «nacional» de Rusia, negativa hacia los gobernantes «judío-bolcheviques»—, y se mostraba

favorable a una alianza con una Rusia no bolchevique contra Gran Bretaña. Hacia fines de 1922 era cada vez más consciente de la división fundamental de intereses entre Francia y Gran Bretaña. Pero, por encima de todo, se estaba replanteando la política futura frente a Rusia.

En diciembre de 1922 se formularon los objetivos de política exterior que, perfilados en *Mein Kampf*, resultaron centrales en el pensamiento de Hitler hasta el final. En una discusión confidencial por esas fechas, volvió la espalda a la vieja política de rivalidad comercial y colonial con Gran Bretaña

con el fin de ganarse su apoyo en una política a nivel continental contra Rusia.

Alemania (afirmó) se tendría que adaptar a una política puramente continental, evitando dañar los intereses ingleses. Tendría que intentarse la destrucción de Rusia con la ayuda de Inglaterra. Rusia proporcionaría a Alemania suficiente tierra para los colonos alemanes y un amplio campo de actividad para la industria alemana. Entonces, Inglaterra no podría interferir en nuestro ajuste de cuentas con Francia.^[56]

Por lo tanto, dos años antes de escribir *Mein Kampf* la cosmovisión personal de Hitler estaba prácticamente

definida. La lucha por destruir el dominio internacional de los judíos, la lucha por aniquilar el marxismo y la lucha por conseguir un «espacio vital» para Alemania a costa de Rusia venían a ser, de hecho, tres formas de expresar el mismo pensamiento integral. Y esto encajaba y se justificaba dentro de un modo de entender la historia que, dando la vuelta a la creencia de Karl Marx en la importancia central de las fuerzas socioeconómicas, se atenía, de manera dogmática, a una visión del desarrollo histórico como el despliegue de un conflicto constante entre razas, grupos étnicos y biológicos. Hitler escribió:

Todas las grandes culturas del pasado perecieron tan solo porque la raza creada originalmente murió a causa del envenenamiento de su sangre... La mezcla de sangres y el consiguiente descenso en el nivel racial es la causa única de la extinción de las culturas antiguas... Todos los acontecimientos de la historia mundial son solamente la expresión del instinto de autoconservación, en el buen o en el mal sentido, de las razas. ^[57]

Aunque para Hitler la raza judía representaba la antítesis de la entidad racial superior, la raza aria, su instinto de supervivencia era mayor que el de otros pueblos, lo que permitía a los judíos medrar «como un parásito en el

cuerpo de otras naciones y estados».[58]

La definitiva dominación judía tendría lugar por medio de la destrucción paulatina de otras razas puras. Después de controlar la democracia liberal, el siguiente paso se encontraría «en la masa organizada del marxismo», que «le permite [al judío] subyugar y gobernar a los pueblos con puño dictatorial y brutal».[59] El punto culminante se halla en «el salvajismo fanático» y en las «torturas inhumanas» del «bolchevismo judío». «El final no es solo el final de la libertad de los pueblos oprimidos por los judíos, sino también el final de esta forma de parasitismo sobre las naciones.

Después de muerta su víctima, el vampiro —tarde o temprano— muere también». ^[60] Pero antes de que llegase esa etapa, el enfrentamiento total con la fuerza racial rejuvenecida de la nación alemana destruiría por completo a los judíos.

El vínculo entre esta coyuntura crítica en la historia mundial y la política exterior alemana se reserva para uno de los últimos capítulos de *Mein Kampf*. Rusia proporcionaría la tierra necesaria para mantener a Alemania como una potencia mundial. Allí, el «bolchevismo judío» había destruido y reemplazado a la antigua

capa gobernante germánica. Sin embargo, «cual fermento de descomposición», los judíos habían debilitado al imperio ruso, que ahora se mostraba «maduro para el derrumbamiento». «Y el fin del dominio judío en Rusia será también el fin de Rusia como Estado».^[61] La misión del movimiento nazi consistía en preparar al pueblo alemán para esta tarea. La reconstrucción del pueblo alemán, hasta alcanzar un vigor que le permitiera llevar a cabo la destrucción del «bolchevismo judío», era el trabajo de un «Estado germánico de la nación alemana».^[62] El propio Estado no era

más que un medio para lograr ese fin.^[63]
Pero este objetivo solo podría conseguirse bajo el liderato de un genio que estuviera en consonancia con la tarea. Durante su encarcelamiento en la fortaleza de Landsberg en 1924, con una condena de cuatro años por alta traición de la que solo cumpliría nueve meses, Hitler se acabó viendo a sí mismo como el gran dirigente que el pueblo alemán esperaba. La idea de un liderato heroico, casi mesiánico, dentro de un nuevo Reich, era moneda corriente dentro de la extrema derecha en la Alemania de comienzos de los años 20. En principio, Hitler entendía que su

papel correspondía tan solo al de propagandista, el «tambor» que anunciaba al gran líder que había de surgir. El ejemplo del éxito de Mussolini en Italia en 1922 fue inspirador para Hitler. Tanto en 1922 como en 1923 se refirió con más frecuencia a la importancia de la personalidad y del mando heroico, que dependía del pueblo pero necesitaba de su obediencia incondicional para llevar a cabo la misión histórica a la que debía enfrentarse. Aún en mayo de 1923 declaró que solo estaba allanando el camino que proporcionaría al futuro dictador un pueblo listo para recibirlo.

[64] Dos meses más tarde comentó que únicamente se podría hallar la salvación en el valor de la personalidad, y que él, como jefe del NSDAP, entendía que su tarea consistía «en aceptar la responsabilidad».[65] En la época del juicio de 1924, que transformó el fracaso del *putsch* en un triunfo personal, surgía ya la concepción de su propio papel como la imagen del líder heroico con pleno derecho que tomaría cuerpo tras su retorno a la política en 1925, después de su breve etapa en la cárcel.

Hacia mediados de la década de 1920, Hitler había redondeado una

filosofía que le otorgaba una visión completa del mundo, de sus males y de la manera de superarlos. Cuando en la década de 1940 Hitler exponía largamente ante sus colegas sus ideas acerca de todo tipo de asuntos en sus monólogos de sobremesa, todavía predominaban en ellas los mismos dogmas subyacentes de la cosmovisión que había desarrollado en los primeros años 20. En el último monólogo registrado antes de su suicidio, Hitler seguía, como siempre, preocupado por el enfrentamiento con la amenaza «judeo-bolchevique». Se mantenía firme en la creencia de que «en un mundo cada

vez más pervertido por el virus judío, un pueblo que había permanecido inmune al virus debía, a largo plazo, salir triunfante». Sostenía que «desde esta perspectiva, el Nacional-Socialismo puede reclamar con justicia la eterna gratitud del pueblo por haber eliminado a los judíos de Alemania y de Europa Central».^[66] Las últimas palabras que Hitler dirigió al pueblo alemán, en el testamento político que redactó la víspera de su muerte, exhortaban a sus líderes y seguidores «a que observaran escrupulosamente las leyes raciales y se opusieran sin piedad al envenenador universal de todos los pueblos, el

judaísmo internacional». [67]

Hitler se veía a sí mismo como la más excepcional de las combinaciones, a la vez «programador» (o «teórico») y «político», ejecutor de la «idea». [68] Así, se refirió a la tarea del «programador» y «político» como una lucha «por unos objetivos que solo los menos pueden comprender». [69] Por lo tanto, la «doctrina» era algo más que una simple cuestión de entendimiento pasivo. Su cosmovisión poseía una dinámica interna. Habló en repetidas ocasiones de su «misión», vio cada vez más la mano de la «Providencia» en su trabajo; en *Mein Kampf* invocó la ayuda

de Dios en su lucha contra el judaísmo. [70] Se veía a sí mismo implicado en la preparación de una cruzada. Cuando se convirtió en realidad la confrontación con el «bolchevismo judío», con la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, significó para Hitler —y no solo para él— la culminación de su idea «de cruzada».

La entrega casi mesiánica de Hitler a una «idea», una fe que no dejaba alternativas, le daba una fuerza de voluntad tal que en su presencia era difícil resistirse. El dogmatismo del autodidacta, que desde su juventud había leído vorazmente, aunque de forma

asistemática, reforzando sus prejuicios más que sometiéndolos a crítica, le proporcionaba un dominio innato sobre los que le conocían. Su prodigiosa memoria para los detalles impresionaba a los que estaban en su presencia, a la vez que desinflaba los intentos de desafiarle. El hecho de que todas las situaciones se redujeran a opciones en blanco y negro, una de las cuales podía ponerse abiertamente en ridículo, junto a la fuerza retórica expresiva según la cual los asuntos más complejos se despachaban con desprecio o se simplificaban de acuerdo con «verdades básicas» e incontrovertibles, implicaba

que una oposición cara a cara tuviera escasas posibilidades de éxito.

La seguridad en sus propias creencias reforzaba a los más pusilánimes o a los escépticos dentro del grupo de sus partidarios; mientras que aquellos que no podían compartir sus creencias, se mostraban cínicos o las rechazaban, nunca tuvieron la oportunidad de acceder al sanctasanctórum del poder. De todas formas, Hitler permaneció junto a su círculo de «verdaderos creyentes», sus leales seguidores, su «propia especie».

Era esta combinación de «profeta» y propagandista la que desde los primeros

años 20 le dio ventaja sobre todos los potenciales contendientes a la jefatura dentro de la elite del Partido Nazi. Otros dirigentes nazis carecían de esa combinación de brillante demagogia y capacidad de movilización y de la unidad y la «fuerza explicativa» global de su visión ideológica.

Comparadas con el talento de Hitler para la simplificación vulgarizadora y su capacidad de convocatoria, las preocupaciones ideológicas de los primeros «pensadores» del partido, tales como Gottfried Feder o Alfred Rosenberg, más interesados en la complejidad de las ideas que en su

eficacia política o su potencial organizativo, resultaban opacas y limitadas. Feder pasó pronto a tener poca importancia. La debilidad del liderato de Rosenberg se puso claramente de manifiesto al ocuparse de los asuntos del partido durante la prisión de Hitler en 1924.

De entre los otros dirigentes de la primera época del Partido Nazi, Rudolf Hess era introvertido, no tenía dotes demagógicas y, desde los comienzos, se vio a sí mismo como un mero discípulo de Hitler. Julius Streicher no era más que un demagogo racista de limitada inteligencia, incapaz de transformar su

odio obsesivo por los judíos en una ideología de gran alcance. Hermann Göring era un hombre de acción más que de ideas que, después de un periodo inicial al frente de la SA, abandonó la escena durante cuatro años tras el fracaso del *putsch* y permaneció después apartado de los cargos del partido. Ernst Röhm era un militar convertido en paramilitar, un organizador hábil pero sin clarividencia ideológica ni talento retórico. Gregor Strasser también poseía habilidades organizativas, pero carecía de la capacidad de manejar el fervor de las masas. Su hermano Otto fue el

representante típico de un grupo inicial de destacadas figuras en el movimiento que se enemistaron con Hitler al tratar de desvincular un concepto abstracto del nazismo de su personificación en el líder del partido. Joseph Goebbels era más un monaguillo que un sumo sacerdote y obedecía a la voz de su amo. Heinrich Himmler era un buen administrador pero tenía una personalidad fría, inhumana, estafalaria, que le impedía gozar del favor de las masas. Hans Frank, el dirigente del partido experto en asuntos jurídicos, era un personaje débil, vacilante, demasiado emotivo y servil.

Los acentos discrepantes en cuanto a las ideas y las ambiciones personales, las rivalidades y las profundas hostilidades de estos y de otros personajes destacados en el movimiento fueron descartándolos como aspirantes potenciales a la jefatura del partido. Solo se reconciliaron ante la visión de futuro, imprecisa pero incontrovertible, encarnada en la persona de un líder supremo cada vez más y más elogiado: Hitler.

Ya entre 1922 y 1923 era visible el inicio del culto a la personalidad de Hitler. Otros miembros importantes del todavía reducido movimiento nazi

hablaban en público de Hitler, en términos adulatorios y «heroicos», como el Mussolini de Alemania, un dirigente al que millones anhelaban y el único hombre capaz de devolver a Alemania su grandeza. Por tanto, el hecho de que Hitler asumiera la responsabilidad plena por el *putsch* de noviembre de 1923, hizo que el golpe pasara de ser un ridículo fracaso a un triunfo publicitario para la derecha radical, lo que le valió a Hitler una preeminencia total en los círculos *völkisch*. El confinamiento forzoso en Landsberg de 1924 tuvo un efecto óptimo. Hitler, acompañado por más de una veintena de miembros de su

guardia personal, con Rudolf Hess como secretario y con visitas periódicas de otros muchos partidarios, hizo de Landsberg un *think tank* nazi. Cuando se encontraba redactando *Mein Kampf*, exponía sus ideas cada mañana a otros presos. El internamiento se convirtió en el escenario de un foro de debate nazi, ya que sus ideas se discutían detenidamente.

En el círculo más íntimo aumentó la reputación de Hitler como «programador» de la idea nazi. Uno de los presentes, un jefe local que no procedía de Baviera y se había mostrado en cierto modo algo escéptico,

quedó muy impresionado por una charla en la que Hitler disertó profusamente sobre la diferencia entre los «programadores» y los «políticos». Escribió acerca de sus crecientes certezas, conforme Hitler empezó a hablar de cuestiones relevantes de política exterior:

Estoy totalmente seguro de que Hitler no modificará ni un ápice su pensamiento nacionalsocialista... Y si, con todo, parece alguna vez que lo hace, es por causa de objetivos más importantes. Puesto que en él se combinan el programador y el político, sabe cuáles son sus metas, pero también cómo conseguirlas. Mi estancia aquí ha fortalecido lo que yo aún dudaba en

Göttingen: la fe en el instinto político de Hitler.^[71]

La creencia cada vez mayor en Hitler como el futuro líder de Alemania, una fe secular en un mesías político, se apoderó de muchos de los que estaban en su entorno inmediato y a partir de entonces mantuvieron una relación con él de forma regular, habitual y prolongada. Aunque hubo algunos, como los hermanos Strasser, que de ningún modo sucumbieron al creciente culto personal, por lo que se vieron obligados a estar a la defensiva. El círculo íntimo quedó constituido y asentadas las bases

de la «comunidad carismática».

Rudolf Hess, uno de los devotos más fanáticos y serviles desde los primeros tiempos, se refirió al «poder de la personalidad», que irradiaba «algo que somete a los que le rodean a su encanto y se difunde en círculos cada vez mayores».^[72] Fue en el período de Landsberg, escribió, cuando por fin comprendió la «poderosa trascendencia» de esta personalidad.^[73] Alfred Rosenberg reconoció, cuando estaba encarcelado en Núremberg después de la guerra, su admiración desde los momentos iniciales por Hitler, en quien veía al «creador» del Partido

Nazi y de su filosofía política, un dirigente con «una firme base intelectual, pero al mismo tiempo una madurez en continuo aumento para hacer frente a muchos problemas», que poseía «una gran fe en su pueblo y en su misión», una «fuerza creadora» y una «voluntad de hierro».^[74] Hans Frank recordaba haber sentido, la primera vez que oyó a Hitler hablar en enero de 1920, que solo él era capaz de salvar a Alemania.^[75] Cuando ingresó en la SA, en 1923, estaba «totalmente hechizado» por la personalidad de Hitler. Y cuando Hitler en persona le pidió en 1929 que abandonara sus planes de dedicarse a la

carrera jurídica, Frank aceptó seguir «el nuevo camino, fuerte y brillante, del mundo de Hitler».^[76] Después de leer *Mein Kampf*, Joseph Goebbels se preguntaba: «¿quién es este hombre?, ¿mitad plebeyo, mitad dios! ¿El Cristo verdadero, o solo san Juan?» Le veía como un genio y le quería como amigo. El 19 de abril de 1926 escribió en su diario: «Adolf Hitler, te quiero».^[77] Baldur von Schirach, con el tiempo el jefe de las juventudes hitlerianas, recordaba la fascinación que le produjo la voz de Hitler cuando le escuchó hablar en público por vez primera en 1925. Le cautivó y le convenció de que

Hitler iba a ser el «futuro salvador de Alemania».^[78] Para Göring, orgulloso más tarde de su título de «más fiel paladín del Führer», la entrega plena vino cuando regresó al partido en 1928, tras varios años en el extranjero después del fallido golpe. Su sumisión posterior resultó totalmente servil. En los años siguientes, llegó en ocasiones a ponerse casi enfermo en las audiencias con Hitler. Afirmaba que Hitler se había convertido en su conciencia. Veía en él «la unión nada frecuente... entre el pensador lógico más agudo y el filósofo más auténticamente profundo, y el hombre de hierro hecho para la acción».

Todos estos jefes nazis de primera fila veían a Hitler de cerca y estaban en contacto directo y habitual con él. Todos ellos se unieron al movimiento nazi cuando éste atravesaba un desierto político, mucho antes de que se acercara a la toma del poder. Aunque las ventajas materiales y las oportunidades de hacer carrera resultaban evidentes, no se puede decir que el oportunismo político fuera el motivo principal para comprometerse con la causa nazi. La personalización de su fe y lealtad en Hitler era crucial y, como ponen de manifiesto los ejemplos citados más

arriba, se encontraba muy presente antes de que la institucionalización del culto al Führer quedara establecida. De hecho, ellos mismos se contaron tanto entre las primeras víctimas como entre los exponentes principales del «mito de Hitler».

El poder de la personalidad de Hitler era clave para este núcleo de la «comunidad carismática». Dentro de esta personalidad se incluían la resolución del fanático, la ardiente convicción del supuesto profeta, la certeza ideológica del misionero. Para los miembros más cercanos de su séquito, la presunta unidad en su propia

persona del «programador» y el «político» le proporcionaba un estatus indiscutible como encarnación de la «idea» y como su genio organizativo.

En las cuestiones prácticas y las decisiones cotidianas, Hitler era a menudo cualquier cosa menos alguien seguro de sí mismo. Además, en la tarea urgente de levantar al partido en los años estériles de mediados y finales de la década de los 20, los detalles y secretos de la ideología de Hitler no tuvieron importancia. De hecho, la flexibilidad total de las ideas individuales dentro de una estructura global entrelazada resultó muy

ventajosa. Incluso entre sus más allegados, un aspecto concreto de la ideología era, con frecuencia, más relevante que otro, y las circunstancias exigían que se diera más énfasis a algunas partes que a otras. Sin embargo, lo crucial era la creencia de que «el futuro nos pertenece», de que un día el «sueño» de Hitler —sea cual fuere la interpretación que se le diera— se haría realidad. En esto consistía el poder de la idea de Hitler.

LA CONQUISTA DEL PODER

A la hora de analizar cómo el poder del Estado alemán pudo ponerse a disposición de Hitler hay que distinguir tres procesos distintos. El primero se concreta en la consecución por parte de Hitler de un dominio sin discusión dentro del Partido Nazi, que para finales

de la década de los años 20 había incorporado y unificado las diversas tendencias de la derecha *völkisch* y había adoptado el principio del liderato como su rasgo organizativo vital, derivado de la forma en que Hitler percibía la misión histórica de salvar a Alemania. El segundo sigue, a comienzos de los 30, la capacidad de Hitler para extender su atractivo, más allá de los niveles de apoyo iniciales en la extrema derecha radical *völkisch*, a más de un tercio de los votantes, lo que le permitía reclamar el poder con el argumento de que solo él podía «dirigir» a las masas. El tercero repasa cómo los

grupos de elite no nazis, con puntos de vista claramente moderados acerca de las pretensiones «carismáticas» de poseer una misión, pero también con influencia sobre quienes ejercían el poder en la Alemania de Weimar, pudieron interesarse por Hitler, y cómo estos mismos mediadores, cuando Hitler parecía cualquier cosa menos seguro de tener un futuro triunfante, estuvieron dispuestos a alzarle hasta el puesto de canciller. En estos tres procesos, el papel personal desempeñado por Hitler se vio en gran medida eclipsado por asuntos y acontecimientos situados más allá de su propio control.

Desde que Hitler fue nombrado canciller el 30 de enero de 1933, se ha planteado la pregunta de cómo un candidato tan inverosímil fue capaz de llegar al poder. Se han ofrecido respuestas muy variadas. Para los propios nazis, la respuesta era la que Hitler nunca se cansó de exponer en la invocación de la «historia del partido» que precedió, con extensión desmedida, a muchos de sus discursos importantes durante el Tercer Reich. Según esta versión, el ascenso del nazismo, desde sus comienzos humildes hasta la «conquista del poder», se había logrado solo mediante «el triunfo de la

voluntad». Una lucha incesante — siempre se refirieron a este período como «el tiempo de la lucha»—, con todo en contra, pero con el apoyo de la fe ciega de una multitud de partidarios cada vez mayor en pos de una causa justa, finalmente había conseguido superar las adversidades, vencer a enemigos poderosos y unir a la nación para salvar a Alemania de la destrucción por parte del bolchevismo.

Esta leyenda heroica del partido tenía un valor puramente propagandístico. No había nada inevitable en el triunfo de Hitler en enero de 1933. Cinco años antes, el

Partido Nazi constituía un molesto elemento marginal en la política alemana, pero nada más. Las elecciones de 1928 les habían dado solo el 2,6 por 100 del voto y doce escaños en el Reichstag. Acontecimientos externos como el plan Young para ajustar los pagos de las reparaciones de guerra alemanas, el *crack* de Wall Street y la decisión, totalmente innecesaria, de Brüning de convocar elecciones en el verano de 1930, situaron a los nazis en el mapa político. Aunque en ese momento la democracia tenía un futuro poco halagüeño, una dictadura nazi tenía menos posibilidades que cualquier otra

forma de gobierno autoritario, como una dictadura militar o incluso una nueva versión del estilo bismarckiano de gobernar, probablemente bajo una monarquía restaurada. Tanto el azar como los desaciertos de los conservadores representaron en el acceso de Hitler al poder un papel más importante que cualquiera de las acciones del propio líder nazi.

EL MOVIMIENTO

Los movimientos autoritarios, tal y como demuestra la historia del período de Entreguerras y de la posguerra, son por

su propia naturaleza especialmente proclives a las divisiones, al surgimiento de facciones y a las batallas internas por el poder. El desarrollo inicial del Partido Nazi indica que no fue una excepción. Como Partido de los Trabajadores Alemanes, comenzó a funcionar en 1919 como una de las más de setenta sectas de extrema derecha que se fundaron entonces. Todas compartían una ideología *völkisch* similar en lo fundamental —basada en una versión radical del nacionalismo racista—, surgieron durante el año que siguió al final de la Primera Guerra Mundial y florecieron en un ambiente de estrépito

contrarrevolucionario, que se extendió sobre todo en Baviera. Desde el comienzo, las desavenencias sobre tácticas y estrategias, las disputas acerca de puntos de vista ideológicos y los choques personales fueron parte esencial de las muchas ramas del movimiento *völkisch*. Dentro del joven Partido Nazi, el propio Hitler provocó en 1921 la primera pugna por el poder, que tuvo como resultado el asentamiento de su posición estatutaria como jefe del partido. Después del fracaso del golpe de la cervecería, a finales de 1923, el frente unitario provisional que se había alcanzado dentro de la extrema derecha

se hundió y el propio Partido Nazi se escindió en una serie de grupos rivales. La rabiosa fragmentación en facciones se prolongó hasta después de la refundación del Partido en 1925 y significó una amenaza para la preeminencia de Hitler, que se resolvió con cierta dificultad a comienzos de 1926.

Incluso después de 1930, cuando ya la posición de dominio de Hitler estaba consolidada y el movimiento nazi se iba haciendo cada vez más fuerte, hubo momentos en los que el NSDAP se vio amenazado por una rebelión de su brazo paramilitar, la SA, y tuvo que sobrevivir

a la separación de miembros destacados, principalmente la de Otto Strasser en 1930 y, sobre todo, la de su hermano Gregor Strasser, el segundo hombre fuerte del partido, a fines de 1932. Además, la pertenencia al partido era en sí misma muy irregular, con una importante rotación de los afiliados. La historia del Partido Nazi hasta 1933 muestra claramente que se trataba de un movimiento muy inestable, que albergaba facciones e intereses extremadamente distintos y fuertes tendencias centrífugas y desintegradoras.

Por lo tanto, el «liderato» en sí mismo no representaba una garantía de

unidad interna. Sin embargo, existen razones para imaginar que, sin la intensificación de la autoridad suprema de Hitler dentro del movimiento, exaltada por un culto a la personalidad inusualmente fuerte, el partido se habría venido abajo a causa de las divisiones faccionales. Sea como fuere, Hitler siguió siendo el mayor activo del partido, su imán populista y el que conseguía más votos. La mayoría de los dirigentes reconocía que las oportunidades de conseguir o no el poder estaban en sus manos. Esto convenció a los cabecillas de las facciones para que aceptaran la

necesidad de dar, al menos hacia el exterior, una imagen de unidad. Y alentó a los que se encontraban en el centro del partido a trabajar de manera activa para construir y aceptar el culto al Führer, que ensalzaba a Hitler más allá de toda crítica y era fuente de la ortodoxia ideológica y foco de obediencia ciega. Esto se llevó a cabo desde mediados de la década de los años 20, no solo por quienes, como Hess, sentían veneración sincera por Hitler, sino también por otros personajes destacados como Gregor Strasser, que estaban dispuestos, a pesar de sus reservas hacia Hitler, a colaborar en la instrumentación del culto

al Führer. Una vez consolidado, hacia fines de los 20, y reforzado más adelante por los triunfos electorales de 1930 y 1932, el culto al Führer desarrolló su propia autonomía relativa, que hizo más cómoda la posición de Hitler, al debilitar al principio las tentativas de oposición y vincular al partido, cada vez más, a su propia estrategia de «todo o nada» para conquistar el poder.

Por lo tanto, el culto al liderato resulta clave en el desarrollo global de los fundamentos del poder de Hitler dentro del movimiento nacionalsocialista y del carácter y la dinámica de la organización nazi

anterior a 1933. La autoridad «carismática» se construyó en el seno de la propia base organizativa del movimiento, lo que hizo que la relación de Hitler con su partido fuera distinta de la de cualquier otro dirigente político en aquellos momentos. Además, lo dotó de un halo de «grandiosidad» desde la que su pretensión de lealtad exclusiva, como encarnación de una misión mesiánica en la construcción de una «nueva Alemania», se expandía desde el círculo más próximo hacia un cuerpo más amplio de creyentes, una «comunidad carismática» ampliada. Le proporcionó la legitimidad necesaria en el partido

para contrarrestar las tendencias desintegradoras que caracterizaban al movimiento.

Como ya se ha señalado, Hitler atrajo la atención primero como un propagandista, agitador y demagogo insólitamente hábil. En solo unos meses, se convirtió en el orador estrella del joven Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores de Alemania (que se había llamado hasta febrero de 1920 Partido de los Trabajadores de Alemania). Fue Hitler quien expuso el programa del partido, que él mismo había redactado y preparado en parte, el 24 de febrero de 1920. A lo largo de ese mismo año se

dirigió en más de treinta ocasiones a auditorios que oscilaron entre unos cientos y más de dos mil personas. Con Hitler como cabeza visible del partido, la afiliación alcanzó la cifra de 2.000 militantes a finales de 1920 y de 3.300 en agosto de 1921,^[80] un aumento muy considerable teniendo en cuenta que el propio Hitler se convirtió en el miembro número 55 del partido en septiembre de 1919.^[81] Aunque la mayoría de quienes eran arrastrados por la oratoria de Hitler procedía de las clases medias bajas de Múnich, también algún que otro ricachón influyente en los círculos sociales y políticos de la ciudad mostró

interés por el revuelo que provocaba.

A través de Ernst Röhm, más tarde jefe de la SA y miembro del Partido de los Trabajadores de Alemania desde 1919, Hitler hizo contactos importantes en el ámbito de los dirigentes de la derecha radical y los paramilitares. Su antiguo jefe en la unidad de «educación» de la Reichswehr, Hauptmann Karl Mayr, se encargó de que el ejército pagara 3.000 folletos sobre el Tratado de Versalles, que el partido distribuyó en 1920. En una carta a Wolfgang Kapp, exiliado de extrema derecha que había participado en el *putsch*, le comentó que tenía grandes esperanzas depositadas en

Hitler y su movimiento.^[82] Y Dietrich Eckart, uno de los mentores «intelectuales» de Hitler, contribuyó de forma estimable a la recaudación de fondos y a la búsqueda de mecenas acaudalados en el entorno *völkisch*. Fueron las garantías financieras de Eckart, junto a una aportación de 60.000 marcos de los fondos de la Reichswehr, gestionadas por Röhm y Mayr, las que permitieron al partido comprar su propio periódico, el *Völkischer Beobachter*, a comienzos de 1921. Por lo tanto, puede afirmarse con cierta razón que estos tres personajes —Röhm, Eckart y Mayr—, fueron las «parteras de

la carrera política de Hitler». [83]

En 1921, Hitler ya había eclipsado al primer jefe (y cofundador) del partido, Anton Drexler. Fue inevitable que se produjera un choque entre ellos, incitado por maniobras de fusión con facciones rivales del movimiento *völkisch*. Hitler se opuso sin más a estas tendencias. Sin duda, temía que una fusión pudiera debilitar su propio control del partido y arruinar la tarea — reforzada por la repercusión de su demagogia— que concebía para sí mismo: la de ser el «tambor» de la derecha nacionalista. Cuando Drexler inició las gestiones para la fusión

durante la ausencia de Hitler, éste dejó el partido encolerizado, causando una grave crisis que se resolvió cuando Eckart negoció el retorno de la «prima donna» del partido en condiciones que le otorgaban plenos poderes dentro del movimiento.

Todo parece indicar que los actos de Hitler durante la crisis se debieron más a una reacción acalorada y espontánea, ante circunstancias que no podía controlar, que a una estrategia premeditada para hacerse con el poder absoluto. Sin embargo, el hecho de que fuera un propagandista indispensable significaba que tanto su inflexibilidad

como su negativa a hacer concesiones se convirtieron en una ventaja que fortaleció sumamente su posición en el partido.

La organización siguió expandiéndose con rapidez. A fines de 1922 había alrededor de 20.000 militantes, que en el momento del *putsch* ascendían a 55.000, sobre todo en Baviera, y fundamentalmente de origen pequeñoburgués. Desde 1921, el partido contaba con su propia organización paramilitar, la *Sturmabteilung* (SA). Aun así, hasta que se produjo el *putsch* el movimiento nazi distaba mucho de ser la pieza más importante del conjunto de

organizaciones paramilitares «patrióticas» de la extrema derecha en Baviera. El crecimiento continuo del partido se podía atribuir todavía en buena parte al talento de Hitler como agitador y azote del sistema de Weimar, mientras la hiperinflación, la ocupación del Ruhr y la inestabilidad gubernamental parecían apuntar al inminente derrumbamiento de la democracia.

Para todos los que estaban predispuestos a ser atraídos por el mensaje, los discursos de Hitler resultaban electrizantes. Uno de sus primeros admiradores, Kurt Lüdecke, al

recordar su reacción cuando escuchó a Hitler hablar en 1922, escribió que sus facultades críticas se vieron anuladas, que se sintió poseído por el «hechizo hipnótico que provenía de la fuerza viva de su convencimiento», que «la intensa voluntad del hombre, la pasión de su sinceridad» «parecía manar de él hacia mí», que todo ello constituía una experiencia que solo podía comparar con la de una conversión religiosa.^[84]

No son raros relatos así de los discursos de Hitler. Sin embargo, dadas las condiciones de Baviera a comienzos de los años 20, aunque la demagogia de Hitler arrastraba a las masas de la

clientela *völkisch*, sin apoyo externo ni contactos influyentes podía muy bien haber seguido siendo un mero agitador de cervecería.

Los primeros conversos acomodados, como Lüdecke y Putzi Hanfstaengl, licenciado en Harvard y vástago de una respetada familia de marchantes de obras de arte de Múnich, le ayudaron a introducirse en los salones de la alta burguesía de Múnich. Los editores Julius Lehmann (que ya simpatizaba con el partido desde hacía tiempo) y Hugo Bruckmann, y el fabricante de pianos Carl Bechstein se encontraban entre los que apadrinaron a

un invitado tan poco apropiado en las veladas de la buena sociedad. El mariscal de campo Ludendorff, la figura de mayor prestigio de la extrema derecha, también hizo uso de su influencia para recomendar a Hitler en círculos sociales que de otra forma le habrían estado vetados.

Más importante todavía fue la protección que Hitler y su movimiento recibieron de las autoridades bávaras. Los nazis pudieron valerse de las simpatías nacionalistas de los dirigentes de la policía, la judicatura y el ejército en un Estado que se veía a sí mismo como el bastión de la derecha patriótica

frente al socialismo que se extendía por Prusia, Sajonia, Turingia y otras partes. A medida que se ampliaban las conexiones con Ludendorff y con las otras organizaciones paramilitares en Baviera, junto al importante papel desempeñado por Röhm como intermediario, el movimiento nazi pudo beneficiarse de las ayudas financieras que iban a parar a la derecha «patriótica» en su lucha contra el «peligro rojo». Además, las posibilidades que tenía Röhm de conseguir las municiones que, procedentes de las unidades de milicias contrarrevolucionarias disueltas, había

recogido la Reichswehr, resultaron vitales al permitir a Hitler abastecer de armas, vehículos y otros equipos a la SA en 1923. También fue Röhm quien «cocinó» en septiembre de 1923 la jefatura de Hitler sobre el *Deutscher Kampfbund*, la fusión compuesta por el NSDAP, el *Bund Oberland* y la *Reichsflagge*, que constituyó la organización paramilitar más radical y violenta de todas las de Baviera.

Sin el auspicio, la protección y la ayuda de la burguesía de Múnich y de las autoridades políticas y militares, no habría sido posible el tránsito de Hitler a una posición destacada dentro de la

derecha radical bávara. Y, aunque esta fase de la historia del partido culminó con el desastre del Bürgerbräukeller en noviembre de 1923, que Hitler lograra eclipsar a Ludendorff en el juicio de febrero y marzo de 1924 significaba que podía reivindicar su consideración como la nueva cabeza visible del movimiento *völkisch*, aun cuando a estas alturas pudiera parecer que sus mejores días ya habían pasado. Resultó apropiado que el momento clave para asentar su predominio viniera dado por una nueva pieza maestra de agitación ante sus comprensivos jueces en Múnich.

La desintegración del prohibido movimiento nazi durante la estancia de Hitler en la cárcel confirmó lo indispensable de su caudillaje; y, al margen de sus diferencias, las diversas facciones nazis que surgieron de la división compartían su veneración por el jefe encarcelado. Por otra parte, su actuación en el juicio había aumentado la fama de Hitler entre los partidarios de la derecha radical fuera de Baviera. Aunque las disputas entre facciones continuaron con marcada crudeza y encono durante más de un año tras su salida de la cárcel y la refundación del partido en febrero de 1925, su posición

había salido enormemente fortalecida gracias al realce de su estatus y más allá de la quiebra del movimiento posterior al golpe. Cuando en febrero de 1926 estalló una crisis de objetivos y estrategia en el partido, Hitler poseía suficiente fuerza, mediante su control de una zona estratégica como Múnich, para acabar con ella.

En parte, la crisis se debió a enfrentamientos entre dirigentes que se remontaban a las duras luchas de los días de la escisión después del *putsch* y a la impopularidad en su patria chica de Baviera de algunas de las fuerzas predominantes en el partido, como sobre

todo el entonces jefe de propaganda Hermann Esser y Julius Streicher, jefe nazi en Núremberg. Lo que provocó la crisis de manera más destacada fue el desencanto expresado por algunos miembros relevantes de la organización en el norte y el oeste de Alemania (fundamentalmente Gregor Strasser, que había entrado en una facción del norte tras la ruptura del viejo partido en 1924) a propósito de la vaguedad del programa de 1920, el abandono de las reivindicaciones «socialistas» en el tono político de Múnich y la estrategia que se había adoptado. Cuestiones como la participación en las elecciones —

siguiendo la táctica posgolpista de Hitler de hacerse con el poder por medio de las urnas y no a través de la insurrección— o el apoyo a un referéndum pedido por la izquierda para expropiar los bienes de las antiguas casas reales, o si la futura política exterior debía inclinarse del lado de Rusia frente a occidente o dirigirse más bien a la conquista de aquélla en favor del «espacio vital» para Alemania, eran todas objeto de discusión. Pero el factor decisivo que llevó a Hitler a actuar fue la demanda de un nuevo programa para el partido. La adopción de un nuevo ideario habría significado no solo la

infinita negociación de la «doctrina» partidista, sino también, y este aspecto resultaba fundamental, aceptar que el propio jefe estaba atado por un plan. El dominio de Hitler sobre la organización, que no procedía del programa sino de la personificación de la «idea» en su «misión», se hubiera visto gravemente dañado. Se habría sustituido la esencia «carismática» del partido por un proyecto concreto.

Hasta principios de 1926, Hitler había permanecido inactivo. Su característica indolencia para la gestión del día a día había dejado a la dirección del partido completamente en manos de

otros, lo que le proporcionó tiempo para concentrarse en la escritura del segundo volumen de *Mein Kampf*. Se mantuvo apartado de la crisis que se avecinaba. Las acciones de los jefes del partido en el norte, que con el permiso expreso de Hitler se habían constituido en «grupo de trabajo», no llegaron a ser una sublevación contra el propio Hitler. Sin embargo, a comienzos de 1926 ya estaba claro que la crisis significaba un desafío a la misma base de su autoridad como líder.

Como de costumbre, Hitler actuó cuando no tuvo más remedio. En una reunión de jefes del partido convocada

para el 14 de febrero de 1926 en Bamberg, su discurso puso fin a las expectativas de la «facción» reformista, que, en cualquier caso, ya estaba dividida desde sus comienzos. Reiteró que la misión del partido consistía en aplastar al «bolchevismo judío», punto que no había aparecido en el programa de 1920, con Italia y Gran Bretaña como aliados naturales de Alemania, en lugar de trabajar para formar una entente con Rusia, y se opuso a la expropiación de los bienes de los príncipes.^[85] Y, lo que resultaba más importante, se identificó completamente con el programa vigente. Proclamó que el ideario de 1920 «era el

fundamento de nuestra religión, nuestra ideología» y que andar manipulándolo hubiera equivalido a «traicionar a aquellos que perecieron creyendo en nuestra Idea».^[86] Quedaba pues de manifiesto que rechazar el programa era lo mismo que rechazar a Hitler, la «idea» y la memoria de los «mártires» del *putsch* de 1923.

El llamamiento a la lealtad salió triunfante. La «oposición», que como tal nunca se enfrentó a Hitler ni a la «idea», sino que había surgido de la indefinición de la propia «idea», se desvaneció. La organización central del partido se hizo más rígida. Los dirigentes del norte

aceptaron su derrota y volvieron al redil. Goebbels, que estaba consternado después de la reunión de Bamberg, recibió una invitación de Múnich, donde se le trató como a una celebridad y Hitler lo envolvió con su encanto personal. Goebbels se rindió. «Hitler es grande», escribió en su diario. «Nos estrechó la mano a todos calurosamente. ¡Lo pasado, pasado está!... Me inclino ante el hombre más grande, ante el genio político».^[87] Poco después, en mayo de 1926, el primer congreso del partido después del golpe, celebrado en Weimar, se convirtió en una muestra pública de adhesión a Hitler y declaró

que el programa de 1920 era inalterable. La crisis había acabado. Se desterraba cualquier atisbo de democracia interna en el partido. Todo el poder sobre las decisiones que estuvieran relacionadas con asuntos de ideología o de organización recaían, tal y como se aceptó entonces, en la persona de Hitler. Ya estaba preparado pues el camino hacia la plenitud del «partido del Führer».

En el contexto general de la política alemana del momento, todo esto tenía poca importancia. La democracia había recibido su bautismo de fuego en la crisis de posguerra. La moneda, tres

años después de la hiperinflación de 1923, se había estabilizado, la economía repuntaba, los «años dorados» de la cultura de Weimar se encontraban en plena actividad, no había existido otro momento igual de calma en la actividad política desde 1918 y la extrema derecha se limitaba a atraer a un núcleo reducido de votantes. El futuro parecía prometedor y sin el envite de la crisis económica mundial de 1929 podría haber seguido así.

Sin embargo, en este preciso momento, a fines de los años 20, cuando el Partido Nazi se hallaba en su particular travesía del desierto, se creó

una estructura organizativa que permitió al NSDAP explotar la crisis, a raíz de la Depresión, de un modo mucho más eficiente que el que había caracterizado a los variadísimos movimientos de la derecha radical a la hora de afrontar la etapa inflacionista de los años 1922 y 1923. Aunque el voto potencial anterior a 1926 resultaba insignificante, la base de los activistas del NSDAP se había consolidado de forma notable, por lo que cuando estalló la crisis el partido contaba con más de 100.000 militantes.

En este período, el culto al Führer ligado a Hitler quedó totalmente institucionalizado dentro del movimiento

y se establecieron los cimientos para transmitirlo a un electorado más amplio a comienzos de la década de los 30. Un símbolo externo, significativo de la supremacía de Hitler, fue la introducción del saludo «Heil Hitler» como fórmula obligatoria entre los miembros del partido. La figura más destacada del grupo «reformista» de 1925-1926, Gregor Strasser, se situaba abiertamente entre los que idolatraban a Hitler y escribió en una publicación partidista acerca de la «devoción completa a la idea del Nacionalsocialismo», combinada con «un profundo amor por la persona de nuestro líder que es el

héroe victorioso de los nuevos combatientes de la libertad».^[88]

Goebbels, cuya creencia en Hitler flaqueó por un instante en 1926, se mostraba ahora efusivo en su repetida elaboración del culto al Führer en su periódico, *Der Angriff*.

Aquello por lo que Hitler se había afanado se había hecho realidad: ahora el ideario del partido estaba subsumido en su propia persona. Sin embargo, este «programa» no equivalía a un número de objetivos políticos claramente definidos y bien expresados a través de un manifiesto. El «programa» —que venía a dar coherencia a un partido

intrínsecamente faccioso— tampoco significaba, salvo de manera indirecta, la aceptación de todos y cada uno de los aspectos de la ideología a la medida de Hitler, expuesta en *Mein Kampf*.

El propio Hitler nunca había creído que la homogeneidad del partido pudiera apoyarse en un programa rígido. Lo que hacía falta era un acto incondicional de fe en una serie de principios doctrinales vagamente definidos pero inflexibles, encarnados en la persona de Hitler: el mundo entendido como lucha entre razas fuertes y débiles, la selección de los mejor dotados, la necesidad de fortalecer de

nuevo a Alemania, librarse de los judíos y luchar por el «espacio vital». Los puntos de fricción se minimizaron en la medida de lo posible. Hitler combinaba la inflexibilidad de los elementos básicos del dogma con un máximo de pragmatismo en las maniobras políticas, manteniéndose al margen cuanto podía de las disputas internas. Se mantuvo distante respecto a las fuerzas más radicales del movimiento, que tenían más posibilidades de alienarse que de atraerse los apoyos necesarios para conseguir el objetivo que constituía el requisito para todo lo demás: el control del poder del Estado.

Los jefes nazis de segunda fila, divididos entre sí, no se quedaron atrás a la hora de manifestar tanto su devoción al Führer como su fe y su lealtad, en parte por su propia convicción acerca de la grandeza de Hitler y la creencia en su «misión», en parte porque reconocían que su propia ambición de hacer carrera dependía de Hitler y también porque al aceptar un cierto grado de dominio por parte del líder supremo, el resto de los posibles candidatos al liderato quedaban excluidos. Resultaron inevitables los choques de personalidades y las diferencias estratégicas, tanto más cuanto que el

triunfo político se mostraba huido. Sin embargo, siempre acababan en muestras de lealtad y subordinación a Hitler.

Un agrio enfrentamiento entre Goebbels y Gregor Strasser en 1927, por ejemplo, trajo consigo una manifestación pública de unión, «alentada por la creencia compartida en una misión elevada y sagrada y por el sentimiento de fidelidad que les vinculaba a la idea en común y también a un mismo líder en la persona de Adolf Hitler». Las dos premisas para la llegada de una «futura victoria en la unidad ideal» se describían ante los miembros del partido como la

«autoridad de la idea y la autoridad del Führer», que «formaban una sola cosa en la persona de Adolf Hitler».^[89]

Más allá de la aparente cohesión del partido, el conflicto —y aun a veces la rebelión—, continuaron hasta finales de 1932. Pero la posición de Hitler en estos momentos era mucho más sólida de lo que había sido en la etapa de las luchas faccionalistas, entre 1925 y 1926. Otto Strasser fue obligado a dejar el partido sin repercusión alguna cuando en 1930 desafió su mando, anteponiendo una vez más la supremacía de la «idea» por encima del «líder». Cuando hubo riesgo de problemas en la SA y estalló

una grave revuelta en la primavera de 1931, Hitler salió victorioso haciendo una llamada a la lealtad hacia su persona. Finalmente, durante la crisis más seria de todas, en diciembre de 1932, cuando el segundo hombre fuerte del partido, Gregor Strasser, dimitió tras una discusión esencial sobre la estrategia, se marchó en solitario, no hubo rupturas ni desafíos a la posición de Hitler; y se demostró una vez más que triunfaba la apelación a la fidelidad personal. Después de una reunión en la que Hitler denunció a Strasser, «los presentes» —los Gauleiter de categoría superior— «sellaron de nuevo su viejo

vínculo con él mediante un apretón de manos».^[90] Durante las semanas siguientes se sucedieron las declaraciones de lealtad de todas partes de Alemania.

La solidez de la posición de Hitler dentro del partido se remontaba en buena parte a los años del «desierto», entre 1925 y 1928. Cuando se inició el auge electoral nazi en el otoño de 1929, la naturaleza del NSDAP como «partido del Führer», cuyo concepto y organización resultaban inseparables de su jefe, estaba consolidada. Por algo se le conocía normalmente como «el movimiento de Hitler». El dominio de

Hitler sobre el NSDAP era absoluto. Se habían forjado los vínculos de la gran «comunidad carismática», la principal correa de transmisión del «culto al Führer» hacia sectores más amplios de votantes que todavía no eran seguidores convencidos de Hitler.

LAS MASAS

La atracción que ejerce sobre las masas un «líder carismático» tiene solo una relación indirecta con los atributos reales de su personalidad y su carácter. Las percepciones son más importantes que la realidad. Pocos de los trece

millones de alemanes que votaron a Hitler en 1932 lo conocían. El Hitler del que habían oído hablar o sobre el que habían leído en los periódicos, el que habían visto en los actos electorales o en los mítines correspondía a una imagen creada y adornada por la propaganda. El *marketing* de la imagen resultaba crucial, como también lo era una predisposición previa a aceptar dicha imagen. La mayoría de los partidarios del nazismo ya estaba al menos a medio convertir antes de encontrarse con Hitler en carne y hueso, y, por lo demás, sucumbió ante su «carisma». Probablemente, para la

mayor parte de quienes iban a votar al Partido Nazi (a falta de sondeos, nunca podremos saberlo con certeza), los asuntos prosaicos del día a día, la preocupación por los temas locales, el propio interés personal e incluso los sentimientos esencialmente pesimistas acerca de que Hitler no podía hacerlo peor que el resto y que también se le podía dar una oportunidad, todo ello tenía más importancia que el fervor ideológico y que la entrega ciega a la «idea de misión». Sobre todo en pueblos y ciudades pequeñas, no debió de resultar excepcional que la gente siguiera el ejemplo de las fuerzas vivas

de la comunidad (los notables y los miembros respetables de clubes sociales y asociaciones) y llegara a apoyar a los nazis. Con posterioridad a 1929-1930, la pléyade de grupos de interés que actuaban dentro del movimiento nazi — organizaciones de afiliados que cubrían los intereses de prácticamente todos los sectores de la sociedad, desde la juventud y las mujeres hasta los obreros, los agricultores, comerciantes, estudiantes, médicos, abogados, funcionarios y profesores de universidad —, relacionaban la idea integradora del nazismo con los intereses materiales y sectoriales más concretos. Por lo tanto,

la gente halló en el nazismo una propuesta atractiva por una amplia gama de motivos, que respondían a intereses personales y no simple o fundamentalmente a Hitler. Sin embargo, una vez entablado el contacto con el nazismo, todos los seguidores potenciales se vieron expuestos a la imagen «carismática» de Hitler.

El culto a Hitler, aunque no por sí solo, sí como expresión de la amalgama de las diversas corrientes de la «idea nazi», sirvió como reclamo de primera importancia dentro de la variedad de causas que llevaron a la gente a sentir atracción por el nazismo. En una muestra

—muy significativa, a pesar de no ser estadísticamente representativa— de los asuntos ideológicos más importantes que preocupaban a los militantes nazis de a pie, el culto a Hitler sobresalía en casi un quinto (18,1 por 100) de los 739 casos. [\[91\]](#)

Como ya se ha visto, incluso en los escalafones más altos del partido, la idea contenía muchas de sus virtudes en su misma imprecisión: la devoción fanática en una visión utópica de un futuro lejano más que los puntos concretos de un programa de acción claramente expresado. Hitler podía, más que cualquier otro político que

compartiera sus criterios, suscitar en quienes lo conocieron, y que de alguna forma estaban predispuestos a recibir su mensaje, la imagen de un futuro heroico para una nación alemana que, regenerada, renacía de las cenizas de la destrucción total del viejo orden. Hitler infundió entre los millones que atrajo hacia sí la convicción de que él y solo él, respaldado por el partido, podía poner fin a la miseria del momento y guiar a Alemania hacia una nueva grandeza. Esta concepción del futuro prometía grandes beneficios para todos, con tal de que fueran racialmente aptos, mientras que los enemigos del pueblo,

que hasta ese momento los sometían a la esclavitud, serían no solo proscritos sino totalmente extirpados.

Con el fin de atraer a la generalidad, las variaciones sobre el gran tema principal de la regeneración nacional y la eliminación de los enemigos de la nación eran suficientes. Para la mayoría de los partidarios del nazismo, la expresión «enemigos de la nación», en los primeros años 30, se refería sobre todo a los marxistas. Pese a que en la cosmovisión personal de Hitler judíos y marxistas eran sinónimos, durante la etapa de ascenso al poder predominó el descrédito en público de los marxistas.

Incluso los miembros del partido en aquel momento, y por descontado los votantes menos comprometidos, tendían a ser sobre todo antimarxistas, aunque está claro que esto podía incluir —como en el caso del propio Hitler— el antisemitismo violento o coexistir con él. En cuanto a los elementos que mayor hostilidad despertaban, cerca de dos tercios de quienes respondieron a la encuesta ya mencionada entre militantes de a pie del partido eran sobre todo antimarxistas en sus más diversas formas.^[92] Los temas ideológicos que predominaban en los militantes de la encuesta reflejaban el lado «optimista»

e impreciso del nazismo: las expectativas de una «comunidad nacional» unida y solidaria (31,7 por 100 de 739 respuestas) y el supernacionalismo (22,5 por 100), asociados a una Alemania fuerte y expansionista. El antisemitismo, acusado o fortuito, destacaba solo en un 13,6 por 100 de las respuestas.^[93]

No existía nada específicamente nazi, y mucho menos hitleriano, en el empuje de imperativos tan imprecisos. Constituían lugares comunes en la extrema derecha antes de que el Partido Nazi viniera a acaparar el mercado del nacionalismo *völkisch*. A la hora de

construir el apoyo de las masas, lo que fue realmente decisivo, más que la doctrina intrínseca nazi, fue el tipo de articulación y la forma en que se presentaron los miedos, las fobias y las vagas expectativas que resultaban corrientes más allá del núcleo tradicional de apoyo a la derecha *völkisch*. Y cuando se trataba de presentar algo, Hitler no tenía competencia.

La marca retórica de Hitler encontró su plena justificación en el contexto de la crisis total del Estado que se inició con la Depresión, con la economía y la autoridad política trastornadas. Más que

ningún otro dirigente nazi, incluido Goebbels, él era un maestro cuando expresaba la ira y los prejuicios populares de la forma más pedestre y maniquea. La fuerza de su expresión, la sencillez de las alternativas que planteaba, la fuerza y la seguridad de sus convicciones y la ambiciosa visión de futuro que ofrecía, todo combinado para ofrecer un mensaje irresistible a los ya casi persuadidos que querían escucharle. El texto de sus discursos pone de manifiesto un catálogo de banalidades y de tópicos, pero el ambiente, la puesta en escena y el aura mística de grandiosidad mesiánica con

que la propaganda nazi había envuelto ya para entonces a Hitler hacían que sus palabras electrizaran a las masas, cuyas emociones, preparadas por medio de un montaje publicitario previo, recordaban más a una concentración religiosa evangelista que a un mitin político convencional.

Algunos pasajes fundamentales de *Mein Kampf* versaban sobre la propaganda. Hitler apuntó que consideraba la propaganda, sin duda, como la tarea más importante del joven Partido Nazi.^[94] La misión de la propaganda, escribió, era «procurar que una idea gane adeptos», «tratar de

imponer una doctrina a todo el pueblo». La «organización», por otro lado, servía para hacerse con miembros, los abogados de la causa, quienes «realmente hacen posible la victoria del movimiento».[95] Concedía mayor trascendencia, dentro del liderato, a la agitación que a un programa teórico. El gran teórico, escribió, raras veces se convierte en un gran líder. Es en el agitador donde suelen encontrarse las cualidades para el mando, «ya que liderar significa ser capaz de movilizar a las masas».[96]

El desprecio de Hitler por los asuntos teóricos, junto a su percepción

de los límites de la doctrina ideológica a la hora de ganarse a las masas, quedó claro en un discurso pronunciado en privado en 1926, ante el selecto público del Hamburger Nationalklub. «Sobre todo», manifestó, «uno tiene que desechar la idea de que se puede satisfacer a las masas con conceptos ideológicos. La comprensión constituye una plataforma poco firme para las masas. La única emoción estable es el odio». Añadió que, por encima de todo, lo que percibían las masas era la fuerza y que, metido en la multitud, el individuo es «como una insignificante lombriz», que siente solo la energía y la

rectitud del movimiento y ve a «200.000 personas luchando unidas por un ideal, que él mismo no logra comprender y no tiene por qué. Posee una fe, y esta fe se refuerza a diario mediante su visible poder».[97]

Como observó un comentarista coetáneo, que escribía en 1931:

Según Hitler, toda propaganda tiene que limitar su nivel intelectual para que lo entienda el más estúpido del público. El banal «¡blanco contra negro!» en lugar de ideas complejas... El tema debe ser explosivo... Nada de palabras sabias. Hay que despertar la ira y la pasión y echar leña al fuego hasta que la multitud se vuelva loca.[98]

Un aristócrata ruso-alemán que se convirtió tempranamente al nazismo recordaba que, al terminar el primer discurso que escuchó a Hitler, en Mecklenburg en 1926, «mis ojos estaban llenos de lágrimas y tenía un nudo de llanto en la garganta. Un grito liberador del entusiasmo más puro descargó la insoportable tensión cuando el público rompió en aplausos».^[99] Este tipo de experiencias, llenas de emotividad, no resultaban extrañas para quienes se encontraban predispuestos ideológicamente a recibir la imagen y el mensaje.

Las técnicas propagandísticas de

Hitler para ganarse a las masas podían haber tenido poco éxito sin las condiciones externas que facilitaron un «mercado» electoral a la alternativa política nazi. En ausencia de la Depresión, del deterioro general del gobierno y el Estado y de la desintegración de los partidos liberal-conservadores burgueses, Hitler no hubiera podido valerse de este «mercado» de masas y hubiera seguido siendo una opción minoritaria e insignificante en los márgenes del sistema político.

Incluso durante la Depresión, como se ha indicado anteriormente, el nazismo

ganó adeptos entre las «masas» por vías más prosaicas que el súbito flechazo en los mítines de Hitler. Generalmente, en esos mítines predicaba para los conversos o los que se hallaban ya a medio camino. A los que no estaban entregados a la causa o a los curiosos que simplemente asistían a estos actos, el impacto que les producía a menudo no era precisamente carismático. «¿Qué tipo de impresión causaba? Siempre la de un chiflado, con su corte de pelo y ese bigotín», recordaba un ama de casa de mediana edad. Un joven de dieciséis años les dijo a sus padres, después de que, llevado por la curiosidad,

escuchara a Hitler en una caseta de cerveza en Múnich en 1932, que no había nada por lo que preocuparse: «Nadie le va a votar, semejante fanfarrón no puede convencer a nadie».

[100]

Los apoyos a Hitler fueron más fuertes en el norte y el este de Alemania, mayoritariamente protestantes, que en el sur y el oeste, fundamentalmente católicos; en el campo y en las localidades pequeñas (excepto en las zonas católicas) que en las grandes ciudades; y, dentro de las ciudades, en las áreas residenciales de clase media que en las barriadas proletarias. Los

trabajadores autónomos, los agricultores, los empleados de oficinas y los funcionarios eran proclives en gran medida a apoyar al NSDAP. A pesar de la propaganda que presentaba a Hitler como «la última esperanza», los desempleados no se decantaron por él. El movimiento nazi era más «juvenil» que cualquier otro partido político, excepto el Partido Comunista. Sin embargo, y pese a que la imagen «viril» de un «movimiento combativo» abrumadoramente masculino, unida a un idealismo apasionado, atrajo inequívocamente a muchos jóvenes alemanes, el tamaño de las Juventudes

Hitlerianas siguió siendo hasta 1933 raquítico en comparación con las organizaciones de las juventudes socialistas, católicas y burguesas. Los nazis, más que ninguno de sus rivales, lograron atraer adeptos de todas las clases sociales y crearon una militancia socialmente heterogénea. No obstante, hubo desviaciones significativas en cuanto a sus apoyos normales y limitaciones en cuanto a su penetración social.

Sobre todo, la izquierda socialista y comunista y las organizaciones políticas católicas siguieron siendo relativamente inmunes al tirón de Hitler hasta 1933 y

después. Antes de 1933, alrededor de dos tercios de los votantes alemanes no vieron en Hitler a un candidato atractivo. Su conquista definitiva de las masas surgió una vez que los nazis silenciaron a la opinión opositora y lograron un control absoluto de los medios de comunicación.

No obstante, la consecución del apoyo de un tercio de los votantes entre 1929 y 1932 fue un logro notable de movilización política. Conforme la maquinaria ganaba velocidad en el otoño de 1929, hacía el rodaje en el verano de 1930 y alcanzaba su pleno funcionamiento después del

extraordinario triunfo en las elecciones de septiembre de 1930, las oleadas de nuevos militantes permitieron una movilización aún mayor, cuando un éxito llamaba al siguiente. Los fieles del partido, que habían crecido enormemente, podían desatar en aquellos momentos un grado considerable de agitación por medio de continuas concentraciones, mítines, marchas y, no en menor medida, a través de una lucha por el control de las calles en pueblos y ciudades que llevó en repetidas ocasiones al «movimiento de Hitler» a primera plana, proyectando así una imagen de vitalidad y acción.

La imagen del partido se perfilaba, ahora que la máquina propagandística estaba en manos de Goebbels desde abril de 1930, con mayor habilidad y mejor dirigida que antes. Los eslóganes, los temas, los oradores y la publicidad de las campañas obedecían a una dirección centralizada, aunque se concedía importancia a lo local y lo regional. Se desplegaron nuevas y llamativas técnicas, como cuando, en la segunda campaña para la presidencia en la primavera de 1932, se fletó un aeroplano para transportar a Hitler a sus mítines con el lema «el Führer sobre Alemania». La imagen sugería la idea de

un mundo moderno y tecnológico, en el que sin embargo también se restablecerían y dominarían los verdaderos valores alemanes. Sobre todo, la imagen que describía la propaganda nazi era la del poder y la fuerza, el dinamismo y la juventud, la de una inexorable marcha hacia el triunfo, la de un futuro que había de ganarse por la creencia en el Führer.

En el verano de 1932, la maquinaria del partido constituía un monstruo imparable. En aquella fecha Hitler estaba a la cabeza de un movimiento impresionante, de unos 800.000 miembros y cerca de medio millón de

paramilitares, de los cuales no todos eran militantes del partido. Trece millones de votantes estaban en mayor o menor medida listos para depositar su confianza en Hitler en 1932.

La base popular de la posterior «deificación» de Hitler estaba formada. La capacidad de aclamación que tenía a su servicio iba a funcionar durante todo el Tercer Reich como el elemento de cohesión más importante del Estado nazi. Pero, por el momento, le valía a Hitler para desbloquear el camino hacia el poder: ningún otro dirigente de un partido de la derecha podía ofrecer a las elites conservadoras nada remotamente

comparable al control que Hitler ejercía sobre las masas.

Sin embargo, el apoyo popular resultó insuficiente en sí mismo para llevar a Hitler al poder. A finales de 1932, una sucesión de dos campañas presidenciales, varias elecciones provinciales y después unas elecciones al Reichstag le proporcionaron un techo electoral, antes de la conquista del poder, de un 37,3 por 100 de todos los votantes. Como jefe del partido más votado, con mucho, del Reichstag, con 230 escaños, Hitler exigió la cancillería. En una audiencia el 13 de agosto de 1932, el presidente del Reich,

Hindenburg, se negó rotundamente a nombrarlo. En consecuencia, hubo una profunda crisis de confianza en el movimiento nazi durante los meses restantes de 1932. Algunos militantes se hartaron y se marcharon. Por primera vez los votantes también le volvieron la espalda al partido: las elecciones de noviembre registraron una caída de dos millones de votantes para el NSDAP, que perdió treinta y cuatro escaños en el Reichstag. Ya en abril Goebbels había anotado en su diario: «debemos llegar al poder en un futuro inmediato; de lo contrario, nos venceremos del todo a nosotros mismos».^[101] A fines de 1932,

con la situación financiera por los suelos y la salida de Strasser como un aporte moral a una situación sin precedentes, el futuro del Partido Nazi no era nada prometedor. La apuesta de Hitler de jugarse la cancillería a todo o nada resultó un completo fracaso. Parecía que el partido corría el riesgo de fraccionarse. La superioridad de Hitler en el partido y su control sobre las masas no parecían suficientes para hacerse con el poder. Era necesario que llegara ayuda del exterior, y, en los momentos más difíciles para el partido, esa ayuda estaba cerca.

LAS ÉLITES

La entrega del poder a Hitler el 30 de enero de 1933 fue la peor salida que podía darse a la inevitable crisis de la democracia de Weimar. No tenía por qué ocurrir. No fue en ningún caso un resultado inevitable. El éxito electoral por sí solo no habría dado lugar a ello. Según la Constitución de Weimar, no había obligación de nombrar jefe del Gobierno al líder del partido que más escaños hubiera conseguido en las elecciones generales. Como se ha señalado, Hindenburg le negó la

cancillería a Hitler en agosto de 1932, cuando los nazis se encontraban en la cresta de la ola. Cinco meses después cambió de opinión, cuando el partido estaba en plena crisis tras el revés electoral de noviembre de 1932 y el asunto Strasser. El nombramiento de Hitler era técnicamente constitucional. Sin embargo, el espíritu de la Constitución llevaba bastante tiempo muerto.

Después de que Brüning se convirtiera en canciller en marzo de 1930, el gobierno presidencialista reemplazó de forma creciente y deliberada al gobierno parlamentario; el

canciller del Reich gobernaba mediante «decretos de emergencia» con la firma del presidente del Reich y con la autorización que le otorgaba el artículo 48 de la Constitución de Weimar. Si con el primer presidente del Reich, Friedrich Ebert, se hizo uso del artículo 48 para defender a la democracia de las fuerzas antidemocráticas tanto de la derecha como de la izquierda, en aquellos momentos, bajo la presidencia de Hindenburg, se utilizaba para socavar el sistema democrático. A raíz de la castración del Reichstag, que se había vuelto cada vez más incontrolable desde el aumento en el número de votos de

comunistas y nazis en las elecciones de 1930, la posición del presidente del Reich resultaba crucial. Acceder a Hindenburg significaba tener la llave del poder. Por lo tanto, el palacio presidencial se convirtió en el centro de las intrigas de mediadores poderosos que, libres de limitaciones institucionales, conspiraban astutamente y por su cuenta en regateos privados con el fin de favorecer sus ambiciones personales de poder. Detrás de estos mediadores independientes se hallaban las tácticas de influencia y presión que manejaban los grupos de elite importantes, deseosos de conseguir una

solución política a la crisis favorable a sus intereses.

En aquel laberinto de luchas por el poder, Hitler salió vencedor. Pocos intermediarios políticos o grupos de elite no nazis de la industria, el comercio, las finanzas, la agricultura, la función pública o el ejército tenían a Hitler como su favorito. Pero en enero de 1933, cuando el resto de las alternativas parecían agotadas, la mayor parte de ellos, con los grandes terratenientes a la cabeza, estaba dispuesta a acoger a un Gobierno de Hitler. De haberse opuesto, la llegada de Hitler a la cancillería hubiera sido

impensable; necesitaba de las elites para alcanzar el poder. Estas, a su vez, necesitaban a Hitler en enero de 1933, puesto que solo él podía aportar el apoyo popular necesario para imponer una solución autoritaria sostenible para la crisis del capitalismo y del Estado en Alemania. Esta era la base del trato que llevó a Hitler al poder el 30 de enero de 1933.

Antes de que el nazismo adquiriera su enorme base entre las masas y de que se convirtiera en una fuerza que no se podía pasar por alto en las negociaciones electorales, su importancia resultaba poco significativa

para los intereses de las elites. Como ya se ha visto anteriormente, Hitler no habría llegado a ser el «tambor» de la derecha en Baviera antes del *putsch* sin el patronazgo y la protección de la flor y nata de la buena sociedad de Múnich. Pero, lógicamente, en los «años buenos» de Weimar que siguieron a la estabilización de la moneda, los «capitanes de industria», la burguesía terrateniente y la cúpula del ejército tenían pocos motivos para mostrar algo que no fuera un interés escaso por el partido de Hitler, situado en la periferia de la escena política.

No puede haber dudas sobre las

tendencias autoritarias y las posturas cada vez más antidemocráticas que proliferaban en destacados grupos de elite, incluso en el efímero apogeo de Weimar. Además, los nazis no cesaron de buscar su apoyo. Hitler se dirigió, o se encontró en privado, con industriales en varias ocasiones para conseguir ayuda política y financiera. Algunos accedieron, aunque hasta el momento eran la excepción. Bastante alejados de la retórica anticapitalista y poco atractiva del NSDAP, la mayor parte de los dirigentes de la economía veía poco sentido en el apoyo a un partido que no tenía influencia y escasas posibilidades

de llegar al poder. Es más probable que compartieran el criterio expuesto en un informe confidencial del ministro del Interior del Reich en 1927, que se refería al NSDAP como «un partido que no va a ninguna parte», un «grupo faccioso y revolucionario que no es capaz de ejercer una influencia significativa en la gran masa de la población o sobre el curso de los acontecimientos políticos».^[102] Por lo tanto, no es sorprendente que muchos «capitanes de industria» y grandes propietarios respaldaran a los partidos liberal-burgueses y conservadores.

Ésta continuó siendo la pauta incluso

durante la Depresión. El Partido Nazi se benefició solo a una escala relativamente menor de los fondos de «la gran empresa», que todavía entraban a raudales en las arcas de sus rivales electorales de la derecha conservadora. La financiación del NSDAP procedía en su mayor parte, de una manera menos espectacular, de las cuotas de afiliación, las colectas de fondos en las concentraciones públicas y otras fuentes por el estilo.^[103] Por lo tanto, a medida que el partido crecía, mayor era la cantidad de fondos provenientes de esos cauces. No obstante, las finanzas de la organización estuvieron siempre en un

estado lamentable. A pesar de que contaba con simpatizantes y partidarios que le proporcionaban ayuda económica y material, como por ejemplo el usufructo de propiedades como «albergues» de la SA o el préstamo de vehículos para transportar a las tropas de choque; mientras se pudiera pensar en alternativas más aceptables, los sectores más destacados de las elites no incluyeron al Partido Nazi dentro de sus planes de poder.

De 1929 en adelante, sin embargo, el «movimiento de Hitler» comenzó a representar un papel más destacado en sus cálculos políticos, si bien la mayor

parte mantenía sus reservas. La campaña de revisión del Plan Young de pagos por reparaciones de guerra, en 1929, le dio al partido la primera oportunidad de unir sus fuerzas con las otras organizaciones nacionalistas y beneficiarse ante todo de la publicidad que en aquellos momentos les ofrecían las publicaciones del magnate de los medios de comunicación Alfred Hugenberg, dirigente del DNVP. El terreno se hallaba listo también para fomentar los contactos con figuras prominentes de la industria y los negocios. En una serie de elecciones locales que se celebraron en otoño se

puso de manifiesto el aumento sustancial del voto del NSDAP, sobre todo en zonas rurales que padecían problemas agrícolas serios. Después del *crack* de Wall Street en octubre de 1929, la rápida intensificación de la crisis económica en 1930 y el triunfo electoral nazi de septiembre de 1930, cuya envergadura cogió por sorpresa incluso a los dirigentes del partido, la advertencia a la República de Weimar estaba muy clara. Cuando se produjo el colapso de los bancos en julio de 1931, la democracia estaba muerta y enterrada. En 1932, las reparaciones fueron efectivamente canceladas y con ello se

eliminó la traba principal de Versalles.

Durante todo este tiempo, las elites alemanas, profundamente antidemocráticas, habían estado buscando un recambio autoritario para la República de Weimar. Con Brüning se habló de una restauración de la Monarquía y de un sistema de gobierno al estilo de Bismarck. Cuando los intereses de los grandes propietarios convencieron a Hindenburg de que cesara a Brüning, Von Papen, el favorito de aquéllos, que también convenía a muchos otros sectores del mundo empresarial, contempló incluso el riesgo de una guerra civil que traería el

despliegue de la policía y el ejército para suprimir a los partidos políticos e imponer una nueva Constitución autoritaria. Dio buena muestra de sus intenciones cuando depuso al Gobierno electo de Prusia en julio de 1932, un movimiento de lo más significativo, puesto que Prusia, con mucho el mayor de los estados alemanes con casi dos tercios de todo el Reich, estaba todavía controlado por una coalición formada por los socialdemócratas y el Partido del Centro. Después de que las intrigas acabaran también con Von Papen, su sucesor, el general von Schleicher, intentó encontrar una base de apoyo

popular mediante la incorporación de los sindicatos y del movimiento nazi, con Gregor Strasser como vicescanciller. Cuando esta maniobra fracasó, por la victoria de Hitler sobre Strasser y su posterior dimisión, los días de Von Schleicher estaban también contados.

Entretanto, los contactos de Hitler con los dirigentes de los negocios, la industria y la agricultura se habían intensificado sin que la mayor parte de ellos se convenciera de que la solución que se necesitaba fuera una dictadura nazi. Sus vínculos con Hindenburg se habían renovado en 1931 en el «Frente Harzburg», así denominado por una

reunión de organizaciones nacionalistas en Bad Harzburg, Baja Sajonia. Hjalmar Schacht era uno de aquellos hombres del mundo de los negocios presentes en la reunión, aunque de ningún modo se trataba de una figura central y su entusiasmo por Hitler no era representativo de los círculos empresariales en general. En enero de 1932, Hitler se dirigió al influyente *Düsseldorfer Industrieklub*, donde ganó algún apoyo aunque muchos seguían todavía sin ver en él a su candidato. Por medio de Schacht y de Wilhelm Keppler, que había desarrollado su actividad en la industria

química y ahora actuaba como nexo entre Hitler y los empresarios, se ejerció mucha presión. Y, lo que resultaba aún más importante, se tejieron fuertes lazos entre la cúpula nazi y los grandes terratenientes del este de Alemania, a quienes escuchaba el presidente del Reich, tanto a través de Von Papen como por los intereses personales de Hindenburg como propietario. Los contactos con el ejército también se ampliaron. En el cuerpo de oficiales de la Reichswehr no se despreciaba el atractivo de la defensa del rearme a gran escala, junto con el final de la polarización política por

medio del aniquilamiento de la izquierda, sin la participación del ejército en una posible guerra civil. Sin embargo, tal y como los hechos pusieron de manifiesto, acabar con la izquierda y hacerse con una base de apoyo masivo en la derecha eran requisitos necesarios para cualquier forma de régimen autoritario duradero. En enero de 1933, la posibilidad de que Von Schleicher pudiera ganar el respaldo popular del que habían carecido tanto Brüning como Von Papen se había desvanecido. Solo Hitler contaba con las masas de la derecha política a su disposición.

Schacht fue el primer firmante, en

noviembre de 1932, de una iniciativa de un grupo de empresarios, dirigida al presidente Hindenburg, en la que solicitaban el nombramiento de Hitler como canciller.^[104] A pesar de todo, Hindenburg se negó. Después de que las elecciones dieran un aumento del voto comunista, junto a una caída del apoyo a los nazis, la perspectiva de interminables conflictos internos parecía real en dichos círculos. En las semanas posteriores, muchos dirigentes de las grandes empresas, sobre todo en la industria pesada, mostraron su profunda preocupación por el apoyo de Schleicher a los proyectos públicos de

creación de empleo y el intento de hacer participar a los sindicatos en su estilo autoritario de gobernar. Los planes de Schleicher para asentar a jornaleros en las fincas arruinadas del este supuso una gran ofensa para el grupo de presión de los grandes propietarios. Fue en este contexto, en enero de 1933, donde un ambicioso y egoísta Von Papen se las ingenió para actuar como intermediario principal entre el grupo de grandes empresarios que giraba en torno a Schacht —que no representaban en manera alguna los intereses divididos de la industria y el comercio—, el mando nazi y la camarilla que rodeaba al

presidente del Reich, en estrecha relación con el ejército y la casta de los grandes terratenientes prusianos. Ahora Von Papen se encontraba en disposición de aceptar a Hitler como canciller, aunque el precio que pedía a cambio era un Gabinete fuertemente nacionalista y conservador, no nazi, con él mismo en el puesto de vicescanciller y solo dos nazis más aparte de Hitler (Frick como ministro del Interior y Göring como ministro sin Cartera y ministro del Interior en funciones para Prusia). Con este acuerdo Von Papen, todavía el favorito de Hindenburg, pudo finalmente convencer al presidente de que Hitler

debía ser nombrado canciller.

El error fatal de cálculo de la derecha conservadora consistió en imaginar que se podría «domar» a Hitler haciéndolo participar en el Gobierno, de manera que la burbuja nazi se desharía. Cuando aparecieron voces manifestando preocupación acerca de las intenciones de Hitler, tanto la afirmación de Hugenberg de que nada podría ocurrir puesto que «le estamos cortando los vuelos a Hitler» como el comentario lacónico de Von Papen —«nosotros le hemos contratado»—. ^[105] calmaron las mismas. De esta forma, después de que las elites conservadoras se hubieran

esforzado por minar la democracia de Weimar, pero tras demostrar también su incapacidad para establecer un sistema autoritario con apoyo popular, estuvieron en disposición de alzar hasta lo más alto de la representación del gobierno a una persona ajena a los círculos convencionales del poder. Supusieron que Hitler serviría a sus intereses durante algún tiempo. No tuvieron en cuenta que podía excederse en el encargo.

REPRESIÓN Y PODER

En los años que siguieron a la desaparición del régimen nazi, las descripciones del período en que gobernó Hitler se centraron en exceso sobre el terror extremo y la represión como sus características principales. Desde la propia Alemania se defendía

con frecuencia la idea de que cualquier tipo de oposición resultaba inútil bajo un régimen totalitario y represivo como aquél. Aquellos que habían sufrido durante el nazismo y los que se habían librado de las garras del régimen a través de la emigración proporcionaron descripciones gráficas y conmovedoras acerca del sometimiento del individuo al terror brutal. En esa misma línea discurrían los análisis académicos sobre el totalitarismo realizados bajo la influencia de la Guerra Fría y de las revelaciones acerca de las brutalidades tanto del estalinismo como del régimen nazi. Desde distintos puntos de vista, el

poder de Hitler no se explica al parecer más que por la fuerza coercitiva de un Estado totalitario y policial.

Las generaciones de posguerra, que afortunadamente no han tenido que sufrir las barbaridades que ocurrieron durante los años de Hitler, necesitan de buenas dosis de humildad para matizar esta interpretación. En efecto, cualquier explicación del carácter y el alcance del poder de Hitler que no haga hincapié en la coerción y la represión nazis sería incompleta. Sin embargo, resulta preciso hacer ciertas salvedades desde el principio, que al mismo tiempo ayudarán a definir los límites de nuestra

investigación.

Proponer que el dominio de Hitler descansaba en el «terror totalitario», dejando al margen los problemas del concepto de «totalitarismo», es solo una verdad a medias. Si centramos nuestra atención en la propia Alemania y dejamos a un lado el terror sin límites desatado durante la guerra en los territorios ocupados, especialmente en Polonia y la Unión Soviética, tanto el terror como la represión se aplicaron de forma bastante selectiva. Se lanzó en masa a los campos de concentración a los trabajadores relacionados con los partidos de izquierda, sobre todo en la

embestida inicial del nuevo régimen en 1933. Los empresarios, los grandes propietarios (al margen de los sospechosos de estar implicados en la conspiración de 1944) y los banqueros quedaron incólumes. Se sometió al terror a los judíos, una pequeña minoría rechazada. Gitanos, homosexuales, mendigos y otros «elementos antisociales» también sufrieron el azote de la opresión nazi. Sin embargo, y a pesar de la «lucha eclesiástica», ningún obispo católico alemán fue confinado en un campo de concentración. El acoso policial fue mucho más frecuente en los barrios obreros de las grandes ciudades

que en los de clase media. No se produjeron ataques contra la población rural ni contra los pequeños propietarios agrarios. No hubo purgas en el ejército, aparte de las actuaciones relacionadas con las destituciones de Blomberg y Fritsch en 1938 y los actos de venganza contra los implicados en la conspiración de 1944. La mayor parte de la *intelligentsia*, al margen de la minoría de intelectuales que se vieron forzados a emigrar, no necesitó del terror para alinearse con la *Gleichschaltung* (o «coordinación») nazi. En efecto, se empleó la «autocoordinación» a muchos sectores de la sociedad que cooperaron

voluntariamente en los primeros momentos para proceder a la nazificación de sus cuerpos profesionales y representativos.

Por lo tanto, la represión se dirigió en general contra los sectores de la sociedad menos poderosos y apreciados. Poco o nada se hizo contra los «grandes batallones», principalmente en los primeros años del régimen. Tampoco la represión fue una constante en el tiempo. Tras los ajustes de cuentas iniciales, en los que decenas de miles de enemigos políticos del nazismo fueron represaliados por las hordas nazis, durante algunos años se

produjo un descenso en los niveles de represión, que se reflejó en la disminución de casos presentados en los recién creados «tribunales especiales», establecidos para resolver de forma rápida «delitos» políticos menores, y en el menor número de internados en los campos de concentración. Las cifras comenzaron a aumentar de nuevo en los dos años previos al estallido de la guerra. El comienzo de ésta fue acompañado por una ampliación de la gama de delitos y de castigos draconianos para todos aquellos que parecían minar o amenazar el esfuerzo bélico. Pero, en el interior de Alemania,

los que sufrían lo peor de las represiones eran sobre todo los grupos raciales «indeseables», especialmente los judíos (antes de su deportación) y los grupos en aumento de «trabajadores extranjeros» que mantenían la economía de guerra. Cuando el balance de la guerra empezó a ser desfavorable, la represión alcanzó nuevas cotas; el régimen se volvió contra toda forma de manifestación, real o presunta, de oposición. Fuera de Alemania, en aquellos momentos, el terror nazi era un torbellino aniquilador.

Una vez hechas estas observaciones, la fuerza coercitiva que subyacía al

poder de Hitler resulta inseparable del consenso en amplios sectores de la sociedad alemana respecto a mucho de lo que se estaba haciendo en nombre de Hitler. Coerción y consentimiento eran las dos caras de la misma moneda, los dos rasgos inseparables del dominio de Hitler.

Es importante, sin embargo, no olvidar el hecho de que el poder de Hitler, a partir de 1933, descansaba principalmente sobre su control de los instrumentos de dominación y el aparato coercitivo del Estado. En las democracias capitalistas modernas y estables, puede decirse que el poder del

Estado reside en su capacidad de penetrar en las organizaciones intermedias de la sociedad civil y, de ese modo, poner en práctica decisiones políticas a través de la cooperación y el consenso mediados. Allí donde esta capacidad se encuentra tan debilitada que las estructuras pluralistas se descomponen y la democracia se viene abajo, se hace uso de lo que puede denominarse «poder despótico»: acciones que se imponen desde arriba, desde la jefatura gubernamental, en lugar de emplear la negociación con los grupos intermedios de la sociedad civil.

Sin duda, en 1933 Alemania había llegado a esa etapa. El colapso de la democracia de Weimar —la fragmentación primero y la polarización después de la sociedad civil, que condujo a unas circunstancias similares a aquellas que desencadenan una guerra civil, y el consiguiente vacío en el poder central del Estado— proporcionó desde 1930 el escenario en el cual se reorganizó el poder estatal alemán sobre bases «despóticas». Los niveles extremos de conflicto en la sociedad civil provocaron niveles extremos en la coerción ejercida por el nuevo régimen nazi, lo cual se unió, por supuesto, a los

intentos sin precedentes de «fabricar», por medio de propaganda, el consenso que había estado ausente, de manera harto manifiesta, antes de 1933.

Las estructuras organizativas de los instrumentos de dominación han sido examinadas profundamente y no necesitan aquí de un examen más detenido. A partir de ahora, la atención se centrará sobre todo en cómo la atomización de la oposición y el desgaste de la legalidad por medio de actuaciones policiales contribuyeron a la acumulación de poder en manos de Hitler. Este proceso se relaciona, más que con las propias acciones de Hitler,

con las fuerzas que dentro del Estado, del movimiento nazi y de la sociedad alemana, por los motivos que fuera, estaban objetivamente «trabajando en la dirección del Führer».

LA ATOMIZACIÓN DE LA OPOSICIÓN

Mussolini tardó cerca de tres años en establecer un poder dictatorial pleno en Italia. Hasta cierto punto, allí el proceso de monopolización fascista del poder nunca se completó del todo. En Alemania, las formas de organización de la oposición política se destruyeron en

un plazo de seis meses. En otros seis, los retazos que aún persistían de autonomía regional, aplastados ya en realidad a las pocas semanas de que Hitler se convirtiera en canciller, habían desaparecido. Y, en otro semestre más, la amenaza potencial que se cernía desde el propio movimiento de Hitler fue brutalmente eliminada. Entretanto, las otras grandes instituciones sociales que, además del ejército, no habían sido «coordinadas» (o nazificadas), las iglesias cristianas, fueron forzadas a mantenerse a la defensiva y adoptaron posiciones de introversión en las cuales el compromiso político iba de la mano

de una lucha tenaz por defenderse de las intromisiones nazis en los ámbitos que correspondían a las prácticas y a las instituciones de la iglesia.

Ya en 1934, un agudo informe de la organización socialdemócrata en el exilio apuntaba que «la debilidad de la oposición es la fortaleza del régimen». Los opositores al nazismo eran ideológica y organizativamente débiles, continuaba el análisis: «ideológicamente débiles porque la gran masa solo está descontenta, simplemente quejosa», y «organizativamente débiles porque es esencial en un sistema fascista que no se permita a los opositores organizarse

colectivamente». [107]

La demolición completa de la oposición política en un plazo tan breve de tiempo parecía poco probable en enero de 1933. Este logro se debió a la dinámica creada por el descrédito absoluto de las formas de gobierno democráticas y parlamentarias, a la debilidad inherente a la oposición en todo el abanico político, y a la rapidez con que Hitler explotaba al máximo y con total implacabilidad cualquier oportunidad que se le presentase, no tanto a los planes nazis respecto a las etapas necesarias para tomar y consolidar el poder.

Pese a que solo dos nazis (Göring y Frick) tomaban parte junto a Hitler en un Gabinete dominado por conservadores, el puesto clave en él, aparte del que ocupaba Hitler, era el de Göring, que, como comisario del Ministerio del Interior prusiano, controlaba a la policía del Estado alemán más grande y más importante. Además, Hitler guardaba unas cartas en la manga desde el principio en su relación con sus socios conservadores. Estaban unidos en lo que se refería al objetivo de destruir al marxismo de una vez por todas, pero solo Hitler encabezaba un ejército político de masas capaz de asegurarse el control de

la calle. Así pues, con el inmenso — aunque potencialmente inestable — movimiento nazi a sus órdenes, y con la ventaja añadida de no haberse manchado nunca las manos con la participación en el sistema de Weimar, la posición de Hitler a la hora de asumir el mando, aunque precaria en apariencia, era en realidad bastante fuerte dentro de la coalición nazi-nacionalista.

Los socios de coalición acordaron el 30 de enero de 1933 dos puntos esenciales: la necesidad de poner fin al parlamentarismo en Alemania y la de barrer por completo al marxismo. La opinión sobre cómo conseguir ambos

fines estaba dividida. Hugenberg, nuevo ministro de Economía, quería una inmediata prohibición del Partido Comunista. Hitler puso objeciones, ya que esta medida podía incitar a un levantamiento comunista y llevar al ejército a la guerra civil, posibilidad esta que el mando militar quería evitar a toda costa. El nuevo ministro de la Guerra, Von Blomberg, ya la había previsto y, para evitarla, había dejado las manos libres a los nazis en el campo de la política a cambio de ventajas para el ejército en forma de un rearme masivo. Papen propuso una ley de autorización. Pero los pasos precisos

para obtenerla habrían hecho depender a la coalición del respaldo del Partido Católico del Centro. Hitler prefería presionar para que hubiera nuevas elecciones,^[108] lo cual equivalía en la práctica a su única estrategia inicial.

Todo lo que estaba en juego en aquellas elecciones, desde la perspectiva de los partidos gobernantes, era el apoyo plebiscitario, ya que Hitler garantizó que serían las últimas elecciones en mucho tiempo y que la composición del Gabinete se mantendría sin cambios sea cual fuere el resultado. Esto fue suficiente para convencer a los miembros conservadores del equipo de

gobierno para acceder a la disolución del Reichstag y a la convocatoria de nuevos comicios.

En la campaña electoral subsiguiente, el ansia de los conservadores por aplastar de nuevo a la izquierda hacía el juego a Hitler al respaldar el marco legal dentro del cual podía producirse la represión. En las semanas que precedieron y siguieron a las elecciones del 5 de marzo de 1933, esto fortaleció desmesuradamente la posición del movimiento nazi a costa de los demás partidos. Laminar a la izquierda, por orden no solo de los líderes nazis sino también de las elites

conservadoras, constituyó la primera fase de un proceso doble que atomizó a la oposición en 1933 y culminó en la disolución de los partidos burgueses y en el establecimiento de un sistema de partido único el 14 de julio de 1933.

La maquinaria ya existente del decreto presidencial bastó para declarar el 4 de febrero de 1933 la prohibición de todo periódico o acto público que atacara al nuevo Estado. Esta disposición había sido redactada por funcionarios antes de que Hitler tomara el poder. En la campaña electoral se hizo pleno uso de estos poderes, sobre todo contra los comunistas. A mediados

de febrero, Göring dio órdenes a la policía prusiana de apoyar a las fuerzas paramilitares nazis e indujo, con su total respaldo, al empleo de armas de fuego para acabar con las «organizaciones subversivas».^[109] La utilización oficial de 50.000 hombres provenientes de las «asociaciones nacionales» de las SA, SS y *Stahlhelm* como policía auxiliar en Prusia sancionaba el permiso para llevar a cabo una orgía de violencia por parte de las tropas de asalto contra comunistas y socialistas. Como respuesta a los llamamientos del Partido del Centro a Hindenburg para que pusiera fin a «las condiciones

increíbles», Hitler y Göring hicieron una llamada a la disciplina.^[110]

Hitler tuvo buen cuidado, en el transcurso de esas semanas, de no hacer nada que alterara la cooperación con sus socios conservadores. Pero la quema del Reichstag la noche del 27 de febrero le brindó de nuevo la oportunidad de debilitarlos aún más y de reforzar significativamente su posición de poder. En la creencia de que el incendio del Reichstag —iniciado por un joven holandés y antiguo comunista llamado Marinus van der Lühbe, como forma de protesta contra el sistema capitalista y el gobierno de «concentración nacional»—

era una señal del esperado levantamiento comunista, Hitler y Göring reaccionaron con furia histérica. Al parecer, Hitler pidió que se colgara a todo diputado comunista esa misma noche.^[111] Aunque no se llegó tan lejos, Göring se apresuró a dar una serie de órdenes con el fin de proceder al arresto de comunistas en masa.

Cuando el Gabinete se reunió al día siguiente, Hitler ya se había calmado. Explicó que «el momento psicológicamente adecuado para el enfrentamiento (con el KPD) había llegado», lo cual implicaba una lucha que no debía verse limitada por

consideraciones legales.^[112] El último punto que figuraba en el orden del día era un decreto, elaborado por Frick, que recurría al artículo 48 de la Constitución de Weimar para suspender indefinidamente todos los derechos y libertades personales, incluidas las libertades de expresión, asociación y prensa. Según lo estipulado en él, se podía retener a los presos políticos por tiempo indefinido sin que tuvieran que ser llevados ante un tribunal.^[113] En el mes de abril había, solo en Prusia, alrededor de 25.000 prisioneros en régimen de «custodia protectora».^[114] El decreto del incendio del Reichstag

inauguró, por tanto, un «estado de emergencia» que duró en la práctica lo que el propio régimen y constituyó un elemento crucial en la consolidación del dominio de Hitler.

Las semanas que siguieron resultaron decisivas para la eliminación de la oposición organizada de izquierdas y para el sometimiento de las restantes organizaciones políticas no nazis. Después de las elecciones del 5 de marzo (en las que el NSDAP consiguió el 43,9 por 100 de los votos y sus socios nacionalistas un 8 por 100 adicional), la toma del poder en los Länder por parte de los nazis trajo

consigo un drástico aumento de la violencia en los estados que no habían caído bajo su control. En cárceles y campos precipitadamente montados y dirigidos por la SA, se llevaron a cabo torturas, palizas y asesinatos de innumerables opositores políticos. Aunque, para apaciguar la opinión de los conservadores en Alemania y en el exterior, Hitler hizo un llamamiento público a la SA para que dejara de importunar a los individuos y de perturbar la actividad económica, animó a la vez abiertamente al «exterminio del marxismo» y, entre bastidores, su reacción ante las débiles protestas de

los conservadores rezumaba desprecio y cólera.^[115]

El 20 de marzo, el presidente de la policía de Múnich, Himmler, anunció la instalación del primer campo de concentración cerca de Dachau. Fueron surgiendo campos similares en muchas partes de Alemania para el confinamiento de los presos políticos, en su mayor parte comunistas y socialistas. El 23 de marzo, fecha de la reunión del Reichstag, Hitler, que contaba con el apoyo del Partido Católico del Centro y la sola oposición valerosa del SPD, recibió la ley de Autorización, que permitía al Gobierno

aprobar leyes sin tener que consultar al Reichstag y sin necesidad de obtener los decretos del presidente del Reich. En aquellos momentos, los diputados comunistas o bien estaban detenidos o bien habían huido, y el KPD se vio obligado a pasar a la oposición en la clandestinidad. No hubo nunca una ley que prohibiera al Partido Comunista, no hizo falta.

Desde el principio, el KPD subestimó enormemente a Hitler y a los nazis. Las muestras de abierta oposición al régimen a través de una huelga general pronto resultaron inútiles. A pesar de su preparación para resistir en

la clandestinidad, la rapidez y la ferocidad de la represión nazi que siguió al incendio del Reichstag cogieron al partido desprevenido. Si bien el valor y la entrega de todos los que participaron en la resistencia aseguró, a pesar de la represión, que no se erradicara totalmente a la oposición clandestina, entre febrero y marzo de 1933 se destruyó realmente al Partido Comunista como fuerza política y como amenaza real para la hegemonía nazi.

Entretanto, y a pesar de su último gesto de valentía al resistirse a la aprobación de la ley de Autorización, el que en otro tiempo fuera poderoso SPD

estaba también acabado. El Partido Socialdemócrata, el imponente *Reichsbanner* (su organización paramilitar) y los sindicatos actuaron con extremo cuidado durante las primeras semanas que pasó Hitler en la cancillería para no ser una fuente de provocación, pero todo fue en vano. Entre los meses de marzo y abril, el *Reichsbanner* fue obligado a disolverse. Los sindicatos, que habían anunciado en marzo su voluntad de romper los vínculos con el SPD y de servir lealmente al nuevo Gobierno, fueron disueltos el 2 de mayo. El mismo SPD solo duró oficialmente hasta la

prohibición impuesta el 22 de junio. Pero, para muchos socialistas, el juego ya había terminado en marzo y abril. Las sedes del partido cerraron, sus líderes se marcharon al exilio, muchos activistas fueron arrestados y un sinnúmero de militantes trató de pasar desapercibido. Dominaban el miedo, la confusión, la consternación y un profundo desencanto con la socialdemocracia.

Como entre los comunistas, nunca cesó su actividad en la clandestinidad, aunque lo más importante para ellos no era tanto desafiar al régimen por medio de la agitación continua sino conservar y

alentar la solidaridad entre los compañeros socialistas. Ya habían perfilado largamente una cierta visión de la ilegalidad a partir de la experiencia que les había traído la prohibición por las leyes antisocialistas de Bismarck. Pero, como señaló un antiguo funcionario y militante del SPD en 1935, comparado con el de Hitler, el Reich bismarckiano era un «paraíso de libertad».^[116]

Con la destrucción de la izquierda se había alcanzado el objetivo común que unía a los nazis con la derecha conservadora. Sin embargo, los conservadores, lejos de «encerrar a

Hitler» a lo largo del proceso, se vieron cada vez más sobrepasados, mientras sus organizaciones políticas se enfrentaban a un triunfante movimiento nazi que engordaba día a día con la afluencia de nuevos miembros, procedentes sobre todo de las clases medias y decididos a subirse al carro. Fue necesaria una coerción relativamente escasa de los nazis sobre los partidos «burgueses». De hecho, al llegar al poder en los Länder se habían producido ajustes de cuentas con opositores políticos que no pertenecían solo a los partidos de la izquierda. Pero, en los primeros meses, el mayor efecto

del terror consistió en hacerles ver lo inútil de la resistencia organizada, inimaginable de todos modos desde los pequeños partidos «burgueses», que distaban además de desaprobar los objetivos políticos de los nazis.

Los antiguos partidos liberales (DDP/*Staatspartei* y DVP) se disolvieron a finales de junio. Por esas mismas fechas, los socios nacionalistas de la coalición, cada vez bajo una presión mayor desde las elecciones de marzo, renunciaron a sus organizaciones políticas. El Partido Católico del Centro y su rama bávara, el BVP, resistieron hasta comienzos de julio. A finales de

junio habían perdido sus vínculos con el clero, ya que el Vaticano —en su negociación del Concordato— había aceptado que el clero católico no debía tomar parte en ninguna actividad política. El toque final llegó con los arrestos de corta duración de funcionarios del partido. Los partidos católicos, las últimas organizaciones políticas autónomas, se disolvieron. Algo más de una semana después, el 14 de julio, el NSDAP fue declarado oficialmente el único partido político en Alemania.

La autoridad de Hitler ya no era cuestionada por ninguna oposición

organizada al margen del propio régimen. Los grupos de interés, los cuerpos profesionales, los gremios, los clubes y las asociaciones dedicadas a los fines más inocuos habían nazificado en el mismo período tanto sus formas como a sus dirigentes. Se había purgado en el funcionariado a todos los simpatizantes de los antiguos partidos de izquierda, así como a los judíos (excepto a aquellos que habían participado en la guerra). Se desplazó de los gobiernos locales a los alcaldes y personajes representativos no afectos al régimen. Fuera de Prusia, que estaba bajo el control del Reich desde el golpe

de Estado de Papen del 20 de julio de 1932, el problema de la oposición potencial a las directrices del Reich se había resuelto eficazmente a través de la toma de posesión nazi de los gobiernos de los estados en marzo y por medio de la imposición de gobernadores del Reich (en muchos casos Gauleiter del Partido Nazi) para asegurar la adhesión a las órdenes de Berlín. La soberanía legal de los estados quedó abolida finalmente en enero de 1934; las administraciones de los Länder no se tocaron, aunque carecían de un poder independiente. Un paso más ese mismo mes ratificó la subordinación de los

trabajadores a los patronos y estableció el marco legal de las nuevas relaciones laborales, que estaban ahora dominadas, en ausencia de sindicatos y partidos políticos que representaran a los trabajadores, por un empresariado triunfal y agresivo, respaldado por un Estado coercitivo.

A mediados de 1933, el «espacio organizativo» que necesita cualquier oposición política verdadera se había eliminado. A pesar de los mitos nazis acerca de una «revolución legal», ésta se había llevado a cabo con unos niveles de fuerza, represión y brutalidad que excedían con creces las medidas

acometidas durante la consolidación del dominio de Mussolini en la Italia fascista. La violencia había destruido a la izquierda e impreso la crueldad del nuevo régimen en el resto de la sociedad. Esto se había hecho con la aprobación de Hitler pero sin necesidad de que dirigiera de cerca el caudal de terror vengativo que desataron las hordas nazis. Mientras estas acciones estuviesen dirigidas contra la izquierda o contra minorías indefensas como los judíos, la oposición resultaba escasa y, cuando existía, débil.

Las iglesias cristianas mantuvieron cierto «espacio organizativo»

independiente. Con el tiempo, se abandonó el proyecto de «coordinar» a la fragmentada Iglesia protestante, amalgama de iglesias estatales con aspectos doctrinales y estructuras organizativas diversas, algunas de ellas extremadamente celosas de su autonomía tradicional. Ni siquiera hubo intentos de destruir a la Iglesia católica, por mucho que los nazis intentaran acabar —o interferir— con la influencia que tenía sobre la población de este credo a través de grupos juveniles, colegios, fiestas y símbolos. Las iglesias, tanto las protestantes como la católica, estaban poco dispuestas a entrar en conflicto con

el Estado nazi. Se limitaron a defenderse de los ataques a las creencias cristianas y a sus formas de organización.

La institución más poderosa que quedó intacta fue el ejército. No hubo purgas, ni ataques, ni intromisión alguna en 1933. Se trataba de un organismo ante el que Hitler debía proceder con cautela, sobre todo mientras el presidente del Reich, Hindenburg, representara una posible fuente alternativa de lealtad militar. No podía descartarse que el ejército tomara de alguna manera el poder y estableciese una dictadura militar, o incluso la restauración de la Monarquía. Hitler

necesitaba el respaldo del ejército más que el de cualquier otro elemento del Estado. No es de extrañar, por lo tanto, que cuando el mando militar empezó a preocuparse acerca de una posible subordinación del ejército a una futura milicia dominada por la SA (que tenía, a principios de 1934, alrededor de 2.500.000 de hombres), Hitler se mostró dispuesto a actuar con la máxima crueldad contra una parte de su propio movimiento en junio de 1934.

Antes de la «Noche de los cuchillos largos» del 30 de junio de 1934, ya se venía fraguando un enfrentamiento con el mando de la SA. Resultaba

prácticamente inevitable algún tipo de conflicto. Incluso con anterioridad a 1933 fue difícil en ocasiones mantener a raya a la SA. Pero la cercana meta de la conquista del poder bastó, o casi, para frenarlos. Representaron al sector golpista dentro del movimiento nazi antes de 1933 y, durante la fase de toma del poder, su estilo de violencia terrorista sin límites fue decisivo para establecer de una manera tan rápida el dominio nazi. Sin embargo, la tosquedad de su «política» empezó a ser contraproducente tan pronto como su objetivo pasó de «los enemigos del Estado» a los mismos pilares del poder

del Estado: el funcionariado, la policía y el ejército.

Los jefes de la SA no ofrecían una clara alternativa de futuro. En cuanto amainó el torbellino revolucionario, se dieron cuenta de que solo había consistido en una revolución a medias y de que la «vieja guardia» todavía controlaba los resortes del poder, mientras que apenas se habían repartido favores y empleos a los amigos (o, mejor dicho, a los «colegas»). Las descabelladas manifestaciones de Ernst Röhm sobre una «segunda revolución» y la intromisión arbitraria de los jefes de la SA en el gobierno local despertaron

temor y una gran hostilidad entre los conservadores —y también entre algunos nazis incondicionales— que querían un Estado autoritario en orden y no el destructivo «gamberrismo político»^[117] de la SA.

En junio de 1934, la gravedad de las inquietudes que se expresaban en aquellos momentos en los círculos conservadores, así como la tensión entre el ejército y la SA, eran tales que podían haber puesto en peligro la propia posición de Hitler, sobre todo tras la esperada muerte —con la cual se contaba en un futuro cercano— del presidente del Reich Hindenburg, ya

enfermo. Una vez que desde la propia cúpula nazi y, por razones relacionadas con el poder político, Göring y Himmler estaban dispuestos a eliminar juntos a Röhm, utilizando a la SS para ello, la suerte de los líderes de la SA estaba decidida. Hitler fue convencido y dio su autorización para actuar contra la SA. Mediante un ataque rápido y espectacular, el 30 de junio numerosos jefes de las guardias de asalto fueron arrestados y fusilados de inmediato por la Gestapo y la SS, con el pretexto de que estaban involucrados en los preparativos de un golpe contra el Gobierno. Hitler en persona voló hasta

Baviera y supervisó el arresto de Ernst Röhm, que con posterioridad fue ejecutado en la cárcel en Múnich. Se aprovechó también la oportunidad para saldar cuentas con algunos antiguos enemigos, entre los que se contaban Gregor Strasser y el general Von Schleicher. La «Noche de los cuchillos largos» se cobró ochenta y cinco víctimas en total.

La cruenta represión sobre una parte de su propio movimiento constituyó un punto crítico en la consolidación del poder de Hitler. En primer lugar, eliminaba a la única fuerza dentro del propio régimen capaz de ofrecer una

oposición sería desde dentro o, mejor, de incitar a la oposición a otros sectores (en especial al ejército), lo que podía haber derribado a Hitler. Después del 14 de junio, la SA quedó en nada más que un organismo activista, útil pero absolutamente leal, que, como en el caso del pogromo de 1938, gastó su violenta energía en ataques contra las minorías desprotegidas más que en atentar contra los que controlaban el poder del Estado. Como consecuencia de la pérdida de influencia de la SA, quien mayor provecho sacó fue la SS, guardia pretoriana de Hitler y, a diferencia de su ejército de masas, una fuerza totalmente

fiel. Este desplazamiento del poder dentro del régimen realzó considerablemente la posición de Hitler.

Esta posición se fortaleció además porque la eliminación de la odiada cúpula de la SA, tan molesta, vinculaba a los grupos de poder conservadores más a Hitler y al concepto del «Estado del Führer». Se reforzaba la dependencia mutua entre las elites tradicionales y el líder nazi. El ministro de Justicia, el conservador Gürtner, dio su aprobación legal, con carácter retroactivo, a los homicidios que se habían cometido por entenderlos como medidas extraordinarias imprescindibles

para proteger los intereses del Estado. A pesar del malestar que surgió en el cuerpo de oficiales al saberse que dos antiguos generales, Von Bredow y Von Schleicher, se encontraban entre las víctimas de la SS, Blomberg se encargó de que el ejército agradeciera públicamente a Hitler aquella acción.

[118] Unas semanas después, tras la muerte de Hindenburg, todos los soldados hicieron un juramento solemne de lealtad al propio Hitler. Dado el código de honor de las fuerzas armadas alemanas, el significado de este acto difícilmente puede sobrevalorarse. Todos los funcionarios hicieron un

juramento similar de fidelidad a la persona del Führer (no a Hitler en su papel de jefe del Estado).^[119]

La aclamación y la estima popular ganadas por la eliminación de la SA, odiada por todos, aumentó aún más el poder de Hitler. Las palabras de agradecimiento del mismo Hindenburg a Hitler por «haber salvado a la nación alemana» lo legitimaban desde la jefatura del Estado.^[120] Nunca había sido tan alta la valoración popular del canciller. Por último, el episodio demostró una vez más a todos los posibles opositores que el régimen sería absolutamente implacable en el uso de

la fuerza siempre que sus intereses se vieran amenazados.

La brutalidad desenfrenada con la que Hitler se deshizo de parte de su propio movimiento a finales de junio de 1934 ofrece un nuevo ejemplo de la realidad que contiene el aforismo de Mao según el cual «el poder político emana del tambor de una pistola». No resulta sorprendente que muchos ciudadanos, frente a aquel despliegue sin escrúpulos de la potencia del Estado y privados por el momento de formas alternativas de organización política, se sintieran impotentes. De 1934 en adelante, las posibilidades reales de

eliminar a Hitler desde dentro estaban limitadas a quienes tenían acceso directo a los arsenales y a la capacidad de coerción del Estado nazi: el ejército y la SS.

Ambos ya se habían beneficiado enormemente con el establecimiento del régimen nazi antes de unir sus fuerzas para aplastar a la SA. Ambos siguieron viéndose favorecidos de forma desproporcionada por los progresos del régimen en la década de los años 30. Aunque algunos jefes militares, preocupados por el peligro que representaba la aceleración de las agresiones alemanas, adoptaron hacia

1938 actitudes embrionarias de oposición que culminarían en el intento de golpe de 1944, la gran mayoría de los generales se mostraba más que dispuesta a ofrecer su total colaboración al régimen nazi. No era probable que un golpe de Estado se fraguara en sus cuarteles mientras las condiciones fueran favorables. Esto era aún más cierto en la SS, pilar del régimen, una organización imbuida de la doctrina nazi y el órgano ejecutivo de la ideología de Hitler.

Al margen de estas fuerzas de coerción claves, resultaba inútil albergar esperanzas de derrocar a

Hitler. Sin embargo, la resistencia por parte de los grupos hostiles al régimen nunca cesó. Cientos de ciudadanos de toda condición sufrieron persecución, la cárcel y no pocas veces la muerte por oponerse a él. Los miembros del Partido Comunista acusaron la represión de manera especialmente grave: se calcula que 150.000, aproximadamente la mitad de su militancia en vísperas del inicio de la etapa nazi, fueron encarcelados o incluso algo peor durante el Tercer Reich. Unos 12.000 alemanes fueron condenados por alta traición entre 1933 y 1939. Solo durante la guerra, momento en el cual el número de delitos punibles

con la muerte ascendió de tres a cuarenta, los tribunales civiles alemanes impusieron alrededor de 15.000 penas de muerte.^[121]

Pero era inevitable que la resistencia estuviera fragmentada, atomizada y apartada de cualquier posibilidad de ampliar el apoyo de las masas. Esto quedaba asegurado por la escala y la intensidad de la represión desde 1933, aunque la división, el recelo y la ausencia de un objetivo común antes de la toma del poder por los nazis ya habían abonado el terreno. Un análisis realizado en 1939 por la cúpula de la socialdemocracia en el

exilio, basado en informes regulares procedentes de la clandestinidad en Alemania, resume acertadamente el impacto de la coerción nazi: «Aquellos que solían pensar, todavía lo hacen hoy, y aquellos que no pensaban, hoy piensan menos todavía. Lo único es que los pensadores ya no pueden guiar hoy a los que no piensan».^[122] Esta es otra manera de indicar que la impresionante extensión del poder de Hitler resultó posible, en primer lugar, porque la oposición —real y potencial— fue aplastada, desmembrada, intimidada y neutralizada por un nivel de represión implacable y sin precedentes ejercido

por el Estado nazi.

Un alto nivel de represión dirigida hacia antiguos adversarios políticos constituye un rasgo normal de los regímenes autoritarios en la fase de «toma» del poder. Sin embargo, es frecuente que esta represión, después de un período inicial de derramamiento de sangre, se atenúe para convertirse en un control poco atrayente pero en gran parte negativo sobre los grupos que pueden suponer una seria amenaza para el régimen. Hasta en sistemas fascistas o cuasi-fascistas, como los de Mussolini o Franco, ésta era la pauta. Aunque en Alemania la violencia fue mucho más

feroz en los momentos de agitación, entre 1933 y 1934, aquí también se produjo cierta «atenuación». Mientras el 31 de julio de 1933 casi 27.000 personas se encontraban en situación de «custodia protectora», el número de reclusos en campos de concentración había descendido en el invierno de 1936-1937 a 7.500, la cantidad más pequeña durante todo el Tercer Reich. ^[123] Pero ya existían planes para extender los campos de concentración y para crear categorías nuevas de prisioneros.

Se puede decir, por lo tanto, que en la Alemania nazi la represión no fue

estática sino dinámica. La clave de este proceso de radicalización dinámica estuvo en la inexorable erosión de la legalidad bajo la presión de un Estado policial, donde los rasgos represivos convencionales de la policía política se combinaban con el dinamismo ideológico de la organización de elite del partido, la SS. Puesto que esta organización era la más cercana al *ethos* de los propios imperativos ideológicos de Hitler y se veía a sí misma como la ejecutora de la «idea» del Führer, el aumento del poder de la SS, fusión del aparato coercitivo del Estado y de la dinámica ideológica del partido en un

órgano entregado más que ningún otro a «trabajar en la dirección del Führer», proporciona una clave importante para explicar el carácter y la expansión del poder de Hitler. En este punto es necesario examinar brevemente el desarrollo de este proceso.

LA SUBYUGACIÓN DE LA LEGALIDAD EN EL ESTADO DEL FÜHRER

Aunque en 1933 Alemania poseía tan solo una corta y accidentada historia democrática, la tradición de gobierno constitucional basado en los principios

del positivismo jurídico era mucho más firme; tradición que, por etapas pero de forma inexorable, se quebró con el Estado nazi. No es que el régimen de Hitler reemplazara el conjunto de leyes por uno nuevo y nazificado. Sí es cierto que un nuevo código penal, basado en el principio de castigar la intención de cometer un delito, se encontraba en avanzado estado de elaboración en 1935. Pero hasta esto parecía restringir las exigencias del régimen y el proyecto se paralizó.

El programa del partido de 1920 hablaba de la necesidad de basar la sociedad en los cimientos de la ley

germánica. Pero pronto se demostró que las esperanzas que acariciaban los expertos en leyes dentro del movimiento, como el principal jurista del partido, Hans Frank, eran ilusorias. La manera de enfocar la ley por parte del régimen resultaba, de hecho, muy peculiar. Las leyes civiles fueron objeto de pocos cambios. El área principal era el derecho penal, y aquí el régimen se comportó de forma brutalmente oportunista y poco escrupulosa. Cuando las normas legales convenían a los propósitos de la jefatura, se empleaban, cuando conllevaban obstáculos se evitaban, se pasaban por alto o

simplemente se deshacían de ellas.

Como ya se ha reconocido desde hace tiempo, la Alemania nazi proporcionó el terreno adecuado para un conflicto entre las normas legales y la arbitrariedad de las acciones ejecutivas de la policía. Desde el principio se trató de una competición desigual. Y cuando, durante la guerra, se deterioró radicalmente el clima en el cual se mantenía una apariencia de legalidad, el desgaste de las leyes desembocó en una capitulación total de los elementos del sistema judicial en favor de las exigencias del poder ejecutivo policíaco.

La mayor parte de los jueces y abogados alemanes había sido hostil a la República de Weimar, a la que veían como una amenaza a su independencia jurídica y como un perjuicio para sus intereses materiales y su posición social. En cuanto a sus preferencias políticas, solían ser nacional-conservadores más que declaradamente nazis, aunque en general dieron la bienvenida al régimen por su promesa de restaurar un Estado autoritario, que vendría acompañado por un aumento de la autoridad de los responsables de la defensa de «la ley y el orden».

Un ejemplo excelente de tales

actitudes lo constituía el propio ministro de Justicia, Franz Gürtner, un conservador —no un nazi—, pero empeñado en establecer un orden autoritario estable apoyado en un sistema jurídico que rechazaba el principio fundamental del liberalismo: la protección del individuo frente al Estado. Gürtner estaba dispuesto a sancionar las descaradas ilegalidades cometidas durante la fase de «toma del poder», entre 1933 y 1934, como acciones necesarias en circunstancias especiales (y, por lo tanto, «extralegales»). Aceptó la imposición de la condena a muerte de Van der

Lübbe por prender fuego al Reichstag, aunque la pena capital por incendio intencionado no existía en el momento de la comisión del delito. Después de la masacre de la cúpula de la SA en junio de 1934, autorizó la acción basándose en «que las medidas de autodefensa tomadas con anterioridad al acto de traición deben ser consideradas no solamente legales sino el deber de un hombre de Estado».^[124] A Gürtner le interesaba defender el sistema jurídico y mantener separados los papeles del poder judicial y de la policía. Sin embargo, tanto su filosofía como sus actuaciones demostraron lo vulnerable

de su posición frente a aquellas fuerzas del régimen —con Hitler a la cabeza— que no tenían escrúpulo alguno en su forma de entender los principios de la rectitud jurídica.

La posición de los legalistas carecía finalmente de esperanza por su aceptación voluntaria de la naturaleza única y el poder ilimitado del Führer, un principio que en esencia contradecía por completo las premisas de un orden basado en normas jurídicas. Según el jefe de la Asociación de Abogados Nazis, Hans Frank, la ley constitucional en el Tercer Reich no representaba más que «la formulación jurídica de la

voluntad histórica del Führer».^[125] Esta opinión equivalía, haciendo uso de la terminología de Max Weber, a la subyugación de la autoridad jurídica y racional por la autoridad carismática. La «voluntad», basada en «logros sobresalientes», reemplazó a los preceptos legales, abstractos e impersonales, como el principio fundamental del derecho.

No solo un alto representante nazi como Hans Frank formuló esta idea, también las autoridades más destacadas de la teoría del derecho en Alemania intentaron con gran esfuerzo cuadrar el círculo mediante la fundamentación

lógica, en términos legales, de la autoridad de Hitler. El principal experto en Derecho constitucional, Ernst Rudolf Huber, por ejemplo, se refirió a la ley como «nada más que la expresión del orden comunal en que vive el pueblo y que proviene del Führer». Por consiguiente, resultaba «imposible comparar las leyes de Hitler con un concepto superior de derecho porque cada una de las leyes del Führer era la expresión directa de este concepto *völkisch* del derecho».^[126]

Al explicar que el cargo de Führer no era en origen un puesto del Estado sino que había surgido en el seno del

propio movimiento, Huber suponía que resultaba correcto, en lugar de hablar del «poder del Estado», referirse al «poder del Führer», que constituía un poder político personalizado, «otorgado al Führer como ejecutor de la voluntad común de la nación». Según él, el «poder de Hitler» «era completo y total», al margen de cualquier control, «libre e independiente, exclusivo e ilimitado».^[127]

Estas interpretaciones de teóricos del derecho de reconocido prestigio fueron de un valor incalculable para legitimar una forma de dominación que, cualquiera que fuera la teoría

mistificadora, socavaba el Estado de derecho en favor de un ejercicio arbitrario de la voluntad política.

La buena disposición que mostraron los juristas y jueces para acomodarse a las exigencias más draconianas del régimen, en un vano intento de preservar su autonomía y el monopolio de la administración de la justicia, no fue correspondida por parte de la cúpula nazi con reconocimiento alguno de su servicio al Estado nazi. Al contrario, cuanto más fervorosamente intentaban servir los jueces a sus señores nazis, mayor parecía el desprecio y el abuso que encontraban.

El desprecio de Hitler no tenía límites. En su opinión, «todo jurista era retrasado por naturaleza, o lo sería con el tiempo».^[128] No se trataba simplemente de injurias personales. Odiaba el «concepto artificial del derecho»,^[129] cuya función consistía solo en el uso de los medios que fueran necesarios para mantener el orden público, pero no en un fin en sí mismo.^[130] Por definición, el derecho no podía proporcionar la «voluntad», un requisito nazi para la acción. Era reactivo, no activo. Establecía categorías y reglas y, por lo tanto, representaba una restricción inaceptable. Por muy severo

que fuera, nunca sería capaz de reflejar totalmente «el sano criterio del pueblo». Y, por encima de todo, la perspectiva de cualquier limitación en la teoría o en la práctica al ejercicio del poder del Führer resultaba inimaginable.

En consecuencia, el derecho significaba algo que, desde el punto de vista nazi, no podía ser más que parcialmente satisfactorio, algo que se podía utilizar y aprovechar pero también pasar por alto si entorpecía las necesidades más importantes del Estado, el movimiento, la «idea» y el Führer. Por tanto, el choque entre la autoridad «legal» y el poder «carismático» del

Führer era inherente a la propia esencia del nazismo.

A través de un creciente número de intervenciones personales y arbitrarias en el proceso legal, y también con su respaldo a la autonomía ejecutiva de la policía a costa del control judicial, Hitler dibujó el marco de la erosión absoluta de la legalidad en el Tercer Reich. Por mucho que los juristas «trabajaran en la dirección del Führer», los instrumentos para llevar a cabo la voluntad de éste no podían estar limitados por normas legales, sino que debían disfrutar de independencia plena respecto a la ley. El resultado del ocaso

del imperio convencional de la ley fue, por consiguiente, la enorme extensión del poder que disfrutaba la fusión entre la policía y la SS, el principal órgano ejecutivo del dominio del Führer.

Durante el invierno de 1933-1934, el jefe de la SS, Heinrich Himmler, junto con su compinche Reinhard Heydrich, que estaba al mando del servicio de inteligencia del partido (el SD), se aseguró el control de la policía política en todos los estados menos en el mayor de ellos, Prusia. A pesar de que Göring, en su calidad de ministro presidente de Prusia, intentó dominar a la Gestapo en aquel territorio, fue incapaz de atajar la

amenaza cada vez mayor que suponía Himmler. En abril de 1934, Himmler fue nombrado «inspector de la Gestapo», nominalmente bajo la autoridad de Göring como ministro presidente, con Heydrich como jefe de la Oficina de la Policía Secreta de Prusia en Berlín. La presión de Himmler se hizo irresistible después del destacado papel que representó en la masacre de la cúpula de la SA en junio de 1934, y en el otoño Göring, incapaz ya de mantener un control efectivo sobre los asuntos de la Gestapo, cedió todos los poderes reales al jefe de la SS.

Un área en la que Himmler pudo

desarrollar un espacio de influencia en expansión, fuera de los controles legales normales y con una autonomía ilimitada, fue la de los campos de concentración. En la primavera de 1934, muchos de los campos «desenfrenados» que marcaron la fase de la «toma del poder» estaban ya desmantelados. Después de la aniquilación de la SA, el dominio indiscutible de todos los campos pasó a la SS, que utilizó la organización del primer campo, Dachau, como modelo. El fundamento jurídico para la ampliación del poder mediante la construcción de campos de concentración lo había proporcionado el

decreto del Incendio del Reichstag (el 28 de febrero de 1933), que permitía la «custodia protectora» sin una sentencia judicial. De este modo, los campos caían técnicamente bajo competencia de la policía estatal, aunque, dado el éxito con que Himmler y Heydrich se habían hecho con la policía, fueron administrados por un órgano subsidiario del partido, la SS.

A pesar de los intentos llevados a cabo por las autoridades judiciales y por el ministro del Interior del Reich, Frick, para restringir o incluso acabar con el sistema de «custodia protectora», que funcionaba al margen de su control,

la autonomía de la SS-Gestapo en el ámbito de los campos y de la «custodia protectora» no se redujo sino que quedó reafirmada y contó con el apoyo expreso de Hitler.

Aunque en abril de 1934 Frick había elaborado unas directrices sobre el alcance limitado de la «custodia protectora», que Hitler ratificó públicamente tras el *affair* Röhm, la policía de Himmler pudo contar en la práctica con el respaldo de Hitler en los casos frecuentes en que se incumplían seriamente las disposiciones de Frick. De este modo, cuando el ministro de Justicia del Reich se quejó a Himmler

en 1935 sobre el número de muertes en los campos de concentración y solicitó la presencia de abogados en los casos en que se aplicara la «custodia protectora», Himmler llevó el asunto ante Hitler y obtuvo así el apoyo que quería: «En vista de la diligente dirección de los campos, no hay necesidad alguna de tomar medidas excepcionales»; «el Führer ha prohibido la consulta a los juristas».^[131]

El Ministerio del Interior del Reich, que todavía albergaba vanas esperanzas de conseguir el control de las fuerzas de seguridad, manifestó su protesta por los abusos de la «custodia protectora» y la

consiguiente «ausencia de seguridad jurídica» en un memorándum escrito en 1935.^[132] La ilusión de Frick de vencer a la maquinaria cada vez mayor de la Gestapo-SS que, bajo el mando de Himmler, tenía además a Hitler de su parte en las cuestiones esenciales, se desvaneció. Por medio de la nueva ley de la Gestapo de Prusia del 10 de febrero de 1936, Himmler hizo concesiones nominales, aunque la ambigüedad en la redacción no podía esconder el hecho de que la autonomía de la Gestapo seguía intacta. Según se interpretó en este organismo, la ley marcaba la diferencia entre la Gestapo,

que funcionaba «de acuerdo con unos principios especiales», y la administración, con sus «normas generales y legalizadas regularmente».

[133]

Con el decreto de Hitler del 17 de junio de 1936, por el cual se creaba el cargo de jefe de la policía de Alemania, pero unido al puesto de Reichsführer de la SS dentro del partido, se completó la victoria de Himmler sobre Frick. En teoría, como jefe de la policía, se encontraba aún subordinado a Frick, pero, como jefe de la SS, Himmler se hallaba personalmente tan solo bajo las órdenes de Hitler. Poco más de una

semana después, la fusión de la policía política y la criminal en un solo cuerpo, la policía de seguridad, con Heydrich al frente, completaba el proceso de creación de un espacio de autonomía, influencia y formulación de políticas a gran escala. Con este paso, las acciones «criminales» convencionales quedaban también bajo la tutela de la policía política, ahora un aparato inmensamente poderoso que funcionaba como órgano ejecutivo directo de la «voluntad del Führer», al margen del control ortodoxo del Gobierno. Un importante escalón más consistió en la fusión de la policía de seguridad con la policía de seguridad

del partido (la SD), en 1939, para formar la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). Sin embargo, comparado con la magnitud de los cambios producidos en 1936, fue un reajuste organizativo más que una transformación sustancial.

Los cambios producidos en la relación entre el derecho y la policía de 1933 a 1936 —los que tuvieron lugar en lo que quedaba de Tercer Reich provinieron en esencia de la transformaciones de estos primeros años — fueron de una importancia fundamental para conformar el carácter y el alcance del poder de Hitler. Este

respaldó en todas las ocasiones significativas la actuación fuera de la legalidad de la policía. En 1936 se fusionó oficialmente a la policía con el órgano subsidiario del partido con mayor dinamismo ideológico, la SS. Desde cualquier punto de vista, las autoridades judiciales se mantuvieron a la defensiva. Aceptaron la autoridad suprema de Hitler sobre el derecho y por encima de él, y también que el origen de ese dominio procediese de fuera de su cargo institucional al frente del Estado. Transigieron con las ilegalidades. No pudieron penetrar en el dominio policial sobre la «custodia

protectora» y los campos de concentración. Como una parodia grotesca de la legalidad, a finales de la década de los 30 los abogados defensores se veían obligados a veces a solicitar condenas excesivamente rígidas para sus clientes con la esperanza de que al menos fueran enviados a prisiones estatales y no a campos de concentración. Esto no impidió que los detenidos excarcelados fueran sometidos a arresto policial, ni la entrada en «custodia protectora» de aquellos que, a juicio de la policía, recibían condenas demasiado indulgentes o incluso de quienes habían

sido declarados inocentes en un juicio.

Cuando, una semana después del estallido de la guerra, el ministro de Justicia del Reich, Gürtner, atónito, trató de averiguar quién había detrás de las declaraciones de Himmler a la prensa afirmando que él había ordenado la ejecución de una serie de individuos por delitos por los que no habían sido juzgados, fue informado de que Hitler en persona había dado la autorización para los fusilamientos.^[134] Las intervenciones arbitrarias de Hitler en los procesos judiciales aumentaron durante la guerra. En cuanto Thierack, un nazi de primer orden, fue nombrado sucesor de Gürtner

en 1942, se completó rápidamente la rendición absoluta del poder judicial al poder ejecutivo de la policía. Para entonces, en la última reunión del Reichstag, el 26 de abril de 1942, se había reconocido la posición de Hitler como jefe supremo de la justicia, por encima de toda ley.^[135]

No es necesario detallar aquí la vasta expansión del dominio de la policía-SS que tuvo lugar durante la guerra. Conviene simplemente observar que con esa expansión llegó el momento álgido del poder personal de Hitler y la realización de unas metas ideológicas que, en sus términos generales más que

en lo específico, mantenía desde comienzos de la década de los años 20. Con el desgaste de la legalidad y la concentración de una policía política imbuida de la esencia de la ideología nazi, tanto el clima como los medios estaban servidos para la intensificación del poder de Hitler y, con ello, la puesta en práctica de lo fundamental de su *Weltanschauung*.

El día de su nombramiento como jefe de la policía alemana, Himmler anunció que su objetivo era «fortalecer a la policía, unida a la disciplina de la SS, como fuerza para la defensa interna del pueblo» en «una de las grandes luchas

de la historia de la humanidad» contra «la fuerza destructiva universal del bolchevismo».^[136]

En ese mismo año de 1936, el segundo de Heydrich en la Oficina de la Policía Secreta, el doctor Werner Best, describió la función de la policía política como la supervisión de la «salud política» de la nación y la extirpación de todos los síntomas de enfermedad y de los gérmenes destructivos. Para acometer esta tarea, la policía necesitaba «una autoridad que provenga solo de la nueva concepción del Estado y que no necesite sanción legal especial». Se desarrolló, por tanto,

un concepto nuevo de policía política, el de «un órgano único para la protección del Estado, cuyos miembros... se consideraban a sí mismos pertenecientes a una formación de combate».^[137]

Empapada de esta doctrina y dada la independencia con que podía ponerla en práctica, la policía política extendió sus actividades precisamente a aquellas áreas en las que se «trabajaba en la dirección del Führer», persiguiendo sin límites a los «enemigos del Estado y del pueblo», tales como judíos, comunistas (y otros marxistas), masones, representantes eclesiásticos «políticamente activos», testigos de

Jehová, homosexuales, gitanos, «antisociales» y «delincuentes habituales», metas en la ideología propia de Hitler. De este modo, la máquina de la discriminación siguió funcionando.

La creación de una organización represiva, con un objetivo ideológico dinámico fuertemente vinculado a la misión «carismática» del Führer, fue de una importancia decisiva para el ejercicio del poder de Hitler. Este capítulo comenzó apuntando lo erróneo de separar la represión del consenso y presuponer que la población estaba sometida contra su voluntad a la fuerza y

la tiranía de la Gestapo. Aunque en las últimas etapas de la guerra, con el consenso en declive, la intensificación del nivel de represión fue crucial a la hora de impedir un colapso interno como el que había tenido lugar entre 1917 y 1918, durante la mayor parte del Tercer Reich no solo Hitler en persona, sino también el aparato policial que sustentó de forma tan crucial su poder, disfrutó de un apoyo social amplio.

De hecho, sin el respaldo de la población, la capacidad represiva de la policía política, que en los primeros momentos después de 1933 no era ni mucho menos numerosa ni tenía una

capacidad de vigilancia exhaustiva, se hubiera reducido. Todavía en 1937, en Düsseldorf solo había 126 oficiales de la Gestapo para una población de cerca de medio millón de habitantes; en Essen, 43 para 650.000 habitantes y en Würzburg, 22 para cubrir a toda la población de la Baja Franconia, con un total de 840.000 habitantes.^[138] La mayor parte de los casos que ocuparon a la Gestapo resultaron de denuncias que procedían de ciudadanos corrientes.

La «Ley de Prácticas Dolosas» del 21 de marzo de 1933, por la que se prohibían los comentarios ofensivos o subversivos sobre el Estado y sus

dirigentes, abrió la puerta a una oleada de denuncias que muy a menudo combinaban motivos políticos y personales. En particular, los «individuos marginales» fueron objeto de denuncias, con frecuencia en el lugar de trabajo, en el edificio en que vivían o en el bar. Generalmente, como resultado de las denuncias, a los denunciados se les aplicaba la «custodia protectora» o eran llevados a los «tribunales especiales», establecidos en 1933 para juicios rápidos de casos políticos.

Los expedientes que se conservan de los «tribunales especiales» de Múnich acumulan alrededor de 10.000 casos

entre 1933 y 1945, y no hay nada que indique que la ciudad de Múnich fuera excepcional entre los tribunales federales de Alemania, cada uno de los cuales fue dotado con un «tribunal especial». Los archivos existentes de la propia Gestapo, de su sede de Würzburg, suman alrededor de 19.000 casos distintos, la mayoría de los cuales estaba relacionada con la «custodia protectora» y se basaba fundamentalmente en denuncias de particulares.^[139] Los legajos procedentes de la oficina de la Gestapo en Düsseldorf (se ha conservado aproximadamente el 70 por 100 del

total) ascienden a la asombrosa cifra de 72.000 casos.^[140] Sin los «espías» y los denunciantes, listos para llevar a cabo su parte interesada del «trabajo en la dirección del Führer» entregando a sus conciudadanos a las manos nada clementes de la Gestapo, un sistema basado en el temor y la angustia omnipresentes no podría haber funcionado con tanta eficacia.

PODER PLEBISCITARIO

El nazismo mostró en el poder un dinamismo que lo diferenciaba notablemente de otros regímenes autoritarios de derechas existentes en aquel mismo período, ya fueran total o parcialmente fascistas. La energía inagotable, la aceleración en el impulso,

la «radicalización acumulativa»^[141] del régimen de Hitler no fueron igualadas siquiera por la Italia de Mussolini, mucho menos aún por el Estado autoritario con adornos fascistas de Franco en España. En ningún momento el Estado de Hitler perdió su vigor ni se «instaló» en un «mero» autoritarismo represivo y conservador-reaccionario.

Esto cogió desprevenidos a muchos en aquella época. Tanto en la izquierda como en la derecha, dentro o fuera de Alemania, lo más frecuente era suponer, cuando se produjo el ascenso de Hitler a la cancillería, que los impulsos revolucionarios iniciales amainarían y

que las elites gobernantes tradicionales retomarían entonces las riendas del gobierno. El enorme menosprecio de la habilidad de Hitler para consolidar y extender el poder se basaba en la persistente idea —que en el ámbito de las relaciones exteriores estaba representada por la política de apaciguamiento de Gran Bretaña y Francia— de que bajo la superficie, y más allá de la propaganda y la movilización, las estructuras convencionales del poder y los objetivos políticos tradicionales se impondrían en Alemania. Esto pasaba por alto hasta qué punto, a finales de la

década de los 30, las elites tradicionales habían sido desplazadas en áreas vitales de la toma de decisiones por aquellas fuerzas emparentadas con el poder absolutista, cada vez mayor, de Hitler.

La expansión de su poder y, en parte como causa y en parte como efecto de ella, la progresiva radicalización e imparable dinámica del régimen no pueden atribuirse, sin embargo, a la personalidad y a las intenciones ideológicas de Hitler. En este capítulo se señala que ambas se hallaban íntimamente ligadas a la motivación de la muchedumbre de seguidores del nazismo. La gran variedad de

expectativas sociales que sirvió de sostén al régimen, cimentada en un amplio consenso subyacente, tenía el común denominador de la imagen del Führer. Esto, a su vez, suscitaba un nivel de refrendo y de apoyo plebiscitario que podía aprovecharse de forma repetida para reforzar la posición cada vez más deificada de Hitler como líder y contribuir, por tanto, a aumentar el «absolutismo del Führer» y el grado relativamente alto de distanciamiento respecto a las elites gobernantes tradicionales que Hitler consiguió en los últimos años de esta década. Una vez alcanzado el poder, el dinamismo del

régimen hundía por ello sus raíces en las presiones de cambio radical que se habían expresado, durante la crisis final de Weimar, en las ilusiones y esperanzas depositadas en un porvenir de regeneración nacional.

Hitler representaba estas expectativas de un *new deal* para los trece millones de personas que votaron por él en 1932 y para los millones adicionales que estaban dispuestos a depositar su confianza en él a partir de 1933. Esta muchedumbre de partidarios, como ya se ha mencionado aquí, no siguió a Hitler en su mayoría porque compartiera sus obsesiones ideológicas

específicas o su particular forma de concebir el mundo, sino porque él venía a expresar más claramente que ningún otro la fe en un renacimiento nacional y la destrucción de los enemigos de la nación. Esta identificación parcial de motivos entre Hitler y la masa que le apoyaba bastaba, sin embargo, para proporcionar una base plebiscitaria de legitimación al poder del Führer. En efecto, hasta cierto punto, la necesidad que Hitler evidentemente sentía de mantener este apoyo plebiscitario, de confirmar su popularidad y de retener su prestigio, conformó un rasgo significativo de su manera de ejercer el

poder.

EL CONSENSO SUBYACENTE

Como «partido atrápalo-todo de protesta»,^[142] el NSDAP consiguió, ya antes de 1933, unir de forma superficial a sectores muy dispares de la sociedad por medio de una miscelánea que integraba la propaganda del odio y la evocación de una Alemania renovada a través de la creación de una «comunidad nacional» o «del pueblo» (*Volksgemeinschaft*). En cierto modo, el movimiento nazi actuó como una especie de «gran grupo de interés» que

conectaba demandas sociales bastante diferentes, a veces incluso incompatibles, con una visión unificadora de la regeneración nacional. La difusión de su estructura organizativa de 1929-1930 en adelante hizo del NSDAP un partido político más capaz que ninguna otra fuerza coetánea de atraer a amplios sectores de la sociedad, sobre todo, pero no solo, de las fragmentadas clases medias. Incorporaba sus deseos materiales y expectativas al acervo de la creencia psicológica e idealista de que podían resolverse los problemas por medio del renacimiento nacional que solo el

nazismo, con Hitler a la cabeza, podía producir.

Mientras estuvo en funcionamiento un sistema pluralista, el Partido Nazi permaneció tan solo como una más entre numerosas organizaciones políticas en competencia. La propaganda nazi se topó con la oposición, sobre todo, de los seguidores de los partidos obreros y católicos, a los que no convenció. Incluso en las últimas elecciones plurales de marzo de 1933, ya con Hitler de canciller y con los partidos comunista y socialista como objetivos de la intimidación, la violencia y la persecución, los nazis no se hicieron con

el respaldo ni siquiera de la mitad del electorado.

Aun así, no todos los que siguieron apoyando a otros partidos políticos en marzo de 1933 rechazaron todo lo que los nazis decían representar. En los años posteriores, muchos de ellos hallarían algo, a veces incluso bastante, digno de ser admirado en el Tercer Reich. La «mayoría de la mayoría»^[143] que no votó a Hitler en 1933 se convirtió, al menos en algunos aspectos, hacia 1939. Esto, en parte, fue debido a que aquellos que habrían continuado oponiéndose al nazismo abiertamente con posterioridad a 1933 no pudieron hacerlo, ya que

fueron silenciados o encarcelados. Obviamente, además, después de aquel año, con el monopolio del control de los medios de comunicación a disposición de los nazis, la propaganda ofrecía nuevas oportunidades para deformar la realidad y manipular a la opinión pública.

Sin embargo, ni siquiera la prodigiosa capacidad de Goebbels podía hacer milagros. Los éxitos de la propaganda dependían en buena medida de la habilidad para desarrollar, explotar e «interpretar» los valores sociales y políticos existentes.

Las tensiones de la cultura política

con las que jugó la propaganda nazi se habían forjado con las esperanzas y las desilusiones del imperio alemán, unificado en fechas relativamente recientes, e incluso de forma aún más intensa, con los traumas de la guerra, la derrota y la revolución y con una profunda antipatía por una democracia marcada por la crisis. La crisis y las convulsiones desgarraron a la Alemania de Weimar. La clase, la región y la religión proporcionaron poderosas sublealtades que amenazaban la fidelidad al Estado-nación, el cual, lejos de actuar como un foco integrador o unificador de identidad política,

generaba división. Pero fuera de las ideologías alternativas del socialismo y el comunismo, una serie de actitudes y valores imperantes se prestó al aprovechamiento por parte de la propaganda nazi.

Todas las corrientes de opinión que Goebbels supo explotar, articular y reforzar emanaban de la sensación de que resultaba necesario un nuevo comienzo para Alemania, un renacimiento nacional. La misma profundidad de la división nutría el anhelo de unidad que encontró respuesta en los lemas nazis acerca de una «comunidad nacional». Las riñas de los

políticos en una democracia débil y fragmentada fomentaron la creencia en las virtudes de un gobierno fuerte, autoritario, de «ley y orden». El miedo visceral al marxismo que predominaba en las clases medias y altas alemanas, plasmado a partir de 1917 en los horrores que se percibían en el Estado bolchevique soviético, ofrecía la perspectiva de una aceptación inmediata a cualquier Gobierno que fuera capaz de acabar de una vez por todas con tales temores. La humillación y la furia nacionales —que se extendían a algunos sectores de la izquierda— por el trato que concedieron los aliados a Alemania

tras la guerra, junto a la inquietud por el futuro de la nación, rodeada al parecer de países hostiles, favorecieron la buena acogida a una política exterior enérgica que defendiera el derecho de Alemania a tener una posición militar fuerte. Es más, cualquier Gobierno que liberara a Alemania del abismo del colapso económico y ofreciera la esperanza de una prosperidad nueva y duradera podía contar con un apoyo que trascendiera las fronteras entre los partidos políticos.

Además, los prejuicios y ofensas ampliamente extendidos y avivados por las tensiones sociales de la guerra, la hiperinflación, y después la Depresión,

ofrecieron la base de un consenso que iba más allá de los partidarios del nazismo. La hostilidad contra el sindicalismo y el nuevo estatus y el poder de negociación que se ganaron los sindicatos durante la República de Weimar —sentimientos particularmente difundidos entre las clases medias y en el ámbito rural— iban muy a menudo ligados a un populismo anticapitalista que denunciaba la explotación del hombre corriente por el gran capital, pero que, a diferencia del anticapitalismo de la izquierda, estaba más interesado en santificar la propiedad privada que en acabar con

ella, con tal de que fuera de «utilidad» a la «comunidad nacional».

Estas «reacciones viscerales» formaban parte de un punto de vista social que rechazaba cualquier posibilidad de intentar una mera restauración de las jerarquías de clase de la Alemania imperial. Al barrer al igualitarismo de la izquierda, también ayudaron a eliminar el elitismo que afirmaba el derecho que procedía del nacimiento o del dinero. En su lugar, una elite de «los que llegan alto» —los mejores, los más fuertes, los más capaces, a los que se les han brindado igualdad de oportunidades y han luchado

hasta alcanzar la cumbre por méritos propios— iba a disfrutar de su puesto legítimo. Un Estado que manifestara una determinación implacable no solo por acabar con la amenaza marxista a la propiedad sino también por extirpar y eliminar las debilidades sociales —los «parásitos», los «desechos», los «elementos dañinos» e «indeseables»— podía contar pues con mucho respaldo. La envidia social y el resentimiento hacia la posición de los judíos, a los que se consideraba de alguna manera «diferentes» a pesar de (o a causa de) todos sus esfuerzos de asimilación, cuadraban con esos «sentimientos

viscerales». La idea de que los judíos no solo eran distintos sino que constituían asimismo una influencia negativa se hizo más profunda gracias a la repercusión de la propaganda nazi. Pero aquí también los fanáticos que odiaban a los judíos pudieron actuar en un clima de opinión que tradicionalmente incluía al antisemitismo latente como uno de sus elementos.

Este mismo enfoque rechazaba lo que veía como intromisión estatal por parte de los gobiernos de Weimar, por ejemplo, el Estado del bienestar o la protección a los trabajadores, mientras

recibía con agrado la intervención de un Estado autoritario que, se suponía, aspiraba a aumentar las oportunidades, el estatus y la riqueza de quienes lo merecían, favoreciendo el «interés nacional» y destruyendo a aquellas fuerzas «dañinas para el pueblo» y «ajenas a la comunidad». Aunque, desde esa perspectiva, el Estado democrático estuvo dominado por los intereses de algunos grupos, especialmente por los de los sindicatos y el gran capital, se pensaba ingenuamente que el Estado autoritario de regeneración nacional sería «su» Estado, el del «hombre corriente», cuyo talento y habilidad

encontrarían al fin el respaldo y el reconocimiento apropiados. Equivalía a la búsqueda del retorno a una «normalidad» mítica en la que «los que legítimamente eran merecedores» recibían lo que «legítimamente» les correspondía. El hecho de que el transcurso del Tercer Reich decepcionara a muchos de los que albergaban tales esperanzas no debe llevar a menospreciar el alcance potencial del consenso subyacente que la idea nazi de la «comunidad nacional» supo aprovechar.

Entre las clases altas de Alemania —las elites sociales de donde procedían

tradicionalmente los dirigentes del país — existía poca identificación directa con el NSDAP o con su tosca ideología. De un lado, el desprecio por los advenedizos que accedían por la fuerza a los pasillos del poder; de otro, la aversión por la vulgaridad de la política de masas y también la preocupación por la vena de populismo anticapitalista que contenía el popurrí ideológico del Partido Nazi, formaron una mezcla que impidió la adhesión entusiasta al movimiento de Hitler. Sin embargo, hubo significativas afinidades ideológicas parciales con el nazismo. El fin del odiado experimento democrático,

la destrucción del marxismo, la devolución de la autoridad a quienes la habían ejercido siempre y, en el exterior, la revisión del ajuste territorial de posguerra, eran todas propuestas atractivas para los diversos sectores de las elites tradicionales. Figuras representativas de la administración estatal, la gran propiedad agraria, la industria, las finanzas y el ejército hallaron, por motivos diferentes, un atractivo inequívoco en la idea de un Estado autoritario renovado. Se suponía que éste descansaría una vez más sobre los hombros de funcionarios de carrera, que devolvería la primacía al fomento

de la agricultura, daría carta blanca a los dirigentes económicos para liberar a la industria de los grilletes del sindicalismo y ofrecería nuevas posibilidades a los militares profesionales inmovilizados por las restricciones de Versalles. La identificación de estos grupos con el nazismo rara vez llegó a ser total y en algunos casos el creciente desencanto desembocó en el rechazo absoluto. Pero, en general, las afinidades fueron lo suficientemente sólidas como para indicar que un consenso amplio y múltiple apuntalaba las relaciones entre los dirigentes nazis, el sector social

dominante y los grupos de poder tradicionales. Este consenso parcial siguió existiendo, en buena medida, hasta las últimas etapas de la guerra, cuando la derrota inminente de Alemania y la irracionalidad en aumento del régimen ya no podían, evidentemente, considerarse compatibles con el interés y la autoconservación de los pilares tradicionales de la sociedad.

En la transmisión de los valores sociales, las dos principales confesiones cristianas siguieron desempeñando un papel esencial, incluso durante el Tercer Reich. La Iglesia protestante (o

evangélica) y la católica disfrutaban entre ambas en 1933, al menos nominalmente, de la fidelidad de más del 90 por 100 del pueblo alemán. Ninguna iglesia ocultó su desagrado por la República de Weimar. En ambos casos existían marcadas preferencias por un sistema de gobierno autoritario, aunque esto no significara necesariamente que les gustase la toma del poder por los nazis y que algunas zonas de fricción con el nazismo que ya estaban presentes antes de 1933, especialmente con la Iglesia católica, se agrandaran bajo el Tercer Reich.

La marcha del Káiser y el fin del

Estado autoritario tradicional significó, para la mayoría de los representantes de la Iglesia protestante, la ruptura de los lazos Iglesia-Estado que estaban implícitos en la teología de la Reforma. La disminución de la asistencia a las iglesias se relacionó con el aumento del ateísmo descreído y el triunfo del materialismo marxista. Hacia el final de la República de Weimar, los elementos más radicales de la Iglesia apoyaban abiertamente al nacionalismo *völkisch* de estilo nazi como vehículo para la unidad y la revitalización religiosa y política del pueblo alemán. «La esvástica en el pecho y la cruz en el

corazón», rezaba el eslogan de los «Cristianos Alemanes», la rama nazificada de la Iglesia protestante.^[144]

Los sectores principales del protestantismo evitaron dichos excesos. Pero también ellos, incluso cuando ciertos aspectos del nazismo les parecían desagradables o preocupantes, vieron en el «alzamiento nacional» que se proclamó con la «toma del poder» la esperanza de una renovación moral que conduciría al renacimiento nacional. El entusiasmo por el nuevo régimen apenas se silenció al principio, y, aunque el desencanto se iba a manifestar en breve, el fundamento ideológico común entre la

Iglesia protestante y el régimen nazi mantuvo su importancia. Un nacionalismo chovinista, un ferviente antimarxismo, un autoritarismo enérgico y la creencia en el Führer estaban entre los factores que unían a la Iglesia protestante con el régimen de Hitler, a pesar de los graves conflictos en torno a la política religiosa y a que, al final, se diera la completa separación de una minoría de representantes de la Iglesia, cada vez más incapaces de reconciliar el nazismo con los principios teológicos de la Reforma.

La Iglesia católica compartía con el protestantismo alemán la antipatía por la

democracia de Weimar. Uno de sus representantes más destacados, el cardenal Faulhaber, arzobispo de Múnich y Freising, se negó a que se tocaran las campanas en los templos de su diócesis en 1925 por el entierro de Friedrich Ebert, primer presidente de una República a la que Faulhaber consideraba fundada sobre la traición y la rebelión. Los miembros de la jerarquía eran, en su mayor parte, resultado de la era guillermina. Tanto por su procedencia social —muchos venían de familias de la aristocracia— como por su catolicismo tradicional tendían a ser partidarios de una

reafirmación del autoritarismo, aunque menos contrario al catolicismo (que en realidad vivió una etapa de prosperidad bajo la República de Weimar) de lo que fueron los Reich bismarckiano y guillermino. Sin embargo, el tipo de autoritarismo que les atraía no era claramente el de la variedad nazi.

Las relaciones entre la Iglesia católica y el Partido Nazi estuvieron llenas de altibajos a lo largo de todo el período de ascenso al poder. La evidente tendencia anticristiana de la doctrina nazi, representada sobre todo en los escritos de Rosenberg, motivó una severa condena de la jerarquía

católica. Fueron numerosas las prohibiciones, advertencias y avisos sobre el nazismo por parte del clero. Los esfuerzos de Hitler por negar la calumnia de que él encabezaba un movimiento antirreligioso no convencieron a los líderes de opinión católicos. A pesar de sus orígenes en Múnich, los baluartes de apoyo del partido, incluso en los primeros años, se extendían principalmente por las tierras del norte de Baviera y por Franconia más que por el sur, abrumadoramente católico. Incluso después de 1929, la «subcultura» católica y el apoyo a los partidos políticos católicos (Partido del

Centro y Partido del Pueblo Bávaro) permanecieron relativamente impermeables a la penetración nazi. El voto nazi se mantuvo, por consiguiente, en niveles bajos en las zonas católicas, mientras que el gran avance de los nazis tuvo lugar en las regiones protestantes. Pero en las elecciones de marzo de 1933 se obtuvo un fuerte aumento del voto católico. Esto pudo figurar entre los factores que ayudaron —tras las promesas realizadas por Hitler en su discurso en el Reichstag el 23 de marzo de ese mismo año, dedicado a justificar la aprobación de la Ley de Autorización, de defender los derechos de la Iglesia

católica— a convencer a los obispos para que levantasen todas las prohibiciones y dieran su aprobación leal al régimen.^[145]

A pesar de las grandes expectativas creadas por el Concordato con el Vaticano, ratificado en el verano de 1933, pronto se hizo evidente que los temores sobre la agresividad contra la Iglesia que había en la ideología y en los principios nazis estaban bien fundados. La «batalla de la Iglesia», una guerra de desgaste que alcanzó sus cotas más altas entre 1937 y 1938 y de nuevo en 1941, privó al régimen de un respaldo importante en la subcultura católica, que

los nazis encontraron siempre relativamente difícil de penetrar.

Si bien la Iglesia fue muy tenaz en la defensa de sus instituciones, prácticas y creencias, existieron, no obstante, también rasgos significativos de acuerdo —al margen de las competencias eclesiásticas directas— en aspectos centrales de los principios y la ideología nazis. El ataque contra el marxismo «descreído» era un área en que el régimen podía contar con la aprobación de la Iglesia. Así pues, obispos cuya aversión al nazismo resultaba incuestionable interpretaron la invasión de la Unión Soviética en 1941

como una «cruzada» contra el bolchevismo. La construcción de un Estado autoritario (aunque, por supuesto, no uno que atacase los principios fundamentales del cristianismo), una política exterior de afirmación que defendiera los derechos de la nación alemana y la actitud favorable a separar a la propia persona de Hitler de los males del sistema constituían los componentes adicionales de un consenso parcial con el régimen.

Se han examinado brevemente aquí las actitudes predominantes hacia el nazismo entre la masa de la gente «corriente», de la que solo una minoría

estaba afiliada a una o más organizaciones del movimiento nazi; entre las clases altas, que en su mayor parte preferían una solución autoritaria para la crisis de Weimar de un estilo distinto al que ofrecieron los nazis; y también entre los representantes de las instituciones que poseían una mayor influencia independiente sobre la formación de opinión en amplios sectores sociales una vez que se acabó con el sistema político pluralista en 1933 (y que, en diferentes formas, experimentaron grandes conflictos con el régimen). En cada caso, a comienzos del Tercer Reich, detrás del Estado de

Hitler existían facetas importantes de un consenso subyacente. Se trataba de un consenso que, cualesquiera que fuesen las reservas —que crecían en diversas partes—, se iba a mantener en lo esencial hasta la mitad de la guerra.

Apartados del consenso se encontraban, claro está, aquellos grupos sometidos al terror, los partidarios que quedaban de las ideas asociadas sobre todo a los partidos obreros prohibidos, las minorías raciales perseguidas, los marginados sociales y otros que no encajaban en la «comunidad» de los «camaradas nacionales». Como ya hemos subrayado, tampoco el consenso

implicó normalmente una identificación incondicional con el nazismo. Vino a significar más bien una coincidencia parcial de intereses que de ningún modo excluía la presencia de sectores significativos de discordia. Pero el consenso subyacente sentó las bases del amplio apoyo y la aprobación del régimen nazi desde 1933, en unas condiciones en las que las voces de oposición fueron forzadas a ingresar en la clandestinidad y donde la formación de la opinión pública era un monopolio nazi. Antes de entrar a valorar las consecuencias de todo ello sobre el poder de Hitler, debemos considerar

brevemente el potencial de movilización de este consenso subyacente.

AGENTES DE ACLAMACIÓN

Desde el principio, resultaba evidente que el régimen daría la máxima prioridad al control de la opinión. Una de las primeras medidas que se tomaron después de las elecciones del 5 de marzo de 1933 fue la creación, ocho días más tarde, de un Ministerio de Ilustración del Pueblo y Propaganda bajo la dirección de Joseph Goebbels, quien, desde 1929, se encargaba de la propaganda del partido.

En su primer discurso ante los representantes de la prensa, dos días después de tomar posesión, Goebbels perfiló los ambiciosos objetivos de su ministerio e hizo hincapié en el papel activo, no pasivo, de la propaganda. No era suficiente, manifestó, con someter por medio del terror a los que no estaban a favor, o conformarse con su aceptación tácita o su actitud neutral. El objetivo tenía que ser «seguir insistiendo hasta que se rindan». Por lo tanto, la intención era nada menos que atraer a todo el pueblo a la idea del nazismo. Goebbels afirmó que la meta de su ministerio no era otra que la de

«unir a la nación en torno al ideal de la revolución nacional».^[146] Se había marcado «la tarea de conseguir una movilización del espíritu en Alemania». De manera significativa, Goebbels hizo la comparación con la Primera Guerra Mundial, ya que la derrota —a ojos de los nazis— había provenido, supuestamente, no de la ausencia de movilización en términos materiales, sino del hecho de que Alemania no hubiera sido movilizadada en su espíritu.^[147] Cuando se manifestaban estas observaciones, la finalidad última, una vez se hubiera atraído al pueblo a la idea nazi, ya se preveía: la preparación

psicológica del pueblo alemán para una guerra inevitable por la supremacía, cuando quiera que ocurriese.

La prensa, la radio y el cine — medios en rápida expansión—, la literatura, la música, las artes plásticas, fueron todos llamados al orden para no dejar ni un solo cauce público de expresión fuera de control, en el intento de moldear a la opinión conforme a la filosofía política y a los principios de la jefatura, y de incitar a la aclamación entusiasta por los logros del régimen. Con el cuasi-monopolio de los medios de comunicación a su disposición, no le fue difícil a Goebbels armar los

diversos elementos del consenso subyacente para ampliar el apoyo plebiscitario al régimen. El modo de «filosofar» nazi, como el que le gustaba a Rosenberg, habría resultado contraproducente. Con Goebbels, el mensaje tenía que expresarse de forma clara. Pero la doctrina nazi quedó imprecisa y sin fronteras definidas. El llamamiento «positivo» a la unidad nacional y a la subordinación de todas las fidelidades menores de clase, región, religión o partido político al bien supremo de la «comunidad nacional» unida, que reclamaba lealtad y sacrificio totales e incuestionables, tenía su

contrapunto en las exhortaciones a la supresión de cualquier sentimiento humanitario hacia los «enemigos» internos «del pueblo», en el fomento del nacionalismo chovinista y en el sentido de superioridad de Alemania en sus relaciones con otros pueblos.

Las vastas ambiciones del ministerio propagandístico de Goebbels nunca pudieron llevarse por completo a la práctica. Por debajo de la superficie uniforme que pregonaba la propaganda, muchas de las antiguas hostilidades y divisiones internas de la sociedad alemana apenas permanecían ocultas. A pesar de la apelación al idealismo de la

«comunidad nacional» armónica, las actitudes y los comportamientos siguieron marcadamente influidos por el propio interés material. En especial, entre las viejas generaciones de trabajadores industriales, instruidos en los principios de la socialdemocracia, no era fácil que el chovinismo nazi pudiera borrar las actitudes y la lealtad de clase. Para los duros hombres del campo, el lema que anteponía el «bien comunitario al bien individual» se volvía del revés conforme el idealismo político se subordinaba al provecho particular. Incluso los grupos de clase media que formaban el núcleo del apoyo

nazi no dejaron de tener nunca motivos de queja por las medidas y las prácticas del nazismo. Y cuando se atacó a las iglesias cristianas, la consecuencia fue la alienación de los creyentes y, si cabe, el fortalecimiento de la fidelidad a su credo. Sin embargo, bajo la disconformidad cotidiana existían zonas en las que no había apenas oposición a lo que hacía el régimen. En su mayor parte, encontraban representación en la imagen de Hitler y ofrecían un terreno fértil para el aluvión de información parcial y manipulada que proporcionaba el Ministerio de la Propaganda a partir de 1933.

Una de las áreas sobre las que la propaganda pudo asentarse firmemente fue la aceptación, anterior al nazismo y ampliamente extendida, de un gobierno autoritario «fuerte». Mucho antes de Hitler, el nacionalismo extremo creía en que la salvación de Alemania solo podía alcanzarse con la mediación de un «gran líder». Y el «mercado» que demandaba dichas opiniones aumentó de forma considerable durante la crisis de la República de Weimar. La propagación del culto al Führer a partir de 1933 como pilar del nuevo Estado descansaba con fuerza sobre esta predisposición, que no se limitaba, ni mucho menos, a

los miembros del movimiento nazi.

Goebbels, verdadero creyente y experto en propaganda, conocía bien la importancia de la fe ciega en el líder supremo. El culto a Hitler se convirtió en el eje de todo el esfuerzo propagandístico; y Goebbels estaba orgulloso de sus logros en la tarea de construir el «mito del Führer». Lo que se pedía era una creencia firme en que el Führer siempre haría lo que resultara conveniente para su pueblo, y una obediencia también incondicional derivada de esa fe. La «idea» del nazismo, se indicaba —aunque de manera vaga—, estaba simbolizada por

el Führer. Los éxitos del nazismo eran los del Führer. El «objetivo» final, que nunca se definió, solo podría alcanzarse siguiendo ciegamente al Führer. En este sentido, la propaganda quería transmitir la noción de que «trabajar en la dirección del Führer» constituía el deber de todo alemán.

Los entusiastas de la plena excrecencia en que se había convertido el culto al Führer conformaban sin duda una minoría. Para los ciudadanos sensatos, los excesos en la adoración al Führer resultaban ridículos. No cabe duda, sin embargo, de que la popularidad de Hitler fue inmensa en los

años posteriores a 1935 y se extendió a sectores de la sociedad que, por lo demás, encontraban en el nazismo motivos para la crítica. La destrucción del marxismo, la restauración del orden, la eliminación de la plaga del desempleo generalizado, la revitalización de la economía, la fortaleza renovada del ejército y la no menos importante serie de triunfos espectaculares en política exterior, que dio la vuelta a la odiada paz de Versalles y despertó el orgullo nacional, todo esto, según pregonaba la propaganda nazi (no quedaban voces en Alemania que contestaran públicamente

esta interpretación), solo había sido posible gracias al Führer. Naturalmente, los seguidores incondicionales de Hitler no mostraron desaprobación ante la brutalidad, la injusticia, la persecución, la represión y la tensión internacional que había tras estos «logros». Pero, en un sector más amplio de la sociedad, también se daban por buenos dichos aspectos «negativos», se culpaba de ellos a todos menos a Hitler o se percibían como la consecuencia lamentable pero inevitable de la, por lo demás, saludable regeneración nacional que se llevaba a cabo en nombre de Hitler. Aquellos que hallaron «sus»

«logros» poco convincentes o detestables tuvieron lógicamente, en su mayor parte, buen cuidado de no manifestar su sentir.

El culto al Führer impregnó de una manera u otra todos los ámbitos de la vida pública del Tercer Reich. A partir de julio de 1933, se exigió a los funcionarios que realizaran una muestra visible de lealtad mediante el uso del saludo «Heil Hitler», preceptivo en el movimiento nazi desde 1926. La discapacidad física no dispensaba de su cumplimiento. Cuando no se podía efectuar el saludo con el brazo derecho, ¡había que hacerlo con el brazo

izquierdo!^[148] Desde 1933, conforme las escuelas acusaron una influencia nazi cada vez mayor, los maestros comenzaban sus clases con ese mismo saludo. Escritores, intérpretes, artistas e intelectuales —los que no habían sido perseguidos o no estaban en el exilio— se congraciaron enseguida con los nuevos gobernantes de Alemania y demostraron una incansable admiración por la obra del Führer. Los representantes de las dos confesiones cristianas más importantes estuvieron dispuestos, al menos en público, a disculpar a Hitler de la humillación que suponía el ataque a sus iglesias, del que

culpaban a los elementos radicales del partido. No existió prácticamente forma alguna de vida organizada o institucionalizada que no sirviera de vehículo para el refrendo público del Führer. Sobre todo, los militantes del partido y el movimiento de las Juventudes Hitlerianas, que a partir de 1936 se convirtió en la organización juvenil del Estado, proporcionaron una caudalosa fuente de apoyo fanático, aprovechable cuando fuera necesario.

La expansión numérica y organizativa del movimiento nazi después de 1933 significaba la omnipresencia de éste en la sociedad

alemana. El hecho de que muchos oportunistas se adhirieran al movimiento después de la «toma del poder» supuso un aumento vertiginoso de la militancia del partido, que pasó de 850.000 miembros a cerca de dos millones y medio en 1935 y a algo más de cinco millones al inicio de la guerra. El crecimiento posterior, durante el conflicto, elevó la cifra a su máximo, alrededor de ocho millones en 1943.^[149] La afiliación a la SA (que coincidía en parte con el partido pero no era su equivalente) también aumentó con rapidez, de alrededor de 450.000 a principios de 1933 a casi tres millones

en tiempos de la «purga de Röhm» en junio de 1934, aunque después de aquello descendió a solo 1.200.000 en 1938.^[150] Las Juventudes Hitlerianas engordaron desde 1933 hasta llegar, a finales de 1935, a incluir en sus filas a casi cuatro millones de jóvenes, cerca de la mitad de la juventud de la nación. Con el monopolio de la organización juvenil estatal a partir de 1936, llegó a tener más de siete millones a comienzos de 1939.^[151] Aunque éstas eran las organizaciones de agitación de masas más significativas, la afiliación al partido se extendió así mismo a través de un surtido de suborganizaciones que

cubría prácticamente todos los sectores de la actividad social y profesional, lo cual vino a significar que era casi imposible evitar algún grado de exposición a la propaganda.

Antes de 1933, el objetivo del movimiento nazi había consistido en la consecución del poder. Una vez alcanzado, se trató de una tarea más difusa de control social que, junto a la propaganda y al adoctrinamiento, se encaminaba a dirigir al pueblo hacia los objetivos asociados con la gran visión del Führer. Por supuesto, nunca se mencionaron estos objetivos. Incluso para los creyentes más devotos y

fervientes de Hitler, los fines por los que había que trabajar no se perfilaban más que en una vaga utopía visionaria y a largo plazo, un nuevo mundo feliz con Alemania a la cabeza. Entretanto, en el camino hacia esa meta, no solo el idealismo movía a los activistas; para cientos de miles de partidarios del nazismo, el trabajo, el estatus y los beneficios materiales dependían de la entrega al partido y les vinculaba estrechamente al régimen.

En 1934, Hitler definió la función del partido como «hacer al pueblo receptivo ante las medidas propuestas por el Gobierno, ayudar a llevar a cabo

las medidas dispuestas por el Gobierno para la nación en general y apoyar al Gobierno en todos los sentidos».^[152] Si bien las medidas gubernamentales iban dirigidas a poner en práctica la voluntad del Führer, el papel del partido era, por excelencia, el de «trabajar en la dirección del Führer», hacer de lo que se interpretaba como su voluntad algo aceptable para la población en general. Los militantes del partido debían, «siempre y en todo lugar, considerarse portadores de la palabra del Führer» y mostrar de manera patente su subordinación a la voluntad del Führer.^[153] La propaganda debía descender

hasta la misma base popular de la sociedad por medio del contacto personal del jefe nazi de cada bloque con los habitantes del vecindario. Ni la coacción ni el control se separaron nunca de las técnicas de movilización. El saludo «Heil Hitler», gesto visible de apoyo al Führer, comprometía incluso a los menos entusiastas con una señal de identidad del régimen, a menudo en contra de su voluntad. No hacerlo, sobre todo en un mitin o en una concentración de masas, exigía mucho valor. La propaganda del partido era omnipresente. Según una descripción que hacía uso de los temas

propagandísticos en el área de Múnich en 1936, «el partido tenía respuesta u opinión para todo: arte, paz, igualdad, iglesias, el paseo de los domingos, la agricultura, y, por supuesto, los judíos».

[154] Debajo de todos los asuntos subyacía la aclamación ubicua al Führer, a sus «logros» y a sus metas de futuro.

ACLAMACIÓN AL FÜHRER Y DINAMISMO DEL RÉGIMEN

En los años posteriores a 1933 se creó una estructura organizativa para traducir el consenso subyacente del Tercer Reich en un apoyo por aclamación. Dicho

apoyo nunca fue absoluto. Sin embargo, ofrecía una legitimación plebiscitaria amplia y aparentemente irresistible a las acciones de Hitler. La maquinaria de la propaganda estatal determinaba los parámetros de lo que era admisible en la opinión pública, mientras que el partido y sus afiliados facilitaban una base enorme de activismo fanático, un vehículo esencial de agitación y movilización. Ambos eran instrumentos vitales de poder. Ambos estaban entregados por entero a la ejecución de la «idea», que para ellos resultaba inseparable de la «voluntad del Führer». La lograda deificación que de Hitler

hicieron la propaganda del Estado y el movimiento nazi, convirtiéndolo en un líder de cualidades por encima de toda medida, en la encarnación de la «misión» histórica, constituía un elemento crucial en la estructura de poder del Tercer Reich.

Como consecuencia de la autoridad carismática y universal del Führer, al margen de toda crítica o duda, la «forma del discurso» en la Alemania nazi se encontraba fuertemente condicionada por la percepción de los preceptos ideológicos de Hitler. No es que Hitler dictara órdenes para actuar a través de un caudal constante de instrucciones que

emanase desde arriba. En la práctica, su método consistía más bien en evitar, en lo posible, situaciones difíciles que requirieran optar entre las distintas posibilidades propuestas por dos o más de sus seguidores de confianza. Pero esto no era obstáculo para el fomento de medidas políticas que avanzaran en la realización de su «visión» ideológica. El funcionamiento práctico del «gobierno carismático» corría por senderos más indirectos. Por ejemplo, resultaba imposible formular un argumento, por no mencionar una propuesta concreta, que se opusiera por completo a lo que se consideraba como

un rasgo distintivo del pensamiento de Hitler. De hecho, una de las estrategias más destacada para lograr la puesta en marcha de una iniciativa era hacer hincapié en su importancia a la hora de ejecutar los objetivos del Führer. Y, aunque hubo excepciones, asegurarse el visto bueno de Hitler a dicha iniciativa era normalmente la clave del éxito.

Las obsesiones principales de Hitler —el «Lebensraum», librar a Alemania de los judíos y el enfrentamiento próximo con el «bolchevismo judío»—, eran motivos suficientes para sus propias acciones, aunque su importancia variara en el tiempo de acuerdo con

consideraciones tácticas o estratégicas. Pero, para la masa de sus partidarios, estos preceptos ideológicos simplemente determinaban los parámetros de la acción, que se materializaban en objetivos lejanos a los que había que tender.^[155] De esta forma prosiguió una autoselección en la que «trabajar en la dirección del Führer» ayudaba a la promoción de aquellos factores ideológicos más próximos a lo que se suponía eran los deseos de Hitler, a la vez que se reducían o se excluían aquellas posibilidades que se opusieran o no se adaptaran a la «idea» del Führer.

Dentro de los asuntos internos, la

radicalización de las diferentes tendencias de la política racial ofrece un ejemplo obvio. El objetivo de crear una «comunidad nacional» homogénea se basaba en la exclusión de varios grupos «contaminados», social o racialmente. De hecho, solo mediante la definición negativa de los grupos excluidos, la nebulosa «comunidad nacional» podía conformar una identidad concreta. De esta forma, trabajar activamente por el vago ideal «positivo» de una comunidad «nacional» —un ideal que sin duda poseía una fuerte capacidad de atracción, y no solo para los nazis fervientes— necesitaba explícitamente

la discriminación de los grupos cuya identidad distaba de ser vaga y podía determinarse con cierta precisión. Además, la adhesión psicológica que daba cohesión a esta «comunidad nacional» abarcaba no solo la difusa búsqueda «positiva» de la grandeza alemana sino también la labor «negativa» y concreta de extirpar las fuerzas, al parecer siempre abundantes y poderosas, «ajenas» a la comunidad. Como solamente cabía concebir una purga implacable, destinada a la eliminación *total* de dichos grupos de la sociedad alemana y a traer una sociedad perfecta y definitiva, la empresa suponía

una dinámica inherente de discriminación más que un «ajuste de cuentas» superficial con los «enemigos del pueblo».

Con la figura del judío como antítesis simbólica de las virtudes alemanas encarnadas por la «comunidad del pueblo», el antisemitismo ofrecía posibilidades a una variada gama de actuaciones en las que los principios ideológicos podían casar fácilmente con las formas materiales de motivación social. «Trabajar en la dirección del Führer» por medio de la discriminación a los judíos podía significar, por tanto, quitarse de en medio a un negocio rival,

desalojar a un vecino indeseable, adquirir una propiedad a precio rebajado o simplemente desahogarse por las diversas frustraciones de la vida. Dada la suma importancia que tenía la odiada imagen de los judíos en el movimiento nazi, Hitler no necesitaba hacer gran cosa por encauzar las presiones existentes desde abajo para que se produjera una radicalización creciente de la política de discriminación. Le bastaba con dar luz verde o, simplemente, su aprobación tácita, para ratificar una nueva oleada de violencia antisemita. El ímpetu de dichas oleadas —como las de la

primavera de 1933, la primavera y el comienzo del verano de 1935, y el verano y el otoño de 1938— fue más que suficiente para convencer a la administración pública de que adoptara medidas legales y animar a la policía a elaborar estrategias de ejecución más «racionales». Fuera cual fuera el rumbo que tomaran las iniciativas antisemitas, no había marcha atrás en la espiral de discriminación.

En otros ámbitos de la política racial se encontraba en marcha un proceso parecido de radicalización. De una manera u otra, las barreras que definían las formas permisibles de

comportamiento con grupos sociales marginales «sospechosos» o «desagradables» cayeron una tras otra a partir de 1933. No solo los asesinos nazis, sino también modernos profesionales y expertos en diversas materias pudieron aprovecharse de esto, justificando su falta de humanidad con el recurso a los «deseos», «intenciones» u «objetivos» del Führer, a los intereses o las necesidades de la «comunidad nacional» y a la «salud racial». Así, por ejemplo, la eliminación de restricciones a la esterilización obligatoria de todos los que tuvieran defectos mentales o físicos hereditarios y de otros

«indeseables» sociales o raciales abrió la puerta a la cooperación entusiasta de médicos y psiquiatras, que trabajaron en colaboración con la policía y las autoridades locales a través de los denominados Tribunales de Salud Hereditaria. Más de 400.000 individuos sufrieron sus tratamientos.^[156] La culminación lógica del acento en la pureza eugenésica, la salud racial y la virilidad nacional consistió en el programa destinado a liquidar la «vida inservible» que comenzó en 1939.^[157]

Dentro del esfuerzo para completar la tarea del renacimiento nacional, la parte «positiva» de la ecuación —la

creación de la «comunidad del pueblo» en armonía— era un objetivo abierto sin límites definidos. Por lo tanto, no fue en absoluto casual que su parte «negativa» —la eliminación de los aspectos «inaceptables» e «indeseables»— consiguiera la prioridad como agente de movilización y alcanzase un predominio creciente como una meta más realista y tangible. Los deseos que se le suponían al Führer sirvieron, por lo tanto, para aglutinar fuerzas diversas y fragmentadas dentro del régimen, hacerlas actuar y justificar las consecuencias de sus actividades. De esta forma, el hecho de «trabajar en la

dirección del Führer» dio impulso a la política, sin un estricto control desde arriba pero reforzándose mutuamente con los intereses de los políticos y eliminando por completo la posibilidad de cualquier línea de actuación política contraria. El respaldo plebiscitario al Führer, implícito en buena medida en el consenso subyacente y activado por los agentes de aclamación, constituía, por tanto, un elemento crucial en la dinámica de radicalización del Tercer Reich y en la autonomía, cada vez mayor, del poder de Hitler.

El aplauso con que fue acogido Hitler por su hábil aprovechamiento de

la debilidad diplomática occidental, entre 1933 y la primavera de 1939, también contribuyó notablemente al refuerzo de su posición, en especial con respecto a la jefatura militar y a las otras elites gobernantes tradicionales.

El propio Hitler era muy consciente del gran valor del apoyo plebiscitario que ganó por su inmensa popularidad personal. Si se puede dar crédito a Hermann Rauschning, Hitler justificaba su primer gran desaire a las democracias occidentales —la retirada de la Sociedad de Naciones en octubre de 1933— principalmente por su significado interno, es decir, porque

suponía un mayor acercamiento al pueblo alemán, alegando que se había visto obligado a dar aquel paso sabiendo que cualquier dificultad que se originara en la política exterior se vería compensada por la confianza que obtendría del pueblo alemán a través de aquel acto.^[158] En mitad de la guerra, Hitler recordaba que se había asegurado de que los plebiscitos se organizaran tras sus golpes de efecto a causa de su impacto «tanto dentro como fuera» del país.^[159]

Solo uno de los cuatro grandes plebiscitos que tuvieron lugar en el Tercer Reich —el del 19 de agosto de

1934, convocado para aprobar la toma de posesión de Hitler como jefe del Estado tras la muerte de Hindenburg—no siguió a un gran triunfo en política exterior. El abandono de la Sociedad de Naciones en 1933, la ocupación de Renania en 1936 y el *Anschluss* de Austria en 1938 —ocasiones para los otros plebiscitos— tuvieron gran repercusión popular, cualesquiera que fueran los resultados oficiales manifiestamente absurdos de la consulta (especialmente en 1936 y 1938). Tales éxitos, que incidían en la unidad que proporcionaban las cuestiones «nacionales» y no en los asuntos

potencialmente conflictivos que rodeaban al núcleo del credo específico nazi, garantizaban la explotación al máximo de todo el consenso posible y enviaban señales tanto a los que dudaban en Alemania como al mundo entero de que Hitler tenía al pueblo alemán tras de sí.

La marcha sobre Renania el 7 de marzo de 1936 —cuando las tropas alemanas, incumpliendo los tratados de Versalles y Locarno, volvieron a ocupar la antigua zona desmilitarizada— ofrece el indicio más claro de cómo un golpe de efecto en la política internacional, al menos temporalmente, desviaba la

atención respecto a las dificultades internas y ayudaba al régimen a recobrar el impulso tanto en el interior como en el exterior. Aunque los triunfos diplomáticos ocupaban, sin duda, el primer lugar en el pensamiento de Hitler, en ciertas altas instancias del Gobierno se pensaba de hecho que las razones para elegir el momento del golpe fueron solamente de tipo interno: la necesidad de agitar a las masas de nuevo, renovar el entusiasmo en el partido, recuperar la confianza tras la grave crisis de escasez de alimentos del invierno anterior y eclipsar el conflicto creciente con la Iglesia católica.^[160]

En efecto, el plebiscito del 29 de marzo proporcionó una excelente oportunidad para restañar la baja moral del partido atrayendo a los activistas a una operación de propaganda a gran escala en las semanas previas al «voto». Esta vez se consiguió un óptimo porcentaje del 99 por 100 del voto a favor. Incluso teniendo en cuenta algún «recuento creativo», así como el empleo de formas indirectas o menos sutiles de coerción que contribuyeron al resultado, era algo que no podía pasarse por alto ni dentro ni fuera de Alemania. En el exterior, los aliados occidentales no habían perdido simplemente una

oportunidad de frenar la expansión alemana, se vieron obligados además a ser testigos del enorme ímpetu de la popularidad que dicha maniobra otorgó a Hitler.

Para aquellos grupos aislados que, dentro de Alemania y en condiciones arriesgadas, trabajaban por la caída del régimen en organizaciones ilegales, la falta de actuación de Occidente y el apoyo plebiscitario a Hitler hundieron su moral después de que el invierno anterior algunos indicios mostraran que incluso la propia popularidad de Hitler empezaba a resentirse a raíz de las dificultades, cada vez mayores, para

hacer frente a la escasez de alimentos. Un observador del SPD en el exilio captó la relación existente entre el refrendo plebiscitario de las acciones de Hitler y el desarrollo de la política nazi al observar que Hitler «ya no podía escapar de su política». Por medio de la aprobación, sin duda abrumadora, de su actuación que traería el anunciado plebiscito del 29 de marzo, «¡el dictador se permite el lujo de que el pueblo le obligue a hacer la política que él mismo quería!»^[161]

Si bien el respaldo popular del que gozaba Hitler entre las masas resultó una fuente de gran valor para él, la pérdida

potencial de dicho apoyo no podía significar más que debilidad. Por ello, era claramente alérgico a cualquier cosa que pudiera dañar su imagen pública o socavar su prestigio. En más de una ocasión expresó sus temores más recónditos ante la posibilidad de una caída importante de su popularidad.^[162]

Y puesto que aceptaba que la «gris monotonía diaria» era una amenaza permanente para el «entusiasmo».^[163]

político, reconocía la necesidad de triunfos sucesivos para que las masas permanecieran junto a él y para generar la movilización psicológica constante que precisaba. De otro modo, aparecería

a su juicio la «esterilidad» y «con ella surgirían seguramente desórdenes de carácter social».^[164] Así pues, la legitimación por medio del apoyo plebiscitario solo podía asegurarse a través de repetidos éxitos, un rasgo clásico del «gobierno carismático» según la conceptualización de Max Weber. Por tanto, el rechazo a dejar que el impulso se agotara era intrínseco a la auténtica esencia del poder «carismático» de Hitler.

LA EXPANSIÓN DEL PODER

Los nazis no barrieron ni reemplazaron las formas existentes de gobierno durante su «toma del poder». Hasta el final de 1937, tan solo una minoría de las dependencias del Estado relevantes para la gobernación del Reich estaba controlada por nazis.

Los ministerios de Asuntos Exteriores, Guerra, Economía, Hacienda, Trabajo, Justicia y Transporte permanecieron hasta esa fecha (algunos hasta más tarde) en manos de nacional-conservadores. [165] En estos años eran frecuentes dentro del partido los síntomas de decepción y frustración por los límites impuestos a su influencia y control sobre la política y la administración estatal.

Durante el período que discurrió entre la «crisis de Röhm» de 1934 y la «crisis de Blomberg-Fritsch» de 1938 aparecieron indicios de que las turbulencias que habían seguido a la «toma del poder» podían subsumirse

ahora en un autoritarismo relativamente estable. En realidad, el radicalismo del movimiento nazi no fue nunca detenido, y mucho menos anulado, por las fuerzas conservadoras, que, a pesar de su aversión por algunas de sus manifestaciones, sacaban provecho del «activismo» nazi. No obstante, la mutilación de la SA, el declive en la escala de detenciones políticas y la sustitución de la agitación antijudía que llevaban a cabo fanáticos del partido por una discriminación «legal» (y por lo tanto aparentemente «regulada») tras el frenético verano de 1935 parecían indicar que resultaba posible estabilizar

y «sistematizar» el dominio nazi. La calma impuesta por la necesidad de impresionar a los visitantes que acudieron a Alemania durante el año olímpico de 1936 ayudó a mantener la ilusión. Asimismo, en el ámbito internacional, poco hacía suponer en esos momentos que la política exterior del régimen, a cargo del conservador barón von Neurath, iría más allá del «revisionismo» y de la liquidación de los acuerdos de Versalles y Locarno.

A mediados de los años 30, ni siquiera el más perspicaz de los observadores podía prever de manera mínimamente aproximada la intensa

radicalización que emprendieron las políticas nazis en un amplio número de frentes a partir de 1938. Eran años en los cuales Hitler tenía que andar con algún cuidado en sus relaciones con las elites tradicionales y se refrenaban algo las demandas más extremas y los impulsos más dinámicos del movimiento nazi.

En este período, el régimen comprendía de hecho un conjunto de organismos políticos diferentes —el movimiento nazi, la administración del Estado, el ejército, la gran empresa, la policía—, con intereses distintos pero entrelazados, que encontraban un factor

unificador en la autoridad del Führer. Las diversas entidades de este «cártel de poder», sin embargo, no permanecieron estáticas, sino que fluctuaron en sus relaciones con las demás y con la autoridad del Führer. A cambio, el poder de Hitler derivaba de su situación como fulcro, eje y elemento mediador de los intereses divergentes. Pero la verdadera centralidad de su posición, única en la constelación global de poder, permitía que su propia autoridad se expandiera y desarrollase una creciente autonomía relativa respecto a los otros ámbitos de influencia. Conforme lo hizo, el «cártel

de poder» cambió en su misma base, con las esferas más cercanas a Hitler creciendo en importancia a costa de las que tenían vínculos más distantes con el Führer. Por lo tanto, bajo las señales de «normalización» del gobierno nazi en 1934-1937 se estaba produciendo la expansión del poder de Hitler. En parte como causa y en parte como consecuencia, la acompañaba la dinámica radical subyacente del nazismo, que, lejos de amainar en el seno de un autoritarismo estancado, ganaba velocidad.

¿Cómo y por qué se expandió de manera tan significativa la autonomía

del poder de Hitler en este período? Una parte de la respuesta se ha ofrecido ya al considerar el crecimiento de la organización de policía-SS y del refrendo plebiscitario a las acciones de Hitler. Pero ahora es necesario ampliar nuestro análisis a la cambiante estructura del gobierno en el Tercer Reich y a las vías por las cuales Hitler pudo beneficiarse de la debilidad y el asentimiento de las clases dirigentes tradicionales dentro de Alemania, y de la aquiescencia y la irresolución de los líderes de las democracias occidentales.

LA EROSIÓN DEL GOBIERNO

COLECTIVO

Gobernar en el Tercer Reich consistía cada vez más en un intento de reconciliar lo irreconciliable: acomodar las estructuras burocráticas de la administración gubernamental a la voluntad de un líder cuya autoridad procedía de sus pretensiones «carismáticas» y no de un cargo formal. Como resultado se produjo el cubrimiento progresivo de las estructuras burocráticas del Estado por parte del poder arbitrario del Führer, lo cual desembocó en el deterioro y la corrosión graduales de los patrones

formales de gobierno y administración, un proceso que solo alcanzó su apogeo durante los años de la guerra.

Inicialmente, las exigencias «carismáticas» de Hitler contaron poco en la práctica gubernativa. Su autoridad residía en el hecho de haber sido nombrado cabeza del Ejecutivo, como los cancilleres que le habían precedido. Al igual que ellos, él también se veía obligado a trabajar en el marco de un sistema de gobierno y una burocracia sofisticados y complejos. Pero, a diferencia de sus predecesores, no tenía experiencia gubernamental y sí una pronunciada aversión por los

procedimientos burocráticos y las rutinas del trabajo administrativo convencional, algo que se iba a convertir en un rasgo distintivo de su estilo político. Por otro lado, él podía sentirse seguro del respaldo que le proporcionaba un enorme movimiento de masas. Además, su llegada al poder se había celebrado —y no solo por los fanáticos nazis— como el amanecer de una nueva época para Alemania más que como un mero cambio de Gobierno. Este renacimiento se había sellado simbólicamente como una construcción asentada sobre la más gloriosa y «auténtica» tradición alemana, en la cual

se veía a la democracia de Weimar como un paréntesis traidor, el «día de Potsdam», el 21 de marzo de 1933: en esa fecha, el presidente Hindenburg y el canciller Hitler, la «vieja» y la «nueva» imagen de Alemania, unieron sus manos ante la tumba de Federico el Grande en la ceremonia inaugural del Reichstag recién elegido.

A pesar de su inexperiencia, el apoyo masivo a Hitler y la atmósfera de resurgimiento nacional que rodeó el inicio de su mandato le daban desde el principio una ventaja que no habían tenido otros cancilleres. Es más, Hitler demostró con rapidez lo fatalmente

erróneo de la condescendencia con que contemplaban a este «arribista vulgar» los políticos establecidos y gran parte de las clases altas y de los intelectuales. Lejos de revelar una ingenuidad y una incapacidad que le habrían convertido en arcilla en manos de los grupos tradicionales de poder y le habrían hecho inmediatamente prescindible, evidenció una percepción ágil y penetrante de las realidades del poder gubernamental.

Aunque al comienzo Hitler tuvo cuidado de no provocar conflictos dentro de un Gobierno de coalición en el que los miembros del Partido Nazi

estaban en minoría, tanto el estatus del puesto de canciller como el papel del Gabinete y de sus componentes cambió de manera acelerada, brusca y decisivamente. Desde el primer momento no hubo votación alguna en el interior del Consejo. Y, al aprobarse la Ley de Autorización del 24 de marzo de 1935, el propio canciller del Reich recibió poderes para aprobar y ejecutar leyes que hubieran sido acordadas por el Gabinete, por lo que la firma del presidente del Reich ya no era necesaria. En cualquier caso, Hindenburg no sintió la obligación de involucrarse en el proceso. De hecho, la

importante distinción entre leyes (aprobadas por el Parlamento) y decretos se eliminó así de un solo golpe.

[166] Con ello el poder real de Hitler en el Gobierno del Reich aumentó de forma significativa. Goebbels pudo comprobar con satisfacción en abril que la autoridad del Führer estaba ya plenamente establecida en el seno del Gabinete. [167]

El Gabinete continuó reuniéndose con frecuencia durante los primeros meses, pero, una vez se había asentado su poder, Hitler no encontró atractivo ni utilidad a las reuniones. Su número decreció con brusquedad: mientras en

1933 hubo setenta y dos sesiones, en 1935 los ministros solo se vieron doce veces, seis en 1937 y una última ocasión en 1938.^[168] Ni siquiera todas las reuniones contaron con la presidencia de Hitler. Aunque hubiera algunos intentos pusilánimes de resucitarlo al comenzar la guerra, difícilmente puede ilustrarse mejor el final del gobierno colectivo.

En el verano de 1933 se introdujo un nuevo procedimiento para promulgar las leyes, según el cual no resultaba ya obligada la discusión verbal entre los ministros, que poco a poco desapareció. Los ministros confeccionaban borradores de las normas por iniciativa

propia, los mandaban a sus colegas con intereses relevantes en la materia y los volvían a redactar una y otra vez hasta que se alcanzaba un acuerdo general. Solo en ese momento se interesaba Hitler en los proyectos, justo antes de dar su visto bueno, firmarlos y convertirlos en leyes formales. De esta forma, Hitler conservaba la capacidad de rechazar o confirmar la legislación, pero su preparación apenas le interesaba.

Así, el Gobierno central se fragmentó en una serie de departamentos estatales separados. Cada uno de ellos elaboraba leyes de manera casi

autónoma, sin que nadie los coordinara, y, cuando se trataba de temas conflictivos, luchaba por defender su política y fortalecer su posición departamental frente al rechazo de los otros organismos del Estado. No era una receta muy adecuada para la toma racional de decisiones.

El único vínculo que unía a los ministros entre sí, y a cualquiera de ellos con el propio Führer, se situaba en el recién nombrado jefe de la Cancillería del Reich, Hans-Heinrich Lammers, que desde noviembre de 1937 disfrutó también de la categoría de ministro del Reich. Si un ministro quería

dirigirse a Hitler tenía que hacerlo a través de Lammers. Los informes que se enviaban al canciller del Reich aterrizaban en su mesa. La comunicación entre Hitler y un ministro, a menos que se viera favorecido —como Goebbels— con un acceso personal cercano y frecuente al Führer, se realizaba de nuevo por medio de Lammers.

El papel de Lammers como intermediario entre el Führer y los ministros adquirió una importancia vital. Podía influir decisivamente en la opinión de Hitler sobre un asunto por la forma en que se lo presentara. Podía también, por supuesto, decidir que el

Führer estaba demasiado absorbido por la pesada carga de los asuntos de Estado como para tener que ocuparse de un proyecto legislativo concreto o del memorándum de un ministro. A consecuencia de ello, esta legislación se arrinconaba de manera más o menos indefinida.

Paradójicamente, pues, Hitler se constituía en el eje indispensable del aparato gubernativo, pero, al mismo tiempo, se mantenía al margen de gran parte de las deliberaciones y apenas se implicaba en ellas. La distancia que conservaba respecto al día a día de la gobernación era, por un lado, un

requisito estratégico para evitar que le succionaran las disputas entre facciones y realzar así su aura de intangibilidad; y, por otro, un reflejo de los rasgos de su propio carácter: su impaciencia con la rutina burocrática, su rechazo a ocuparse de los pequeños detalles, ese darwinismo «instintivo» de dejar que los contendientes peleasen para resolver sus diferencias y entre ellos emergiera un ganador, y su dependencia de la «lealtad» de los favoritos que seleccionaba —sus «viejos camaradas», ya bregados y probados— en lugar de confiar en los ministros del Gobierno y en sus secretarios de Estado.

Mientras aún vivía Hindenburg, el presidente del Reich, Hitler se ajustó a un horario de oficina más o menos regular y a un estilo de gobierno bastante convencional. Su modo de trabajar como cabeza del Ejecutivo cambió cuando se le confirmó en la jefatura de Estado y contó con el apoyo bajo juramento del ejército y el funcionariado y con la aclamación popular que supuso el plebiscito de agosto de 1934. Ahora volvió, cada vez más, al estilo irregular y no-burocrático que había marcado su liderato en el partido antes de 1933. Su temperamento y su indolencia personal le inclinaban

más hacia la idea «genial» sin reflexión alguna, a primar la exhibición pública y el mantenimiento de las apariencias, que hacia el estudio de largos informes y complejos papeles de gobierno. De acuerdo con un antiguo ayudante, «creía que muchas cosas se arreglaban solas si uno no interfería».^[169] El acceso a Hitler fue cada vez más difícil para todos menos para los ministros predilectos, y a algunos les resultaba imposible. Obligarlo a concretar una decisión clara y razonada en alguna disputa, especialmente sobre temas delicados, era todo menos fácil. Los asuntos importantes podían aparcarse

durante meses antes de que se le pudiera arrancar una resolución. Cuando llegaban, sus «decisiones» eran a menudo arbitrarias, incluso digresiones casuales en un contexto informal.

Sin embargo, quienes las utilizaban para defender alguna iniciativa política no las veían como vagas recomendaciones. Cuando, de vez en cuando, una de estas iniciativas, aparentemente respaldada por Hitler, encontraba tal hostilidad que se hacía impracticable, no se revocaba —lo cual habría sido incompatible con el prestigio del Führer—, sino que simplemente se consideraba letra muerta

o quedaba «pendiente» de forma indefinida.

El estilo antiburocrático de Hitler desembocó en la generalización de un desorden gubernativo estructural. Es poco probable que se tratara del producto de una estrategia maquiavélica, bien concebida, para «dividir y vencer», a pesar de que Hitler tuviese unas antenas extremadamente sensibles a la hora de captar cualquier movimiento dirigido a debilitar su autoridad. Más bien respondía a la aplicación práctica del principio según el cual se permitía al fuerte alzarse con la victoria en un conflicto que se dirimía por medio de la

lucha. Aún es más, era el inevitable resultado de una fuerte dependencia respecto al mantenimiento del prestigio y a la preservación de la imagen.

Dada la naturaleza vaga y sin límites prefijados de su mandato para reestructurar y «reeducar» a la sociedad alemana de acuerdo con la filosofía nazi, tenía que haber obligados conflictos y choques al formular las políticas. Las confusas líneas de mando intensificaban desmedidamente las rivalidades personales y las enemistades. Las luchas para establecer la supremacía en la elaboración de la política consumían tiempo y minaban las

energías. La autoridad de Hitler como última instancia de apelación en cualquier asunto controvertido no la cuestionaba nadie. Pero, cuando realmente un problema no se había resuelto por sí mismo, él se mostraba remiso a decantarse de manera inequívoca por una parte o por la otra.

Esto ocurrió sobre todo en las cuestiones internas y en el amplio campo de la «política social», donde la toma de decisiones avanzaba a menudo dando traspiés sin indicaciones coherentes o firmes sobre la «voluntad del Führer». Pero el limitado intervencionismo de Hitler en la confección de la política, al

tiempo que le alejaba de las instancias convencionales de gobierno, aumentaba más que restringía su poder como Führer. A pesar de las disputas por el diseño de programas concretos, poco o nada se oponía al amplio objetivo de preparar a la sociedad, material y psicológicamente, para la llegada de la gran guerra, o al sueño utópico del paraíso germánico una vez que dicha guerra hubiera acabado en victoria.

En el ámbito exterior, sobre el que volveremos, Hitler sí intervino de manera más frecuente y directa a la hora de elaborar la política. No parece haber dudas respecto al hecho de que él mismo

tomase las decisiones cruciales que pusieron en marcha la «revolución diplomática»,^[170] a veces en contra del impulso político de su propio Ministerio de Asuntos Exteriores.

Por otro lado, en la política racial, la postura general de Hitler durante los años 30 consistió, por razones tácticas y de prestigio, en permanecer al margen todo lo posible. Las iniciativas solían provenir de otros, en el sobrentendido, claro está, de que estaban «trabajando en la dirección del Führer». Pero cuando se trataba de una materia de importancia para él, Hitler podía intervenir de forma decisiva. Ya en

1933, por ejemplo, desautorizó la oposición de su propio vicescanciller, Von Papen, para asegurar que la ley de esterilización fuera aprobada.^[171] En la política antijudía, el papel principal de Hitler en estas fechas consistía, más que en proporcionar una dirección definida y coherente, en confirmar las condiciones para que se desplegaran propuestas a menudo en conflicto. Participaba con mayor frecuencia de lo que se suele imaginar, tomándose a veces interés en cualquier detalle relativamente insignificante.^[172] Sin embargo, lo normal, al menos antes de la guerra, era que sus intervenciones respondieran a

peticiones para resolver una cuestión en disputa. Sus resoluciones, cuando llegaban, no resultaban firmes ni siquiera en este ámbito. También aquí, de vez en cuando, evitaba tomar decisiones.

El estilo de gobernar de Hitler daba rienda suelta a todo impulso competitivo y no conducía al gobierno directo sino al oportunismo depredador y a movimientos arbitrarios y descoordinados. Pero el factor clave residía en que estas iniciativas solo podían emprenderse dentro de los parámetros de las intenciones ideológicas de Hitler, tal y como las

percibían los demás. Las «estrellas emergentes» de la constelación nazi eran aquellos que sabían «adivinar» dichas intenciones y escoger el momento más oportuno para «trabajar en dirección» a ellas, y aquellos cuyo vigor, energía y crueldad en la refriega política resultaban más visibles dentro de las áreas cercanas a los propios intereses de Hitler.

Así pues, la erosión del gobierno colectivo a la sombra de Hitler significaba que, en lugar de un organismo central que evaluara y diseñara un conjunto programático relativamente sólido y coherente, por

debajo de la posición del mismo Führer proliferaban y se fragmentaban múltiples agentes poderosos que rivalizaban y a menudo chocaban entre sí con una sola justificación: el cumplimiento de la «voluntad del Führer». Las relaciones de poder en el Tercer Reich, tal y como se ha sugerido de manera evocadora, eran las de un sistema feudal tardío, edificado sobre lealtades personales que se recompensaban con feudos privados.

[173] Aunque hay que reservar la enormidad de este colapso total del gobierno regulado a los años de la guerra, su desarrollo puede situarse de todos modos en la fase inicial del Tercer

Reich.

Además de los ministros, también el partido pretendía influir sobre la formulación de la política en todos los frentes. Se articulaba en torno al centro que representaba Rudolf Hess, cabeza de la organización partidista y miembro del Gabinete con derecho a veto sobre la legislación. En la práctica, sin embargo, la «política del partido» rara vez se definía con claridad. A nivel provincial, las relaciones entre el partido y el Estado aún eran más confusas que en el centro. Los jefes partidistas en las provincias, los Gauleiter, disfrutaban frecuentemente de

un alto grado de independencia respecto al control externo, tanto por la sede central del partido como por las instancias administrativas del Estado en la capital y en las diferentes regiones. Los intentos llevados a cabo por Frick, el ministro del Interior del Reich, para crear una estructura unificada y sistemática de gobierno autoritario fueron destruidos por el mismo Hitler, incapaz de asumir cualquier restricción institucional a su propia libertad de acción y encantado por tanto con el desbarajuste en las agencias del partido y del Estado, que se solapaban y competían entre sí. En lugar de

comprometerse de manera ordenada en el gobierno, el partido prefería actuar como un estímulo populista que forzaba determinadas acciones legislativas, como las leyes antisemitas de la primavera de 1933 y septiembre de 1935, con lo cual impedía que la dinámica radical se diluyera en un autoritarismo inmóvil.

Más importante aún que el dualismo sin resolver entre el Estado y el partido fue la creación de nuevas instituciones, que normalmente tenían un pie en cada lado, no pertenecían como tales ni a uno ni a otro y debían su existencia y su poder a su papel como agentes

ejecutivos de la «voluntad del Führer». Expresaban el hecho de que, desde el comienzo mismo, dicha «voluntad» formaba una categoría de poder distinta a la del aparato estatal y a la de la propia administración, que teóricamente las abarcaba pero en la práctica las dominaba cada vez más. «El Estado», que desde Hegel había ocupado un estatus tan alto en el pensamiento político alemán, era para Hitler, como aparato estructurado de gobierno «racional» y administración, solo un medio para alcanzar un fin, que utilizaba allí donde le convenía y del que prescindía cuando a ese fin podía

llegarse mejor sin su concurso. Así, se establecieron nuevos instrumentos de ejecución en aquellos ámbitos políticos que Hitler consideraba de especial relevancia. La Organización Todt para administrar programas de obras públicas, las Juventudes Hitlerianas bajo el mando de Von Schirach, el enorme aparato del Plan Cuatrienal que dirigía Göring y, sobre todo, el imperio que combinaba SS y policía a las órdenes de Himmler y Heydrich constituían inmensos depósitos de poder que emanaban de su propia posición, no subordinada ni al partido ni al Estado sino solo a la voluntad del Führer.

A través de la erosión del gobierno central, de la proliferación de administraciones e instancias donde se elaboraban políticas diversas y de la creación de nuevas organizaciones ejecutivas de carácter híbrido, la autonomía de la «voluntad del Führer», libre de cualquier restricción constitucional o institucional, pudo expandirse de manera brutal. Incluso el título oficial de Hitler indicaba el cambio que tenía lugar: en 1933 era oficialmente el de «Canciller del Reich»; tras el fallecimiento de Hindenburg se convirtió en el de «Führer y Canciller del Reich»; y

después de 1939, de acuerdo con el deseo del propio Hitler, se redujo simplemente al de «Führer».[174]

La separación de Hitler respecto al aparato convencional del gobierno y la administración no se había completado aún a comienzos de 1938. Pero el proceso que durante la guerra llevó a la fragmentación total del gobierno en una serie de feudos de poder en competencia estaba ya muy avanzada para esa fecha. Con el deterioro gradual del propio Estado y la legitimación de todas las acciones por la «voluntad del Führer», disminuyó el alcance potencial de las consideraciones más tibias y

«racionales» para poner freno a las iniciativas «peligrosas» y contener a las fuerzas más radicales del régimen. A cambio ganaron ímpetu los impulsos, descoordinados pero dinámicos, que trabajaban de diferentes formas «en la dirección del Führer» y ponían en práctica sus objetivos ideológicos, definidos vagamente. Y, con ellos, la «visión» de Hitler, ya sin necesidad de un mando central cauteloso, apareció, cada día más, como una meta alcanzable.

LA CONQUISTA DE LA OPORTUNIDAD

Una vez hechas estas observaciones, hay que añadir que, tal y como se desarrolló en los últimos años 30, el inmenso poder de Hitler, en teoría sin restricción alguna, no fue en absoluto el resultado de un plan preconcebido y ejecutado coherentemente por su parte. La expansión del poder de Hitler constituyó en buena medida el reflejo de la debilidad tanto del orden interno como del internacional en aquella década. La crisis de Weimar había sido tan profunda que Hitler solo necesitó tocar las estructuras restantes para que se vinieran abajo. Y el orden internacional

de posguerra permaneció tan frágil que se fracturó irremisiblemente cuanto tuvo que hacer frente a un revisionismo alemán nuevo y decidido. La ventaja de Hitler en este contexto descansaba en gran parte sobre su instinto de jugador, la suprema habilidad del oportunista para hallar el momento preciso en que sacar partido de la flaqueza ajena. Tal oportunismo, aunque estaba anclado en la certeza absoluta de que el futuro respondería a su propia visión del mundo, fue la contribución vital de Hitler al aumento de su poder. Esto puede verse con mayor claridad en el devenir de la política exterior.

Hitler no disponía de un programa de actuación ya diseñado. El impulso general de la política consistía en parecer conciliador y andar con pies de plomo, pero rearmándose a toda velocidad con el fin de estar preparado y aprovechar la gran ocasión en cuanto se presentara por sí sola. En cualquier caso, la debilidad militar alemana y su aislamiento diplomático ofrecían pocas alternativas a esta estrategia. No había en realidad nada en los inicios de la política exterior de Hitler que revelara una entonación específicamente nazi. Al contrario, estaba en general de acuerdo con los deseos del alto mando de las

fuerzas armadas, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de otras fuerzas revisionistas dominantes. Cualquier Gobierno nacionalista alemán habría adoptado entonces, presumiblemente, una línea similar en el ámbito internacional.

En los primeros años, el sello personal de Hitler no tenía que ver tanto con la naturaleza de la misma política exterior como con su capacidad para percibir los puntos frágiles de la oposición y para empujar las relaciones diplomáticas a un terreno completamente nuevo por medio de audaces movimientos hacia delante. Esto puede

verse ya en las condiciones que acompañaron a la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones en octubre de 1933 y en la conclusión del pacto de no-agresión con Polonia en enero de 1934.

La posición de Alemania no parecía nada prometedora a comienzos de 1933. Las muestras públicas de brutalidad que habían rodeado la «toma del poder» habían hecho poco para promover la aceptación internacional del nuevo régimen. Pero Francia estaba preocupada por el rampante tono militarista de su vecino del este, mientras a Gran Bretaña le inquietaba el rechazo de Alemania a la paridad que

había aceptado en principio la conferencia de desarme de la Sociedad de Naciones reunida en Ginebra desde 1932. Las divisiones entre las principales potencias ofrecieron a Hitler la oportunidad de asestar su primer golpe en política exterior y estimular notablemente su prestigio interno.

El primer discurso importante de Hitler sobre asuntos externos, el 17 de mayo de 1933, había constituido una apasionada declaración de su deseo de paz y, al mismo tiempo, una protesta por el trato injusto que los aliados daban a Alemania en la cuestión del desarme.

[175] Londres y Washington recibieron

favorablemente el discurso, pero los franceses siguieron bloqueando cualquier reconocimiento a las demandas de igualdad de los alemanes. Cuando la presión de Francia convenció a los británicos para que consintieran la continua limitación del armamento alemán (pero no del suyo propio), Hitler, en una maniobra por sorpresa, sacó a Alemania el 14 de octubre de 1933 tanto de la conferencia de desarme como de la misma Sociedad de Naciones.

La contribución específica de Hitler no abarcó más que el control del calendario y el aprovechamiento de la

propaganda. La dirección y la elección de una línea dura habían sido obra, en su mayor parte, del ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath, y del alto mando del ejército. Pero Hitler sabía cómo sacar el máximo partido a semejante ocasión: disolvió inmediatamente el Reichstag y convocó nuevas «elecciones», combinadas con un voto plebiscitario de confianza en sus actos. La propaganda nazi explotó de manera brillante el estado de ánimo del pueblo. La campaña, de tres semanas de duración, culminó con la «elección» de un nuevo Reichstag y el plebiscito que dio la confianza a Hitler provocó el

primer orgasmo de euforia nacional. Un 95 por 100 del voto a su favor, contando incluso con la presión para obedecer, constituía sin duda una manifestación de apoyo popular masivo al canciller del Reich. El embajador británico señaló: «Desde luego, una cosa está clara. La posición de Herr Hitler resulta inexpugnable, hasta en los círculos que no aprueban en su conjunto al Nationalsocialismo».^[176]

Un segundo golpe significativo en política exterior se produjo solo unos meses más tarde, con la firma de un pacto de no-agresión para diez años con Polonia. Aquí también, Hitler se mostró

como un maestro en el arte de aprovechar oportunidades.

La iniciativa no provino del propio Hitler, sino del jefe del Estado polaco, Piłsudski, que se hacía eco de la ansiedad de Polonia ante las posibles intenciones de Alemania tras su abandono de la Sociedad de Naciones. Hitler le respondió con la oferta de un tratado de no-agresión que, en su generosidad aparente, cogió a los polacos por sorpresa y tuvo que vencer la hostilidad de un Ministerio de Asuntos Exteriores tradicionalmente antipolaco. Esto revelaba una gran sagacidad para apreciar la fragilidad de

la alianza de Polonia con Francia y, al mismo tiempo, para sacar provecho de sus intenciones aparentemente pacíficas y de su condición de «hombre de Estado» con el fin de sondear las posibilidades de mejorar sus relaciones con Gran Bretaña e introducir así una cuña aún más ancha entre las democracias occidentales.

Una vez que la profunda crisis interna de 1934 finalizó con la destrucción de la SA y la llegada a la jefatura del Estado, acontecimientos que al acumularse implicaban una segunda «toma del poder», el dominio de Hitler se movió durante los dos años siguientes

hacia una nueva esfera. Sobre todo, la serie de extraordinarios triunfos en política exterior de 1935-1936 formó la base para un refuerzo significativo de su posición, cara a cara, frente a las viejas elites de poder. Y condujo asimismo a que Hitler se viera engullido por el culto universal al Führer, que lo envolvió de manera creciente.

En 1935 y 1936 aumentaron notablemente el frío distanciamiento de Hitler, la presunción acerca de su olímpica grandeza y el sentido de su propia infalibilidad. Se mostraba cada vez más alérgico a cualquier señal de crítica, por insignificante que fuera, y se

rodeaba más y más de una corte de aduladores. La creciente sensación de confianza, según la cual podía manejar determinados hechos en solitario, y el incremento del desprecio por los críticos y oponentes tanto dentro como fuera de Alemania desembocaron en una profunda arrogancia, cuyos primeros pasos iban a desarrollar una catastrófica *folie de grandeur* y la consiguiente separación respecto a la realidad.

A comienzos de 1935, la situación política internacional no parecía muy halagüeña para Alemania. El asesinato del canciller austriaco, Dollfuss, por los nazis en julio de 1934, aunque hubiera

sido una «acción local» ajena a las órdenes de Berlín, había cubierto otra vez de oprobio al Gobierno alemán ante el mundo. Hitler recuperó la iniciativa gracias a circunstancias fortuitas. De acuerdo con el Tratado de Versalles, que había separado el territorio del Sarre de Alemania desde enero de 1920, a los quince años debía celebrarse un plebiscito para determinar si sus habitantes deseaban volver a Alemania, mantener el *statu quo* o pertenecer a Francia. El plebiscito cayó el 13 de enero de 1935. A pesar de la intensa propaganda nazi, el voto era libre y se daba en una zona mayoritariamente

católica y fuertemente industrializada donde los nazis habían disfrutado de un apoyo minúsculo antes de 1933. El resultado consistió en un abrumador 90,9 por 100 a favor del retorno a Alemania. En términos de prestigio interno y externo, ello significaba un respaldo a Hitler tan masivo como necesario.

A esto siguió en marzo la noticia de la reintroducción del servicio militar en la nueva Wehrmacht alemana, otra brecha en Versalles. Una vez más, Hitler apostó correctamente por la debilidad de los aliados occidentales, debida en especial a la indecisión de Gran

Bretaña, y demostró que no tenía igual en el juego de la propaganda. Utilizó el anuncio británico de planes de rearme, que respondían a una crecida del armamento alemán ya imposible de ocultar, y el inmediato de Francia acerca de la extensión de su servicio en filas, como una provocación. Ordenó que se hiciera pública una declaración sobre la aviación alemana, un ejército de 550.000 hombres en tiempos de paz — tal y como había solicitado el mando militar— y el reclutamiento universal. Con ello se burlaba del Tratado de Versalles. Pero la jugada de Hitler salió bien: la reacción británica, aparte de una

protesta simbólica, se limitó a solicitar que se volviera a considerar la visita del secretario del Foreign Office, cancelada de improviso por Hitler pocos días antes. La actitud acomodaticia que adoptó la delegación británica durante las conversaciones que siguieron indicó de nuevo, no solo a Hitler sino también a los militares y al Ministerio de Asuntos Exteriores en Alemania, que la «política de *faits accomplis*» del tahúr pagaba más dividendos que la negociación prudente. De ello se dio cuenta Schmidt, el intérprete de Hitler, que observó la receptividad de los británicos a las

demandas Hitlerianas sobre una paridad militar total, mientras dos años antes «los cielos se habrían derrumbado sobre nuestras cabezas si los representantes alemanes hubieran planteado semejantes reclamaciones».^[177]

El estado de ánimo de la población alemana rezumaba optimismo. Además, de cara a las elites nacional-conservadoras ajenas al Partido Nazi, Hitler había demostrado nuevamente su capacidad de entrega.

Hitler extrajo grandes ventajas diplomáticas de su postura totalmente amoral. Concebía los tratados como meros instrumentos temporales, medios

para alcanzar un fin. El fin abarcaba la destrucción de Versalles y la preparación, tan rápida como fuera posible, de la próxima gran guerra, que veía inevitable. El porvenir inmediato significaba el rearme de Alemania a toda velocidad. Por el momento podía permitirse cierta generosidad que, desde una posición débil, diera tiempo a la edificación de la fortaleza, después de lo cual —una de sus creencias básicas— la sola fuerza decidiría. El tratado con Polonia había sido un ejemplo. El acuerdo naval con Gran Bretaña era otro. Tal y como él lo veía, la benevolencia británica resultaba central

en la estrategia futura de Alemania. Hitler estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa con tal de conseguirla.

La determinación de Hitler de llegar a un acuerdo naval con Gran Bretaña desestimó las protestas de los marinos, que consideraban un exceso ofrecer una ratio 35:100 en lugar de un 50 por 100 como ellos querían. Los primeros sondeos para elaborar un tratado sobre esta materia se hicieron en noviembre de 1934. La fecha para las negociaciones se fijó cuando la delegación británica acudió a Berlín justo tras la ruptura del Tratado de Versalles en marzo. Ahora, en junio de 1935, la misma Gran

Bretaña tomaba parte en otro paso importante para sellar la destrucción de Versalles, por no mencionar el desmantelamiento efectivo del frente de Stresa (la declaración conjunta en abril de 1935 de Francia, Italia e Inglaterra, que respondía al anuncio alemán de remilitarización con la defensa de la integridad de Austria). Hitler describió la firma del tratado naval el 18 de junio de 1935 como «el día más feliz de su vida».^[178] La alianza clave con Gran Bretaña parecía al alcance de la mano.

Cuando a mediados de agosto se desató la crisis de Abisinia, Hitler, encantado con el nuevo tumulto que

agitaba a Europa, habló a Goebbels y a otros miembros de su círculo íntimo de sus expectativas acerca del desarrollo de la política exterior. Contemplaba la alianza con Gran Bretaña como algo «eterno», señalaba la meta de la expansión hacia el este y preveía el crecimiento de las oportunidades al enredarse Inglaterra en el conflicto abisinio y Rusia, dentro de pocos años, en la lucha contra Japón. «Entonces llegará nuestra hora histórica. Tenemos pues que estar preparados.» Una «visión grandiosa», comentó Goebbels, «todos estamos profundamente conmovidos».

A lo largo de 1936, los acontecimientos externos jugaron a favor de Hitler. Sobre el telón de fondo de la confusión creada por el conflicto de Abisinia entre las democracias occidentales, y con el pretexto de la ratificación en París el 4 de marzo de 1936 del pacto de ayuda mutua entre Francia y la Unión Soviética de 1935, Hitler llevó a cabo su golpe más importante hasta el momento: la reocupación de Renania, que rompía el acuerdo de Locarno de 1925.

La decisión de volver a ocupar Renania el 7 de marzo de 1936 se tomó tras semanas de deliberaciones. El

Ministerio de Asuntos Exteriores aconsejaba prudencia. Al ejército también lo ponían nervioso las posibles consecuencias. El mismo Hitler pensó en echarse atrás hasta el último minuto. Sin embargo, al final estaba de nuevo listo para jugar. Basándose en la premisa del jugador según la cual «quien no arriesga no gana»,^[180] Hitler se dispuso a seguir su instinto para hallar las divisiones y debilidades de Gran Bretaña y Francia y asumir el riesgo. Goebbels observó el júbilo desatado de Hitler cuando de repente se vio claro que la apuesta había salido bien: «El Führer está radiante. Inglaterra

permanece pasiva. Francia no actúa por sí misma, Italia está decepcionada, Estados Unidos no se interesa. Tenemos otra vez la soberanía sobre nuestro propio país». ^[181]

La remilitarización de Renania tenía importancia dentro del contexto del rearme, encajaba con las expectativas revisionistas de las elites nacional-conservadoras tradicionales y resultaba enormemente popular entre la población, incluso en círculos por lo demás tibios hacia el régimen nazi. El restablecimiento de la soberanía alemana sobre un territorio que sin duda pertenecía a Alemania habría estado en

la agenda de cualquier Gobierno nacionalista alemán. Y dadas las discrepancias, bien conocidas, entre Francia y Gran Bretaña a propósito de su postura ante Alemania, se trataba de un asunto que proporcionaba, con toda seguridad, una buena oportunidad de éxito. Pero fue precisamente el modo en que Hitler logró este notable triunfo lo que le garantizó un impresionante tirón a su liderato. Había probado otra vez que tenía razón, frente a la indecisión del Ministerio de Exteriores y a la ansiedad de los militares. Además, su popularidad entre las masas, que fueron movilizadas de nuevo con la disolución

del Reichstag y la campaña «electoral» en marzo de 1936, nunca había llegado tan alto.

En el ámbito de los asuntos exteriores, las ocasiones para realizar grandes avances se presentaron por sí mismas, una tras otra, durante los primeros años del Tercer Reich. El sistema de Versalles se hubiera tambaleado incluso sin la presencia de Hitler. Pero conforme vacilaron las democracias occidentales y se derrumbaron los acuerdos de posguerra, Hitler aunó cierta destreza táctica con los faroles del tahúr y sacó provecho de estas ocasiones, superando cualquier

expectativa, con el fin de minar aún más el orden internacional, debilitar a sus oponentes tanto fuera como dentro del país y ampliar así enormemente su base de poder.

La política exterior, que junto con su pasión por la arquitectura constituía ya la principal preocupación de Hitler, se ajustaba de manera ideal a la técnica del salto audaz hacia adelante —el efecto sorpresa del golpe y el *fait accompli*— que caracterizaba a su forma de abordar las cuestiones. Los procesos internos, especialmente en el terreno económico y social, no se prestaban tanto a estas osadías, por lo que Hitler mostró al

respecto un acercamiento más inseguro. De hecho, al no contar con soluciones claras que ofrecer para los problemas económicos subyacentes de Alemania, evitó implicarse directamente cuanto pudo y permaneció al margen cuando en 1935-1936 la economía alemana se sumergió en una nueva crisis que afectaba a las materias primas y a las divisas y puso en peligro todos los planes de rearme.

Las crecientes dificultades se habían superado temporalmente en 1934 por medio del nombramiento de Hjalmar Schacht como ministro de Economía, con poderes casi dictatoriales sobre el

sector, y del «Nuevo Plan» que Schacht puso en marcha ese verano. Pero los problemas económicos atenazaron aún más a Alemania a finales de 1935. Su raíz se hallaba en la imposibilidad, a causa de las limitadas reservas alemanas en moneda extranjera y del deterioro de las condiciones comerciales, de financiar el volumen necesario de importaciones, tanto de alimentos como de las materias primas imprescindibles para el rearme. La ineficacia del departamento del Reich para la Alimentación complicó los obstáculos para el suministro de comestibles, por lo que el invierno de

1935-1936 se desencadenó una «crisis de subsistencias» de primera categoría, acompañada por señales significativas de descontento social.

Conservadores como el comisario del Reich para los precios, Goerdeler, o el ministro de Economía, Schacht, que tanto habían apoyado el rearme, preferían ahora poner freno al gasto en armamento para restaurar la economía del consumidor, una perspectiva que, sin duda, era un anatema para Hitler. Es más, un indicio de lo preocupante que resultaba ya la situación lo ofrece el hecho de que, al menos temporalmente, la inversión en armas tuvo que pasar a

un segundo plano frente a la provisión de víveres.

Las materias primas menguaron en la primavera de 1936 hasta el punto de que solo quedaban existencias para dos meses. Por entonces las opciones, con Hitler prácticamente inactivo, se habían reducido a tan solo dos: el abandono progresivo de la tendencia hacia la autarquía y el regreso al comercio internacional, la estrategia que favorecía Goerdeler, o el salto aventurado hacia una política de completa autarquía en el plazo más breve posible.

Por supuesto, solo la segunda opción era aceptable. Pero con ella vendrían

inevitablemente tensiones económicas soportables solo durante un corto período de tiempo. En aquellas circunstancias, alcanzadas en la primavera y el verano de 1936, Hitler se enfrentó a una decisión en la cual no tenía alternativa. De hecho, su propio poder se mantenía en pie gracias a una línea de conducta que solo podría sostenerse con una política autárquica a ultranza. Tenía que moverse pues hacia delante.

La oposición del Ministerio de Economía y de las industrias orientadas hacia la exportación obligó a Hitler en agosto de 1936 a dar el paso, totalmente

inusual para él, de elaborar un memorándum con el fin de defender el Plan Cuatrienal. Comenzaba con la premisa inalterable de que no podía evitarse una confrontación con el bolchevismo y concluía que las fuerzas armadas y la economía alemanas tenían que estar listas para hacer la guerra al cabo de cuatro años.^[182] Que no se oyeran nunca más voces discrepantes en la materia da idea de la autoridad de Hitler. En la siguiente reunión del Gabinete, Göring despachó el informe de Goerdeler, que proponía una línea distinta, como «absolutamente inútil».

^[183]

De todas formas, en este caso la autoridad de Hitler confirmaba de hecho un giro económico ya en marcha, que resultaba no solo inevitable por la incompatibilidad entre los problemas económicos y las prioridades de rearme, sino también del agrado de los grupos que hacia la primavera de 1936 habían tomado el control de la planificación económica: el poderoso *lobby* que reunía a la asociación de industrias químicas IG-Farben y a la Luftwaffe, encabezada por Göring. El interés de esta potente facción en la política autárquica y en la producción de combustible sintético armonizaba por

tanto con el empuje de las metas ideológicas nazis. Frente a ella, los que defendían una política económica conservadora, como Schacht y Goerdeler, apoyados por los sectores exportadores de la industria, albergaban pocas esperanzas de éxito. La consecuencia lógica de todo ello fue el nombramiento de Göring, que ya se había encargado en abril de distribuir las materias primas, como plenipotenciario para el nuevo Plan Cuatrienal anunciado en el congreso del partido en septiembre de 1936.

El año 1936 fue, en muchos sentidos, un año trascendental para el despliegue

del poder de Hitler. Durante los primeros meses, el régimen afrontaba tanto una crisis en su política económica como las previsiones acerca de un probable incremento del paro, un declive preocupante de su popularidad a causa de las dificultades de aprovisionamiento, el aumento de la actividad de la oposición comunista clandestina, la baja de la moral partidista y, en el frente político exterior, el relativo aislamiento de Alemania, sin amigos ni aliados firmes.

El «escape» llegó de la mano del golpe espectacular en Renania y del bandazo hacia la autarquía a ultranza

con el Plan Cuatrienal. Como hemos visto, el mismo período contempló dentro del país el nuevo aplastamiento de la oposición y el triunfo en el ámbito de la seguridad interna de Himmler y Heydrich y su aparato conjunto y centralizado de la Gestapo-SS.

A finales de aquel año, cuando el eje Alemania-Italia había dado ya la vuelta a las frías relaciones que habían prevalecido entre ambos países de 1934 a 1936, la configuración del pacto anti-Comintern con Japón, la guerra civil española —otra prueba más de la pasividad e indecisión de las democracias occidentales— y el vuelco

de la economía alemana hacia la preparación bélica definían los contornos de una creciente tensión internacional y una carrera armamentista en alza para lo que quedaba de la década. Además, a lo largo de las diversas crisis entrelazadas de 1936, la poderosa posición del propio Hitler se había apuntalado y fortalecido.

Después de 1936, las opciones para cambiar el rumbo disminuyeron drásticamente. Las presiones económicas que procedían del programa de rápido rearme aumentaron de manera visible y no podían frenarse indefinidamente. Asimismo, en el

terreno militar el tiempo no jugaba a favor de Alemania. Otras naciones comenzarían a alcanzarla y, al cabo de unos pocos años, Alemania estaría en desventaja.

En cuanto al apoyo internacional, la falta de entusiasmo de Gran Bretaña conducía a la recuperación del viejo concepto de alianza. Ganaron peso, bajo la influencia de Ribbentrop, el eje con Italia y el pacto anti-Comintern. Con la guerra civil española, Hitler empezó también a preocuparse, más y más, por la llegada de la lucha final contra el bolchevismo. En otras palabras, las consideraciones económicas,

estratégicas e ideológicas se entremezclaban y reforzaban unas a otras de forma creciente. La dinámica que se había puesto en marcha, en parte por las acciones de Hitler pero en buena medida también gracias a acontecimientos fuera de su control, empujaba por tanto en dirección a una política continua, incluso acelerada, de alto riesgo. En estas circunstancias, cuando las voces opositoras que existían dentro del régimen difícilmente podían hacerse oír, la tesis Hitleriana del impulso hacia delante vencía frente a la impensable alternativa del estancamiento y el declive definitivo.

La tesis fue defendida enérgicamente en el discurso que dirigió Hitler a los jefes de las fuerzas armadas el 5 de noviembre de 1937, recogido y resumido por su ayudante militar, el coronel Hossbach.^[184] La reunión se había convocado en respuesta a la demanda del almirante Raeder para que el Führer tomara medidas respecto a la escasez de materias primas para la Armada.

Hitler aprovechó la oportunidad para extenderse sobre su pensamiento estratégico ante los espadones militares y su ministro de Asuntos Exteriores. Comenzó afirmando que el tema de la

reunión era demasiado importante para un consejo del Gabinete. El problema alemán del «espacio vital», señaló, solo podía resolverse a través del uso de la fuerza. Alemania no estaría adecuadamente preparada para la guerra hasta mediados de los años 40, pero bajo ninguna circunstancia se podía esperar más. Sin embargo, cabía la posibilidad de que antes de esa fecha se presentara una ocasión, que no se podía perder, para expandirse. El primer objetivo consistiría en el derrumbamiento de Austria y Checoslovaquia, una meta a la cual se refirió Hitler repetidas veces en

aquellos días. En contraste con las grandes esperanzas que siguieron a la firma del pacto naval en 1935, Hitler contemplaba ahora a Gran Bretaña como un país hostil, aunque demasiado preocupado con los problemas de su abatido imperio para oponerse a la expansión alemana.

La seriedad de las intenciones de Hitler no se les escapó a sus oyentes. De ello se siguieron las acciones correspondientes: unas semanas después de la reunión, el ejército había elaborado un plan estratégico para la ofensiva contra Checoslovaquia.^[185]

A Hitler, cuya mala salud en

aquellos momentos le llevaba a creer que no viviría mucho, le invadía cada vez más una sensación de urgencia, mientras que a algunos sectores de la jefatura militar y del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo que empezaba a causarles inquietud era precisamente el ritmo de los acontecimientos. En la sesión del 5 de noviembre, el largo monólogo de Hitler provocó acaloradas réplicas del ministro de la Guerra, Von Blomberg, y del jefe del ejército, Werner Fritsch. Fritsch expresó de nuevo su preocupación sobre las consecuencias de precipitar una acción militar alemana unos días más tarde,

igual que hizo el ministro de Exteriores Von Neurath.^[186] Por otro lado, Hitler recibía consejos más acomodaticios por parte de Ribbentrop, que había servido largo tiempo como una fuente alternativa de asesoramiento en política exterior. Cuando se presentó la oportunidad, en febrero de 1938, de cambiar al personal situado en la cumbre del ejército y del Ministerio, no tardó en hacerlo.

Nada sugiere que la «crisis Blomberg-Fritsch» de enero-febrero de 1938 fuera un movimiento premeditado de Hitler. El ministro de la Guerra, Blomberg, se había casado, con el permiso del Führer, el 12 de enero de

1938. Hitler y Göring habían sido los testigos principales. Diez días más tarde trascendió que la novia de Blomberg había tenido un pasado agitado. En efecto, el ministro alemán de la Guerra había contraído matrimonio con una antigua prostituta y el Führer había hecho de «padrino». Hitler no supo nada hasta que, de vuelta de una estancia en su casa de los Alpes bávaros, Göring se lo dijo. Se mostró visiblemente afectado por la noticia, pero estuvo de acuerdo en que Blomberg tenía que irse. El ex ministro de la Guerra y su novia partieron para una larga estancia en el extranjero, endulzada con una

«gratificación» de 50.000 marcos.^[187]

Mientras tanto, la Gestapo había resucitado un viejo escándalo que afectaba a Werner Fritsch, el jefe supremo del ejército. La historia acerca de sus actividades homosexuales había salido a la luz dos años antes, pero Hitler había rehusado ocuparse de ella entonces. Esta vez también parecía inclinarse en principio del lado de Fritsch, cuyo nombre se había mencionado como posible sucesor de Blomberg. Pero Göring, que aspiraba al puesto de Blomberg —para el que Hitler le consideraba totalmente inapropiado—, y Himmler, siempre interesado en

poner en aprietos al ejército a causa de sus propias esperanzas en una SS armada, sacaron partido de la incomodidad que sentía Hitler con Blomberg para derribar también a Fritsch. Hitler fue convencido enseguida por sus acusadores y el jefe militar tuvo así mismo que marcharse. Un tribunal estableció más tarde que Fritsch había sido víctima de una confusión de identidades.

No obstante, la intriga contra Fritsch constituyó tan solo una escena secundaria en este asunto. Hitler no había planeado cambios importantes en el Gobierno y el ejército. Inicialmente,

sus propias reacciones fueron de conmoción y consternación.^[188] Durante diez días no supo muy bien qué hacer. Goebbels calificó la crisis como la peor desde el asunto Röhm.^[189] Pero frente a la ausencia de alternativas, Hitler respondió de manera característica al aprovechar la oportunidad y, con un movimiento típicamente osado, convertir el desconcierto inicial en una purga incruenta de la elite del poder integrada por la vieja guardia nacional-conservadora.

Se abolió el puesto de Blomberg como ministro de la Guerra. En su lugar, y por sugerencia del propio Blomberg,

Hitler se hizo cargo de él como comandante en jefe de las fuerzas armadas y nombró al dócil general Wilhelm Keitel para encabezar el recién creado comando supremo de la Wehrmacht. El nuevo jefe del ejército, recomendado por Keitel, fue el general Walther von Brauchitsch, que se declaró dispuesto a trabajar para mejorar la actitud de los militares hacia el nazismo. A Göring se le dio el bastón de mariscal de campo como premio de consolación. Alrededor de sesenta generales fueron reemplazados o jubilados. Se produjeron también cambios importantes en el Ministerio de Exteriores.

Ribbentrop se encargó de la política exterior y Von Neurath recibió una «patada hacia arriba» con un papel de asesor. Se nombraron nuevos embajadores en las ciudades clave de Roma, Tokio y Viena. El Ministerio de Economía, donde Schacht había dimitido en noviembre del año anterior, cayó en manos del maleable Walther Funk, lo cual aseguraba, junto con otros cambios en el personal, que no volverían los días en que el ministerio podía causar dificultades.

La relación de Hitler con las elites tradicionales se alteró de manera decisiva con la aparición del asunto

Blomberg-Fritsch. Una vez tras otra desde 1933, había demostrado que les era imprescindible. Pero su propio poder, en relación con ellas, no había disminuido sino todo lo contrario. Y precisamente cuando, tanto en asuntos internos como en el exterior, la dinámica radical del régimen cobraba velocidad rápidamente y los conservadores empezaban —con algunas vacilaciones— a distanciarse de las aventuras nazis, Hitler pudo coger de nuevo la sartén por el mango y, tras los sucesos de febrero de 1938, establecer sobre ellos una supremacía definitiva. Por encima de todo, el ejército quedó mutilado como

fuerza independiente. La otrora poderosa elite del cuerpo de oficiales alemán se vio reducida a servir de «elite funcional»^[190] al Führer y al Estado nazi. El propio desprecio de Hitler por aquel cuerpo de oficiales a la antigua fue mayor que nunca.

Tras el incendio del Reichstag y la crisis de Röhm, el asunto Blomberg-Fritsch marcó el tercer gran hito en el camino hacia el poder absoluto del Führer. Como se ha dicho con toda razón, constituyó en la práctica un golpe de Estado contra los restos del viejo orden.^[191] Desde comienzos de 1938 en adelante, Hitler se rodeó cada vez más

de los de su propia especie: aventureros, hombres de la línea dura, apostantes al todo o nada, ideólogos. Además, al establecerse el absolutismo hitleriano, encarnado en una carrera imparable que lideraba el propio Hitler, cualquier apariencia perdurable de una política dirigida a alcanzar objetivos limitados y «racionales» fue sustituida, de manera inevitable y fueran cuales fueran los riesgos, por la grandiosa «visión» del Führer.

PODER ABSOLUTO

Los años que transcurrieron entre 1938 y 1943 fueron los más decisivos en la traumática historia reciente de Alemania. Fueron los años en los cuales el poder de Hitler fue absoluto.

Mediante el golpe de febrero de 1938 quedó firmemente establecida la supremacía de Hitler sobre la única

institución del Estado que todavía podía derrocarlo: las fuerzas armadas. No había restricciones institucionales al ejercicio de su poder; ninguna decisión de cierta relevancia podía tomarse sin su visto bueno; ninguna organización opositora suponía ya una amenaza.

Por supuesto, la oposición no fue eliminada. Pero no era capaz de adoptar una forma organizativa que constituyera un peligro para Hitler. Las posibilidades de un ataque interno contra Hitler quedaron reducidas a las actividades de pequeños grupos de conspiradores dentro del ejército —vinculados a individuos de otros sectores de las elites

tradicionales, cada vez más inquietos ante la dirección que tomaba la política nazi— o a las acciones aisladas de algunas personas sin conexiones con ningún colectivo u organización, como el notable atentado contra la vida de Hitler que llevó a cabo en solitario el carpintero suabo Georg Elser en el Bürgerbraükeller de Múnich en 1939.

Este capítulo explora el ejercicio del poder absoluto por parte de Hitler en aquellos cinco años decisivos, cuando la deformación de la estructura de poder le había dejado en posición de moldear los acontecimientos hasta un punto inusual incluso para los

dictadores, no digamos para los jefes de gobiernos democráticos. Se trata pues de explicar cómo la «idea» del nazismo, encarnada en la persona de Hitler, se hizo efectiva en la práctica política.

Parte de la respuesta a esta cuestión se encuentra en las características del liderato de Hitler y de la toma de decisiones en estos años. La guerra no era para él un conflicto militar convencional. Representaba un paso decisivo para la realización de su «idea», el cumplimiento de su «misión». En la guerra, se ha dicho con razón, el nazismo volvió a sus esencias.^[192] La dinámica activista labrada dentro del

movimiento nazi, embotellada solo en parte y con dificultades antes de la guerra, se descorchó plenamente en el clima de una contienda que, desde el punto de vista nazi, conducía a una «cruzada». Las maniobras diplomáticas y los giros estratégicos de Hitler, basados en cálculos políticos racionales, dieron paso de modo creciente a la disponibilidad para «arriesgarlo todo» y a decisiones cimentadas sobre las «verdades» ideológicas de su irracional «filosofía del mundo», que se concretaban en la búsqueda grandiosa y de una vez por todas de la supremacía alemana, la

dominación racial y el «espacio vital». Pero otra parte de la respuesta, igualmente crucial, se halla en el impacto sobre los asuntos gubernamentales del poder, ahora sin trabas, del Führer. En las condiciones marcadas por la preparación febril de la guerra primero y por la misma guerra después, se aceleró bruscamente el proceso a través del cual las estructuras racionales de gobierno y administración se disolvieron en el seno de un conjunto fragmentado y en competencia de organismos ejecutivos del poder del Führer. «Gobierno» y «administración» fueron sustituidos por pura dominación,

un mando tan despótico, libre y arbitrario como pueda imaginarse, definido tan solo por las referencias a una serie de preceptos ideológicos tan indiscutibles como generales. La gobernación se desintegró, por consiguiente, en un «Behemoth»^[193] de feudos rivales cuyos señores, con el fin de aumentar y mantener su propia influencia, se esforzaban para superar a los demás al «trabajar en la dirección del Führer», poniendo en práctica la «idea» de Hitler. Esto, por un lado, era reflejo del concepto que Hitler tenía de la autoridad, y, por otro, proporcionó el marco en el cual la fuerza ideológica

motriz que subyacía a la guerra se concretó en políticas específicas de barbarie y genocidio. La primera parte de lo que sigue examina la corrosión del gobierno sistemático por el impacto del poder del Führer.

LA DESINTEGRACIÓN DEL ESTADO

Cuando los ministros del Gobierno se vieron la tarde del 5 de febrero de 1938 para oír una larga declaración de Hitler acerca de la crisis «Blomberg-Fritsch» y de su resultado, nada indicaba que no fuera a haber más reuniones del Gabinete. De hecho, con una pila de

asuntos pendientes sobre la mesa, el jefe de la Cancillería del Reich, Lammers, quien desde 1937 disfrutaba de la categoría de ministro, presionó a Hitler para que aceptara reuniones sucesivas en fechas concretas a lo largo de 1938 y comienzos de 1939. En cada una de esas ocasiones, Hitler canceló la sesión poco antes de que tuviera lugar.^[194] Conforme crecía el tamaño del Gabinete, su importancia menguaba. De hecho, su papel era totalmente secundario dentro del proceso legislativo en el Estado del Führer.

Pero la aversión de Hitler hacia las reuniones de gabinete, presente desde el

principio, tenía raíces más profundas que la simple consideración de las cuestiones de procedimiento. La misma idea de un colectivo de ministros, cuyo poder procedía de su posición constitucional, y que por tanto albergaba la posibilidad de un control sobre la expresión de su propio mando, era un anatema para Hitler. Las reglas burocráticas, que extraían su fuerza obligatoria de conceptos legales y constitucionales, resultaban incompatibles con los principios de gobierno personal que servían de base a la autoridad carismática de Hitler como Führer. Los intentos de Lammers de

resucitar las reuniones gubernamentales en 1942, como era predecible, quedaron en nada. Extremadamente sensible a cualquier cosa que pudiera limitar su libertad de acción, Hitler rehusó incluso juntar de manera informal a los ministros en torno a una mesa para tomar una cerveza.^[195]

Otras formas alternativas de gobierno central parcialmente mancomunado también se vinieron abajo. El llamado «Gabinete secreto del Reich» (*Geheimes Reichskabinett*), anunciado por un decreto de Hitler el 4 de febrero de 1938, que supuestamente agrupaba a algunos ministros relevantes

bajo la dirección de Von Neurath para proporcionar asesoramiento sobre cuestiones de política exterior, no se reunió ni una sola vez. Se trataba simplemente de un mecanismo para camuflar ante el público el verdadero significado del cambio de personal en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Al estallar la guerra se estableció un «Consejo Ministerial para la Defensa del Reich», que, bajo la presidencia de Göring, integraba a Frick (como plenipotenciario para la Administración), Funk (plenipotenciario para la Economía), Lammers (jefe de la Cancillería del Reich), Keitel (jefe del

comando supremo de la Wehrmacht) y Hess (jefe del partido). Este hecho parecía sugerir la vuelta de alguna forma del gabinete interno, sobre todo cuando, para descargar a Hitler de la carga legislativa, se le permitió promulgar leyes con la firma de Göring, al menos para las normas que no se reservase para sí el propio Hitler. Sin embargo, solo se celebró seis veces, promulgó un cierto número de decretos sobre materias administrativas y económicas y no volvió a reunirse a partir del 15 de noviembre de 1939.

Göring, cuyo estilo como administrador era tan arbitrario como el

de Hitler, despreció la oportunidad de convertir el Consejo Ministerial en un vehículo de su propio poder, lo cual resulta algo sorprendente. Por su parte, Hitler se apresuró a ver cómo esta institución, potencialmente relevante, se marchitaba antes de florecer. Aunque el Consejo continuó promulgando decretos, lo hizo a través de la circulación de borradores y no de encuentros colectivos.

Tampoco el llamado *Dreierkollegium* o «Directorio de los Tres Hombres» (Frick, Funk y Keitel, cuyos poderes plenos para emitir decretos en las esferas de la

administración, la economía y la defensa civil emanaban de una ley de defensa del Reich de septiembre de 1938) se reunió para trabajar conjuntamente. Simplemente, cada departamento aclaraba los borradores legislativos con ayuda de los otros dos.

Por lo tanto, el aparato gubernamental central del Reich, que como entidad colectiva había entrado en decadencia en los primeros años de gobierno de Hitler, ahora, bajo las condiciones creadas por la guerra, se astilló en las diversas partes que lo componían. La Cancillería del Reich no representó nunca más el papel de

coordinar en la práctica el grueso de la legislación.^[196] Y el jefe de la Cancillería, Hans-Heinrich Lammers, encontraba difícil a menudo acceder por sí mismo al Führer. A finales de la década de los 30, a veces pasaban semanas sin que lograra concretar una audiencia para discutir asuntos urgentes de gobierno.^[197]

Durante los primeros años de la guerra, el acceso de Lammers a Hitler fue otra vez más frecuente: tenía la oportunidad de hablar con él brevemente una vez a la semana como media. Pero después de la invasión de la Unión Soviética se produjo un descenso en

picado en el número de estas reuniones, de treinta y nueve en 1942 a solo dieciocho al año siguiente.^[198] Para entonces, tenía que presentar un resumen de los puntos que deseaba tratar con el Führer a la persona que controlaba en aquellos momentos el acceso a Hitler: Martin Bormann.

El camino de Bormann hacia la cumbre tuvo lugar entre bambalinas. Su talento no residía en las dotes demagógicas y de agitación sino en la organización, donde combinaba el fanatismo ideológico con la habilidad burocrática, un tortuoso maquiavelismo, una energía infatigable y una notable

capacidad para el trabajo duro. Era poco conocido en las filas del partido y, para empezar, unánimemente subestimado por los jefes nazis. Pero durante los años 30 excavó los cimientos gemelos de la que habría de ser su plataforma de poder en los últimos tiempos del Tercer Reich. El primero de ellos consistía en el control del aparato central del partido, que edificó desde 1933 como jefe de gabinete de Himmler en la oficina que éste ocupaba como viceführer. El segundo residía en su contacto personal con el líder, que amplió bastante cuando, desde 1934, manejó los fondos a

disposición de Hitler y gestionó también la compra de una propiedad que sirviera de refugio de montaña en el Berghof, cerca de Berchtesgaden. Una vez estalló la guerra, Bormann permaneció constantemente al lado de Hitler en su cuartel general.

Después del fracaso del vuelo de Hess a Escocia, la dirección partidista quedó en manos de Bormann como cabeza de la ahora denominada Cancillería del Partido, junto con los derechos que había ejercido Hess de vetar leyes y nombramientos y disponiendo de la autoridad de un ministro del Reich. La radicalización, al

empezar la guerra, de las políticas relacionadas con los aspectos centrales de la ideología nazi, hizo que la influencia del mismo partido se extendiera mucho más que en los primeros años del Tercer Reich. El papel de Bormann, tan solo desde este punto de vista, era crucial. Intervino más y más en los asuntos del Gobierno del Reich. A veces, simplemente puenteaba a las autoridades promulgando leyes en los territorios anexionados. Además, se convirtió en el máximo responsable de la revitalización de la «disputa eclesiástica» en 1941. Sin embargo, lo que le proporcionó una base de poder

única fue la combinación del control sobre el partido, que tenía un impacto cada día más penetrante en el gobierno y en la administración, y de su puesto como secretario privado de Hitler, inicialmente informal pero confirmado cuando recibió el título oficial de «Secretario del Führer» el 12 de abril de 1943.

Al principio, Bormann continuó compartiendo con Lammers, de acuerdo con sus respectivas esferas de influencia, el control sobre el acceso a Hitler de aquellos que deseaban verlo. Pero la disminución de la influencia que disfrutaba el segundo de ellos como

cabeza del gobierno del Reich resultaba inevitable. En efecto, hacia 1944 Lammers solo accedía a Hitler cuando el «Secretario del Führer» estaba dispuesto a permitirlo. En octubre de aquel año tuvo que abandonar su puesto en el cuartel general de campaña y vio a Hitler solo una vez más a propósito de asuntos oficiales: un cuarto de hora el 27 de marzo de 1945 con el fin de obtener su firma para algunos proyectos legislativos.^[199]

Así pues, en el ejercicio del poder por parte de Hitler durante los años de la guerra, Bormann ocupaba una posición central, de vital importancia.

Controlaba en buena medida no solo qué personas llegaban a estar en presencia de Hitler, sino también la información que recibía el Führer. Con lápiz y papel siempre listos para anotar cualquier manifestación de Hitler que le pareciera significativa, Bormann canalizó además la conversión de la «voluntad del Führer» en órdenes de acción, interpretando a veces observaciones casuales a la hora de cenar como directivas de obligado cumplimiento legal.

Por poderoso que fuera, Bormann tenía que permitir el acceso a Hitler de algunos otros prohombres nazis. Pero

conforme avanzó la guerra y creció el aislamiento del Führer, el número de quienes podían verlo cuando quisieran se redujo a un puñado de ellos: aparte del propio Bormann, Göring, Goebbels, Himmler, Ribbentrop, Ley, Sauckel, Speer y Keitel, junto con la mayoría de los jefes regionales, los Gauleiter. Incluso cuando no estaban presentes, Göring, Himmler y Ribbentrop se aseguraban de que sus ayudantes en el cuartel general del Führer velaran por sus intereses. Otros, ante todo Goebbels y, desde 1942, el ministro de Justicia del Reich, Thierack, enviaban con frecuencia informes —la llamada

«información del Führer»— a los que Hitler respondía de manera esporádica. [200] Por tanto, aunque no transitaran directamente a través de Bormann, las vías internas de información de Hitler se fueron estrechando en gran medida hasta proceder tan solo de una camarilla de líderes comprometidos fanática y personalmente con Hitler y con la puesta en práctica, por medio de diversos aparatos de gobierno, de la «idea» del Führer.

Lejos de la sede central del poder, en las provincias y en los territorios ocupados, los fuertes lazos de mutua lealtad personal que existían entre Hitler

y los caciques regionales, los Gauleiter, implicaban que el ámbito de acción y la libertad que se les había concedido a éstos para implementar la «voluntad del Führer», vagamente definida, condujeran a una continua radicalización de las iniciativas políticas.

Ya en los tiempos de paz del Tercer Reich, los Gauleiter habían resultado decisivos al ejercer el mando nazi en las provincias, sobre todo cuando actuaban también como gobernadores del Reich. Pese a no tener una función evidente tras la abolición de la autonomía de los Länder en 1934, el puesto de gobernador del Reich fue, significativamente,

mantenido por Hitler. Este mantenimiento evitaba ofender a sus leales Gauleiter, cosa que habría ocurrido si se les hubiera privado de una porción de su influencia, y reforzaba al mismo tiempo sus lazos directos con el propio Hitler y, por tanto, su papel como vehículos de su poder en las regiones. Aunque hubo excepciones, la mayor parte de los Gauleiter tenía la oportunidad de ponerse en contacto con Hitler, tanto de manera individual como a través de reuniones periódicas de Gauleiter, que siguieron celebrándose incluso cuando el gobierno colectivo del Estado había desaparecido hacía mucho.

Durante la guerra, los Gauleiter extraían a veces de esas reuniones órdenes o líneas directrices generales por parte de Hitler, que ellos podían entonces desplegar para someter a presión a la burocracia estatal central.

Asimismo, en la guerra, los Gauleiter recibieron numerosas tareas de «liderato» en su nueva calidad de «Comisarios de Defensa del Reich», con amplios poderes sobre la movilización de personas y recursos para el esfuerzo bélico. Una vez más, este elemento conllevó la ampliación del papel de los fanáticos y activistas del partido en la base social, y con ello un mayor

fortalecimiento de la influencia de aquellos cuyo poder emanaba directamente del de Hitler.

En sus respectivas provincias, los Gauleiter ejercían como virreyes de Hitler de modo casi independiente. La influencia de la administración central del Estado sobre ellos resultaba extremadamente limitada. Incluso con respecto a la sede central del partido su actitud no era servil. Los lazos personales con el Führer apuntalaban de manera decisiva su posición. Así era incluso en el «viejo Reich» de las fronteras de 1937. Con la anexión de Austria y Checoslovaquia, y sobre todo

con la conquista de Polonia y de grandes zonas de la Unión Soviética, los Gauleiter que se hicieron cargo de las nuevas provincias nazis recibieron poderes aún más amplios y no necesitaron de más órdenes para hacer cuanto pudieran en los territorios recién incorporados. Al vasto mandato proveniente del centro se le correspondía con iniciativas «desde abajo» que se ajustaban a la presunta «voluntad del Führer», iniciativas que a cambio obtenían la aprobación de Berlín.

La burocracia estatal estaba desamparada pues ante los feudos

territoriales de los Gauleiter, que representaban un poder personal en las provincias capaz de pasar por alto, bloquear, anular o usurpar las prerrogativas del Estado; y tenía que adaptarse al hecho de que hubiera enormes regiones del gran Reich alemán donde sus órdenes simplemente no estaban en vigor.^[201] Asimismo, se hallaba completamente minada como agente central en la estructura de poder por la proliferación y la extensión de las «autoridades especiales» (*Sonderbehörden*) que, como ya hemos señalado, habían constituido ya un rasgo del gobierno Hitleriano antes de la

guerra.

Hacia 1942 resultaba apenas posible, incluso para la Cancillería del Reich, tener una visión de conjunto sobre el crecimiento canceroso de aquellos órganos políticos con múltiples capas, a menudo superpuestos y en competencia. El propio imperio de Göring, el Plan Cuatrienal, se había expandido hasta abarcar no menos de veintidós esferas de «autoridad especial», que incluían el control de precios, la producción química y minera, las carreteras, las vías fluviales, la navegación y la explotación de las propiedades saqueadas en Polonia.^[202]

El ministro de Armamentos y Municiones (Fritz Todt, y tras su muerte Albert Speer), el comisario del Reich para la Vivienda (Robert Ley) y el plenipotenciario para la Organización del Trabajo (Fritz Sauckel) gobernaban otros complejos de poder que disponían de hilo directo con Hitler y permanecían al margen de las instancias normales de la administración gubernamental. Como instrumentos de ejecución ideológica, las «autoridades especiales» más importantes de todas pertenecían al dominio de la policía-SS, el imperio solapado que dirigía Himmler en calidad, desde octubre de 1939, de

comisario del Reich para la Consolidación de la Germanidad Étnica (RKFDV), y a la Cancillería del Führer, bajo las órdenes de Philipp Bouhler.

Pese a su sonoro título, la Cancillería del Führer consistía esencialmente en un departamento bastante poco significativo. Hitler lo había creado a comienzos del Tercer Reich para gestionar las peticiones y súplicas que recibía como cabeza del partido. Pero, a finales de los años 30, sus ambiciosos dirigentes, Bouhler y su segundo de a bordo, Brack, eran capaces de utilizar su proximidad a Hitler con el fin de consolidar la posición de la

Cancillería del Führer dentro de aquella jungla competitiva y lograr para ella una relevancia fuera de toda proporción si se la comparaba con el modesto papel que se le había atribuido en un principio. Así, de este organismo surgieron las iniciativas que culminaron en la orquestación de la mortífera «acción de la eutanasia».[203]

Una azarosa petición enviada a la Cancillería del Führer por el padre de un niño gravemente deformado, solicitando permiso para «adormecerlo», motivó que Hitler autorizara a su médico personal, Karl Brandt, a llevar adelante la solicitud y,

después, diera poderes a Brandt y al jefe de la Cancillería, Bouhler, para actuar de la misma forma en casos similares. La intención ideológica de Hitler de plantear la «cuestión de la eutanasia» se había manifestado mucho antes, pero había dado también a entender que el asunto solo podía abordarse dentro del contexto de la guerra. Cuando se dio la autorización para aplicar la «eutanasia» a niños, se sondearon posibles reacciones eclesiásticas y, en parte a la luz de dichas respuestas, se decidió emprender una «acción» con respecto a los adultos. Bouhler fue empujado por Brack, subordinado suyo, a hacerse con

la responsabilidad de organizar el «programa». Como Hitler era un entusiasta de las soluciones «antiburocráticas» y desarrolladas en el mayor secreto, deseaba mantenerlo fuera del alcance de las autoridades sanitarias integradas en el molesto Ministerio del Interior.

Para octubre de 1939 ya se habían montado la maquinaria y la organización en la Cancillería del Führer y, basándose en la fácil colaboración de médicos que aportaban listas de pacientes destinados a ser «candidatos», la «acción» se puso en marcha. El resultado fue la muerte de más de

70.000 enfermos mentales y con malformaciones en los asilos alemanes. Más tarde, la Cancillería del Führer actuó casi como una agencia de empleo encargada de encontrar personal para la «Aktion Reinhard», el exterminio de los judíos polacos en los campos de la muerte de Belzec, Sobibor y Treblinka.

La «acción de la eutanasia» constituye un ejemplo clásico de cómo una «iniciativa» homicida podía tomar forma en el Tercer Reich. Una serie de piezas clave se engranaron en el despliegue de la «acción»: la codicia de poder y el buen ojo para la oportunidad de Bouhler y Brack; la presta obediencia

de los médicos en los asilos, más que preparados para poner su grano de arena y «trabajar en la dirección del Führer» en un tema que se relacionaba con la eugenesia y la «salud racial» mucho antes de la llegada del Tercer Reich; la aversión de Hitler hacia la burocracia y su tendencia a no hacer caso en absoluto de la administración estatal en materias delicadas o cuando se requería una acción ejecutiva «sin complicaciones»; y, con una relevancia no menor, un objetivo ideológico cercano al centro de la «filosofía universal» de Hitler.

Tal y como muestra también la «acción de la eutanasia», no solo su

autorización resultaba esencial, sino que, en condiciones de guerra, Hitler no rehuía las decisiones que, de acuerdo con su propia «misión ideológica», confirmaban la sentencia de muerte a decenas de miles de civiles. Sus métodos de decisión, sin embargo, se deformaban crecientemente, reflejando una vez más el colapso de cualquier reminiscencia de un sistema estatal organizado, aunque fuera autoritario, frente al poder personal del Führer, omnipotente pero corrosivo.

En el caso de la «eutanasia», la autorización inicial a Bouhler y Brandt, que por lo visto fue puramente verbal,

produjo dificultades cuando se cuestionó su existencia. Como ningún ministro excepto Lammers había sido informado, esta duda no resultaba nada sorprendente, dada la gravedad del asunto. Así pues, Hitler se vio presionado, en torno a finales de octubre de 1939, para otorgar un permiso por escrito. Este no tomó la forma de un decreto o una ley, que se resistió a promulgar, sino la de un mandato general de unas cuantas líneas escritas sobre su propio papel de cartas, fechadas retrospectiva y significativamente con el día en que había comenzado la guerra.^[204] La

incorporación de la ley a la persona del Führer parecía tan incontestable que incluso esta orden vaga e informal se percibía como si tuviera el poder conminatorio de una ley.

Hitler, indiferente de todos modos hacia la forma precisa que adoptara la legislación, durante la guerra empleó cada vez más el dispositivo del decreto personal en lugar de ordenanzas formales o leyes. Muchos de estos decretos, incluso los más importantes y de mayor alcance por sus consecuencias, ni siquiera se promulgaron públicamente. Mediante uno de esos mandatos no publicados, nombró a

Himmler el 7 de octubre de 1939 para el cargo de comisario del Reich encargado de la Consolidación de la Germanidad Étnica, un puesto que le concedía un cheque en blanco para realizar la implacable «germanización» y la despiadada «purificación racial» de los territorios conquistados en el Este.^[205] Sobre la base de este decreto, Himmler pudo levantar un enorme aparato, a su cargo, para organizar deportaciones masivas de poblaciones definidas con criterios étnicos.

Inevitablemente, el carácter de las decisiones de Hitler conducía a una incertidumbre y a un conflicto continuos.

A veces, las dificultades surgían cuando un decreto del Führer se revelaba impracticable, lo cual reforzaba la exigencia del propio Hitler de conocer todos los pros y contras antes de acceder a legislar. La naturaleza abierta de algunos decretos, al otorgar extensos poderes que entraban en conflicto con los de otras autoridades, podía crear serios problemas de aplicación. La Cancillería del Reich, por ejemplo, tuvo problemas —no, claro está, de orden moral, sino a propósito de formalidades legales— con el decreto que Rosenberg hizo redactar a Hitler en marzo de 1942, de la mayor brevedad imaginable, para

darle atribuciones sobre el saqueo cultural de la Europa ocupada por los nazis. No obstante, la orden permaneció en vigor hasta el final, con pocas enmiendas.^[206]

Así pues, las instancias ejecutivas ligadas a Hitler y el cumplimiento de su visión ideológica erosionaron de manera fundamental, en todos los niveles, el gobierno basado en cualquier principio sistemático o en cualquier norma abstracta legal o constitucional. Las estructuras predadoras que surgieron difícilmente pueden concebirse como un auténtico *sistema* estatal. La «ley», que da forma a los fundamentos de los

sistemas de gobierno conocidos como «Estados», incluso de los de tipo autoritario, se había hundido y había sido reemplazada por la fuerza arbitraria, justificada con el recurso al poder místico del Führer. La sustitución de la ley por la fuerza, un proceso bastante avanzado en la misma Alemania hacia 1942, era completa en los territorios ocupados. La privatización de la fuerza coercitiva pública mediante la elevación de la guardia personal de Hitler a una categoría que le permitió engullir a la policía estatal^[207] constituye el ejemplo más evidente de la definitiva ausencia de orden en el

régimen de Hitler. Las turbas «mafiosas» se habían apoderado del Estado. Tal y como se ha dicho, «se trataba de una forma de sociedad en la cual los grupos gobernantes dominaban al resto de la población directamente, sin la mediación del aparato racional aunque coercitivo hasta ahora conocido como Estado».^[208]

LA «IDEA» SE CONVIERTE EN REALIDAD

Incluso a finales de la década de los 30, la «visión del mundo» de Hitler resultaba absurda para aquellos no

conversos que se preocupaban de leer sus efusiones en *Mein Kampf*. Pero, en 1941, la perspectiva de una confrontación definitiva con el bolchevismo a través de una «cruzada» doble para ganar «espacio vital» y erradicar a la vez a los judíos era una realidad inexorable. ¿Cómo tuvo lugar esta realización de la «idea» de Hitler? ¿Cuál fue su contribución personal al cumplimiento de sus propios objetivos ideológicos?

Hitler dio el empujón final al frágil castillo de naipes de la diplomacia europea. La expansión alemana de 1938-1939 aunó una amalgama de causas

diferentes y entrelazadas —presión económica, logística militar, impulso ideológico y debilidad de las democracias occidentales—, que se reforzaron mutuamente hasta poner a Europa con toda rapidez al borde del abismo e introducirla en la guerra. Cada una de estas precondiciones para la expansión existían de modo independiente respecto a Hitler. Dicha expansión habría resultado probable aunque Hitler hubiera sido depuesto o asesinado en 1938. Pero su trayectoria, sus características y su ritmo llevaron el sello de Hitler. Bajo un Gobierno alemán dirigido por Beck y Goerdeler,

por ejemplo, difícilmente se habría pensado en asumir los riesgos que implicaba el «todo o nada» hitleriano. Cuando se vislumbró la guerra, incluso Göring se quedó visiblemente atrás respecto a las peligrosas apuestas de Hitler. Todo esto apunta hacia las vías por las cuales se había desintegrado la estructura de gobierno hasta el punto de que un solo hombre, espoleado por una pequeña orquesta de aventureros políticos y militares, pudiera ejercer sin ataduras un poder tan enorme.

Los dos líderes nazis que tuvieron una mayor influencia sobre Hitler en asuntos de política exterior, sobre todo

después de los importantes cambios de febrero de 1938, fueron Ribbentrop y Göring. Ninguno de ellos mantenía puntos de vista completamente idénticos a los de Hitler, pero tampoco plantearon alternativas políticas categóricas e irreconciliables.

El enfoque de Ribbentrop no se fijaba tanto como el de Hitler en la destrucción del «bolchevismo judío», sino que consistía en una aproximación más tradicional, centrada en consideraciones acerca del poder.^[209] Para Ribbentrop, el objetivo principal no era Rusia, sino Gran Bretaña. Su mano se notó a partir de 1937 en la

renovada política colonial, dirigida claramente a Inglaterra. Cuando se congelaron las relaciones germano-británicas a finales de los años 30, la influencia de Ribbentrop sobre Hitler creció y alcanzó su momento estelar al firmarse el pacto de no-agresión con la Unión Soviética el 23 de agosto de 1939. Pero nada sugiere que este pacto, que contradecía en apariencia todo lo que había defendido la política nazi, significara para Hitler más que lo que en efecto resultó ser: un acuerdo estratégicamente necesario pero temporal. Cuando se presentó la oportunidad para darle la vuelta, el

influjo de Ribbentrop comenzó de nuevo a desvanecerse. Así se demostró que su política exterior «alternativa» no constituía sino un vehículo pasajero que Hitler podía utilizar cuando le conviniera para bajarse de él más tarde. En ningún momento planteó una opción verdaderamente distinta de la «visión» racial-imperialista de Hitler, sino que acabó trabajando en la misma dirección, se subordinó y fue suplantada por ella.

Asimismo, Göring tenía una concepción algo diferente de la de Hitler respecto a los objetivos de la política exterior.^[210] Pero conforme Hitler se liberaba de los límites que

restringían su propensión al «alto riesgo», las metas de Göring, más pragmáticas, tenían menos posibilidades de éxito.

Entre 1934 y 1938, el papel de Göring en la política exterior había adquirido una gran relevancia. En especial, había sido así en la definición de las relaciones con los países del sureste de Europa e Italia, en la decisión de intervenir en la guerra civil española, en la política hacia Austria, y sobre todo en la misma crisis del *Anschluss*, en la cual fue Göring, y no Hitler quien llevó las riendas. Las obsesiones racial-imperialistas de Hitler tenían una

importancia directa escasa para Göring, que estaba más preocupado por establecer el dominio económico de Alemania sobre la Europa central y del sureste basándose en la hegemonía política continental consolidada a través de una alianza con Gran Bretaña. Mientras la postura antibritánica de Ribbentrop trataba de satisfacer la buena disposición de Hitler a arriesgarse a una guerra con Gran Bretaña, país que creía fundamentalmente debilitado, Göring, haciéndose eco en parte de los temores expresados por sus muchos contactos en los círculos empresariales, militares y

terratenientes, pretendía oponerse a la política de alto riesgo y, sobre todo, evitar la perspectiva de una guerra con los británicos.

El triunfo de Göring —y había de ser el último— llegó con la firma del acuerdo de Múnich en septiembre de 1938. Pero esto solo significaba que su estrella declinaba. Hitler echó en cara a Göring que contribuyera a llevarle a la mesa de negociaciones y le desviase del conflicto que había deseado desde el principio. A Göring, que sufría los síntomas de una depresión nerviosa, rara vez se le vio en compañía de Hitler durante los meses siguientes, y apenas se

le consultó sobre las decisiones de ocupar el resto de Checoslovaquia y atacar Polonia a la primera ocasión. La impaciencia de Hitler, que empezó a destacar después de Múnich, por acelerar en lugar de aminorar el paso de la expansión alemana, por apostar más fuerte, chocó ahora con la estrategia más prudente de Göring. A Göring se le encontró pues prescindible, y fue desplazado como el «confidente» más importante en la política exterior por Ribbentrop, abiertamente un «halcón».

En vísperas de la guerra, Göring trató de interceder, con bastante poco entusiasmo, ante Gran Bretaña para

impedir las hostilidades. Asimismo, intentó con retraso disuadir a Hitler para que no emprendiera una aventura arriesgada que pudiera comprometer a las potencias occidentales y terminar en un desastre para Alemania. El 29 de agosto de 1939, Göring suplicó a Hitler que no jugara a «todo o nada». Hitler respondió, de modo característico, que a lo largo de su vida él siempre había jugado a «todo o nada».^[211]

En última instancia quedó de manifiesto que los objetivos «alternativos» de Göring en política exterior, como los de su archirrival Ribbentrop, se alineaban tan cerca de

los de Hitler que no podían ejercer más que una influencia pasajera. Además, el servilismo y la dependencia personal de Göring respecto a Hitler constituían un obstáculo de la mayor importancia para la construcción de una política «alternativa» genuina y viable por parte del «segundo hombre del Reich».

Si había diferentes concepciones de la política exterior en el entorno inmediato de Hitler, no es necesario decir que diversas variantes sobre la cuestión reinaban entre las más amplias elites del gobierno, la burocracia, el ejército y los negocios, y entre aquellos grupos *amateurs* implicados dentro del

partido en las relaciones exteriores. El colonialismo tradicional pangermanista, dirigido a Gran Bretaña, coexistía con los intereses que deseaban la adquisición de tierras en el este de Europa y el dominio comercial sobre los Balcanes. Incluso dentro de la misma Wehrmacht, la marina —que compartía con la Luftwaffe un fervor en el apoyo al régimen nazi mucho mayor que el del antiguo cuerpo de oficiales del ejército — veía sus intereses mejor representados en la preparación de un conflicto con Gran Bretaña que en la dedicación de los escasos recursos disponibles a la construcción de una

fuerza terrestre para hacer la guerra en la Unión Soviética.

Fueran cuales fueran las diferencias de énfasis, se mantuvo incólume el consenso acerca de la política exterior expansionista y la consecución de la hegemonía alemana sobre Europa central, incluso entre las filas de aquellos individuos que trataban de hallar una vía para oponerse firmemente al régimen nazi.^[212] La combinación de un consenso de amplio espectro acerca del expansionismo y la desintegración de cualquier límite institucional alrededor de Hitler daban cancha a apuestas aún más peligrosas por parte

del dictador, a las que la sociedad alemana se había atado con posibilidades cada vez más pequeñas de escape.

Conforme desaparecieron las restricciones que se oponían a las acciones de Hitler desde el interior del régimen, crecieron, paradójicamente, los límites externos a su capacidad de maniobra. Los esfuerzos económicos no podían sostenerse mucho más tiempo sin recurrir a la expansión. Los problemas que trajo consigo el programa de rearme forzado resultaban graves ya en 1938, actuaron como un motivo de primera magnitud en la extensión hacia Austria y

Checoslovaquia, y se agudizaron en 1939. Aún más importante era el hecho, del cual Hitler se daba perfecta cuenta, de que el tiempo corría en contra de Alemania en la carrera de armamentos. Las ventajas armamentísticas de los alemanes pronto quedarían invalidadas al rearmarse otros países, con lo que se perdería la iniciativa. Y la constelación internacional existente, sobre todo la debilidad de británicos y franceses, no seguiría siendo propicia, con toda probabilidad, durante mucho más tiempo. «No tenemos elección. Tenemos que actuar», dijo a sus generales en agosto de 1939.^[213]

Dentro del marco de su invariable objetivo a largo plazo, la lucha por el *Lebensraum*, y del corto abanico de opciones que imponían las consideraciones económicas y militar-estratégicas, las decisiones de Hitler sobre política exterior se mantuvieron en el ámbito del pragmatismo y la oportunidad. Las crisis de Austria, los Sudetes y Polonia tuvieron en común rápidos —casi impulsivos— reajustes políticos, la disposición a recurrir a la fuerza bruta cuando las presiones diplomáticas provocaban signos de resistencia y las consiguientes amenazas a su prestigio, y un sentido creciente de

urgencia según el cual había llegado el momento de actuar —el tiempo transcurría en contra de Alemania y era necesario correr el riesgo. Cuando la fragilidad de las potencias occidentales se manifestó claramente en Múnich a finales de septiembre de 1938, la confianza de Hitler en sí mismo aumentó hasta el punto de convencerse de que no irían a la guerra por Polonia. «Nuestros enemigos son gente de poca monta», dijo a sus generales en agosto de 1939. «Los vi en Múnich».^[214]

En las sucesivas crisis de Austria, los Sudetes y Polonia, las consideraciones estratégicas

predominaron en la expansión alemana, la necesidad económica tuvo casi la misma importancia (ciertamente, en los casos de Austria y Checoslovaquia) y las cuestiones ideológicas solo representaron un papel secundario. Las decisiones y los ajustes políticos de Hitler dependieron de la oportunidad: invadir Austria cuando Schuschnigg, de manera inesperada, había convocado un plebiscito; fusionar a Austria con Alemania solo tras la recepción delirante que encontró en Linz; destruir Checoslovaquia a la primera ocasión, cuando la movilización checa en la «crisis del fin de semana» del 20 y 21

de mayo de 1938 hizo parecer ridícula a Alemania; y atacar Polonia solo cuando las propuestas diplomáticas habían sido rechazadas y se había concretado la garantía británica. Sin embargo, por debajo subyacía la coherencia con el objetivo de establecer la dominación alemana sobre Europa central y dejar abiertas las opciones para un ataque, bien en el este, bien en el oeste, pero siempre con la meta última de acabar con el bolchevismo y lograr el *Lebensraum*. Una vez que Ribbentrop había sido capaz de aprovechar de nuevo la indecisión de la diplomacia occidental para diseñar el pacto con la

Unión Soviética, y tras completar la demolición de Polonia —secretamente acordada con los soviéticos—, quedó despejado el camino para un ataque en el oeste.

Aunque las demandas de la ideología nazi no habían orientado ninguno de estos pasos decisivos en la política exterior, que habían culminado en la guerra e incluso habían desembocado finalmente en una alianza con su archienemigo, el proceso de radicalización ideológica se amplió de todos modos y por diferentes vías, tanto en los territorios recién incorporados como en el interior de Alemania.

En Austria y en los Sudetes, y más tarde en el resto de la Checoslovaquia ocupada, el ajuste de cuentas con los enemigos raciales y políticos señaló nuevas «tareas» para el partido y la Gestapo. Aquellos tiempos recordaban la época de la «toma del poder» tanto a los extremistas del partido como a los burócratas de la policía. Pero ahora el partido disponía desde el principio de una posición reforzada en la administración de los nuevos territorios, y el aparato represivo de la Gestapo-SS era incluso más eficaz e implacable de lo que había sido la policía en la Alemania de 1933.

El clima resultaba pues propicio para una renovada ferocidad contra la izquierda socialista y comunista, y para el ensañamiento, a través de una abierta brutalidad, contra los judíos austríacos, más salvaje incluso que el que había tenido lugar en Alemania hasta esa fecha. Las nuevas «oportunidades organizativas» para abordar la «cuestión judía» ofrecieron una oportunidad a Adolf Eichmann, todavía entonces una figura insignificante en la «Sección Judía» de la SD en Berlín, al encargarse de planificar la política de emigración judía, rápida y brutal, de la SS, primero en Viena y después en Praga a partir de

julio de 1939.

Dentro de la misma Alemania, el furioso ataque de Hitler al «bolchevismo judío» en el congreso del partido celebrado en Núremberg en septiembre de 1937 ya había marcado el comienzo de una nueva ola de radicalización en el tratamiento a los judíos. Esto fue suficiente para anunciar otra oleada de violencia antisemita y, en el contexto de los crecientes problemas económicos asociados al Plan Cuatrienal, sancionar la «arianización» —o expropiación forzosa— de los negocios judíos. Nuevamente, este proceso recibió un estímulo de la mayor

importancia con la anexión de Austria y los Sudetes.

La «luz verde» que dio Hitler al partido en el discurso de septiembre otorgó nuevos ímpetus al activismo partidista. Durante los meses de tensión de la primavera de 1938, este activismo se liberó mediante una violencia renovada e intensificada hacia los judíos y sus propiedades. Las agresiones resultaban ahora más amenazantes y extendidas de lo que habían sido en la anterior ola de ataques en el verano de 1935.

El surgimiento del terror antisemita alcanzó su desenlace en la famosa

Reichkristallnacht, el terrible pogromo de los días 9 y 10 de noviembre de 1938. Una vez más, Hitler solo necesitó ofrecer su apoyo tácito a Goebbels, el principal instigador, para desatar el odio reprimido de los activistas del partido y la SA en un frenesí de violencia. En un pogromo que abarcó todo el país, fueron asesinados alrededor de un centenar de judíos, las sinagogas fueron incendiadas, las propiedades judías saqueadas y destruidas, y unos 30.000 varones judíos conducidos como rehenes a campos de concentración para forzar el ritmo de la emigración. Además, los judíos eran ahora excluidos por completo de la

economía y expulsados a los márgenes más sombríos de la sociedad. De todo ello resultó la centralización del control de la «cuestión judía», que pasó a manos de la SS, mientras Eichmann recogía la recompensa a sus éxitos en Austria y se encargaba de organizar la emigración de los judíos en todo el Reich. Se había dado un paso importante en la ruta que llevaba del «antisemitismo emocional» y la violencia pública del pogromo, con rasgos desagradables para muchos alemanes, a los asesinatos «racionalizados» en cadena, fuera de la vista del público, de los campos de la muerte.

Hitler había hecho poco por sí mismo, en el sentido de una acción directa, para ocasionar la agudización repentina de la persecución de los judíos. No lo había necesitado. Lo único que se requería era su permiso para que sus subordinados cumplieran lo que consideraban sus «deseos». Estos «deseos» no solo se correspondían con las convicciones de los antisemitas rabiosos dentro del movimiento. Trabajar con el fin de aplicar tales «deseos» proporcionaba posibilidades de promoción, de progreso y enriquecimiento personal, de autoengrandecimiento para muchos que

no compartían la paranoia del odio a los judíos pero sí estaban dispuestos a utilizar la política antijudía para sus propios fines. Dado el lugar central que ocupaba el antisemitismo en el credo nazi, prácticamente cualquier acto podía justificarse recurriendo a su faceta como un elemento destinado a excluir a los judíos de la sociedad alemana. La «meta final» de una Alemania libre de judíos servía para legitimar iniciativas políticas provenientes de las más diversas agencias, ministerios y organizaciones del Tercer Reich, que competían entre ellas para implementar aquello que interpretaban como la

voluntad del Führer.

Más tarde, en una de sus «charlas de sobremesa», Hitler admitió que durante mucho tiempo se había visto forzado a permanecer inactivo en relación con los judíos,^[215] una limitación táctica dirigida a frenar un innecesario empeoramiento de las relaciones internacionales. A lo largo de todo el año 1938, cuando tenía lugar esta radicalización trascendental en el territorio extendido del Reich, tenía poco o nada que decir en público sobre la «cuestión judía». Incluso en unas declaraciones confidenciales a los líderes de la prensa, realizadas la misma

mañana después del pogromo, no mencionó en ningún momento los hechos de la «Noche de los cristales rotos».[216]

Sin embargo, en su discurso al Reichstag el 30 de enero de 1939, Hitler volvió a la «cuestión judía» con nuevas y espantosas amenazas. Dijo que se convertiría en un profeta: «¡Si los financieros judíos internacionales, de dentro y de fuera de Europa, lograran una vez más sumergir a las naciones en una guerra mundial, el resultado no sería el triunfo del bolchevismo, y por tanto de los judíos, sobre la tierra, sino la aniquilación de la raza judía en Europa!»[217]

Estas palabras, en parte, no eran sino propaganda. Repetían en un lenguaje más siniestro la amenaza, que Hitler había dejado caer en algunas otras ocasiones a lo largo de los años 30, de tratar a los judíos como «rehenes» en caso de que Alemania se viera forzada a una confrontación armada. Pero esta vez eran más que simple propaganda. Hitler, como hicieron algunos de los que integraban su círculo más cercano, fue más allá al invocar ese preciso pasaje en muchas de sus declaraciones, y también en comentarios dentro de su entorno inmediato, durante 1941 y 1942, justo

cuando la «Solución Final» comenzaba a aplicarse. Además, continuamente equivocaba la fecha del discurso al situarlo el día en que comenzó la guerra, el 1 de septiembre de 1939. Lo cual significaba sencillamente, en su mente, que de un modo o de otro la próxima guerra sería sinónimo de la destrucción de los judíos. Cómo ocurriría tal cosa, ni él ni nadie más lo sabía. Que *ocurriría*, eso era algo seguro.

Mientras tanto, no solo los judíos habían constituido la diana de la creciente radicalización ideológica a finales de los años 30. Los prejuicios sociales tradicionales, el interés de la

policía en extender su imperio mediante el hallazgo de nuevos «enemigos del pueblo» que perseguir, y el fetiche de la salud y la higiene social que llevó a las autoridades médicas y a la burocracia sanitaria a seguir sin tardanza los requerimientos de los programas nazis de eugenesia y esterilización, se combinaron para radicalizar el ataque contra gitanos, homosexuales, prostitutas, «vagos», mendigos, «retirados», «antisociales», los que «se asustaban del trabajo», delincuentes habituales y otros «indeseables raciales» y elementos «ajenos a la comunidad». Los impulsos y propuestas

de muchísimos individuos y de una miríada de organizaciones, que actuaban por múltiples motivos, hicieron posible que, al comenzar la guerra, empezaran a surgir nuevas posibilidades de abordar cuestiones ideológicas clave, las más cercanas al núcleo de la «filosofía universal» del propio Hitler. La misma guerra ofrecía la oportunidad, y creaba el contexto de brutalidad adecuado, para que aquéllas tomaran una forma genocida.

En la ocupación de Polonia, Hitler dio otra vez permiso desde arriba para cometer barbaridades al ordenar a sus jefes militares que cerraran sus

corazones a la piedad, que «actuaran brutalmente» y se aseguraran de que se respetaban los derechos de Alemania con «la mayor severidad».^[218] La lucha racial en Polonia no permitía la existencia de límite legal alguno. Hitler comentó a Keitel después de la victoria que «los métodos serán incompatibles con los principios que de otra manera respetaríamos».^[219]

Hitler rechazó desdeñosamente las objeciones planteadas por algunos oficiales acerca de la despiadada barbarie durante y después de la campaña de Polonia como quejas «pueriles» de jefes militares que querían

hacer la guerra con los «métodos del ejército de salvación».^[220] La mayoría de los mandos castrenses, menos escrupulosos o menos valientes, se ajustaron a la draconiana severidad de la salvaje destrucción de Polonia y a la implacabilidad de los procedimientos de «germanización» que allí se emplearon.

Con *carte blanche* del Führer para proceder como les pareciera más conveniente en sus dominios, los nuevos jefes nazis concedieron sobre la marcha un creciente papel al terror. Las zonas occidentales de Polonia que, junto con una franja del territorio adyacente a

Prusia oriental, habían sido incorporadas al Reich y expresamente excluidas de las ataduras normales de la ley penal alemana, se convirtieron en áreas experimentales para el «Nuevo Orden» nazi. Hitler afirmó que lo único que exigía a sus Gauleiter en el este era que, dentro de diez años, estuvieran en condiciones de afirmar que sus territorios eran completamente alemanes. No le importaban los métodos que utilizaran para lograrlo.^[221] A cambio, ellos podían hacer que se aceptasen las bárbaras medidas recurriendo a las «tareas especiales» que les había encomendado

personalmente el Führer, aunque éstas no se especificaban nunca con detalle ni, mucho menos, se ponían por escrito.

El resto de Polonia —el «gobierno general» a cargo de Hans Frank— se convirtió en el basurero donde se depositaba a los «racialmente inferiores». Las «Escuadras del Servicio de Seguridad» (*Einsatzgruppen*) de Heydrich asumieron el trabajo de aniquilar a la *intelligentsia* polaca. Himmler, en su nueva calidad de comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad, orquestó las deportaciones y el «reasentamiento» de miles de

personas. Bajo las órdenes de Heydrich, los judíos fueron ahora acorralados y emplazados en guetos, donde las condiciones empeoraron con rapidez y se extendieron de forma dramática las enfermedades epidémicas, todo lo cual creó la acuciante necesidad de encontrar una «solución final» al «problema judío», enormemente agrandado por la inclusión de alrededor de tres millones de judíos polacos bajo el mando nazi. Y de cara a los polacos no judíos, el gobierno nazi de ocupación desató un reinado del terror que afectó prácticamente a todas las familias. Mientras en el Reich propiamente dicho

sobrevivía una apariencia legal, aunque fuera corrupta y pervertida, el «derecho» en Polonia dependía del capricho de los Gauleiter nazis y de los cabecillas regionales de la SS, los altos SS y los jefes de la policía. Las órdenes de actuar de Hitler marcaban el tono. Del trabajo sucio se encargaban otros de forma voluntaria.

Decidido a atacar Polonia, Hitler se había convencido de que las democracias no declararían la guerra a causa de Danzig y el corredor polaco. Hacia el 3 de septiembre de 1939, esta apuesta se reveló como un error de cálculo, si bien las potencias

occidentales no hicieron nada para evitar el desmembramiento de Polonia, que, de manera característica, se improvisó sobre la marcha mientras tenía lugar la destrucción del país. La confianza ganada por el rápido derrumbamiento del ejército polaco, y el espectro continuo del tiempo que corría en contra de Alemania tanto en el terreno militar como en el diplomático —sobre todo el dudoso porvenir del pacto con Rusia—, hicieron que Hitler se sintiera impaciente por abrir un frente en el oeste justo al concluir la campaña polaca, en la creencia de que un ataque conduciría a la destrucción definitiva de

los enemigos occidentales de Alemania. Se encontró con la oposición de sus comandantes militares, que percibían el espantoso riesgo de una campaña en mitad del invierno. En efecto, el mal tiempo trajo una serie de aplazamientos hasta que, tras los éxitos en Escandinavia, la asombrosa campaña del oeste anonadó al mundo, dejó a Francia completamente derrotada, aislada a Gran Bretaña y al triunfador, Hitler, en la cumbre de su popularidad y su poder.

Solo cinco semanas después de que Francia firmara el armisticio, y cuando en realidad se estaba reduciendo el

tamaño del ejército alemán, Hitler ordenó a sus jefes militares, en una reunión celebrada en Berchtesgaden el 31 de julio de 1940, que se preparasen para un ataque contra Rusia, que tendría lugar en mayo de 1941.^[222] El objetivo consistía en la completa destrucción de Rusia en un plazo de cinco semanas. La confrontación con el bolchevismo, que había permanecido como una constante en el pensamiento de Hitler a pesar de su ignorancia acerca de las condiciones en que podría ocurrir, empezaba ahora a adquirir una forma concreta.

Las cuestiones ideológicas no representaron expresamente un papel

directo en el conjunto de razones que motivaron el planeamiento inicial del ataque. El factor crucial residía en la necesidad de forzar a Gran Bretaña a llegar a un acuerdo, dejando así a Alemania como dueña de Europa y, tal y como deseaba, con las manos libres para transformar el este en el ansiado *Lebensraum*. La segunda consideración clave era la preocupante expansión del poder soviético en el Báltico y, sobre todo, en los Balcanes, donde la anexión de territorios planteaba entonces una amenaza de primera magnitud sobre los campos de petróleo rumanos, de vital importancia para el esfuerzo de guerra

alemán. La decisión de atacar a la Unión Soviética no constituyó, pues, una «decisión libre» que, basada en el terreno ideológico, se encaminara hacia la puesta en práctica de la «visión» de *Mein Kampf*. Era una necesidad estratégica y económica.

Una vez más, la misma dinámica de la guerra determinaba en su mayor parte los límites dentro de los cuales podía actuar Hitler. La enormidad de la partida en la cual se jugaba la hegemonía en Europa imponía su propia «lógica» sobre la toma de decisiones. Resultaba pues natural que Hitler, de nuevo, justificara la decisión de atacar a la

Unión Soviética subrayando la imposibilidad de tomar cualquier otro camino, es decir, las consecuencias negativas que, con toda seguridad, habría tenido no actuar.^[223]

Aunque esto significaba abrir una guerra en dos frentes, la vieja pesadilla alemana, no había muchos motivos para el nerviosismo en la cúpula nazi. El mando militar alemán menospreciaba burdamente la capacidad soviética para luchar, lo cual implicaba el predominio de un optimismo creciente, la certeza de que la destrucción de Rusia se conseguiría en unos cuantos meses y dejaría vía libre para atacar a las

fuerzas británicas en Oriente Medio. De un solo golpe, la supuesta victoria sobre la Unión Soviética proveería de recursos económicos vitales a Alemania, dejaría a Gran Bretaña completamente sola y la obligaría a elegir entre la capitulación o la invasión, colocaría a los norteamericanos bajo una mayor presión a causa de las oportunidades abiertas a Japón en el Lejano Oriente y, por lo tanto, frenaría la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

Pese a que las obsesiones ideológicas hitlerianas no habían representado un papel protagonista en el

marco real de la decisión de atacar a la Unión Soviética, una vez esta decisión se hubo tomado, y en particular cuando los planes para la invasión empezaron a concretarse en detalle a lo largo de la primavera de 1941, la huella de la filosofía racial nazi se hizo visible por completo. Hitler habló de su sensación de libertad psicológica tan pronto se decidió dar por terminado el pacto con los soviéticos, que él mismo contemplaba como una ruptura con sus propios orígenes y opiniones políticas.

[224] Como si se liberara del peso de unos años en que se ponían límites tácticos a las medidas que podían

emplearse contra sus enemigos, ahora Hitler, enfrentado con la realidad de una guerra que siempre había sabido que libraría aunque resultara imposible prever en qué circunstancias, volvió a ser él mismo. Dijo a sus generales que, a diferencia de la que se desarrollaba en occidente, ésta sería una «guerra de exterminio».^[225] Los comisarios políticos del ejército rojo serían fusilados sin más.^[226] El ejército debía cooperar plenamente con las escuadras de exterminio de la SD, que operaban de acuerdo con las «tareas especiales» encomendadas a Himmler.^[227] La naturaleza de estas «tareas» se reveló a

través de las instrucciones que dio Heydrich a los jefes de los *Einsatzgruppen* para liquidar a los funcionarios del Partido Comunista, a los «judíos al servicio del partido del Estado» y a «otros elementos extremistas».^[228] La invasión de la Unión Soviética, fueran cuales fueran las razones estratégicas y económicas que la justificaban a ojos de los nazis, se formuló por parte de Hitler con todos los rasgos de una cruzada ideológica contra el «bolchevismo judío». En la primavera de 1941 se dio pues el «salto cuántico»^[229] hacia el genocidio.

La decisión de aniquilar a todos los

judíos en la Europa ocupada por los alemanes estaba todavía lejos. Durante las primeras y victoriosas semanas de la campaña rusa, la escalada de matanzas aún resultaba compatible con una «meta final» expresada en términos de un asentamiento territorial «más allá de los Urales». Incluso si esto hubiera ocurrido, tan solo habría conducido, incuestionablemente, a una forma de genocidio distinta de la que tuvo lugar en realidad. El proceso asesino era ya irreversible y desarrollaba rápidamente su propia energía.

Las órdenes de Heydrich habían dejado evidentemente mucho campo

libre para la interpretación a los comandantes de los *Einsatzgruppen*. La mayoría solo mató al comienzo a los varones judíos; otros, a familias enteras. Probablemente pidieron alguna clarificación, que al parecer les proporcionó Himmler en agosto de 1941.^[230] De todas formas, a finales de agosto y en septiembre, cuando el avance militar se desaceleraba y crecía el número de judíos en manos de los alemanes, los asesinatos aumentaron de manera dramática y abarcaron ahora de modo general no solo a los hombres adultos sino a *todos* los judíos, incluyendo a mujeres y niños. La

Wehrmacht, que había perdido ya cualquier vestigio de los sentimientos humanitarios que había mostrado al cometer las primeras atrocidades en Polonia, colaboró con las escuadras de la muerte y llevó a cabo muchos desmanes por su cuenta.^[231]

Hacia finales de julio, Heydrich había solicitado y conseguido la necesaria autorización de Göring, que desde 1939 estaba nominalmente a cargo de las labores de coordinación en la búsqueda de una «solución» a la «cuestión judía», para preparar la llegada de una «solución total».^[232] Hasta mediados de septiembre, ésta

parecía concebirse aún como un arreglo territorial, como la deportación a una reserva judía en el este, que sin duda se habría convertido en una especie de campo de concentración gigante. Pero en esta coyuntura, cuando las perspectivas de un rápido triunfo sobre la Unión Soviética se desvanecían a toda velocidad, Hitler, que había vetado hasta entonces las deportaciones a la zona militar en previsión del traslado definitivo de los judíos desde Europa al este tras el final de una campaña victoriosa, se convenció de la necesidad de ordenar el destierro de los judíos alemanes.^[233] En aquellas

circunstancias, una orden de destierro era sinónimo de una decisión de exterminio. De cualquier modo, los pasos cruciales hacia la auténtica «Solución final», el intento de asesinar de manera sistemática a todos los judíos de Europa, se siguieron uno tras otro velozmente desde entonces.

Cuando aún no había pasado un mes, los primeros judíos alemanes deportados arribaban al gueto de Lodz, donde las condiciones de vida eran ya indescriptibles y la liquidación de los internos se había planteado ya como una solución meses atrás.^[234] Los transportes ferroviarios llegaron al poco

tiempo a Riga, donde se fusiló a los primeros judíos alemanes a finales de noviembre.

Alrededor de octubre de 1941, el jefe de la policía de Lublin, Odilo Globocnik, fue encargado por Himmler de la que daría en llamarse «Aktion Reinhard» con la misión de exterminar a los judíos de Polonia. Poco después comenzó a proyectarse el primero de los campos de exterminio relacionados con Globocnik, Belzec, seguido más tarde por Sobibor y Treblinka. El segundo de a bordo en la Cancillería del Führer, Viktor Brack, que contaba ya con experiencia en la «acción de la

eutanasia», suministró expertos para asesorar acerca de las técnicas de gaseado y personal, ya entrenado y probado en aquella «acción», para llevar adelante el trabajo. También empezó entonces la construcción de la unidad de exterminio de Birkenau, dentro del complejo de Auschwitz. Más o menos al mismo tiempo, un «comando especial» de hombres de Himmler encabezado por Herbert Lange, ya implicado con anterioridad en el asesinato de enfermos mentales en Prusia oriental empleando el método del «camión de gas», tras recorrer el área en busca de un sitio adecuado para liquidar

a los judíos procedentes del gueto de Lodz en el Warthegau, escogió un lugar cerca de Chełmno y dio comienzo a las operaciones a comienzos de diciembre de 1941. La «Solución final» estaba ya en marcha, aunque su logística terminaría de diseñarse el 20 de enero de 1942 en la conferencia de Wannsee.

Durante el verano de 1941, el curso inexorable de los acontecimientos en la campaña de Rusia, junto con el crecimiento de las dificultades prácticas para manejar a los millones de judíos apresados y el deseo de los Gauleiter nazis de librarse de los que quedaban en sus territorios, además de las

ambiciones organizativas de la SS, se combinaron para presionar cada vez más desde diferentes lados con el fin de llegar a una «solución final» para la «cuestión judía». Las iniciativas provinieron de muchos lugares. Pero, dada la naturaleza del Estado del Führer, Hitler siguió siendo la clave para cualquier acción de conjunto.

Hitler inspiraba la «Solución final», aunque las iniciativas directas procedieran de otros. Goebbels lo calificó como «el protagonista y el firme abogado de una solución radical».^[235] Se aludía de manera invariable a una «orden» o a la «voluntad» del Führer al

ponerse en marcha o llevarse a cabo una matanza de judíos en cualquier nivel.

[236] Las decisiones cruciales requerían la aprobación de Hitler. Himmler invocó la autoridad de Hitler en la orden que en torno a mediados de agosto de 1941 extendió los asesinatos en la Unión Soviética a las mujeres y los niños judíos. [237] Convencido por Goebbels y Heydrich, Hitler consintió también en agosto de 1941 que se obligara a los judíos alemanes a llevar sobre su ropa la «Estrella Amarilla», algo a lo que se había resistido, por razones tácticas, hasta ese momento. [238] No hay duda de que el mismo Hitler tomó la decisión, a

mediados de septiembre, de deportar a los judíos alemanes al este, lo cual sellaba su destino. No ha sobrevivido ningún documento en el que Hitler ordenara por escrito la «Solución final», y es casi seguro que tal documento nunca existió. Pero no puede dudarse de que Hitler diera instrucciones verbales para matar a los judíos europeos, aunque tales instrucciones consistieran tan solo en la concesión de un cheque en blanco a Himmler y Heydrich.

La guerra y los judíos estaban unidos desde el principio en el pensamiento de Hitler, que les había culpado de la derrota en la Primera Guerra Mundial y

les había amenazado con su extinción en caso de producirse una nueva contienda. A finales del verano de 1941, la guerra y el destino de los judíos eran ya realidades inseparables. Conforme se frenó el avance de las tropas alemanas y crecieron las dudas sobre el éxito de la apuesta vital que preveía un rápido KO de la Unión Soviética, Alemania se enfrentó con el horizonte de un conflicto prolongado y la magnitud del trabajo necesario para lograr la victoria final se hizo enorme, todo lo cual hundió a Hitler en el pesimismo. Con este estado de ánimo autorizó que se dieran los pasos precisos para que su «profecía»

de 1939 se cumpliera al pie de la letra. Los judíos no tendrían la oportunidad de derrotar a Alemania por segunda vez. Justamente durante los meses de septiembre y octubre, cuando se adoptaron las medidas decisivas para el genocidio total, se sintió de nuevo esperanzado y recuperó la confianza.^[239]

Pese a que las decisiones fundamentales sobre el exterminio de los judíos las tomó sin duda Hitler, la «Solución final» no puede verse simplemente en términos personales. La radicalización de la política antisemita durante los años 30 tuvo lugar con un escaso compromiso activo por parte de

Hitler y a la vista de toda la sociedad alemana. Aunque muchos ciudadanos corrientes no estuvieran entusiasmados con lo que ocurría, no hubo apenas oposición. Incluso las iglesias miraron por sus propios intereses y permanecieron, como tales instituciones, calladas ante aquella enorme falta de humanidad. La industria y el comercio protestaron, por razones pragmáticas, cuando parecieron en peligro las transacciones internacionales, pero se avinieron fácilmente a participar en los programas de explotación económica salvaje y en el saqueo de las propiedades judías. Los funcionarios,

desde los jefes de los departamentos gubernamentales más importantes hasta los insignificantes empleados que organizaban el horario de los trenes que partían hacia el destierro, trabajaron duro para transformar la irracionalidad ideológica en regulaciones burocráticas de la discriminación. El ejército, molesto por algunos de los «excesos» cometidos en Polonia, cooperó en la lucha contra el archienemigo «judeobolchevique». Además, Hitler contaba con la organización más dinámica del Tercer Reich, la SS, que extrajo todo su carácter de la doctrina de la dominación racial y se aferró a la

necesidad de resolver la «cuestión judía». Por tanto, el genocidio alemán no fue obra de una sola persona, sino más bien el producto de la disposición, por parte de una amplia variedad de sectores de la sociedad, para trabajar en la dirección que marcaban los objetivos visionarios de un «líder carismático», que, para cuando surgieron las condiciones que hacían posible el genocidio, se había liberado por completo de cualquier límite constitucional o legal.

Mientras las fábricas de la muerte del este trabajaban a pleno rendimiento, la victoria definitiva en la guerra se le

escapaba de las manos a Alemania. Algunos asesores militares y económicos dijeron a Hitler en noviembre de 1941 que no podía ganarse. Él mismo expresó por primera vez la idea de que el pueblo alemán podía perecer en la lucha.^[240] Al aumentar los factores en contra, Hitler apostó de manera aún más arriesgada. La fuerza de voluntad reemplazó cada vez más a la estrategia, la irracionalidad desplazó más y más a la razón. La frontera que le separaba de sus generales se convirtió en un abismo durante la crisis del invierno de 1941-1942. Cuando las cosas iban mal,

miraba a su alrededor en busca de un chivo expiatorio. Así pues, despidió a numerosos generales. El jefe del ejército, Von Brauchitsch, logró finalmente que se le admitiera la dimisión que tenía presentada. Hitler en persona se hizo cargo ahora de la jefatura militar, con lo cual se enredó en las minucias y detalles de las órdenes.

En lo más crudo de la crisis invernal, el ataque de Japón a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, era la mejor noticia que podía esperar Alemania. De hecho, desde abril los alemanes habían intentado introducir a Japón en la guerra para mantener a los

Estados Unidos alejados del escenario europeo.^[241] Con ese fin, Hitler estaba preparado antes de Pearl Harbor para comprometer a Alemania en una contienda con los norteamericanos en caso de agresión japonesa. Pero aún no se había firmado un tratado formal a estos efectos. El golpe japonés dio a Hitler lo que había deseado durante meses. Cabe pensar que Alemania podía haberse mantenido al margen y haberse regocijado con la perspectiva del desgaste de las energías estadounidenses en una guerra librada en el Pacífico. No había un compromiso formal de intervención. Además, todo lo que Hitler

podía obtener de los japoneses era un acuerdo para no llegar a una paz por separado con los norteamericanos. Sin embargo, el 11 de diciembre de 1941 anunció que Alemania declaraba la guerra a los Estados Unidos. Se trataba de un movimiento hacia delante típico de Hitler, que intentaba tomar la iniciativa en un conflicto que, a su juicio, ya existía en la realidad y estaba destinado de todos modos a convertirse en un conflicto abierto. Pero fue un movimiento que partía de la debilidad, no de la fuerza, más irracional que cualquier otra decisión estratégica adoptada hasta esa fecha. Por vez

primera, era claramente la jugada de un perdedor.

Durante un tiempo en 1942, los éxitos militares de Alemania en Rusia y el norte de África indujeron al engaño. Un análisis interno del Alto Mando afirmaba que la Wehrmacht era más débil a mediados de 1942 que el año anterior.^[242] Además, la economía alemana sufría enormes tensiones. Entre la espada y la pared, la economía, bajo la dirección de Speer, iba a mostrar una notable capacidad de recuperación entre 1942 y 1944, aunque resultaban vanas las esperanzas de competir con la fuerza económica combinada de los aliados. En

el frente militar, las derrotas en El Alamein y, sobre todo, el calamitoso sacrificio del Sexto Ejército alemán en Stalingrado, donde se perdieron aproximadamente 250.000 soldados en una terrible batalla de dos meses que acabó el 2 de febrero de 1943 con la rendición y la captura por los soviéticos de los 91.000 supervivientes, supusieron importantes puntos de no retorno para la suerte de Alemania.

La pérdida de Stalingrado simbolizó, y no solo de manera retrospectiva, el comienzo del fin para el poder de Hitler. Su responsabilidad personal en el fracaso se reconocía

ampliamente. Las crecientes críticas al régimen no se detenían ya en el Führer, la resistencia clandestina comenzaba a reagruparse, el poder de Hitler se tambaleaba. Pero su dominio disponía aún de una fuerza enorme. Solo un golpe de Estado o una derrota militar absoluta podían quebrarlo.

LA SOBERBIA DEL PODER

En la mitología griega, la autodeificación de Hubris (la soberbia), que desafía a los dioses, provoca la ira de Némesis, la diosa justiciera, que se venga de la arrogancia y castiga los delitos extraordinarios. Parece una metáfora apropiada para la

fase en que el poder de Hitler alcanzó su clímax.

Antes de 1941, el aumento del poder de Hitler, y de su autoglorificación, fue acompañado por una serie de pasmosos triunfos. Cabalgando sobre el mundo, su desprecio por la insignificante oposición no tenía límites. Pero las conquistas no podían llevar a la victoria final. Con el fracaso de la Blitzkrieg en la Unión Soviética y la entrada de los Estados Unidos en la guerra, se atravesó la delgada línea que separaba la victoria de la inexorable derrota y la apuesta megalómana por el dominio mundial quedó condenada al fracaso. Después de

1941, Hitler tan solo experimentó adversidad y calamidades. Sus volátiles estados de ánimo oscilaron entre un insaciable optimismo, cada vez más irracional, convencido de que su voluntad triunfaría finalmente, de que la Providencia no le fallaría; y la depresión y la resignación frente a la incapacidad para obtener la victoria o evitar la derrota, con la consiguiente furia dirigida hacia todas partes, que solo se detenía ante la autocrítica.

El poder de Hitler en estos últimos años constituyó una paradoja. Hasta que aparecieron señales visibles de su disolución en los meses finales de su

mando, su poder permaneció intacto, en un doble sentido: sus órdenes se cumplieron y no fueron desobedecidas, y él siguió funcionando como la instancia legitimadora de todas las formas de autoridad en el Tercer Reich. Por otro lado, a la hora de enfrentarse con las crecientes adversidades, Hitler había perdido la capacidad de determinar el curso y la naturaleza de los acontecimientos. La iniciativa le había abandonado para siempre. La imposibilidad de cambiar la marcha de la guerra se reflejaba a su vez en una irracionalidad aún mayor, cuyo impacto sobre la estructura y el comportamiento

del gobierno resultó catastrófico. Esta impotencia para acabar con el conflicto, bien por medio de la victoria, bien a través de un acuerdo razonable de paz, desembocó no solo en la voluntad autodestructiva por parte de Hitler, sino también en un veredicto de destrucción y condena de su propio pueblo, que, a su juicio, le había fallado. Este era el clímax lógico de la soberbia, de la *Hubris* de poder de Hitler.

En el segundo invierno de la campaña rusa, la implacable presión de la guerra comenzó a pasar factura a la salud de Hitler. A partir de 1943, era en muchos sentidos un hombre enfermo, y a

veces, como en el otoño de 1944 y en abril de 1945, seriamente enfermo.

A finales de 1942 y comienzos de 1943, durante los meses que siguieron al amargo enfrentamiento con sus generales a propósito de la estrategia en el Cáucaso y que contemplaron la catástrofe de Stalingrado, parece que Hitler sufrió una aguda tensión nerviosa. En ese período, comía normalmente solo y abandonaba su cuartel general lo menos posible, dormía mal y su única relajación consistía en un corto paseo con su perro. Ni siquiera le apetecía escuchar a Wagner. Su estado de ánimo correspondía al de una profunda

depresión, que encontraba alivio en violentos estallidos de una rabia incontrolable, dirigida en especial contra sus generales, que le servían de chivo expiatorio.

El desapego de Hitler respecto a la realidad rompió nuevas ataduras en los últimos años de la guerra. El aislamiento que se había impuesto a sí mismo en su remoto cuartel general de Prusia Oriental, trasladado a Vinnitsa — en Ucrania— durante un corto período de tiempo en 1942-1943, intensificó su tendencia a apartar cualquier realidad desagradable en favor de un mundo ilusorio en el cual triunfaba siempre la

«voluntad». No visitó nunca más el frente y acudió por última vez a un puesto de mando sobre el terreno en septiembre de 1943, así que la guerra se dirigía por completo desde la sala de mapas del búnker del Führer. Sus viajes a Alemania escasearon aún más al tiempo que, sin éxitos que proclamar, se apartaba del público alemán. Tampoco visitó ninguna ciudad bombardeada y se mostró más afectado por la destrucción de edificios públicos que por los informes que hablaban del sufrimiento humano. Resultaba inaccesible para todos excepto para unos cuantos jefes nazis que contaban con su favor, y solo

hizo concesiones a la vida social en compañía de sus secretarios, ayudantes, médicos y del ubicuo Bormann, a quienes a altas horas de la noche endosaba monólogos interminables sobre planes arquitectónicos de futuro, situados en una utópica posguerra, y sobre los recuerdos acerca de su vida y su «lucha» en el pasado. La mayor parte del tiempo, era impersonal y distante en las relaciones humanas. Se daba cuenta de su creciente aislamiento, como revela el comentario que hizo a Speer al afirmar que pronto sus únicos amigos serían Fräulein Braun y su perro.

[243] Speer tenía la impresión de estar

ante un hombre que se consumía.

Asimismo, en los dos últimos años de la contienda, Hitler se convirtió físicamente en una ruina. Su curandero, Morell, halagó sus fuertes tendencias hipocondríacas y lo infló durante la guerra con no menos de noventa medicamentos, específicos e inyectables distintos.^[244] Resulta muy dudoso que las veintiocho píldoras diferentes que tomaba al día y las hormonas y otras inyecciones le hicieran algún bien. Pero, en cualquier caso, una vida insana de constante estrés, falta de sueño, dieta pobre, ejercicio escaso y una ausencia total de descanso tenía que producir una

brusca aceleración en el proceso de envejecimiento. Göring advirtió en 1945 que Hitler había envejecido quince años desde el comienzo de la guerra.^[245] El temblor en su brazo izquierdo, el vértigo y la pérdida del equilibrio eran posiblemente síntomas de la enfermedad de Parkinson, pero esto no puede establecerse con ninguna seguridad.

El deterioro físico se aceleró tras el atentado contra la vida de Hitler en julio de 1944.^[246] Un cardiograma confirmó en septiembre que la arteriosclerosis, ya diagnosticada en la primavera de 1945, avanzaba con rapidez. Hacia finales de aquel mismo mes, Hitler contrajo

ictericia y, más o menos por entonces, los temblores en brazos y piernas, que habían desaparecido durante un tiempo después de la sacudida que supuso la explosión en el cuartel general de la Guarida del Lobo, volvieron más fuertes que nunca. Los calambres en el estómago, espasmos intestinales y dolores de cabeza eran crónicos. A veces, los mareos y el malestar general duraban horas. El doctor Morell consideró la acumulación de problemas de salud en septiembre de 1944 como un colapso sin importancia, una reacción tardía al atentado.^[247]

En los últimos meses de la guerra,

aunque solo tenía cincuenta y tantos años, el cuerpo de Hitler era el de un viejo. Su pelo era gris, su cabeza y sus manos temblaban de manera visible, no era capaz de arrastrar los pies más que unos cuantos pasos, inclinándose y con un modo de andar inestable. Sus ojos estaban inyectados en sangre, la saliva le caía a veces de la boca.^[248]

Este capítulo final se centra en cómo y por qué un hombre mentalmente inestable y físicamente decrepito, que dirigía los destinos de Alemania desde un cuartel general mitad monasterio mitad campo de concentración —como lo describió Jodl^[249]—, pudo seguir

ejerciendo el poder. Un breve repaso de algunos aspectos de la política nazi indica, desde luego, que Hitler continuó disfrutando de una autoridad suprema e indiscutible. Revela asimismo lo absurdo e inútil —si se exceptúa la capacidad de destrucción— de la creciente arbitrariedad en el ejercicio personal del poder, desplegado ahora en toda su arrogancia.

Dado el alcance de la fragmentación del gobierno en el Tercer Reich, las esferas políticas más importantes se relacionaban tan solo a través de Hitler. Los debates políticos implicaban a Hitler en discusiones con algunos

individuos, como Himmler en el caso de la política racial y los territorios ocupados o Bormann y Lammers en los asuntos nacionales, o con cuerpos cambiantes de expertos en armamento o personal militar acerca de la producción de municiones y la estrategia bélica. Pero Hitler seguía siendo el único nudo en la red que ataba todos los cabos sueltos.

Cuando se produjo la derrota en Stalingrado, Hitler llevaba en efecto mucho tiempo ejerciendo como un «canciller del Reich a tiempo parcial».

[250] Goebbels se quejó varias veces a comienzos de 1943 de una «falta de

liderato en la política nacional e internacional», de «la completa ausencia de dirección en la política interna alemana» y de una «crisis de liderato».

[251] En privado, Goebbels hablaba de hecho no solo de una «crisis de liderato» sino también de una «crisis de líder».[252] Simplemente no podía entender por qué Hitler había abandonado el terreno vital de la «política» en favor de las tareas totalmente secundarias del mando militar.

Los comentarios de Goebbels se producían en el contexto de su exclusión respecto al último intento de articular

una especie de gobierno colectivo, iniciado por la Cancillería del Reich. Se creó un «Comité de los Tres», compuesto por Lammers, Keitel y Bormann —a quienes Goebbels apodaba con sarcasmo «los Tres Reyes Magos»^[253]—, que se reunió once veces entre enero y agosto de 1943. Göring, Goebbels, Speer y otros prominentes jefes excluidos del comité intrigaron en los meses siguientes para debilitarlo. El plan consistía en acabar con la influencia que ejercía Bormann sobre Hitler y reflotar los poderes de Göring como cabeza del difunto Consejo de Defensa del Reich. Las maquinaciones

fracasaron tanto a causa de la pobre imagen que mostró Göring a ojos de Hitler por la incapacidad de la Luftwaffe para contrarrestar los bombardeos aliados, como a resultas de las rivalidades personales de los implicados en la intriga.

De todos modos, tenían pocos motivos para preocuparse por la posibilidad de verse sobrepasados por una nueva institución. En la práctica, el «Comité de los Tres» se encontró una vez más con el obstáculo del caos administrativo en el Tercer Reich. Tropezó rápidamente con los intereses creados de los diversos bloques de

poder y pequeños feudos que viciaban desde el principio cualquier administración unificada, sencilla y coordinada desde el centro. También tuvo que enfrentarse a las intervenciones arbitrarias y esporádicas de Hitler, que bloqueaba «por razones políticas» las medidas que había preparado el comité. Estas intervenciones abarcaban diferentes campos, desde evitar la movilización laboral de las mujeres mayores de cuarenta y cinco años hasta detener la fusión de oficinas locales de gobierno, pasando incluso por los permisos para continuar adelante con carreras de caballos o locales de

apuestas.

La cuestión de si resultaba conveniente prohibir las carreras de caballos durante el período de «guerra total» ilumina el carácter caótico de la toma de decisiones en los asuntos internos.^[254] Cuando menos, muestra que la legitimidad que proporcionaba la autoridad de Hitler resultaba necesaria, pero también que su capacidad para llegar a una decisión clara e inequívoca tenía limitaciones notables.

El problema surgió cuando Goebbels, particularmente atento a las cuestiones que afectaban a la moral en los días de la derrota de Stalingrado,

solicitó una orden de Hitler para prohibir las carreras de caballos, según se dice, después de que los obreros de una fábrica de tanques de Berlín expresaran su descontento porque las carreras se celebraban cerca de allí mientras ellos tenían que trabajar los domingos. Hitler comunicó su desacuerdo mediante un telegrama enviado al Ministerio de Propaganda: faltaban entretenimientos, y acudir a las carreras se contaba entre las diversiones favoritas de los trabajadores de la factoría. Goebbels visitó el cuartel general del Führer y, a su vuelta, informó a la Cancillería del Reich que

Hitler se había pronunciado en contra de que continuaran las carreras de caballos, en flagrante contradicción con el anterior telegrama.

Después de febriles discusiones, en las que se consultó de nuevo a Hitler, se permitieron las carreras de caballos, pero limitadas a un número determinado de hipódromos, mientras el resto de los recintos deportivos, junto con los locales de apuestas, debían cerrarse. Se autorizó a los comisarios de Defensa del Reich, es decir, a los Gauleiter del partido, a prohibir otras carreras si lo consideraban necesario por razones morales. Pero, en sentido contrario,

algunos Gauleiter encontraron ahora razones por las cuales sus propias localidades debían ser excluidas de la prohibición general. En Múnich se produjo una fuerte bronca entre el Gauleiter Paul Giesler y Christian Weber, un matón de taberna y compinche de Hitler en su etapa muniquesa que se había convertido en presidente de la Federación Económica de Propietarios Alemanes de Cuadras Hípicas, a propósito de la continuación de las carreras en Riem, a las afueras de la ciudad. Ambos se quejaron a Hitler, que, en un juicio salomónico, decidió que las carreras debían cesar en Riem por el

despilfarro de gasolina que suponía transportar a los espectadores hasta el hipódromo, pero podían permitirse en el Theresienwiese, en el centro urbano.

Poco más tarde Hitler comentó a Bormann, al ver en un periódico anuncios de carreras en Berlín, que Múnich no debía ser discriminada respecto a la capital del Reich, por lo que inmediatamente dio orden de que se celebraran de nuevo carreras en Riem. Durante aquellos meses, en que se decidió de hecho el resultado militar de la guerra, Bormann, Lammers, Goebbels y varios Gauleiter siguieron ocupados con la correspondencia acerca de las

carreras de caballos. Finalmente, Lammers y Bormann convinieron que, de acuerdo con «la expresión de la voluntad del Führer», tanto las carreras como las apuestas debían permitirse otra vez de manera general, aunque los comisarios de Defensa del Reich podrían prohibirlas si era necesario.

Había costado alrededor de cinco meses resolver este absurdo. Hitler se implicó en él personalmente en varias ocasiones. Era esencial para todas las partes obtener una «decisión del Führer». Pero las «decisiones» habían resultado arbitrarias, nada coherentes y muy influidas por la manera en que se

había presentado la cuestión y quién lo había hecho. El Gobierno central terminó admitiendo que no podía establecerse norma alguna y que el poder real de implementación residía en los Gauleiter.

El «Comité de los Tres» había pretendido siempre «trabajar en la dirección del Führer», y nunca había considerado decisiones que pudieran contradecir los deseos explícitos de Hitler. Pero el fracaso del Comité constituyó la demostración final de la incompatibilidad entre el poder arbitrario y sin método de Hitler y cualquier administración sistemática.

En los dos últimos años del Tercer Reich, la progresiva fragmentación y desintegración del gobierno alcanzó su apogeo. Es cierto que, en marzo de 1945, Bormann elaboraba planes para centralizar el control del partido bajo su mando, haciéndose cargo incluso de la Cancillería del Führer y de la oficina que mantenía por Ley como jefe de la Organización del Partido en el Reich.

[255] Pero esto no marcaba en absoluto un movimiento racional hacia una estructura coordinada de gobierno. Para entonces había, de hecho, una notable desproporción entre la corriente acumulativa de órdenes que procedía de

Bormann y las posibilidades de aplicarla conforme se bombardeaban los edificios gubernamentales, se quemaban los archivos y se destruían las redes de comunicación.

Hasta el mismo final, Hitler permaneció alerta respecto a la protección de sus propios derechos como la máxima instancia jurisdiccional. Goebbels, por ejemplo, recibió poderes como plenipotenciario para la Organización de la Guerra Total para emitir órdenes, pero no decretos de obligatorio cumplimiento, ya que Hitler se reservaba la última palabra en los recursos que planteaban objeciones a las

directrices de Goebbels.^[256] Goebbels era lo bastante inteligente para tocar la tecla adecuada, de acuerdo con los prejuicios de Hitler, para lograr su aprobación a la mayoría de sus actos, pero cuando encontraba objeciones, causadas a menudo por cuestiones de detalle que habían llamado la atención de Hitler, cedía sin dificultad alguna.^[257]

La autoridad de Hitler permaneció pues sin contestación, su respaldo seguía siendo un requisito necesario para actuar. Los jefes nazis no contemplaban siquiera la posibilidad de desobediencia o deslealtad.^[258] Pero en su ejercicio

del poder había menos coherencia y racionalidad que nunca. Este poder resultaba, más que claro, consecuente y constructivo, impulsiva y espasmódicamente *reactivo*.

Era una consecuencia de la irracionalidad de la estructura misma del poder. La desintegración de todas las estructuras de autoridad intermedias y la conservación del derecho final a decidir del Führer, inseparable del mantenimiento de su prestigio, había conducido por un lado a un aumento de poder extraordinario, pero por otro a un nivel de personificación en la toma de decisiones que resultaba incompatible

con el gobierno y la administración sistemáticos. La responsabilidad final, tanto por las decisiones políticas más importantes como por las más triviales, residía en Hitler. Pero era evidente su falta de voluntad de llegar a una determinación o de buscar un compromiso en los asuntos complejos o delicados.^[259] Además, cada vez se mostraba más reacio a transferir esa responsabilidad o delegar cualquier grado de autoridad.

Mientras continuó la serie de triunfos diplomáticos y militares, su natural indolencia fue compatible con la dirección «genial» de la gran estrategia.

Pero, en un contexto de guerra total, Hitler no pudo con la carga de trabajo que se había impuesto a sí mismo y con el castigo de la rutina necesaria para dirigir a la vez los asuntos civiles y los castrenses. Los recursos intelectuales, la energía y la competencia que exigía el manejo responsable de la toma de decisiones en todas las materias importantes habrían superado la capacidad de cualquier individuo. Y, desde luego, superaban la de Hitler.

La ausencia de dirección en los asuntos nacionales, de la que se quejaba Goebbels, procedía también de la desgana e ineptitud de Hitler para crear

líneas sistemáticas de control político, fijar prioridades y delegar la autoridad plena. Solo la manifestación de una amenaza interna —la pesadilla recurrente de otro «1918»— hacía que Hitler reaccionase, aunque fuera de manera tardía. Así, la caída de Mussolini motivó la inmediata sustitución de Frick, ineficaz durante años, por Himmler en el Ministerio del Interior del Reich. Y, solo tras la conjura y el atentado de julio de 1944, Hitler se convenció finalmente de la necesidad de otorgar a Goebbels «plenos poderes» —lo cual, como hemos visto, tenía un significado menos amplio de lo que

sugería el título— para la movilización total de guerra. Para entonces, con el margen de maniobra en el interior rígidamente limitado por los acontecimientos externos, la «política» había cristalizado de nuevo en propaganda y terror. Todo lo que contaba se resumía en la movilización de las masas para luchar y resistir, y en la represión de cualquier cosa que amenazara ese fin. Era todo lo que quedaba, un sucedáneo de política.

La producción de armamentos constituía la esfera política más importante en los últimos años de la guerra. En esta área Hitler tomó el

interés más celoso y directo, se implicó hasta el fondo. Por ello, ilustra de manera eficaz la naturaleza de su poder.

Tras la muerte prematura en enero de 1942 de Fritz Todt, que había dirigido los proyectos de edificación y obras públicas desde los primeros años del Tercer Reich, Albert Speer —el arquitecto de la «corte», especialmente favorecido por Hitler— recibió de pronto y sin consulta previa el mando sobre todos los departamentos de Todt, incluyendo el Ministerio de Armamentos. Objetó que no sabía nada de la producción de armas, pero su protesta fue desestimada por Hitler, que

dijo estar seguro de que Speer lo haría bien y que, en cualquier caso, no tenía a nadie más. Hitler le proporcionó las autorizaciones precisas y bloqueó inmediatamente el intento de Göring de introducirse en el nuevo dominio que se le había ofrecido a Speer.^[260] De todos modos, la delimitación de los poderes y responsabilidades de Speer quedó, como siempre, vaga y sin apenas definición.

El nuevo ministro de Armamentos resultó una elección acertada. Ambicioso, inteligente y dinámico, cambió de arriba abajo la producción de armas, hiperburocratizada e ineficaz,

que en 1941 aún no había alcanzado el nivel de la Primera Guerra Mundial.^[261]

Al parecer, Hitler le había dicho: «Speer, firmaré todo lo que venga de usted».^[262] Sin embargo, los años siguientes iban a demostrar que la autorización de Hitler nunca era tan amplia como parecía. En la jungla del Tercer Reich, Speer tuvo que emplear toda la astucia y la fuerza que poseía para abrirse camino. No solo obstaculizaban su trabajo las atribuciones en competencia que se habían asignado a Fritz Sauckel como plenipotenciario para la Movilización de la Mano de Obra. También tenía que

superar las intrigas entre su propia mano derecha, Xavier Dorsch, jefe del departamento central en la antigua Organización Todt, y Karl Otto Saur, que encabezaba la oficina técnica en el Ministerio de Speer. Ambos disfrutaban de la confianza de Hitler y conspiraban a veces contra Speer acudiendo al Führer a espaldas suyas. Hacia 1945, Speer había sido suplantado de hecho por el impulsivo Saur. Cuando menos, Speer iba a aprender de primera mano cómo las intervenciones de Hitler, arbitrarias, impulsivas y diletantes, eran capaces de sabotear cualquier formulación racional de la política de

armamentos.

Autodidacta, como en otras materias, en los tecnicismos que afectaban al armamento, Hitler poseía considerables conocimientos y una memoria extraordinaria para los detalles menudos. Por tanto, contaba con información para tomar parte en las reuniones sobre producción de armas, en las cuales se mostraba más relajado que durante las conferencias estratégicas con sus generales. Pese a su dominio del detalle, sin embargo, su comprensión de los sistemas armamentísticos no era en absoluto sofisticada, de gran alcance o, mucho menos, clarividente. En muchos

sentidos, su concepción de las armas derivaba del desarrollo tecnológico de la Primera Guerra Mundial y los años 20. Más aún, no estaba equipado en absoluto para abarcar los complejos principios científicos y tecnológicos de los modernos sistemas de armamento. [263]

El propio Hitler se implicaba de manera regular y directa en las decisiones que tenían que tomarse casi a diario en el ámbito de la producción de armas. Las actas de las reuniones sobre armamento de Speer y su equipo, que contaban con la iniciativa y la opinión experta en materias técnicas de las

mayores empresas del ramo antes de presentar los datos a Hitler, recogen unas 2.500 «decisiones del Führer».

[264] En general, estas decisiones se adoptaban durante o inmediatamente después de los informes orales que realizaban Speer y sus expertos técnicos, aunque a veces se modificaban a lo largo de sesiones que podían durar varios días. De todas formas, Speer y sus colegas «componían» las decisiones que se archivaban. A menudo se añadían expresiones como «el Führer ha decidido» o «en opinión del Führer» con el fin de otorgar autoridad a las órdenes de Speer. [265]

Speer sabía bien cómo expresar sus sugerencias para conseguir la aprobación de Hitler. Este acuerdo seguía siendo crucial, ya que las determinaciones de Hitler eran desde luego aceptadas por todas las partes como fuentes de autoridad. Por lo tanto, Speer podía valerse de las decisiones de Hitler para transmitir directrices a los ministros del Gobierno y al ejército. El consentimiento de Hitler, junto con sus peticiones y demandas, se traducía pues rápidamente en una retahíla de decretos y órdenes por parte de su ministro de Armamentos.

Al comienzo, Speer dominaba el arte

de aprovechar sus estrechos lazos con Hitler a la hora de obtener su firma incondicional para borradores de decretos y su asentimiento para las recomendaciones que se hacían en las reuniones sobre armamento. Más aún, era capaz de utilizar la autoridad de Hitler con el fin de liberar las reservas de energía del sistema.^[266] Pero conforme la situación de la guerra y la búsqueda de un «milagro» por parte de Hitler se hicieron más desesperadas, Speer tuvo que contar con sus intervenciones, totalmente impredecibles, arbitrarias y dogmáticas. Además, cuanto más grave resultaba la

posición militar de Alemania, más propenso se mostraba Hitler a las contraargumentaciones y a las sugerencias alternativas.

La tendencia de Hitler a la simplificación excesiva, sus errores estratégicos, la inclinación de su instinto hacia las armas ofensivas en detrimento de las defensivas, su reducción de las complejidades del asunto a una cuestión de voluntad, su disponibilidad a verse más impresionado por la producción de armas que por su rendimiento,^[267] y su autoengaño —basado algunas veces en las noticias equivocadas que le proporcionaba el propio Speer, no

siempre bien informado^[268]— imponían límites, en ocasiones perjudiciales, a la formulación de la política. Tanto las insinuaciones de los rivales de Speer, que, de forma vaga y sugestiva, armonizaban con los conocidos prejuicios de Hitler, como la sobrevaloración por parte de éste de sus propios conocimientos y capacidades, y su énfasis recurrente en la experiencia que había adquirido como un «soldado normal en el frente» durante la Primera Guerra Mundial, condujeron a errores de la mayor importancia en el diseño y la producción de armamentos.

Uno de esos errores consistió en

insistir sobre la fabricación de un tipo de tanque pesado y lento, mal equipado para enfrentarse con los tanques soviéticos, más móviles. Hitler requería un blindaje mayor, no más velocidad, para combatir al *T34* ruso. A resultas de ello, el *Tiger* alemán había crecido desde sus cincuenta toneladas iniciales hasta las setenta y cinco, y el nuevo *Panther* ligero aumentó de treinta a cuarenta y cinco toneladas. Cuando se dio cuenta de las ventajas que podía extraer su empresa al aliarse con las preferencias de Hitler, Ferdinand Porsche, conocido por sus carros ligeros y rápidos, acometió la producción de

tanques lentos y pesados. De ahí surgió el *Ratón*, un monstruo de cien toneladas, al que siguieron prototipos aún más grandes, que se demostraron inútiles por completo.^[269] La perversa orden de Hitler no hizo perder la guerra a Alemania. La mayoría de los tanques fabricados siguió siendo de tipo ligero y hacia 1944 el tanque alemán más eficaz era el *Hetzer*, de dieciséis toneladas.^[270] Pero condujo a una dañina diversidad de proyectos en competencia, en lugar de a una concentración racional de la producción.

Mucho más perjudiciales para el esfuerzo de guerra alemán fueron las

reticencias de Hitler a poner en servicio el caza a reacción *Me262*.^[271] Se trataba del arma potencialmente más eficaz de Alemania para contrarrestar la creciente superioridad aérea de los aliados. Con una velocidad de más de 800 km por hora, el reactor podía superar a cualquier avión contemporáneo. Se preparó en mayo de 1943, pero la prioridad en su fabricación fue retirada por Hitler en septiembre, al parecer por indicios acerca del elevado consumo de combustible que realizaba el aparato.^[272] De pronto, en enero de 1944, Hitler restableció la prioridad después de leer informes en la prensa sobre

experimentos británicos con aviones a reacción. Pero ahora Hitler, con su inclinación característica a las armas ofensivas, no a las defensivas, y engañado al parecer por el proyectista profesor Willy Messerschmitt,^[273] insistió, para desesperación de todos los interesados en el avión, en su empleo como *bombardero*. Además, cuando durante el verano de 1944 crecieron los intentos de persuadirle para que cambiara su decisión, Hitler se negó rotundamente a discutir más el asunto. A finales de marzo de 1945, de manera increíble, ordenó rearmar el *Me262* como un caza.^[274] Para aquella fecha ya

no había combustible y, en cualquier caso, la guerra casi había acabado.

Un error todavía más serio en la producción de armamento fue la insistencia de Hitler, por razones propagandísticas y de prestigio, en la fabricación y despliegue de la bomba volante V1 y del cohete V2, con un énfasis absurdo y extraviado en las armas ofensivas que descuidó los misiles defensivos tierra-aire, que podían haber contrarrestado en alguna medida los bombardeos aliados. Una vez convencido por Speer, en octubre de 1942, del potencial de un cohete-bomba de largo alcance, y después de haber

realizado pruebas con éxito en Peenemünde a comienzos de aquel año, exigió que se impulsara su producción en masa a una escala que, dada la situación alemana en materia de carburantes, resultaba incompatible con otras demandas urgentes. Unos meses más tarde, le dio al proyecto una prioridad igual a la de la producción de tanques.^[275] Incluso si hubiera sido posible emplear contra Gran Bretaña los 5.000 cohetes (o los cinco meses necesarios para su fabricación) que Hitler quería ensamblar para su despliegue simultáneo, la carga de las bombas habría representado menos de la

mitad que la de un bombardeo conjunto angloamericano.^[276] De ese modo, se puso en marcha un enorme esfuerzo de energía y gasto, detraído de otros proyectos más valiosos, el cual, cuando se dispararon no cinco mil a la vez sino veinticinco mil a lo largo de diez días sobre Gran Bretaña en septiembre de 1944, significaba tan solo una molestia marginal para el esfuerzo de guerra aliado.

Por importantes que fueran los errores que provenían de la determinación de las prioridades armamentísticas por parte de un aficionado como Hitler, las debilidades

de los programas alemanes de armamento a lo largo de los últimos años de la guerra no pueden atribuirse solamente a sus excéntricas intervenciones personales. En el caso de la V2, por ejemplo, la Oficina de Artillería del ejército se afanó durante años en lograr el reconocimiento para su programa de cohetes, mientras que la Luftwaffe tenía interés en conseguir fondos para su propio sistema alternativo, el misil de crucero o «bomba volante» V1.^[277] Las reservas de Hitler respecto al programa V2 fueron vencidas de hecho por Speer solo unos meses después de que el proyecto

hubiera encontrado el respaldo entusiasta del mismo ministro de Armamentos. Y Speer no solo aprobó la decisión de Hitler de ir a por todas con el cohete-bomba, sino que contempló el V2 como su proyecto de armamento favorito.^[278] Las equivocaciones en el caso del V2 correspondieron a Speer al menos en la misma medida que a Hitler, aunque la intervención de este último resultara decisiva en la asignación de prioridades. El diletantismo de Hitler era, en realidad, la expresión directa de la desesperación del líder supremo alemán una vez que el juego optimista de la Blitzkrieg había dado paso a una

adaptación tardía e inadecuada a una estrategia defensiva que no tenía salida.

Desde el comienzo de la guerra, y sobre todo desde que había empezado la campaña rusa, la dirección de la estrategia militar había constituido el interés predominante de Hitler. Al hacerse cargo de la jefatura del ejército, y de las fuerzas armadas en su conjunto, durante la crisis del invierno de 1941, se había convertido en su preocupación casi exclusiva.

En la campaña occidental de 1940, adoptando la táctica de ataque audaz del general Von Manstein, Hitler había seguido una estrategia ofensiva en contra

de la mayoría de los consejos de sus generales y había alcanzado un notable triunfo militar. En el invierno de 1941, después de que su iniciativa personal hubiera desviado el ataque sobre Moscú hacia los flancos de Leningrado y el saliente de Kiev, había insistido en frenar la retirada de Moscú, lo cual había impedido un desastre aún mayor. Estos éxitos aumentaban su desprecio por los generales y su confianza en sí mismo. Tras el enfrentamiento a gran escala con los jefes militares en el otoño de 1942, las limitaciones estratégicas y tácticas de Hitler, que provenían de su actitud inflexible ante la adversidad y de

la sobrevaloración de la voluntad como el factor militar decisivo, resultaron centrales en el desastre de Stalingrado.

Como jefe supremo del mando militar, Hitler estaba implicado en el día a día del diseño táctico de una manera que no ocupó a ningún otro jefe de Estado durante la Segunda Guerra Mundial. Para el ejército alemán, este hecho fue catastrófico. La estructura de mando que él había ideado le hacía responsable tanto de la gestión general de las campañas militares como de sus detalles tácticos, lo cual desembocó en una concentración de poder absurda y contraproducente. Además, garantizaba

la continuación de los choques entre Hitler y sus generales.

Nunca se superó la crisis de confianza en la jefatura militar suprema. Cara a cara con la adversidad, y con su margen de maniobra e iniciativa en rápida disminución, Hitler miraba a todas partes menos hacia sí mismo con el fin de adjudicar las culpas por los reveses. Sobre todo, colmó de oprobio a la incompetencia y la arrogancia de sus jefes militares, hacia quienes sentía una desconfianza que se transformó en paranoia antes incluso del atentado del 20 de julio de 1944. Según la visión que Hitler tenía de sus generales después de

Stalingrado, éstos se burlaban de él siempre que podían, no entendían nada sobre la conducción de una guerra y no eran más que el resultado inexperto de una educación militar que se había concebido de forma errónea durante generaciones.^[279]

Dentro del grupo de generales que se encontraron con la desaprobación de Hitler, fueron despedidos incluso Von Manstein y Guderian, que habían contado entre los apoyos más sólidos de Hitler entre los mandos del ejército y cuyos logros militares habían resultado brillantes, y ello cuando al final de la guerra, desde el punto de vista de Hitler,

declinaban tanto su voluntad de vencer como su tenacidad a la hora de evitar la derrota. Habría sido impensable cualquier protesta o señal de desobediencia ante estos despidos.

En el núcleo del mando militar, en el mismo centro de la rutina diaria del cuartel general del Führer, se situaba cada mediodía una reunión de dos o tres horas. Estas sesiones eran momentos llenos de tensión, incluso para Hitler. El intento de combinar una visión estratégica general con la repetida intervención en los detalles menudos de las maniobras tácticas resultó desastroso. Convencido de que la

experiencia de un cabo en la Primera Guerra Mundial tenía más valor que la formación militar oficial de los profesionales, Hitler era capaz de emplear a menudo su enorme conocimiento de los pormenores para poner en aprietos a sus generales, pero cometía también serios errores de juicio al no prestar la debida atención a los consejos de sus comandantes en el campo de batalla y al empeñarse en dirigir la guerra personalmente desde la sala de mapas del cuartel general. Conforme este vicio presionaba más y se hacía evidente la imposibilidad de librarse de él, se intensificaron algunos

de los rasgos de Hitler, como la inflexibilidad, la testarudez, la intolerancia, la irascibilidad y la tendencia a buscar chivos expiatorios para las equivocaciones y a agarrarse a un clavo ardiendo para salir de los atolladeros. Había pues poco porvenir para un liderato militar solvente, y todas las probabilidades de que se cometieran errores que perjudicaran la marcha de la guerra.

Sin embargo, Alemania no perdió la guerra a causa de los errores militares de Hitler, sino porque su modo de gobernar la había metido en aquel conflicto y porque éste había sido

dirigido de tal forma que no quedaba salida política alguna. Hitler había cambiado la política por la guerra. Así, la exigencia aliada de una «rendición incondicional» era una consecuencia lógica y la que Hitler podía entender mejor. [\[280\]](#)

Tampoco se trataba, como han indicado algunos apologistas de la posguerra, de que los patinazos estratégicos de Hitler fueran impuestos de manera tiránica a una jefatura militar reticente que, en otras circunstancias, habría llevado a Alemania a la victoria final. No todas las decisiones de Hitler en el terreno bélico eran tan absurdas

como a menudo se las pinta retrospectivamente.^[281] Más aún, su círculo habitual de asesores militares trató por todos los medios de satisfacer sus deseos explícitos, apoyó sus sugerencias y ocultó sus críticas. Además, los consejos que llegaban de los comandantes del frente eran a veces contradictorios o se basaban en informes falsos y reforzaban la propia valoración optimista de Hitler sobre las perspectivas alemanas.

La impotencia de los generales no procedía en su incapacidad individual para hacer frente a Hitler. Halder, Jodl, Guderian y Von Manstein se encontraban

entre quienes defendían con frecuencia sus ideas contra las de Hitler abiertamente. Asimismo, otros generales tenían sus propias disputas con su comandante en jefe. Pocos en la cúpula militar eran nazis incondicionales. Pero el problema consistía en que habían respaldado colectivamente al régimen mientras éste triunfaba y no tenían ninguna vía de escape ahora que perdía. Habían prosperado con Hitler y tenían que perecer con él. Como repetía Hitler en las reuniones del cuartel general, no había retirada: los generales habían quemado sus naves junto con la del Führer.^[282]

En este contexto, la reacción característica de Hitler —atacar para recuperar la iniciativa— fue convertida por sus generales en las dos últimas ofensivas militares importantes de Alemania en la guerra: la «Operación Ciudadela» de julio de 1943 y el ataque a través de las Ardenas en diciembre de 1944. Ambas constituían movimientos estratégicos osados, concebidos e iniciados por el mismo Hitler. Pero sus comandantes no solo cumplieron voluntariamente las órdenes, sino que se comprometieron a darles forma. Ninguna de las operaciones tenía muchas oportunidades de éxito, sino que se

trataba de maniobras desesperadas, surgidas de la debilidad. Con su fracaso, el esfuerzo militar alemán y su liderato político entraron en bancarrota.

Mientras tanto, todas las naves se habían quemado también en otro sentido fundamental. Aunque la victoria militar se revelaba cada vez más como una ilusión vana, la lucha para destruir a los enemigos raciales de Alemania podía aún ganarse, o al menos eso se creía. La urgencia para completar la liquidación física de los judíos europeos cuando la derrota miraba ya a la cara de los alemanes fue la manifestación más evidente de este hecho. Pero, comparada

con su presencia activa en la formulación de la política de armamentos y de la estrategia militar, la participación de Hitler en las últimas etapas de la política genocida nazi resulta mucho menos visible.

En marzo de 1943, Hitler dio permiso a Goebbels para completar la expulsión de los judíos de Berlín. [283] En abril intentó sin éxito convencer al almirante Horthy para que deportara a los judíos húngaros a campos de concentración. [284] Tras una larga conferencia con Himmler a mediados de junio, respaldó plenamente la solicitud de los jefes de la SS para que

corroborara las medidas radicales en la deportación de los judíos.^[285] En octubre, a sugerencia de Werner Best, su plenipotenciario en Dinamarca, ordenó el destierro de los judíos daneses, y, más o menos al mismo tiempo, aceptó el consejo del Ministerio de Asuntos Exteriores y, con el fin de evitar una provocación excesiva al Papado, no envió a 8.000 judíos romanos a su liquidación inmediata sino que prefirió mandarlos «como rehenes» al campo de concentración de Mauthausen en Austria.^[286]

Bastaba con estas órdenes generales. El resto podía dejarse a la SS y al

incansable vigor organizativo del «director gerente» de Himmler para la «Solución final», Adolf Eichmann. Hitler veía a Himmler varias veces a la semana. A menudo no estaba presente nadie más y no se levantaban actas. Habría resultado muy extraño que nunca se hubieran mencionado los progresos que se realizaban con vistas a «solucionar» la «Cuestión judía». Sin duda, Hitler se mantuvo en general informado, aunque parece poco probable que entrara en grandes detalles. Había hablado acerca del destino de los judíos, incluso en su entorno más cercano, tan solo por medio

de generalidades que, si bien resultaban bárbaras al expresarse, carecían de la franca brusquedad de las afirmaciones de Himmler. Parece que estaba contento de saber que su profecía de 1939 se estaba cumpliendo, una declaración que hizo por última vez en un discurso pronunciado el 26 de mayo de 1944 ante sus generales, que aplaudieron calurosamente sus comentarios.^[287]

Hasta las últimas semanas del Tercer Reich, las «órdenes» de Hitler, a menudo vagas expresiones de un capricho, a veces contradictorias, con frecuencia brutales, en muchos casos arbitrarias o abiertamente excéntricas,

no dejaron nunca de encontrar agentes voluntarios que trataran de interpretarlas y ponerlas en práctica. Fuera cual fuera la paranoia propia de Hitler, sus deseos, hasta las etapas finales del Tercer Reich, no fueron revocados, desobedecidos o saboteados por su plantel de generales ni por ningún otro sector del régimen nazi.

La indudable fuerza de la personalidad de Hitler, por mucho que continuara impresionando a los que se situaban en su vecindad inmediata, difícilmente puede bastar para explicar que su dominio permaneciera intacto. Las razones para el continuo servilismo

deben buscarse fuera del propio Hitler, en las estructuras de mando del Estado nazi, en los intereses creados que todavía se entrelazaban con el régimen moribundo, en las reservas de lealtad que aún no se habían agotado y en el nivel de represión, que dejaba pocas alternativas a la mayoría de los alemanes corrientes.

En primer lugar, el poder de Hitler se mantuvo incólume por la ausencia total de un sistema de gobierno en el régimen nazi. Hitler, tal y como hemos visto desde el principio, había permanecido alerta frente a cualquier restricción concebible a sus poderes,

poco dispuesto a verse constreñido por ninguna estructura formal o norma constitucional, y sin interés en el mantenimiento de cauces claros de mando. La destitución de Mussolini por el Gran Consejo Fascista en 1943 confirmó los temores de Hitler hacia cualquier marco institucionalizado de control. Por tanto, el senado nazi que, tal y como se había discutido, elegiría al próximo líder después de Hitler, nunca se convirtió en realidad. La consiguiente disolución del Estado como un *sistema* de gobierno significaba que la posición de Hitler seguía siendo indispensable para el funcionamiento del régimen

como un todo. La política se fragmentó por completo. Incluso en las diferentes partes que lo componían, las decisiones llegaban a través del trato de Hitler con individuos o grupos específicos, pero no con un cuerpo colectivo y estable que representara al gobierno central. Esto implicaba que los intereses particulares solo podían satisfacerse mediante la conservación de sus lazos con Hitler. Él era el «permitidor» cuya autoridad resultaba imprescindible para tener éxito en la selva competitiva del Tercer Reich, el legitimador cuya sanción era necesaria para dar prioridad a las iniciativas políticas. La debilidad de

cada uno de los componentes individuales del sistema equivalía, de este modo, a la fuerza de la propia autoridad de Hitler.

Las elites no nazis, que se encontraban sobre todo en la jefatura de la Wehrmacht y de la industria, habían respaldado a Hitler y se habían beneficiado de sus triunfos hasta la mitad de la guerra. Se habían «comprometido» con el sistema nazi solo en parte y en su mayoría habían mantenido algunas reservas frente a él. Pero su entusiasmo parcial había resultado aceptable en tanto su colaboración había sido total. Cuando se

dieron cuenta de que Hitler les llevaba inexorablemente a la ruina, solo pudieron romper en parte su «compromiso» con el régimen nazi. Naturalmente, esa ruptura fue mayor allí donde se veían afectados intereses establecidos. Sin embargo, hasta la etapa final de la guerra existían aún afinidades significativas con el liderato nazi.

Cara a cara con la inevitable derrota, en la última fase de la contienda la industria alemana se preocupaba sobre todo por salvar lo que pudiera de la destrucción y por tratar de sobrevivir en un futuro no nazi. No obstante, la

práctica totalidad de las grandes empresas alemanas se implicó profundamente en el saqueo de Europa y obtuvo beneficios de su participación en el esfuerzo de guerra. En los círculos dispares que urdieron la conspiración contra Hitler en julio de 1944 no podía encontrarse a un solo empresario o gestor de primera fila. Por felices que se hubieran sentido entonces al contemplar el final de Hitler y de su régimen, no estaban preparados para hacer nada de forma activa con el fin de alcanzar ese objetivo. La ruptura con el nazismo, cuando llegó, debía hacerse desde el punto de vista de los industriales con la

menor desorganización posible y conservando las estructuras autoritarias de las relaciones industriales que los nazis habían consolidado.

Dentro de los mandos militares, aquellos que estaban suficientemente concienciados —por los motivos que fuera— y corrieron el riesgo de conspirar para destituir a Hitler representaban una minoría valerosa pero poco representativa. La mayoría de los generales importantes —incluso los que, como Guderian, Von Manstein y Von Rundstedt, se atrevían a veces a desafiar de manera abierta los juicios de Hitler — permaneció leal hasta el final. Otros,

como Von Kluge, cuyo fervor se había desvanecido, vacilaron pero se abstuvieron de oponerse directamente. La jefatura de la Luftwaffe y de la marina, más entusiasta desde el comienzo hacia el régimen nazi que la del ejército, continuó en su mayor parte siendo leal y mostrándole un caluroso apoyo. Requerido en febrero de 1944 para firmar una declaración personal de fidelidad a Hitler, el mariscal de campo Weichs pensó en reafirmar su juramento castrense «de forma no militar», ya que la lealtad del oficial debía darse por supuesta.^[288] Incluso en una fecha tan avanzada como marzo de 1945, el

mariscal de campo Kesselring creía un deber de soldado cumplir las órdenes de Hitler sin rechistar.^[289] Es más, según se dice, el mariscal Busch fue aún más lejos al acusar a Dönitz de traicionar los deseos de Hitler al negarse a ¡seguir luchando a comienzos de mayo de 1945!.^[290]

El ferviente patriotismo, que empujó a los pocos héroes que se unieron a la conspiración en la creencia de que solo la muerte de Hitler podía salvar a Alemania, continuó proporcionando algún tipo de vínculo con Hitler a la mayoría de los jefes militares y a sus hombres. El odio al bolchevismo y el

miedo a las consecuencias de la derrota reforzaron esos vínculos, incluso cuando lo desesperado de la situación militar se hizo por completo evidente. Además, el juramento de fidelidad que el ejército había realizado a la misma persona de Hitler se presentaba de nuevo como un nexo solemne que muy pocos se planteaban romper. Pero los lazos entre los militares y Hitler iban más allá de la lealtad militar convencional al jefe del Estado. La Wehrmacht había sido un agente voluntario y activo en la cruzada contra los bolcheviques, y había participado en las atrocidades y barbaridades cometidas en los

territorios del este. Su complicidad con el genocidio no era fruto de la coerción. El aplauso de los generales a los comentarios nada ambiguos, tanto de Hitler como de Himmler, sobre la «Solución final» en mayo de 1944^[291] indica que había una cierta afinidad entre la Wehrmacht y el liderato nazi incluso acerca de los resultados más terribles de la política racial.

Quienes encabezaron la conspiración para asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944 reconocieron la impopularidad del golpe, que, aunque tuviera éxito, conduciría a una «resistencia sin el pueblo»,^[292] lo cual

muestra las reservas continuas de apoyo popular de que podía disponer el régimen, y, particularmente, Hitler en persona, incluso en momentos de creciente adversidad. La popularidad de Hitler entre los alemanes, por mucho que se hubiera reducido desde el apogeo de 1940, era, dadas las circunstancias de los últimos años de la guerra, aún notable. Al menos, los soldados normales capturados en el frente durante las últimas semanas del Reich revelaron un alto grado de admiración por la persona del Führer. El respaldo popular de Hitler todavía no se había disuelto por completo.

Los mayores defensores del nimbo del Führer eran, naturalmente, los funcionarios comprometidos y los activistas del Partido Nazi, además de sus numerosos afiliados. Ellos mantuvieron el núcleo duro de creyentes fanáticos cuya fe, incluso *in extremis*, no vaciló. No se trataba simplemente de lazos afectivos con el régimen. En términos materiales, formaban un ejército de *apparatchiks* que tenían mucho que perder a la caída de Hitler.

Sobre todo, éste era el caso de los jefes nazis. La guerra había incrementado mucho el número de quienes se beneficiaban materialmente

del Tercer Reich, aquellos que habían ganado estatus y poder y se habían aprovechado del botín que procedía del saqueo y la corrupción del régimen. Los «regalos» de Hitler contribuyeron a endulzar las lealtades más amargas, no solo de sus sátrapas del partido, sino de los mariscales de la Wehrmacht. Hitler había hablado en 1940 de una prudente política de recompensas a sus jefes militares que incluiría no solo la promoción a los rangos de mariscal de campo y coronel-general sino también gratificaciones libres de impuestos para recordarles su juramento de lealtad.^[293] Más avanzada la guerra, Sperrle, Keitel,

Guderian, Von Leeb y Von Reichenau se contaron entre los favorecidos con sustanciosas «donaciones».[294]

Asimismo, la cúpula nazi y algunos sectores significativos de las elites no nazis permanecieron ligados a Hitler de otra manera importante. La guerra, en especial la guerra bárbara y genocida en el Este, amplió enormemente el número de quienes habían «quemado sus naves» con el régimen nazi, vinculados a Hitler por medio de su complicidad en los asesinatos de masas. Para ellos, igual que para Hitler, que habló de la necesidad de «quemar las naves» con el fin de realizar grandes hazañas,[295] no

había salida. La advertencia de que «estaban todos juntos» pudo constituir, desde luego, una motivación consciente por parte de Himmler para hablar abierta y explícitamente acerca de las matanzas de judíos a los jefes de la SS y más tarde a los Gauleiter del partido en sus célebres discursos de Posen en octubre de 1943, cuando anotó los nombres de quienes *no* habían oído su intervención.^[296] El mismo motivo subyacía seguramente bajo las inequívocas alusiones de Hitler a la «Solución final» y las categóricas afirmaciones de Himmler sobre el genocidio de los judíos en sus discursos

a los generales en mayo de 1944.

Naturalmente, la propia guerra, todavía más en la fase defensiva — cuando estaban con «la espalda contra la pared»— que durante los triunfos iniciales, proporcionó una cierta cohesión, tanto a las elites como a la gente en general. Aunque la mayoría de los alemanes corrientes solo ansiaba el final de la guerra, la defensa patriótica frente a las fuerzas invasoras, sobre todo en el Este —donde se veía reforzada por profundos sentimientos antibolcheviques —, se mezcló con la ideología racista de los criminales que gobernaban Alemania. Las perspectivas de

destrucción y el temor a la venganza por parte de las «hordas rojas», señales claras del éxito de la propaganda nazi en este campo, conformaron un vínculo negativo aún más poderoso, al que contribuyó también la simple ausencia de alternativas que siguió a la exigencia aliada de una rendición incondicional.

En último lugar, pero con una importancia en absoluto menor, el terror, que sostuvo el poder de Hitler de principio a fin, se intensificó brutalmente durante la agonía del régimen, conforme los elementos aglutinantes positivos perdieron gran parte de su anterior fuerza. En los meses

finales, si no antes, éste fue el fundamento más crucial del incólume poder de Hitler. El aparato de coerción permaneció fiel a Hitler hasta los últimos días del Reich y siguió en manos de la sección más fanática y despiadada del movimiento nazi, la SS, que estaba dispuesta a hacer todo lo posible en defensa de su poder. La red de organizaciones nazis, integrada por funcionarios leales, aseguraba que incluso las expresiones más triviales de derrotismo y deslealtad se encontraran con represalias draconianas. El 20 de julio de 1944, la única organización con capacidad para acabar con Hitler, el

ejército, había fracasado en su intento de dar un golpe de Estado. Una conclusión se extrajo de manera casi universal del subsiguiente refuerzo de la seguridad, sangriento y feroz, y del claro destino que se cernía sobre el régimen: cualquier desafío ulterior a la moribunda dictadura era una locura inútil.

Solo en los días postreros del Tercer Reich, con los rusos a las puertas de Berlín, la autoridad de Hitler se vio desafiada por los máximos jefes nazis. [297] Con Hitler enterrado en el búnker y decidido a permanecer en él, Göring invocó, no sin razón, el decreto de junio

de 1941 que le nombraba sucesor y pedía permiso para hacerse cargo del liderato del Reich si en unas horas no recibía contestación al telegrama en el que daba por supuesta la inhabilitación de Hitler. A juicio de Bormann, el archienemigo del mariscal del Reich, esto significaba una completa traición. Göring fue inmediatamente expulsado de todos sus cargos y de la sucesión. Mientras tanto, Himmler, cuyo mundo de fantasías no era menor que el de Hitler, se imaginaba que tras la muerte de este último él podría ponerse al frente de un nuevo Gobierno alemán que llegaría a un acuerdo con los aliados para

continuar luchando contra el bolchevismo. Incluso tenía en mente un nuevo partido, el Partido de la Unión Nacional (*Nationale Sammlungspartei*). Cuando se filtraron al búnker las noticias sobre la traición de Himmler, aquello fue para Hitler la gota que colmó el vaso. Pero antes de hacer los preparativos para poner fin a su vida, se indignó al rojo vivo y se encargó de que Himmler también fuera despojado de sus cargos y honores y de su puesto en la línea sucesoria. La separación de Göring y de Himmler respecto a la sucesión fue debidamente confirmada en el testamento de Hitler, que traspasaba

los jirones que quedaban de su autoridad al almirante Dönitz.

Mientras Hitler siguió vivo, no había posibilidad alguna de sustituirlo por otro líder. Sin embargo, su poder real disminuyó de forma visible durante los meses anteriores al drama final en el búnker.

Ya en septiembre de 1944, la autoridad de Hitler estaba perdiendo facultades. Cuando se buscó su respaldo para poner a los Gauleiter a las órdenes de Speer en materia de armamentos, Hitler, como siempre, evitó comprometerse al principio y ofreció después un tibio apoyo a Speer. No

significó nada. Los Gauleiter simplemente ignoraron el asunto y continuaron inmiscuyéndose en la economía cuando les parecía conveniente. La incapacidad de Hitler para inclinarse de manera inequívoca hacia un lado u otro, que más que una manía personal era el resultado de su inevitable dependencia respecto a fuerzas en conflicto, empezaba ahora a encontrar su reflejo en los indicios de una autoridad menguante.^[298]

Un poco más tarde, el mismo Speer desobedeció abiertamente una orden absurda de Hitler, formulada de manera muy airada y violenta, y rectificadas

después, que venía a detener la producción de aviones.^[299] Así, a comienzos de 1945, el jefe del Estado Mayor, Guderian, se enfrentó con Hitler de una forma más vehemente de lo que jamás se había hecho en público a propósito de una retirada táctica en el Este. Y, asombrosamente, Hitler cedió. Una señal más de que la autoridad de Hitler, aún intacta, se encontraba bajo presión.^[300]

Por encima de todo, Speer sabotó a conciencia la «orden neroniana» de Hitler para llevar a cabo una política de «tierra quemada» y dejar solo ruinas al enemigo, destruyendo todas las plantas

industriales e infraestructuras, lo cual, en las últimas semanas de una guerra evidentemente perdida, solo significaba un castigo a su propio pueblo por su «debilidad» en la lucha contra el «pueblo oriental» que había demostrado ser «más fuerte».^[301] Incluso después de que se hubieran suspendido sus poderes, Speer siguió despachando órdenes a través de diversos cauces para evitar la aplicación, por parte de Gauleiter aún más vehementes y de otros fanáticos del partido, de las nuevas directrices destructivas, que iban acompañadas por amenazas draconianas a la desobediencia, cumplidas en algunos

casos. No se trataba solo de la creencia de Speer en la falta de sentido de las órdenes, sino también del rechazo de los industriales más importantes a ver sus futuros capitales destruidos junto con el régimen nazi. Cuando confrontó a Speer con su desobediencia, Hitler, de modo característico, rechazó la dimisión de su ministro de Armamentos por razones de prestigio. Pero su exigencia de sumisión a Speer quedó en la débil aceptación de las posteriores expresiones suaves de lealtad.^[302]

En las últimas semanas, dentro del búnker de Berlín, el estado mental de Hitler era más inestable y volátil que

nunca. Su ánimo oscilaba entre momentos de euforia, como cuando supo de la muerte de Roosevelt y la tomó por una señal de la Providencia que señalaba un giro de los acontecimientos en favor de Alemania, y la depresión más profunda, que reconocía finalmente la inevitable derrota. No era más que el esqueleto consumido de un hombre. Sin embargo, la resignación tranquila, ausente y apática podía ser sustituida en un instante por estallidos incontrolables de ira furiosa por la caída de divisiones del ejército que ni siquiera existían ya. Incluso hasta el final, los generales leales de su entorno esperaban órdenes.

[303] Pero Hitler no tenía ahora ninguna indicación que darles. Hasta que se quitó la vida, las órdenes de Hitler no fueron discutidas por su «corte» en el mundo irreal del búnker. Pero en el mundo real, fuera del búnker, el poder de Hitler había llegado a su fin.

Conclusiones

EL PODER Y LA DESTRUCCIÓN DE HITLER

El sello característico del poder de Hitler era la destrucción. Su «carrera» política comenzó con la destrucción de la Alemania con la que se había identificado hasta entonces, «destruida» a su juicio por la revolución

«marxista» de 1918. Y llegó a su fin con la destrucción, mucho más completa, de «su» Alemania por medio de la derrota total y la devastación en 1945. Sus doce años de gobierno destruyeron a la «vieja» Alemania tanto territorialmente como respecto a su orden social. Destruyeron asimismo a la «vieja» Europa, tanto físicamente como en cuanto a su orden político.

Desde el comienzo, la fuerza que movía las energías de Hitler era una fuerza destructiva. La palabra «aniquilación» (*Vernichtung*) no se desprendió de sus labios, desde sus primeros discursos en las cervecerías de

Múnich hasta sus visiones apocalípticas en el cuartel general del Führer de Prusia Oriental y en el búnker de Berlín. La destrucción de los judíos permaneció como la pieza central del pensamiento de Hitler, desde su empleo como agente de la Reichswehr hasta la redacción de su testamento político el 29 de abril de 1945.

La destrucción de los «parásitos» capitalistas, la «decadente» democracia liberal y los «subversivos» marxistas pertenecía a su arsenal demagógico desde los primeros días de su actividad política. Y la destrucción del «bolchevismo judío» se convirtió pronto

en la piedra angular de su entera «visión del mundo».

El impulso destructivo nunca le abandonó, incluso en los años que siguieron a 1933, cuando las circunstancias le empujaban a representar el papel del político y hombre de Estado en busca de la paz. A finales del verano de 1938 se sintió defraudado al no poder destruir a los checos. Al verano siguiente, en 1939, estaba decidido a evitar que nadie le impidiera destruir a los polacos. Sus directrices políticas para Polonia se basaban en la destrucción no solo del Estado sino también del pueblo polaco.

Al mismo tiempo, dentro de la propia Alemania, Hitler había sancionado personalmente un programa de acción, fechado el día del estallido de la guerra, para destruir la «vida inútil» de los enfermos mentales y los discapacitados físicos.

En 1941 se dijo a los generales que el enfrentamiento con el bolchevismo iba a ser totalmente distinto de la guerra en el Oeste: iba a ser una «guerra de aniquilación» absoluta, de la que resultaría bien la destrucción total del enemigo, bien la de Alemania. A esto siguieron la indecible matanza de los judíos soviéticos y la masacre

sistemática de los prisioneros de guerra capturados. El carácter genocida del conflicto no solo fue concebido por Hitler: se trataba de la auténtica premisa de la guerra, que excluía el compromiso. Las únicas opciones consistían en la victoria final, que no se consiguió a pesar de los asombrosos triunfos de 1940, o en la destrucción total. Desde finales de 1941, la derrota y la destrucción constituían el único resultado posible.

El impulso destructor de Hitler no perdonó ni a su propio ejército. Las pasmosas pérdidas en el frente le dejaron totalmente impasible. La única

vez que se encontró con soldados heridos, en un tren estacionado junto al del Führer, hizo que se corrieran las cortinas de su vagón.^[304] Cuando sus propias decisiones estratégicas provocaron que el Sexto Ejército alemán se viera rodeado en Stalingrado, rehusó considerar una retirada y les condenó a la destrucción. Al reaccionar ante la catástrofe, mostró su incomprensión frente a la elección del mariscal de campo Paulus, que prefirió rendirse antes que la muerte.^[305]

En 1944, las esperanzas de Hitler no residían en la construcción de cazas defensivos capaces de interceptar a los

bombarderos enemigos, sino en convertir en escombros las ciudades inglesas por medio de las armas V. Si hubiera dispuesto de la bomba atómica, no cabe ninguna duda de que la habría usado contra Londres. Mientras tanto, las ciudades alemanas se veían crecientemente reducidas a escombros. Hitler nunca visitó una sola de ellas, ni mostró jamás indicios de compasión por las poblaciones bombardeadas ni reveló remordimiento alguno por los sufrimientos que se infligían a las familias alemanas.^[306] Invariablemente, sus reacciones consistían en paroxismos furiosos contra la ineptitud de la

Luftwaffe para defender Alemania y juramentos de vengar la destrucción causando una destrucción aún mayor en las ciudades británicas.

Al final, de acuerdo con sus propios principios, Hitler trató de destruir las oportunidades que tenía Alemania para sobrevivirle a través de la «orden neroniana» y los mandatos de tierra quemada de 1945. Desde su punto de vista, el pueblo alemán merecía su propia destrucción, ya que había demostrado no ser lo suficientemente fuerte como para destruir al archienemigo del bolchevismo.^[307]

En este catálogo de destrucción, no

hay nada que permanezca como un legado positivo de los años en que Hitler estuvo en el poder. En las artes plásticas, la arquitectura, la música y la literatura, el régimen de Hitler ahogó la innovación y la originalidad. La creación, la escritura y el pensamiento marcharon en su mayor parte al exilio junto a los representantes del arte «decadente» y la literatura prohibida. Las pérdidas de la cultura alemana resultaron incalculables con la emigración forzosa de escritores del calibre de Thomas y Heinrich Mann, Arnold y Stefan Zweig, Alfred Döblin y Bertold Brecht, los pintores Wassily

Kandinsky, Paul Klee y Oskar Kokoschka, y los arquitectos Walter Gropius y Ludwig Mies van der Rohe. Artistas como Emil Nolde y escritores como Gottfried Benn, que recibieron con grandes esperanzas al Tercer Reich, se encontraron rápidamente desilusionados y entraron en una forma de «emigración interior», con sus obras prohibidas y su creatividad acabada mientras durase el gobierno nazi. En el campo musical, las últimas composiciones de Richard Strauss, el *Carmina Burana* de Carl Orff y la continua presencia del director de orquesta Wilhelm Furtwängler supusieron solo una compensación

parcial por la pérdida de Schönberg y Hindemith y la prohibición de la música de Mendelssohn y Mahler. El nazismo fue incapaz de llenar el vacío que dejó esta sangría cultural. Culturalmente, el Tercer Reich significó doce años estériles.

Tampoco en las esferas de la política y la economía produjo la era de Hitler algo de valor duradero. No surgió una forma o sistema de gobierno que pudiera servir de posible modelo. Las características del Estado hitleriano fueron, de hecho, la ausencia de estructura, la falta de sistema. El rasgo predominante consistía, más que en la

construcción de un sistema definido de administración autoritaria, en la destrucción de los canales inteligibles de la autoridad gubernamental. También en la economía, el régimen de Hitler dejó solamente lecciones negativas para el futuro. La «economía nazi» era por naturaleza totalmente rapaz, desprovista de potencial como «sistema» perdurable. Se basaba en el concepto de una moderna forma de esclavitud dentro de un capitalismo dirigido por el Estado, simbolizado sobre todo por el inmenso complejo industrial de Auschwitz, donde las mayores empresas alemanas explotaban a la mano de obra

esclava hasta que moría o la liquidaban cuando se agotaba su capacidad de trabajo. Las contradicciones intrínsecas no proporcionaban en absoluto la receta para un «nuevo orden» económico duradero. No resulta sorprendente que ya a mediados de la guerra se discutieran confidencialmente en los círculos empresariales ideas acerca de un orden económico más racional en el que los ideales nazis no representaban ningún papel.

El legado negativo del nazismo, su falta de capacidad constructiva, ¿es simplemente una consecuencia de la derrota total de Alemania? Si hubiera

ganado la guerra, ¿habríamos minusvalorado la capacidad del régimen de Hitler para desarrollar un sistema de poder perdurable? Claro está, todos los planes nazis de futuro se referían al momento en que se hubiera logrado la victoria final. Se elaboraron grandiosos proyectos arquitectónicos para reconstruir las ciudades alemanas a escala monumental, proyectos en los que Hitler se tomaba el mayor interés: trabajaba aún en el plan para remodelar Linz cuando el Ejército Rojo se encontraba ya a las puertas de Berlín.

[308] Hitler también tenía visiones, que diferían de los sueños neoagrarios de

Darré y Himmler, respecto a una sociedad futura muy avanzada, altamente industrializada y tecnológicamente desarrollada, para la cual proporcionarían materias primas las zonas conquistadas y mano de obra los racialmente inferiores. La industria capitalista ocuparía su lugar, o pasaría a manos del Estado si así pudiera gestionarse de manera más eficaz. Los trabajadores alemanes reemplazarían a una burguesía decadente como la elite políticamente cualificada. Esta visión implicaba una transformación revolucionaria de la sociedad alemana.

[309] Mientras tanto, Robert Ley —jefe

del Frente del Trabajo y comisario de la Vivienda desde 1941— diseñaba enormes programas de viviendas y una completa reconstrucción futura de los seguros sociales, de acuerdo con líneas que, si se dejan aparte sus premisas racistas, no resultaban demasiado diferentes en algunos aspectos de los del Plan Beveridge británico.^[310] Nada de esto se vio realizado. Desaparecieron más viviendas bajo la lluvia de bombas de las que podían seguramente haberse construido con los ambiciosos proyectos de Ley. Además, el programa de seguros sociales de la Alemania occidental de posguerra se inspiró en los antecedentes

de la Alemania imperial y de Weimar, no en el modelo del Tercer Reich.

La visión nazi de una nueva sociedad solo habría podido realizarse con un resultado favorable de la guerra. Se ha dicho que Hitler, en las últimas semanas del Tercer Reich, afirmó que necesitaba veinte años para producir una elite que hubiera bebido sus ideales como si fueran la leche materna. Pero, añadió, el problema era que el tiempo siempre había jugado en contra de Alemania.^[311]

En realidad, la apuesta hitleriana había sido defectuosa desde el principio. El régimen nazi había sido

incapaz de luchar en la guerra que deseaba y en el tiempo y los términos que prefería. Una vez dentro de una guerra a gran escala, que no había querido antes de 1939 pero cuyo riesgo había asumido, solo podía obtenerse una salida rápida o una paz limitada a través de la capitulación occidental. El avance para lograr la hegemonía continental descartó cualquier acuerdo de compromiso con Alemania, más aún con cada nuevo paso en el bárbaro camino expansionista. Además, con Gran Bretaña todavía sin conquistar, el impulso expansivo alemán exigió el ataque a la Unión Soviética. El intento

de destruir a la Unión Soviética en tan solo unos meses no era simplemente una cuestión de voluntad ideológica y locura racista. Dada la premisa de una guerra por el poder supremo en el continente europeo, se trataba de un movimiento desesperado para conducir a Gran Bretaña a la mesa de negociaciones, atajar la cada vez más segura entrada de Estados Unidos en el conflicto y asegurarse las materias primas imprescindibles.

Algunas veces se afirma que Alemania estuvo a punto de ganar la guerra a finales de 1941, y que podía haberlo hecho si se hubiera permitido a

las tropas alemanas presionar con el fin de tomar Moscú en lugar de, según las órdenes de Hitler, desviarse hacia el sur. Esta tesis parece equivocada. Tanto estratégica como económicamente, el barrido a través de Ucrania con la intención de conquistar el Cáucaso era probablemente la decisión correcta.^[312] La toma de Moscú habría significado una derrota para el prestigio de la Unión Soviética, pero no habría acabado con la guerra. El grueso del potencial industrial soviético necesario para proseguir la lucha habría permanecido intacto. Las alargadas líneas de comunicación alemanas habrían quedado

muy expuestas a contraataques por los flancos. Más importante todavía, es incluso poco probable que hubiera funcionado la jugada para obligar a Gran Bretaña a sentarse en la mesa de negociación y mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra. Y aunque hubiera tenido los recursos de las zonas occidentales de la Unión Soviética a su disposición, Alemania, con una economía armamentística gestionada de manera ineficiente, una estructura política mal organizada, su fuerza militar comprometida aún en todos los frentes y la perspectiva de un conflicto interminable con la resistencia partisana

fomentada directamente por la brutalidad nazi, no habría tenido una respuesta que oponer al poderío material de los Estados Unidos. Además, en el desarrollo de la bomba atómica Alemania andaba varios años por detrás de Estados Unidos y no podría haber tenido lista el arma hasta 1947 como muy pronto.^[313]

De hecho, incluso si hubiera tomado Moscú, el régimen nazi habría sido incapaz de poner límite a las victorias logradas y asentarse para consolidar las ganancias obtenidas. Hitler y la jefatura militar hablaban ya de la expansión en Oriente Medio. El «sistema»

simplemente no podía quedarse quieto. La expansión continua y sin límites se encontraba en la misma esencia del nazismo. La predicción más plausible en el juego contrafactual es, por tanto, que la guerra habría continuado y que el resultado, si bien con cierto retraso, no habría sido muy distinto del que efectivamente fue.

El guión menos probable alude a una Europa que se hubiera estabilizado en un largo período de paz bajo el tacón de la bota nazi y a un régimen de Hitler que hubiese moldeado una forma de gobierno bien coordinada y estable. El «nuevo orden», tal y como se pudo ver

en Polonia y Rusia, no conducía en absoluto a una estructura lógica de mando. Al contrario, reflejaba, en una escala mucho mayor, la lucha desorganizada por ganar poder, la rapacidad y la continua oposición entre feudos privados, que habían constituido ya características destacadas del régimen de Hitler y del mismo Reich.

Además, la cuestión más evidente acerca de la continuidad del gobierno nazi, la del sucesor de Hitler y la de cómo elegir, seleccionar o designar a dicho sucesor, quedó completamente abierta. El nombramiento de Göring como sucesor adquirió, conforme

avanzó la guerra, un carácter cada vez más nominal. Hitler se negó a implantar el senado nazi que, según se preveía, determinaría quién sería el segundo Führer. Y las amargas enemistades que dividían a los jefes nazis hacen difícil imaginar que Himmler, Bormann, Goebbels o Speer lograsen asegurarse la necesaria legitimación dentro de las filas nazis para adquirir poder y consolidar un prolongado período de mando o que pudiesen haber convertido de manera factible el nazismo en una forma sistemática de gobierno.

De todo ello se desprende que no solo la destrucción, sino también la

autodestrucción, resultaba consustancial con la forma nazi de gobernar. El nazismo era capaz de destruir a una escala masiva, pero no de crear un sistema duradero de mando o de perpetuar y reproducir su propio «Behemoth» de saqueo y explotación, monstruoso y desatado. Desde luego, hizo falta combinar el poderío de los Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña para poner de rodillas al Tercer Reich. Pero eso solo da cuenta del vigor de la fuerza bruta y del potencial destructivo que le quedaban a un sistema que, entre la espada y la pared, se enfrentaba con su completa

desaparición, y de la tenacidad con que las fuerzas armadas y la población civil alemanas lucharon por lo que, al menos desde las Navidades de 1941, era una causa perdida.

Estos comentarios apuntan sin duda alguna a la conclusión, que los capítulos precedentes han tratado de demostrar, de que la naturaleza destructiva —y autodestructiva— del nazismo no puede reducirse al impulso personal de destrucción del propio Hitler. La destrucción que encarna el mero nombre de Hitler no fue el producto de la imaginación, la voluntad y la crueldad de un solo hombre, sino que era

inmanente al mismo «sistema» nazi. La preocupación por la «psico-historia» de Hitler puede ofrecer pocas pistas acerca de por qué una sociedad compleja y moderna estaba lista para seguir a Hitler al abismo. Sin la amplia disposición de muchos, incluso entre aquellos que no eran en absoluto nazis ávidos y convencidos, a «trabajar», directa o indirectamente, «en la dirección del Führer», la forma peculiar de poder personal ejercido por Hitler habría quedado desprovista de fundamentos sociales y políticos.

El apoyo popular a la forma que adoptaba el poder de Hitler resultaba

indispensable para el ejercicio efectivo de ese poder. Hitler no era un tirano impuesto sobre Alemania, sino, en muchos sentidos, y hasta bien entrada la guerra, un líder nacional muy popular. La extensión de su popularidad constituía una condición importante para la expansión de su poder personal. La dinámica destructiva que se encarnaba en la persona de Hitler no se comprende al margen de las motivaciones sociales y políticas que conllevaban la aceptación de una forma sin trabas de gobierno personal.

Una clave del carácter extraordinario del poder de Hitler

reside, de acuerdo con los resultados de nuestro análisis, en el concepto, extraído de Max Weber, de «gobierno carismático». Este concepto proporciona el vínculo crucial entre las motivaciones sociales que forjaron los lazos con Hitler, la peculiar expresión del poder personalizado que constituyó un rasgo capital de la dominación política en el Tercer Reich y la dinámica destructiva del nazismo.

Ya subrayamos las características del «gobierno carismático» en la introducción. Hemos utilizado el concepto en un sentido específico para retratar una forma de gobierno personal

basado sobre la percepción de un liderato «heroico» por parte de los «seguidores» de un líder. Se trataba de una forma de gobernar que, al surgir de una crisis del sistema, era imposible de reconciliar con un gobierno sistemático. Resultaba pues intrínsecamente inestable, consustancialmente destructiva de las estructuras reguladas y asimismo, al depender de los éxitos continuos y evitar subsumirse en el gobierno «rutinario», autodestructiva en última instancia.

Este modelo puede aplicarse con claridad a muchos de los temas estudiados en los capítulos precedentes.

Se relaciona en primer lugar con el atractivo cuasimesiánico que poseía Hitler para millones de alemanes incluso antes de 1933, cuando el colapso de la legitimación del Estado de Weimar produjo la disponibilidad a aceptar una forma de gobierno totalmente distinta, basada en la autoridad personal, que implicaba una responsabilidad también personal. El modelo se adecuaba asimismo tanto a la perseverancia de la visión «misionera» de Hitler como a su incapacidad para ocuparse de la formulación racional de políticas de «rango medio» y del establecimiento de prioridades claras y

factibles. Se corresponde con la debilidad de Hitler hacia las cuestiones que afectaban a su propio prestigio, su predilección por el efecto teatral y por el impacto propagandístico de un gran golpe, sus temores acerca de su posible pérdida de popularidad, su renuencia a enfrentarse con el pueblo alemán cuando se sucedían los reveses en los últimos años de la guerra. Encaja con la incapacidad de Hitler para tomar partido y llegar a decisiones claras sobre asuntos de personal que afectaban a peticionarios rivales entre los Gauleiter u otros jefes locales, lo cual también se debía a razones de prestigio

y a que su posición le exigía permanecer ajeno a la lucha política interna y conservar la lealtad de todos sus paladines. Más aún, pertenece a una clase de dominación política en la que las lealtades personales de tipo neofeudal obtenían la primacía sobre las estructuras burocráticas de gobierno, el estatus formalizado se sustituía por el puesto en el séquito del líder supremo, la propiedad pública se repartía en dominios privados y la explotación económica, de acuerdo con las metas visionarias del líder, se concebía como una forma modernizada de producción esclavista. Asimismo, el modelo de

«gobierno carismático» concuerda con la erosión del aparato de la administración gubernamental y el desgaste de cualquier cosa que recordase un *sistema* ordenado o racional de gobierno. Por último, indica una forma de gobernar cuya dinámica no podría permitirse la desaceleración, en la que la predilección propia de Hitler por el juego de «todo o nada» no era solo una elección personal, sino que estaba condicionada estructuralmente por la necesidad de evitar el estancamiento y conseguir éxitos sobre los cuales, al final, podía descansar el «gobierno carismático».

Los dos últimos puntos parecen vitales. La erosión del gobierno «racional» por parte del mando personalizado ofrecía un marco para la autonomía creciente del líder «carismático» y provocaba la «autoselección» (sin una corriente de órdenes claras que viniera de arriba) de las «directrices para la acción»^[314] que establecía la «visión» ideológica del líder como metas importantes por las cuales debía trabajar toda la sociedad. Así, los objetivos ideológicos más estrechamente identificados con el líder ocuparon gradualmente el centro del escenario, sin que el líder tuviera

necesariamente que proporcionar directrices claras para su aplicación. Sin embargo, el dinamismo en el corazón del «gobierno carismático» resulta inagotable. No puede haber, por el concepto mismo de «gobierno carismático», una concesión a la «normalidad» o a la «rutina», ni el trazado de una línea final para la obtención de metas. La «visión» del líder debe seguir siendo una visión, sean cuales sean las partes que se ejecuten de ella finalmente. Cuanto más duraba el mando de Hitler menos probable era que se deslizase hacia un «sistema», a la vez que destruía aún más cualquier modelo

de estructura gubernamental organizada. Cuanto más tiempo continuaba, más extensos, no más restringidos, se volvían los fines visionarios y expansionistas. La «utopía» y el «gobierno carismático» iban de la mano. Pero, como no podía obtenerse la estabilidad de un sistema gubernamental «normal», la inestabilidad intrínseca del «gobierno carismático», dado el tipo de «utopía» prevista por Hitler, debía ser finalmente no solo destructiva sino autodestructiva. Las tendencias suicidas personales de Hitler —detectadas, por ejemplo, en los tiempos del golpe de Estado de 1923, a la muerte de su sobrina Geli Raubal en

1931, durante la crisis Strasser en 1932 y en una serie de momentos aciagos en el otoño de 1944^[315]— se mezclaron con la incapacidad de su forma de gobierno autoritario para reproducirse y sobrevivir.

Carente de energía constructiva y creativa, articulando tan solo impulsos de destrucción cada vez más violentos, el final más apropiado para el poder de Hitler era, pues, el final que efectivamente tuvo: una bala en la cabeza, dejando que el pueblo alemán pagara el precio de su disposición a dejarse estafar por un líder que no ofrecía opciones políticas limitadas,

sino una tentadora visión milenarista, aunque vacía e ilusoria, de la redención política.

Bibliografía

La mayoría de las fuentes documentales y secundarias que se han utilizado para elaborar este libro están en alemán. Las siguientes sugerencias de lecturas —una selección minúscula de una vasta literatura— se limitan, sin embargo, a las obras disponibles en inglés.^[316] La espléndida bibliografía de Helen Kehr y Janet Langmaid, *The Nazi Era 1919-1945* (Londres, 1982) ofrece una guía

más completa.

Algunos textos Hitlerianos básicos y otras fuentes importantes han sido traducidos. Entre ellos se incluyen Adolf Hitler, *Mein Kämpf* (introd. de D. C. Watt), Londres, 1969 (ed. en español: *Mi lucha*, Barcelona, Wotan, 1995); *Hitler's Secret Book* (introd. de Telford Taylor), Nueva York, 1961; *Hitler's Table Talk* (introd. de H. R. Trevor-Roper), Londres, 1953; *The Testament of Adolf Hitler* (introd. de H. R. Trevor-Roper), Londres, 1961; y *Hitler: Proclamations and Speeches* (ed. de Max Domarus), Londres, 1990. De importancia para los años 1942-1943

son también *The Goebbels Diaries* (ed. de Louis R. Lochner), Londres, 1948 (aunque está en preparación una edición académica completa de los diarios de la guerra). Entre las memorias de los jefes nazis, las más útiles son las de Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Londres, 1970 (ed. en español: Albert Speer, *Memorias*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1970), aunque deben leerse junto al estudio crítico de Speer de Mathias Schmidt, *Albert Speer: The End of a Myth*, Nueva York, 1984. Puede encontrarse una excelente guía para el laberinto de fuentes documentales de la Alemania nazi en la colección de tres

volúmenes, con comentarios, de Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945: A Documentary Reader*, Exeter, 1983, 1985 y 1988.

Los problemas que han encontrado los historiadores al investigar y escribir sobre Hitler se destacan en John Hiden y John Farquharson, *Explaining Hitler's Germany*, Londres, 1983; y en mi propio libro *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, 2.^a edición, 1989 (3.^a edición, 1993). La mayor parte del debate reciente sobre Hitler ha sido removido por el ensayo de Tim Mason, «Intention and Explanation: A Current Controversy

about the Interpretation of National Socialism», en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *Der «Führerstaat»: Mythos und Realität*, Stuttgart, 1981. Pueden encontrarse interpretaciones que dan un mayor peso que la mía al «programa» hitleriano en Klaus Hildebrand, *The Third Reich*, Londres, 1984 (ed. en español: Klaus Hildebrand, *El Tercer Reich*, Madrid, Cátedra, 1988); y en Karl Dietrich Bracher, «The Role of Hitler: Perspectives of Interpretation», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth, 1979.

Las mejores biografías de Hitler

siguen siendo las de Alan Bullock, *Hitler. A Study in Tyranny*, ed. rev., Londres, 1964 (ed. en español: Alan Bullock, *Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1984); y Joachim C. Fest, *Hitler*, Londres, 1974 (ed. en español: Joachim C. Fest, *Hitler*, Barcelona, Noguer, 1974). La de Bullock fue una obra maestra cuando se escribió en 1952, pero ahora muestra señales de envejecimiento. El elegante tratamiento de Fest resulta sólido respecto a la psicología de Hitler, pero más débil acerca de las fuerzas externas a su personalidad; al igual que Bullock, tiene poco que decir sobre la estructura de

gobierno dentro de Alemania y es relativamente breve en cuanto a los desarrollos internos durante el período de la guerra. William Carr, *Hitler. A Study in Personality and Politics*, Londres, 1978, proporciona un importante complemento a estas biografías al concentrarse en la interacción de factores personales e impersonales que determinaron la política nazi, lo cual resulta estimulante. Eberhard Jäckel, *Hitler in History*, Hannover/Londres, 1984, adopta un enfoque más personalizado que el mío, pero ofrece análisis valiosos del papel que representó Hitler en el poder. Son

interesantes, aunque muy especulativos, los estudios «psicohistóricos» de Rudolf Binion, *Hitler among the Germans*, Nueva York, 1976; y Robert Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Nueva York, 1977. Un tratamiento estimulante, pero demasiado centrado en la personalidad, de algunas facetas del gobierno de Hitler puede encontrarse en Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, Londres, 1979.

Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Harmondsworth, 1972, proporciona vivos retratos de los miembros más relevantes de la «comunidad carismática». El énfasis que

he puesto en el concepto de «gobierno carismático» lo comparte M. Rainer Lepsius, «Charismatic Leadership: Max Weber's Model and its Applicability to the Rule of Hitler», en Carl Friedrich Graumann y Serge Moscovici (eds.), *Changing Conceptions of Leadership*, Nueva York, 1986. Los propios escritos de Max Weber sobre «dominación carismática» pueden seguirse a través de su *Economy and Society* (ed. de Guenther Roth y Claus Wittich), Nueva York, 1968, págs. 241-254, 266-271 y 1111-1157 (ed. en español: Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, ed. de

Johannes Winckelmann, México, Fondo de Cultura Económica, 2.^a edición, 1964).

El mejor análisis de la ideología de Hitler sigue siendo el de Eberhard Jäckel, *Hitler's Weltanschauung. A Blueprint for Power*, Middletown, Conn., 1972. Un buen estudio sobre los cambios iniciales en su pensamiento acerca de la política exterior, en Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion. Nazi Ideology and Foreign Policy in the 1920s*, Leamington Spa, 1972; mientras que Harold J. Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972, trata del

drama de 1923-1924.

Sobre Hitler y el movimiento nazi durante el ascenso al poder disponemos hoy de una buena y sucinta síntesis, la de Martin Broszat, *Hitler and the Collapse of Weimar Germany*, Leamington Spa, 1987. El temprano estudio breve de Broszat, *German National Socialism, 1919-1945*, Santa Bárbara, 1966, es especialmente bueno en cuanto a la propaganda, cuya contribución al éxito nazi se reinterpreta en Richard Bessel, «The Rise of the NSDAP and the Myth of Nazi Propaganda», en *Wiener Library Bulletin*, 23 (1980). Joseph Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi*

Party, Minneapolis, 1967, y Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party 1919-1933*, Pittsburgh, 1969, ofrecen análisis institucionales. El importante papel que representó antes de 1933 Gregor Strasser se investiga en Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, 1983. William S. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, Londres, 1966; Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony*, Oxford, 1971; y Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power. The Nazi Movement in Bavaria*, Londres, 1973, proporcionan valiosos estudios regionales y locales. La movilización del apoyo electoral nazi

se examina en el excelente estudio de Thomas Childers, *The Nazi Voter*, Chapel Hill, 1983, y en Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency 1919-1933*, Londres/Sidney, 1986. La motivación de los seguidores nazis se explora en Peter Merkl, *Political Violence under the Swastika*, Princeton, 1975. Conan Fisher, *Stormtroopers*, Londres, 1983; y Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism*, New Haven/Londres, 1984, ofrecen análisis algo diferentes del carácter y el papel de la SA. Las fluctuaciones en la militancia del Partido Nazi antes y después de

1933 se siguen muy bien en Michael Kater, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945*, Oxford, 1983. El papel del partido desde 1933 es el tema de un interesante estudio de A. H. Unger, *The Totalitarian Party*, Cambridge, 1974.

Hay un tratamiento más desigual del nazismo y las elites tradicionales alemanas en la literatura disponible en inglés. Un trabajo esencial en la interpretación de las relaciones de Hitler con los jefes de la industria antes de 1933 es el de Henry A. Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, 1985. Hay una buena

valoración breve en Dick Geary, «The Industrial Elite and the Nazis», en Peter D. Stachura (ed.), *The Nazi Machtergreifung*, Londres, 1983. En la misma colección de ensayos, el de Michael Geyer, «Etudes in Political History: Reichswehr, NSDAP, and the Seizure of Power» contiene intuiciones útiles sobre las relaciones con el ejército. Hay relativamente poco en inglés sobre los tratos de Hitler con los grandes propietarios agrarios, pero Dieter Gessner, «The Dilemma of German Agriculture during the Weimar Republic», en Richard Bessel y E. J. Feuchtwanger (eds.), *Social Change*

and Political Development in Weimar Germany, Londres, 1981, da indicios de por qué la elite terrateniente llegó a favorecer a los nazis. Se analiza bien cómo veían las fuerzas armadas a Hitler después de 1933 en Wilhelm Deist, *The Wehrmacht and German Rearmament* y en el estudio corto pero penetrante de Klaus-Jürgen Müller, *Army, Politics, and Society in Germany 1933-1945*, Manchester, 1984. Peter Hayes, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1987, es un estudio autorizado sobre la complicidad del enorme conglomerado químico con el gobierno nazi, mientras que el creciente

extrañamiento de la industria carbonífera del Ruhr se describe en John R. Gillingham, *Industry and Politics in the Third Reich*, Londres, 1985. La actitud de Hitler hacia las elites la traza Michael Kater, «Hitler in a Social Context», en *Central European History*, 14 (1981).

La relación entre consenso y coerción en la vida cotidiana está en el centro de la estimulante interpretación de Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity and Opposition in Everyday Life*, Londres, 1987, así como en la recopilación de ensayos editada por Richard Bessel, *Life in the*

Third Reich, Oxford, 1987. La cuestión del apoyo popular a Hitler fue una de las que traté de explorar en mi libro *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987; mientras que mi *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*, Oxford, 1983, intenta dibujar los contornos de las actitudes de oposición. El concepto de Hitler como «individuo representativo» dentro de la sociedad alemana lo propuso J. P. Stern, *Hitler. The Führer and the People*, Londres, 1975, y lo retomó Lothar Kettenacker, «Hitler's Impact on the Lower Middle Class», en David Welch (ed.), *Nazi*

Propaganda. The Power and the Limitations, Londres, 1983. La construcción propagandística de apoyo a Hitler a través del cine es uno de los temas que trata David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945*, Oxford, 1983. El consenso que subyacía bajo la coerción es objeto del valioso estudio de Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, Oxford, 1990. El trabajo que marca la pauta sobre el aparato institucional de terror y represión continúa siendo la escalofriante *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968, que contiene ensayos de Helmut Krausnick, Hans Buchheim,

Martin Broszat y Hans-Adolf Jacobsen. Una investigación útil acerca del desarrollo de la SS la proporciona Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head*, Londres, 1972. El estudio más completo sobre las conspiraciones para derribar a Hitler es el de Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance*, Cambridge, Mass., 1977.

Indispensable para comprender el impacto corrosivo del poder de Hitler sobre la estructura gubernamental es Martin Broszat, *The Hitler State*, Londres, 1981. (El breve pero interesante estudio de Norbert Frei, *Der Führerstaat. Nationalsozialistische*

Herrschaft 1933 bis 1945, Múnich, 1987, será un complemento cuando aparezca su edición inglesa, ya prevista^[317]). Hans Mommsen, «National Socialism: Continuity and Change», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth, 1979, proporciona el aroma de la importante contribución que ha realizado al elucidar la «radicalización acumulativa» del régimen nazi. Hans Mommsen, *From Weimar to Auschwitz*, Londres, 1990, hará más accesibles algunos de sus escritos más importantes. Dos análisis tempranos del gobierno nazi que no han

perdido su valor son los de Ernst Fraenkel, *The Dual State*, Nueva York, 1941; y Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, Londres, 1942 (ed. en español: Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el Nacional-Socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943). Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, 1969, trata de la práctica del gobierno nazi en varios niveles, desde el central hasta el local. Robert Koehl, «Feudal Aspects of National Socialism», en Henry A. Turner (ed.), *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, 1972, es una

interpretación sugerente del Tercer Reich como una forma de imperio neofeudal. Jane Caplan, *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988, es una importante valoración del impacto del régimen de Hitler sobre la burocracia.

La literatura sobre la contribución de Hitler a la guerra resulta prácticamente ilimitada. Basta aquí con señalar dos excelentes análisis de William Carr, *Arms, Autarky, Aggression*, Londres, 2.edición, 1979, y *Poland to Pearl Harbor. The Making of Second World War*, Londres, 1985; la

breve reinterpretación de Alan Bullock, «Hitler and the Origins of the Second World War», en Esmond M. Robertson (ed.), *The Origins of the Second World War*, Londres, 1971; el importante estudio en dos volúmenes de Gerhard Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, Chicago/Londres, 1970 y 1980; la clara interpretación «programatista» de Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, 1973; y la valiosa colección de ensayos de Wolfgang J. Mommsen y Lothar Kettenacker (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, 1983.

Desgraciadamente, la traducción (que será publicada por Berg, Leamington Spa) del análisis estimulante y original de Tim Mason acerca de las presiones que produjeron sobre la guerra las contradicciones en la política de rearme forzoso y la política laboral nazi aparecerá de manera póstuma. Puede encontrarse una muestra de la tesis en su ensayo «The Legacy of 1918 for National Socialism», en Anthony Nicholls y Eric Matthias (eds.), *German Democracy and the Triumph of Hitler*, Londres, 1971. Esta interpretación se critica fuertemente en Richard Overly, «Hitler's War and the German Economy:

A Reinterpretation?», en *Economic History Review*, 35 (1982) y en su monografía *Goering. The Iron Man*, Londres, 1984. David Irving, *Hitler's War*, Londres, 1977, incorpora nuevas pruebas documentales a un análisis algo tendencioso del comportamiento de Hitler durante la guerra. Percy Ernst Schramm, *Hitler. The Man and the Military Leader*, Londres, 1972, proporciona un esbozo de la personalidad del señor de la guerra. La dirección de las campañas, aunque superficialmente, se trata en John Strawson, *Hitler as Military Commander*, Londres, 1971. De la

naturaleza de los objetivos de Hitler en la guerra se ocupan Milan Hauner, «Did Hitler want a World Dominion?», en *Journal of Contemporary History*, 13 (1978); Meir Michaelis, «World Power Status or World Domination?», en *The Historical Journal*, 15 (1972); Jochen Thies, «Nazi Architecture—A Blueprint for World Domination: The Last Aims of Adolf Hitler», en David Welch (ed.), *Nazi Propaganda. The Power and the Limitations*, Londres, 1983; y Norman Rich, *Hitler's War Aims*, 2 volúmenes, Londres, 1973-1974.

El papel de Hitler en el exterminio de los judíos ha engendrado también una

inmensa bibliografía. Una guía excelente la proporciona Michael Marrus, *The Holocaust in History*, Londres, 1988. Las pruebas de la implicación de Hitler en la toma de decisiones durante los años 30 las reúne David Bankier, «Hitler and the Policy-Making Process on the Jewish Question», en *Holocaust and Genocide Studies*, 3 (1988). El estudio de Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Oxford, 1986, acumula pruebas (la mayoría procedentes de los juicios de la posguerra) en apoyo de su tesis sobre una decisión directa y «preprogramada» de Hitler para matar a los judíos. Martin

Broszat, «Hitler and the Genesis of the “Final Solution”», en H. W. Koch (ed.), *Aspects of the Third Reich*, Londres, 1985, y Hans Mommsen, «The Realisation of the Unthinkable: the ‘Final Solution of the Jewish Question’», en Gerhard Hirschfeld (ed.), *The Policies of Genocide*, Londres, 1986, contemplan más bien un desarrollo por etapas hacia el genocidio, que requería una escasa implicación personal por parte de Hitler (cuya responsabilidad, sin embargo, no se pone en cuestión). Un análisis controvertido pero interesante de la matanza de los judíos, surgida en el

contexto del fracaso de la «cruzada» nazi contra el bolchevismo, en Arno Mayer, *Why did the Heavens not Darken? The Final Solution in History*, Nueva York, 1989. La reconstrucción del «proceso de toma de decisiones» que culminó en la «Solución final» se describe meticulosamente en Christopher Browning, *Fateful Months*, Nueva York, 1985. Un análisis espléndido y convincente del surgimiento de la «Solución final», escrito por el historiador suizo Philippe Burrin, está disponible en francés (*Hitler et les Juifs. Genèse d'un génocide*, París, 1989).

El final de Hitler nunca se ha descrito tan bien como en H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1947 (ed. en español: H. R. Trevor-Roper, *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, José Janés, 1949). Los duraderos problemas de la sociedad alemana para enfrentarse con una historia reciente dominada por Hitler se analizan en Richard J. Evans, *In Hitler's Shadows*, Nueva York/Londres, 1989; y Charles Maier, *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge, Mass., 1988 (2.^a edición, 1997).

Cronología

Esta cronología se basa parcialmente en la excelente y mucho más completa de Martin Broszat y Norbert Frei (eds.), *Das Dritte Reich im Oberblick*, Múnich, 1989, págs. 177-289.

1889

20 de abril: *Adolf Hitler nace en Braunau am Inn.*

1907-1913

Hitler vive en Viena.

1913

24 de mayo: *Se traslada a Múnich.*

1914

16 de agosto: *Se alista en el «Regimiento List» (Regimiento de Reserva de Infantería núm. 16).*

2 de diciembre: *Es condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase.*

1918

4 de agosto: *Es condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase.*

23 de octubre: *Debido al gas, queda temporalmente ciego e ingresa en el hospital militar de Stettin, desde donde es trasladado a Pasewalk (Pomerania). Allí se entera de la noticia de la revolución del 9 de noviembre de 1918 antes de ser dado de alta el 19 del mismo mes y regresar a Múnich.*

7-8 de noviembre: *Revolución en Múnich.*

9 de noviembre: *Proclamación de la República Alemana en Berlín; abdicación del káiser Guillermo II.*

1919

5 de enero: *Anton Drexler y Karl Harrer fundan en Múnich el Partido de los Trabajadores Alemanes, inicialmente con 20-40 militantes.*

6-7 de abril: *Se proclama la «República de los Consejos» (Räterepublik) en Múnich, suprimida de forma cruenta los días 1 y 2 de mayo.*

5-12 de junio: *Hitler asiste al curso de*

la Reichswehr sobre «educación política» en la Universidad de Múnich; más tarde, la Reichswehr le envía al campamento de Lechfeld para adoctrinar a los soldados que aguardaban la desmovilización.

28 de junio: Firma del Tratado de Versalles.

12 de septiembre: Como informante de la Reichswehr, Hitler asiste a una reunión en Múnich del Partido de los Trabajadores Alemanes, del que se hace militante poco después.

1920

24 de febrero: *Se hace público el programa del Partido de los Trabajadores Alemanes (una semana más tarde Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes).*

31 de marzo: *Abandona la Reichswehr.*

17 de diciembre: *El NSDAP adquiere el Münchener Beobachter, rebautizado Völkischer Beobachter (a partir del 8 de febrero de 1923, periódico del partido).*

1921

11 de julio: *Deja el NSDAP por diferencias políticas con la dirección y plantea un ultimátum sobre sus condiciones para volver a ingresar en él.*

29 de julio: *Una reunión extraordinaria de miembros del partido elige presidente a Hitler con poderes dictatoriales.*

3 de agosto: *Se funda lo que en breve será la organización paramilitar del NSDAP, la SA (tropa de asalto).*

1922

24-27 de julio: *Hitler es encarcelado en Múnich después de los disturbios en una reunión de opositores en el mes de septiembre anterior.*

10 de octubre: *Julius Streicher, líder nacionalista-racista de Núremberg, integra su facción völkisch en el NSDAP y se somete al liderato de Hitler.*

1923

11 de enero: *Comienza la ocupación del Ruhr por las tropas francesas y belgas para que se cumplan las reparaciones de guerra; el gobierno*

del Reich proclama la «resistencia pasiva».

27-9 de enero: Tiene lugar en Múnich el primer «Congreso Nacional del Partido».

Febrero: A comienzos de mes, se produce la unión entre la SA y otros grupos paramilitares bávaros con el fin de preparar un golpe de Estado.

1 de marzo: Hermann Göring es nombrado jefe de la SA.

26 de septiembre: Se proclama el estado de emergencia en Baviera.

8-9 de noviembre: Golpe de Estado de Hitler: proclamación de la

revolución nacional y de la deposición de los gobiernos de Baviera y del Reich; la policía pone fin por la fuerza a la marcha sobre Múnich; como resultado se producen 16 muertos; Hitler y otros son arrestados.

1924

26 de febrero: Comienza el juicio en Múnich a Hitler (y a otros líderes del golpe) por alta traición.

1 de abril: Es condenado a cinco años de prisión y a una multa de 200 marcos de oro.

20 de diciembre: *Sale de la prisión de Landsberg am Lech.*

1925

26 de febrero: *Refundación del NSDAP.*

9 de marzo: *Se prohíbe a Hitler hablar en público en Baviera; la prohibición dura hasta el 5 de marzo de 1927; otros Estados siguen esta medida; en Prusia la prohibición se levanta en septiembre de 1928.*

26 de abril: *Paul von Hindenburg es elegido presidente del Reich tras la muerte de Friedrich Ebert.*

18 de julio: *Se publica el primer volumen de Mein Kampf.*

1926

14 de febrero: *Reunión de líderes del partido en Bamberg; Hitler reprime los deseos de reformar el programa del partido de Gregor Strasser y otros.*

3-4 de julio: *Segundo Congreso Nacional del Partido, en Weimar.*

10 de diciembre: *Se publica el segundo volumen de Mein Kampf.*

1927

9 de marzo: *Primer discurso de Hitler en Múnich tras el levantamiento de la prohibición.*

19-21 de agosto: *Tercer Congreso Nacional del Partido, en Núremberg.*

1928

28 de mayo: *Elecciones al Reichstag; el NSDAP consigue sólo el 2,6 por 100 de los votos, que le conceden 12 escaños.*

16 de noviembre: *Primer discurso de Hitler en Berlín tras el levantamiento de la prohibición en Prusia.*

1929

23 de junio: *Coburg se convierte en la primera ciudad alemana donde el NSDAP consigue la mayoría en unas elecciones locales.*

1-4 de agosto: *Cuarto Congreso Nacional del Partido, en Núremberg.*

22 de diciembre: *El plebiscito contra el Plan Young (firmado el 7 de julio,*

estipulaba el pago de las reparaciones de guerra en el plazo de los siguientes cincuenta y nueve años) se salda con tan sólo el 13,8 por 100 de respaldo para la moción de rechazo apoyada por los nazis y otros grupos nacionalistas extremos.

1930

23 de enero: Wilhelm Frick se convierte en el primer nazi que ocupa un cargo en un ministerio, como ministro del Interior en un gobierno de coalición en Turingia.

30 de marzo: Heinrich Brüning forma

un Gobierno en minoría tras la renuncia (el 27 de marzo) de la «gran coalición» liderada por el SPD.

16-18 de julio: El Partido Nazi se une a otros para oponerse a las propuestas deflacionistas de Brüning; como consecuencia, se disuelve el Reichstag.

14 de septiembre: Elecciones al Reichstag: el NSDAP obtiene el 18,3 por 100 y se convierte en el segundo mayor partido del Reichstag con 107 escaños.

25 de septiembre: En el Tribunal del

Reich en Leipzig, Hitler jura que no intentará conseguir el poder por medios ilegales.

1931

5 de enero: Ernst Röhm se convierte en Jefe de Estado Mayor de la SA.

13 de julio: La quiebra del Darmstädter und Nationalbank provoca un desastroso empeoramiento de la crisis económica.

18 de septiembre: La sobrina de Hitler, Geli Raubal, se suicida en el

apartamento de su tío en Múnich.

11 de octubre: Congreso de la «Oposición Nacional» (NSDAP, DNVP, Stahlhelm) en Bad Harzburg, aunque se imponen fuertes divisiones en el seno del «Frente de Harzburg».

1932

26 de enero: Discurso de Hitler en el Industrieklub de Düsseldorf.

25 de febrero: El Gobierno liderado por los nazis de Braunschweig le ofrece nominalmente una cartera

ministerial a Hitler; al día siguiente pronuncia su juramento de lealtad al Estado y de esta forma adquiere la nacionalidad alemana.

13 de marzo: Obtiene el 30,1 por 100 de los votos en la elección a la presidencia del Reich; es necesaria una segunda vuelta puesto que Hindenburg (con el 49,6 por 100) no consigue la mayoría absoluta necesaria para su reelección.

10 de abril: Segunda vuelta de la elección presidencial; los resultados de Hitler ascienden hasta el 36,8 por 100, pero Hindenburg es reelegido con el 53 por 100.

13 de abril: Se prohíben la SA y la SS.

24 de abril: Las elecciones en los estados de Prusia, Baviera, Württemberg, Anhalt y Hamburgo sitúan al NSDAP como el primer partido (en Baviera el segundo).

30 de mayo: Brüning dimite después de perder el respaldo de Hindenburg.

1 de junio: Franz von Papen es nombrado canciller.

6-19 de junio: La conferencia sobre las reparaciones acuerda el fin de los pagos por reparaciones de guerra de Alemania (después de que los pagos a los Estados Unidos se congelaran

por la Moratoria Hoover del 24 de julio de 1931).

16 de junio: Se levanta la prohibición de la SA.

20 de julio: «Putsch de Prusia»: mediante un decreto de emergencia es depuesto el Gobierno estatal de Prusia del ministro presidente socialdemócrata Otto Braun; los socialdemócratas son alejados de sus puestos en la administración y en la policía; el canciller Papen se hace responsable de Prusia como comisario del Reich.

31 de julio: Elecciones al Reichstag: el

NSDAP obtiene el 37,3 por 100 de los votos, consigue 230 escaños y se convierte en el mayor partido del Reichstag.

13 de agosto: En una audiencia con Hindenburg, Hitler rechaza la oferta del cargo de vicescanciller e insiste en hacerse con la plena responsabilidad del Gobierno, pero Hindenburg no acepta.

12 de septiembre: Papen disuelve el Reichstag.

6 de noviembre: Elecciones al Reichstag: los resultados del NSDAP descienden hasta el 33,1 por 100,

pero los nazis siguen siendo, con 197 escaños, el partido más fuerte del Parlamento.

17 de noviembre: Papen dimite de su puesto de canciller del Reich.

19 de noviembre: Un grupo de empresarios, encabezado por Hjalmar Schacht, pide a Hindenburg que nombre canciller del Reich a Hitler.

2 de diciembre: Hindenburg nombra canciller del Reich al general von Schleicher.

8 de diciembre: Gregor Strasser dimite de todos sus cargos en el Partido

Nazi.

1933

4 de enero: *Papen y Hitler discuten sobre una posible cooperación en el Gobierno en una reunión en casa del banquero de Colonia Kurt von Schröder.*

15 de enero: *Elecciones en el pequeño Estado de Lippe dan como resultado un 39,5 por 100 de los votos para el NSDAP.*

17-29 de enero: *En unas maniobras políticas que tienen a Hitler como*

centro, Papen y el círculo próximo al presidente del Reich Hindenburg aíslan a Schleicher y acuerdan que Hitler sea canciller (con Papen como vicescanciller) de un Gabinete formado fundamentalmente por conservadores.

28 de enero: Dimite Schleicher.

30 de enero: El presidente del Reich Hindenburg nombra canciller del Reich a Hitler. Sólo otros dos nazis (Frick y Göring), además de Hitler, figuran en el «Gobierno nacional».

27 de febrero: Se incendia el edificio del Reichstag, lo cual se interpreta

por la cúpula nazi como el inicio de una sublevación.

28 de febrero: *El «Decreto del incendio del Reichstag» («para la protección del pueblo y el Estado») suspende los derechos civiles, a lo que siguen arrestos masivos de comunistas y de otros opositores de izquierda.*

5 de marzo: *Elecciones al Reichstag: el Partido Nazi obtiene el 43,9 por 100 de los votos (y 288 escaños), sus socios de coalición (los nacionalistas), el 8 por 100.*

5-9 de marzo: *Toma del poder en los Länder que no estaban bajo control*

nazi.

20 de marzo: *Himmler anuncia el establecimiento del primer campo de concentración en Dachau.*

23 de marzo: *El Reichstag acepta en votación una Ley de Autorización que otorga al Gobierno de Hitler plenos poderes legislativos.*

1 de abril: *Boicot en todo el país a los comercios judíos.*

1 de mayo: *Fin del reclutamiento del NSDAP: 1,6 millones de nuevos militantes desde el 30 de enero de 1933; la cifra total asciende a 2,5 millones.*

2 de mayo: *Disolución forzosa de los sindicatos.*

10 de mayo: *Quema de libros de autores «no alemanes» en las universidades.*

22 de junio: *Prohibición del SPD; los otros partidos se disuelven en las semanas siguientes.*

14 de julio: *La ley que impide la formación de partidos distintos al NSDAP establece el Estado de partido único.*

20 de julio: *Concordato del Reich con la Santa Sede.*

14 de octubre: *Alemania abandona la*

Sociedad de Naciones y la Conferencia de Desarme de Ginebra.

12 de noviembre: *Nuevas «elecciones» al Reichstag: el NSDAP consigue el 92,2 por 100 de los votos; en un referéndum paralelo, el 95,1 por 100 apoya la decisión de abandonar la Sociedad de Naciones.*

1934

20 de enero: *La Ley de relaciones laborales se inclina a favor de los empresarios en contra de los trabajadores.*

26 de enero: *Tratado de no-agresión entre Alemania y Polonia.*

30 de enero: *La Ley para la reconstrucción del Reich elimina la soberanía de los Länder.*

24 de abril: *Se constituye el Tribunal popular que entiende sobre delitos de traición.*

30 de junio: «Noche de los Cuchillos Largos»: *Ernst Röhm y otros líderes de la SA son arrestados y ejecutados sin juicio; es el fin de la SA como fuerza política.*

2 de agosto: *Muerte del presidente del Reich Von Hindenburg: se fusionan*

los cargos de presidente y canciller; la Reichswehr presta un juramento de adhesión a Hitler como «Führer y canciller del Reich».

19 de agosto: Un plebiscito da como resultado el 89,9 por 100 de apoyo a la unión de la jefatura del Estado y la cancillería en la persona de Hitler.

1935

13 de enero: Plebiscito en el Sarre (en virtud del Tratado de Versalles): 90,8 por 100 a favor de la incorporación al Reich alemán.

1 de marzo: *El Sarre se incorpora a Alemania.*

16 de marzo: *Llamada al servicio militar obligatorio con el objetivo de crear un ejército de treinta y seis divisiones.*

11-14 de abril: *Creación del «Frente de Stresa» por los gobiernos de Francia, Italia y Gran Bretaña, en un intento de vincular a Alemania a las obligaciones del tratado.*

18 de junio: *Tratado naval entre Alemania y Gran Bretaña: se fija la fuerza naval alemana en un 35 por 100 de la británica.*

15 de septiembre: *Promulgación de las «Leyes de Núremberg» por las que se deniega la ciudadanía del Reich a los judíos, se prohíben los matrimonios y las relaciones sexuales entre judíos y no judíos y se asientan las bases de las múltiples medidas discriminatorias de los próximos años.*

3 de octubre: *Italia ataca Abisinia.*

1936

6 de enero: *Italia abandona el «Frente de Stresa» y se desdice de la garantía de la independencia de*

Austria a cambio del apoyo alemán a su política en Abisinia.

7 de marzo: Alemania ocupa la Renania desmilitarizada en directo incumplimiento del Tratado de Locarno de 1925.

29 de marzo: Elecciones al Reichstag: 99 por 100 de apoyo para Hitler.

17-18 de julio: Inicio de la guerra civil española.

1 de agosto: Hitler inaugura los Juegos Olímpicos en Berlín.

9 de septiembre: Anuncio del «Plan Cuatrienal», por el que se planifica al máximo la economía alemana

sobre bases autárquicas y se establecen los preparativos para una economía de guerra.

1 de noviembre: Mussolini anuncia el «Eje Berlín-Roma».

25 de noviembre: Pacto anti-Comintern entre Alemania y Japón.

1 de diciembre: Las Juventudes de Hitler, una filial del partido, son declaradas organización juvenil estatal; al finalizar el año tienen 5.437.601 miembros.

1937

30 de enero: *El Reichstag prolonga la Ley de Autorización por otros cuatro años.*

14 de marzo: *El Papa Pío XI condena la política nazi hacia la Iglesia y critica la política racial en la encíclica «Mit brennender Sorge».*

1 de mayo: *Levantamiento temporal de la prohibición (levantamiento definitivo el 1 de mayo de 1939) sobre nuevas afiliaciones al NSDAP (que había sido impuesta en mayo de 1933). Los militantes ascienden a 5,3 millones en 1939 y a 8,5 millones en 1945.*

24 de junio: Directrices secretas del ministro de la Guerra Blomberg que muestran a Checoslovaquia como posible objetivo.

15 de julio: Fundación del complejo industrial del acero «Reichswerke Hermann Göring» en Salzgitter.

25-29 de sept.: Visita de Estado de Mussolini.

5 de noviembre: «Encuentro de Hossbach» en la cancillería del Reich: Hitler se dirige a los jefes de las fuerzas armadas y al ministro de Asuntos Exteriores Von Neurath para plantear la necesidad de resolver el

«problema del espacio vital» por la fuerza, como muy tarde en 1943; Austria y Checoslovaquia, objetivos en el futuro inmediato.

6 de noviembre: Italia se une al Pacto anti-Comintern entre Alemania y Japón y abandona la Sociedad de Naciones el 11 de noviembre.

1938

4 de febrero: «Crisis Blomberg-Fritsch: el ministro de la Guerra Blomberg (después de contraer matrimonio con una antigua prostituta) y el jefe del ejército Fritsch (acusado

erróneamente de homosexualidad como resultado de un plan urdido por Himmler y Göring para apartarlo) son destituidos; Hitler aprovecha la oportunidad para reemplazar al conservador Von Neurath por Ribbentrop en el Ministerio de Exteriores y, por otro lado, hacerse con el mando supremo de la Wehrmacht.

12 de marzo: Las tropas alemanas marchan sobre Austria tras un ultimátum y la dimisión forzosa del canciller Schuschnigg el día anterior.

13 de marzo: Ley por la que Austria se

incorpora al Reich alemán.

10 de abril: *Hitler obtiene un respaldo superior al 99 por 100 en el plebiscito y en las «elecciones» al «Gran Reichstag alemán».*

20 de mayo: *Checoslovaquia moviliza a sus tropas.*

30 de mayo: *Directrices de Hitler a la Wehrmacht sobre la intención de destruir Checoslovaquia cuando sea posible.*

Junio: *Comienza la construcción de la fortificación del «Westwall» a lo largo de la frontera occidental de Alemania.*

9 de junio: *Demolición de la sinagoga de Múnich.*

25 de julio: *Se prohíbe a los médicos judíos el ejercicio de su profesión.*

10 de agosto: *La sinagoga de Núremberg es destruida.*

17 de agosto: *Los judíos son obligados a añadir a sus nombres los de «Sara» e «Israel».*

18 de agosto: *El jefe del Estado Mayor Ludwig Beck presenta su dimisión por la intención de Hitler de hacer la guerra a Checoslovaquia.*

Septiembre: *Crisis de los Sudetes.*

27 de septiembre: *Se prohíbe a los*

abogados judíos el ejercicio de su profesión.

29-30 de sept.: *La Conferencia de Múnich determina la pertenencia a Alemania de los Sudetes a partir del 1 de octubre.*

21 de octubre: *Instrucciones secretas de Hitler para preparar la destrucción de lo que queda del Estado en Checoslovaquia.*

28 de octubre: *17.000 judíos de nacionalidad polaca son deportados a territorio polaco.*

7 de noviembre: *El joven judío Herschel Grynszpan dispara contra*

el funcionario de la embajada alemana en París Ernst von Rath, que fallece dos días más tarde.

9-10 de noviembre:
«Reichskristallnacht»: como resultado de los pogromos en todo el país, mueren 91 judíos y se producen innumerables heridos. Se incendian 191 sinagogas, se destruyen y saquean 7.500 comercios judíos y otros bienes y alrededor de 30.000 hombres judíos son arrestados y encarcelados en campos de concentración. En los días que siguieron se promulgan leyes que excluyen a los judíos de las

actividades económicas y les obligan a permanecer en la marginalidad. Cerca de 80.000 judíos son forzados a abandonar Alemania en 1939, frente a los 40.000 aproximadamente de 1938 y a los alrededor de 23.000 de 1937.

1939

30 de enero: En un discurso en el Reichstag, Hitler «profetiza» la destrucción de los judíos en caso de que hubiera otra guerra.

14-15 de marzo: Las tropas alemanas entran en Checoslovaquia. Se

establece el «Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia» el 16 de marzo, mientras que Eslovaquia declara su independencia y establece un tratado de amistad con Alemania.

21 de marzo: Hitler exige a Polonia la devolución de Danzig y del corredor polaco.

23 de marzo: Alemania se anexiona la zona de Memel en Lituania.

31 de marzo: Gran Bretaña y Francia garantizan el apoyo a Polonia, ésta deniega las exigencias alemanas.

3 de abril: Hitler da instrucciones para

los preparativos de un ataque a Polonia.

22 de mayo: Alemania e Italia acuerdan formar una alianza militar (el «Pacto de Acero»).

23 de agosto: Alemania y la Unión Soviética firman un tratado de no-agresión (el «Pacto Hitler-Stalin»), con una cláusula sobre la división de Polonia.

1 de septiembre: Alemania ataca Polonia.

3 de septiembre: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania.

6 de octubre: *Finaliza la conquista alemana de Polonia.*

9 de octubre: *Hitler quiere atacar en el oeste a la primera ocasión; una ofensiva fijada en principio para el 12 de noviembre es, sin embargo, repetidamente retrasada.*

12-17 de octubre: *Primera deportación de judíos de Austria y Checoslovaquia a Polonia.*

8 de noviembre: *Atentado fallido contra Hitler llevado a cabo por el carpintero suabo Georg Elser, que puso una bomba en el Bürgerbräukeller de Múnich.*

1940

9 de abril: *Invasión alemana de Dinamarca y Noruega.*

10 de mayo: *Comienza la ofensiva alemana en el oeste; ruptura de la neutralidad de los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo.*

4 de junio: *Evacuación de las tropas británicas de Dunkerque.*

22 de junio: *Firma del armisticio francés en el bosque de Compiègne, en el mismo vagón de tren en el que el mariscal Foch recibió la capitulación alemana el 11 de*

noviembre de 1918.

16 de julio: Dispuestos los preparativos para la invasión de Gran Bretaña («Operación León Marino»); finalmente, el 17 de septiembre se pospone indefinidamente.

31 de julio: Hitler informa a la jefatura militar de la decisión de atacar a la Unión Soviética («Operación Barbarroja.»).

27 de septiembre: Pacto tripartito entre Alemania, Italia y Japón.

23 de octubre: Hitler se reúne con Franco, aunque no consigue convencerle sobre la participación

de España en la guerra.

18 de diciembre: *Las instrucciones de Hitler sobre el «caso Barbarroja» prevén un ataque sobre la Unión Soviética antes del fin de la guerra con Gran Bretaña.*

1941

17-30 de marzo: *Hitler expone los principios de la guerra en el este a la jefatura del ejército; la campaña de Rusia debía ser una «guerra de aniquilación».*

6 de abril: *Invasión alemana de*

Yugoslavia y Grecia.

10 de mayo: *Rudolf Hess, segundo del Führer a cargo del Partido Nazi, viaja a Gran Bretaña, donde es hecho prisionero; Hitler le declara enfermo mental y nombra a Martin Bormann en su lugar, con el cargo de «Jefe de la Cancillería del Partido».*

6 de junio: *La «Kommissarbefehl» («orden de los comisarios») del mando supremo de la Wehrmacht da instrucciones sobre la liquidación de los comisarios políticos soviéticos.*

22 de junio: *Alemania invade la Unión*

Soviética.

17 de julio: *Alfred Rosenberg es nombrado «Ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este».*

1 de septiembre: *Los judíos alemanes son obligados a llevar la estrella de David amarilla (que los judíos de Polonia eran obligados a llevar desde el 23 de noviembre de 1939).*

2 de oct.-5 de dic.: *La batalla por la conquista de Moscú hace fracasar la Blitzkrieg alemana en el este y lleva a la crisis al mando del ejército, que no estaba preparado para la guerra invernal en la Unión Soviética.*

14 de octubre: *Se da la orden de deportar a los judíos del territorio del Reich a los guetos del este.*

Comienzos de dic.: *Comienzan en Chelmo, Polonia, los asesinatos en masa de judíos mediante el uso de «remolques con gas».*

11 de diciembre: *Alemania declara la guerra a los Estados Unidos tras el ataque japonés a Pearl Harbor (7 de diciembre).*

16 de diciembre: *Hitler se niega a permitir una nueva retirada alemana ante la contraofensiva soviética; el jefe del ejército Walther von*

Brauchitsch es destituido (19 de diciembre); el propio Hitler se pone al frente del ejército.

1942

20 de enero: «Conferencia de Wannsee» en Berlín para coordinar las medidas con respecto a la «Solución final de la cuestión judía».

8 de febrero: Albert Speer, el arquitecto de Hitler, es nombrado ministro del Reich para el Armamento y la Munición en lugar de Fritz Todt, que había muerto en accidente de avión. La producción de armas aumenta

significativamente bajo la dirección de Speer.

17 de marzo: La primera matanza de judíos procedentes de los guetos del sur de Polonia tiene lugar en Belzec y marca el inicio de la «Aktion Reinhard»: el asesinato sistemático de, sobre todo, judíos polacos en los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka organizado por Odilo Globocnik, jefe de la policía y de la SS en el distrito de Lublin.

Fines de marzo: Primeros transportes de judíos de Europa occidental y de Alemania a Auschwitz.

26 de marzo: *Hitler obtiene del Reichstag los más altos poderes jurídicos para anular leyes cuando la ocasión lo requiera.*

27 de mayo: *Atentado en Praga contra Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich; fallece el 4 de junio. En represalia, el 10 de junio, la policía alemana arrasa la localidad de Lidice.*

Junio: *Comienza el exterminio masivo de judíos mediante el uso de gas en Auschwitz-Birkenau.*

28 de junio: *Empieza una ofensiva*

alemana en la Unión Soviética.

Julio-agosto: El ejército alemán avanza hacia Stalingrado.

24 de septiembre: El general Kurt Zeitzler sustituye a Franz Halder como jefe del Estado Mayor del ejército tras una fuerte disputa entre Hitler y el Estado Mayor sobre estrategia y tácticas militares.

5 de octubre: Himmler ordena la deportación de judíos de los campos de concentración del Reich a Auschwitz.

23 de octubre: Se inicia la contraofensiva británica en el norte

de África.

22 de noviembre: *El 6.º ejército alemán, con cerca de 250.000 soldados, cercado en Stalingrado.*

1943

14-26 de enero: *En la Conferencia de Casablanca, Roosevelt y Churchill exigen la «rendición incondicional» de Alemania.*

31 de enero-2 de feb.: *Capitulación del 6.º ejército en Stalingrado*

18 de febrero: *El discurso de Goebbels en el Sportpalast proclama la*

«guerra total», como campaña de propaganda generalizada después de la derrota de Stalingrado.

Marzo: Clausura de numerosos guetos en el este; los supervivientes son llevados a los campos de exterminio; deportación de judíos holandeses a Sobibor.

13 de abril: Se descubren fosas comunes de miles de oficiales polacos asesinados en Katyn, cerca de Smolensk.

19 de abril: Rebelión en el gueto de Varsovia, donde quedaban 60.000 judíos después de que 300.000

fueran llevados al campo de exterminio de Treblinka; la SA y unidades de la policía reprimen brutalmente la sublevación, que dura hasta el 16 de mayo.

13 de mayo: Capitulación alemana en Túnez.

10 de julio: Desembarco aliado en Sicilia.

5-13 de julio: Fracasa la ofensiva alemana llamada «Ciudadela» tras grandes batallas de tanques en Kursk, lo cual deja vía libre a los avances soviéticos y a la recuperación de Kiev.

25 de julio: *Mussolini es apartado del poder en Italia.*

24 de agosto: *Heinrich Himmler, Reichsführer de la SS, sustituye a Wilhelm Frick como ministro del Reich del Interior.*

10 de septiembre: *Las tropas alemanas ocupan el norte de Italia tras el anuncio (8 de septiembre) por parte del Gobierno de Badoglio del armisticio con los aliados.*

15 de septiembre: *Mussolini es liberado de su internamiento por paracaidistas alemanes y el 26 de septiembre funda la «República*

fascista» con capital en Saló, en la práctica bajo control alemán.

28 de nov.-1 de dic.: *Conferencia aliada en Teherán: Roosevelt, Churchill y Stalin llegan a un principio de acuerdo sobre la división de Alemania en la posguerra.*

1944

19 de marzo: *Ocupación alemana de Hungría.*

Abril-junio: *Deportaciones masivas de judíos griegos y húngaros a*

Auschwitz.

6 de junio: *Desembarco aliado en la costa de Normandía.*

10 de junio: *Unidades de la división Panzer de la SS «Das Reich» arrasan el pueblo francés de Oradour-sur-Glane y asesinan a 600 de sus habitantes (incluyendo mujeres y niños) en represalia por el aumento de las actividades de la resistencia francesa.*

12 de junio: *Se disparan los primeros misiles V1 contra objetivos británicos.*

22 de junio: *Comienza la mayor*

ofensiva soviética contra el frente central alemán con derrotas catastróficas para la Wehrmacht.

20 de julio: Fracasa el intento de golpe de Estado al resultar Hitler herido y no asesinado, tras la explosión de una bomba en el cuartel general de Prusia oriental colocada por el Oberst Claus Graf Schenk von Stauffenberg. Esa misma noche, numerosos oficiales implicados, entre los que estaba Stauffenberg, son fusilados. Se suceden arrestos y posteriores juicios y ejecuciones de los involucrados en la intentona.

24 de julio: El Ejército Rojo libera el

campo de exterminio de Majdanek.

25 de julio: *Se otorgan a Goebbels poderes especiales para poner en marcha los recursos existentes con el fin de llevar a cabo la guerra total.*

31 de julio: *Los norteamericanos se abren paso cerca de Avranches, lo que les lleva a una rápida reconquista de Francia.*

1 de agosto: *Insurrección del ejército popular polaco en Varsovia; es obligado a rendirse el 2 de octubre después de que Stalin deniegue su ayuda.*

19 de agosto: *El levantamiento de la Resistencia en París lleva al armisticio en la ciudad, firmado por el comandante jefe, general Dietrich von Choltitz.*

25 de agosto: *Tropas norteamericanas y francesas (al mando de De Gaulle) entran en París.*

8 de septiembre: *Se lanzan los primeros misiles V2 para bombardear Londres y Amberes.*

25 de septiembre: *Todos los hombres alemanes útiles entre 16 y 60 años son llamados a servir en el Volkssturm, un «ejército popular»*

mal equipado y sin adiestramiento.

16 de octubre: *El almirante Horthy, gobernante húngaro, es forzado a revocar el armisticio con la Unión Soviética y ceder el poder al líder del movimiento fascista de la Cruz de Flecha Férencz Szálasi.*

21 de octubre: *Aquisgrán es la primera localidad alemana importante ocupada por las tropas aliadas.*

1 de noviembre: *Himmler ordena que se ponga fin a las muertes en las cámaras de gas en Auschwitz y que se eliminen todas las huellas de las mismas.*

16 de diciembre: *Hitler inicia la ofensiva de las Ardenas.*

1945

12 de enero: *Da comienzo la mayor ofensiva soviética contra el frente oriental alemán.*

27 de enero: *El Ejército Rojo libera a los 5.000 internos que todavía permanecían en Auschwitz.*

30 de enero: *Se emite el último discurso de Hitler.*

4-11 de febrero: *Conferencia de Yalta de los líderes aliados:*

deliberaciones sobre acuerdos de posguerra; con respecto a Alemania, Stalin, Churchill y Roosevelt acuerdan incluir a Francia como cuarta fuerza de ocupación.

7 de marzo: *Las tropas norteamericanas cruzan el Rhin en Remagen.*

19 de marzo: *«Orden neroniana» de Hitler para la destrucción de todo complejo industrial con el fin de evitar que cayera en manos del enemigo; en semanas posteriores, Speer logra bloquear en su mayor parte la puesta en marcha de dicha orden.*

11 de abril: *Tras la huida de los guardas, los prisioneros que quedaban entregan el campo de concentración de Buchenwald (a las afueras de Weimar) a las tropas norteamericanas.*

13 de abril: *El Ejército Rojo toma Viena.*

15 de abril: *Las tropas británicas liberan el campo de concentración de Bergen-Belsen.*

16 de abril: *Comienza la batalla por Berlín.*

25 de abril: *Las tropas norteamericanas y las soviéticas se*

encuentran en Torgau, a orillas del Elba.

28 de abril: Mussolini es capturado y fusilado por partisanos italianos.

29 de abril: El testamento de Hitler designa al almirante Dönitz como su sucesor en la jefatura del Estado y exhorta al pueblo alemán a continuar «la oposición sin piedad» al «judaísmo internacional».

30 de abril: Hitler se suicida en el búnker de la cancillería del Reich en Berlín.

2 de mayo: El Ejército Rojo toma Berlín.

7-9 de mayo: *Capitulación alemana en el cuartel general de los Estados Unidos en Reims y en el soviético en Berlín.*

Glosario de siglas

BAK: Bundensarchiv Koblenz.

BVP: Bayerische Volkspartei (Partido Popular Bávaro).

DBS: *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, 1934-1940, 7 vols.,* Fráncfort del Meno, 1980.

DDP: Deutsche Demokratische Partei (Partido Demócrata Alemán).

DNVP: Deutschnationale Volkspartei (Partido Popular Nacional Alemán).

DVP: Deutsche Volkspartei (Partido Popular Alemán).

Gestapo: Geheime Staatspolizei
(Policía Secreta del Estado).

IMG: *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof*, 42 vols., Núremberg, 1947-1949.

JK: Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Stuttgart, 1980.

KPD: Kommunistische Partei
Deutschland (Partido Comunista
Alemán)

MK: Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 85.^a
–94.^a eds., Múnich, 1934.

MK Watt: Adolf Hitler, *Mein Kampf*,

Londres, 1969, traducción de Ralph Manheim, con introducción de D. C. Watt.

N&P: Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945: A Documentary Reader*, 3 vols., Exeter, 1983-1988.

NSDAP: Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes).

SA: Sturmabteilung (Tropa de asalto).

SD: Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad).

SPD: Sozialdemokratische Partei

Deutschlands (Partido
Socialdemócrata de Alemania).

SS: Schutzstaffeln (Escuadra de
protección).



El historiador británico IAN KERSHAW es conocido por su trabajo sobre la historia alemana del siglo XX, centrándose en el periodo del Tercer Reich. Entre sus obras destacan *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation* (1985),

The Hitler Myth (1987), *Weimar. Why did German Democracy Fail?* (1990), *Hitler: A Profile in Power* (1991), *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940–1941* (2007), *Hitler, The Germans, and the Final Solution* (2008), *The End: Hitler's Germany 1944-45* (2011) y una colosal biografía de Hitler en dos tomos: *Hitler 1889–1936: Hubris* (1998) y *Hitler 1936–1945: Nemesis* (2000).

Kershaw es miembro de la Academia Británica y de las Asociaciones históricas tanto de Inglaterra como de Alemania. En 2002

recibió el título de caballero por su contribución al campo de la Historia.

Notas

[1] Werner Maser, *Hitlers Briefe und Notizen*, Düsseldorf, 2.^a edición, 1988, pág. 42. <<

[2] Maser, *Briefe*, pág. 59. La manifestación de Múnich se ha fechado normalmente el 1 de agosto. Véase para la fecha correcta, el 2 de agosto, A. Joachimstaler, *Korrektur einer Biographie. Adolf Hitler 1908-1920*, Múnich, 1989, pág. 100. <<

[3] Fritz Wiedemann, *Der Mann, der
Feldherr werden wollte*,
Velbert/Kettwig, 1964, pág. 26. <<

[4] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, München/Gräfelfing, 1953, pág. 46. <<

[5] Maser, *Briefe*, págs. 100-101. <<

[6] MK, pág. 179. <<

[7] Para un excelente análisis de la historiografía sobre Hitler, véase Gerhard Schreiber, *Hitler. Interpretationen 1923-1983*, Darmstadt, 1984. <<

[8] Citado en H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, 3.^a edición, Londres, 1962, pág. 46. <<

[9] Joachim C. Fest, *Hitler. Eine Biographie*, Francfort del Meno/Berlín, 1973. <<

[¹⁰] Tim Mason, «Open Questions on Nazism», en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres, 1981, pág. 205.<<

[¹¹] Norman Rich, *Hitler's War Aims*, 2 vols., Londres, 1973-1974, vol. 1, pág. 11.<<

[¹²] Karl Dietrich Bracher, «The Role of Hitler: Perspectives of Interpretation», en Walter Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth, 1979, pág. 201.<<

[13] Hans Mommsen,
«Nationalsozialismus», en C. D. Hernig
(ed.), *Sowjetsystem und demokratische
Gesellschaft. Eine vergleichende
Enzyklopädie*, 7 vols.,
Friburgo/Basilea/Viena, 1966-1972,
vol. 4, column 702.<<

[14] «... die Pflicht eines jeden, zu versuchen, im Sinne des Führers ihm entgegen zu arbeiten.»
Niedersächsisches Staatsarchiv,
Oldenburg, Best. 131 Nr 303, 1. 131v,
discurso de Werner Willikens, secretario
de Estado en el Ministerio de
Alimentación, 21 de febrero de 1934.
Traducción inglesa, N&P, ii, 207<<

[15] Max Weber, *Economy and Society*, ed. por Guenther Roth y Claus Wittich, Berkeley/Los Angeles, 1978, pág. 53.<<

[¹⁶] Véase Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1, Cambridge, 1986, capítulo 1.<<

[¹⁷] Weber, pág. 53.<<

[¹⁸] Véase Weber, págs. 241-246.<<

[¹⁹] Mason, «Open Questions», pág. 207.

<<

[20] Véase André Gorz, *Farewell to the Working Class*, Londres, 1982, págs. 58-59 y 62-63.<<

[21] Véase Norbert Elias, *Studien über die Deutschen*, Francfort del Meno, 1989, págs. 425 y 412-452.<<

[22] La frase pertenece a Hans Mommsen, «Hitlers Stellung im nationalsozialistischen Herrschaftssystem», en Gerhard Hirschfeld y Lothar Kettenacker (eds.), *Der Führerstaat: Mythos and Realität*, Stuttgart, 1981, pág. 70.<<

[23] La siguiente descripción está basada en la introducción de Percy Schramm (esp. las págs. 29-34) al libro de Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, 2.^a ed., StuttgartDegerloch, 1963, y también en las propias observaciones de Picker a la 3.^a edición de 1976, pág. 25.<<

[24] Véase Werner Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit*, 3.^a ed., München, 1976, págs. 16-38, 265.<<

[25] Véase Fest, págs. 31-32.<<

[26] Según Rudolf Binion, *Hitler among the Germans*, Nueva York, 1976. Véanse los oportunos comentarios de William Carr, *Hitler. A Study in Personality and Politics*, Londres, 1978, págs. 124-125, 148.<<

[²⁷] Maser, *Hitler*, pág. 97.<<

[²⁸] Véase Fest, *Hitler*, pág. 65.<<

[²⁹] MK, pág. 59.<<

[30] Maser, *Hitler*, pág. 251.<<

[31] MK, pág. 59.<<

[32] MK, pág. 60.<<

[33] MK, capítulo 2. <<

[³⁴] Maser, *Hitler*, pág. 166.<<

[35] MK, págs. 221-225.<<

[36] Maser, *Hitler*, pág. 149.<<

[37] MK, pág. 225.<<

[38] Cit. por Maser, *Hitler*, pág. 165.<<

[39] MK, pág. 235<<

[40] JK doc. 60.<<

[41] JK doc. 61.<<

[⁴²] MK pág. 772.<<

[⁴³] JK por ejemplo, docs. 87, 109, 138-139, pág. 215, núm. 184.<<

[⁴⁴] JK pág. 200.<<

[45] JK pág. 337.<<

[46] JK, págs. 119-120 y págs. 128, 184 para el rechazo del «antisemitismo visceral».<<

[⁴⁷] JK pág. 201.<<

[48] JK pág. 238.<<

[⁴⁹] JK págs. 176-177<<

[50] JK, does. 357, 421.<<

[51] JK, págs. 1210, 1226, 1232.<<

[52] JK, doc. 654, pág. 1242<<

[53] JK, does. 96, 106, 121.<<

[54] JK pág. 646.<<

[55] JK págs. 703-704.<<

[56] JK, doc. 452; trad, de Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion*, Leamington Spa, 1987, pág. 137.<<

[57] MK, págs. 316, 324.<<

[58] MK pág. 334.<<

[59] MK pág. 357.<<

[⁶⁰] MK, pág. 358.<<

[61] MK pág. 743.<<

[⁶²] MK pág. 362.<<

[⁶³] MK, pág. 431-434<<

[⁶⁴] JK pág. 924.<<

[⁶⁵] JK pág. 946.<<

[66] François Genoud (ed.), *The Testament of Adolf Hitler*, Londres, 1961, págs. 103-105.<<

[67] Maser, *Briefe*, págs. 374-375; trad. *Nazi Conspiracy and Aggression*, 11 vols., Washington, 1946-1947, vi, 263.

<<

[⁶⁸] MK págs. 229-232.<<

[⁶⁹] MK, pág. 232.<<

[70] MK, pág. 70.<<

[71] Cit. en Albrecht Tyrell, *Vom «Trommler» zum «Führer»*, München, 1975, pág. 170.<<

[72] Cit. Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Harmondsworth, 1972, pág. 288.<<

[73] Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl... Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP. Dokumentation und Analyse*, Düsseldorf, 1969, págs. 84-85<<

[74] Alfred Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen*, Göttingen, 1955, págs. 86, 316-317, 342.<<

[75] Frank, págs. 39-42.<<

[76] Cit. Fest, *Face*, pág. 321.<<

[77] Helmut Heiber (ed.), *Das Tagebuch von Joseph Goebbels 1925/26*, Stuttgart, 1960, págs. 34, 72, 74.<<

[78] Baldur von Schirach, *Ich glaubte an Hitler*, Hamburgo, 1967, págs. 18-22.<<

[79] Cit. en Fest, *Face*, pág. 118.<<

[80] Tyrell, «Trommler», pág. 33.<<

[81] Hitler era el séptimo miembro del comité de trabajo del partido y no, como él mismo afirmaba (MK, pág. 244) del propio partido. Su número de afiliado era el 555, ya que por motivos de imagen la numeración comenzaba a partir del 501. Véase Maser, *Hitler*, págs. 173, 553, núm. 225.<<

[82] Cit. por Dirk Stegmann, «Zwischen Repression und Manipulation. Konservative Machteliten und Arbeiter- und Angestelltenbewegung 1910-1918», en *Archiv für Sozialgeschichte*, núm. 12 (1972), pág. 413.<<

[83] Hellmuth Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre und die Münchener Gesellschaft 1919-1923», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, núm. 25 (1977), pág. 18. En este apartado se hace uso extenso de esta excelente investigación sobre los primeros años de Hitler en Múnich.<<

[84] Kurt Lüdecke, *I Knew Hitler*,
Lonüres, 1938, págs. 13-14.<<

[85] Heiber, *Tagebuch*, pág. 60.<<

[86] Cit. en Dietrich Orlow, *A History of the Nazi Party, 1918-1933*, Pittsburgh, 1969, pág. 70<<

[⁸⁷] Heiber, *Tagebuch*, págs. 71-72.<<

[88] Tyrell, *Führer befehl*, pág. 163;
trad. Jeremy Noakes y Geoffrey
Pridham, *Documents on Nazism*,
Londres, 1974, pág. 84.<<

[⁸⁹] Tyrell, *Führer befehl*, págs. 187-188.<<

[⁹⁰] N&P, i, 114.<<

[91] Peter Merkl, *Political Violence under the Swastika*, Princeton, 1975, pág. 453.<<

[⁹²] Merkl, pág. 522.<<

[93] Merkl, pág. 453.<<

[⁹⁴] MK, pág. 649.<<

[⁹⁵] MK, págs. 651-652.<<

[⁹⁶] MK, pág. 650.<<

[97] Cit. por Martin Broszat, *German National Socialism, 1919-1945*, Santa Bárbara, 1966, págs. 58-59.<<

[98] Cit. en Broszat, *German National Socialism, 1919-1945*, págs. 63-64.<<

[99] Cit. por Merkl, págs. 105-106.<<

[¹⁰⁰] Walter Kempowski, *Haben Sie Hitler gesehen? Deutsche Antworten*, Hamburgo, 1979, págs. 17-18.<<

[101] Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, 21.^a ed., München, 1937, pág. 87.<<

[¹⁰²] Cit. en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933*, Londres/Sidney, 1986, pág. 232.<<

[103] Véase Henry A. Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford, 1985, págs. 111-124.<<

[104] La solicitud se encuentra en Eberhard Czichon, *Wer verhalf Hitler zur Macht?*, 4.^a ed., Colonia, 1976, págs. 69-72.<<

[105] Theodor Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler*, Wolfenbüttel/Hannover, 1949, págs. 38-39; Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland*, Tübingen/Stuttgart, 1951, pág. 147.<<

[¹⁰⁶] Michael Mann, «The Autonomous Power of the State: its origins, mechanisms, and results», en *Archives européennes de Sociologie*, vol. 25 (1984), págs. 188-190.<<

[¹⁰⁷] DBS, 26 de junio de 1934, págs. B22-23; trad. N&P, ii, 579-580<<

[108] *Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler, Teil I: 1933/34*, Boppard, 1983, págs. 1-10.<<

[¹⁰⁹] N&P, i, 136<<

[¹¹⁰] Martin Broszat, *Der Staat Hitlers*,
Múnich, 1969, pág. 95.<<

[¹¹¹] Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas*, Stuttgart, 1950, pág. 194; véase también Hans Mommsen, «Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, vol. 12 (1964), pág. 385 y n. 143.<<

[¹¹²] *Akten der Reichskanzlei. Regierung
Hitler*, pág. 128.<<

[¹¹³] *Reichsgesetzblatt*, 1933, Pt I, pág. 83; trad. N&P, i, 142.<<

[¹¹⁴] Hans Buchheim y cols., *Anatomie des SS-Staates*, 2 vols., Olten/Freiburg im Breisgau, 1965, ii, pág. 20.<<

[115] Walther Hofer, *Der Nationalsozialismus. Dokumente 1933-1945*, Francfort del Meno, 1956 (ed. de 1982), págs. 56-57 (trad. N Broszat, *Staat*, págs. 110-111.<<

[116] Archiv der Sozialen Demokratie, Bonn, Bestand Emigration Sopade, M32, informe del secretario de fronteras de Baviera del Norte, Hans Dill, 18 de noviembre de 1935.<<

[117] Para el término «política del gamberrismo» («politics of hooliganism»), véase Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism*, New Haven/Londres, 1984, pág. 152.<<

[¹¹⁸] Véase N&P, i, 182, para las acciones de Gürtner y Blomberg.<<

[119] Para los juramentos del
funcionariado y el ejército, véase N&P,
i, 185-186.<<

[¹²⁰] N&P, i, 182.<<

[121] Para estas cifras, véanse Richard Löwenthal y Patrick von Zur Mühlen, *Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945*, Bonn, 1984, pág. 83 y Hedley Bull (ed.), *The Challenge of the Third Reich*, Oxford, 1986, pág. 93.<<

[¹²²] DBS, 12 de julio de 1939, págs.
A83-84.<<

[¹²³] *Anatomie des SS-Staates*, ii, págs.
25-26, 75.<<

[¹²⁴] N&P, i, pág. 182.<<

[¹²⁵] Frank, págs. 466-467; trad. N&P, ii, pág. 200.<<

[¹²⁶] N&P, ii, pág. 476.<<

[127] Ernst Rudolf Huber,
*Verfassungsrecht des Grossdeutschen
Reiches*, Hamburgo, 1939, pág. 230,
trad. N&P, ii, pág. 199.<<

[128] Picker, *Tischgespräche*, 2.^a ed.,
pág. 225.<<

[129] Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier*, Hamburgo, 1980, pág. 59; trad. *Hitler's Table Talk* (introd. de H. R. Trevor-Roper), Londres, 1953, pág. 30.<<

[¹³⁰] *Monologe*, pág. 350.<<

[131] *Anatomie des SS-Staates*, ii, pág. 46, trad., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968, pág. 424.<<

[132] *Anatomie des SS-Staates*, ii, pág. 39; trad., *Anatomy of the SS State*, pág. 419.<<

[133] *Anatomie des SS-Staates*, i, pág. 54; trad. *Anatomy of the SS State*, página 156.<<

[134] Lothar Gruchmann, «Rechtssystem und nationalsozialistische Justizpolitik», en Martin Broszat y Horst Moeller (eds.), *Das Dritte Reich*, Múnich, 1983, pág. 84.<<

[135] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen, 1932-1945*, Wiesbaden, 1973, págs. 1865-1877. Véase también Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1989, págs. 418-422.<<

[136] *Anatomie des SS-Staates*, i, pág. 118; trad. *Anatomy of the SS State*, págs. 203-204.<<

[137] *Anatomie des SS-Staates*, ii, pág. 51; trad. *Anatomy of the SS State*, página 427.<<

[138] Robert Gellately, «The Gestapo and German Society: Political Denunciation in the Gestapo Case Files», en *Journal of Modern History*, vol. 60 (1988), pág. 665.<<

[139] Gellately, pág. 656.<<

[¹⁴⁰] Reinhard Mann, *Protest und Kontrolle im Dritten Reich*, Francfort del Meno/Nueva York, 1987, pág. 66.<<

[141] Para este término véase Hans Mommsen, «Der Nationalsozialismus: Kumulative Radikalisierung und Selbstzerstörung des Regimes» en *Meyers Enzyklopädisches Lexikon*, vol. 16 (1976), págs. 785-790.<<

[142] La frase pertenece a Thomas Childers, *The Nazi Voter*, Chapel Hill/Londres, 1983, pág. 268.<<

[¹⁴³] Sebastian Haffner, *Anmerkungen zu Hitler*, Múnich, 1978, pág. 43.<<

[¹⁴⁴] J. S. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-45*, Londres, 1968, pág. 45.<<

[¹⁴⁵] N&P, i, 156-157, 159.<<

[146] Paul Meier-Benneckenstein,
Dokumente der deutschen Politik, vol.
1, 2^a ed., Berlín, 1937, págs. 263-264;
trad. N&P, ii, pág. 381.<<

[¹⁴⁷] Helmut Heiber, *Goebbels Reden*, vol. 1, Düsseldorf, 1971, pág. 90; trad. N&P, ii, pág. 381.<<

[¹⁴⁸] BAK, R43II/1263, ff. 93, 164.<<

[¹⁴⁹] Aryeh H. Unger, *The Totalitarian Party*, Cambridge, 1974, pág. 84; Michael H. Kater, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945*, Oxford, 1983, pág. 263.<<

[150] Mathilde Jamin, *Zwischen den Klassen. Zur Sozialstruktur der SA-Führerschaft*, Wuppertal, 1984, págs. 2-7; Conan Fisher, *Stormtroopers*, Londres, 1983, pág. 32.<<

[151] N&P, ii, pág. 421.<<

[152] Hans-Adolf Jacobsen y Werner Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933-1945*, vol. 1/C (sin paginar); trad. N&P, ii, pág. 234.<<

[153] Cit. en Unger, págs. 87, 89.<<

[¹⁵⁴] Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party, 1933-1945*, Pittsburgh, 1973, pág. 173.<<

[155] Para este aspecto, véase el valioso artículo de Martin Broszat, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, Vol. 18 (1970), págs. 392-409.<<

[156] Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, Opladen, 1986, págs. 8, 238.<<

[157] Véase la documentación en N&P iii, págs. 997 y sigs.<<

[158] Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler*, Zürich, 1940, págs. 102-103; serias dudas sobre la autenticidad del testimonio de Rauschning han sido planteadas por Wolfgang Hänel en *Hermann Rauschnings «Gespräche mit Hitler»—Eine Geschichtsfälschung*, Ingolstadt, 1984<<

[159] Picker, *Tischgespräche*, 2.~ ed.,
pág. 169.<<

[160] Véase Manfred Funke, «7 März 1936. Fallstudie zum aussenpolitischen Führungsstil Hitlers», en Wolfgang Michalka (ed.) *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, Darmstadt, 1978, págs. 278-279.<<

[¹⁶¹] Archiv der sozialen Demokratie,
Bonn, Emigration Sopade, M33, Hans
Dill a Otto Wels, 7 de marzo de 1936.<<

[¹⁶²] Véase Albert Speer, *Erinnerungen*, Francfort del Meno/ Berlín, 1969, págs. 173, 229.<<

[163] Helmut Heiber (ed.), *Hitlers Lagebesprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen 1942-1945*, Stuttgart, 1962, pág. 718.<<

[164] N&P, iii, pág. 681.<<

[¹⁶⁵] Broszat, *Staat*, pág. 327.<<

[¹⁶⁶] Véase Broszat, *Staat*, pág. 351.<<

[167] Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, 4 vols., München, 1987, ii, 410.<<

[168] Lothar Gruchmann, «Die
“Reichsregierung” im Führerstaat», en
Günther Doeker y Winfried Steffani
(eds.), *Klassenjustiz und Pluralismus*,
Hamburg, 1973, pág. 192.<<

[169] Fritz Wiedemann, *Der Mann, der
Feldherr werden wollte*,
Velbert/Kettwig, 1964, pág. 69; trad. N
P, ii, 208.<<

[170] La expresión es de Gerhard Weinberg, «The Foreign Policy of Hitler's Germany», *Diplomatic Revolution in Europe 1933-36*, Chicago/Londres, 1970.<<

[171] *Akten der Reichskanzlei.*
Regierung Hitler, págs. 664-665.<<

[172] Véase David Bankier, «Hitler and the Policy-Making in the Jewish Question», *Holocaust and Genocide Studies*, 3 (1988), págs. 1-20.<<

[173] Robert Koehl, «Feudal Aspects of National Socialism», *American Political Science Review*, 54 (1960), págs. 921-933.<<

[¹⁷⁴] Broszat, *Staat*, pág. 353<<

[175] Domarus, págs. 273 y sigs. <<

[176] *Documents on British Foreign Policy*, vol. 6, Londres, 1957, pág. 85.

<<

[177] Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-1945*, Bonn, 1953, pág. 307.<<

[178] Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen*, Leoni, 1953, pág. 64.<<

[179] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ii, 504.<<

[180] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ii, 577.<<

[181] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ii, 582.<<

[182] Trad, del texto en N&P, ii, 281-287.

<<

[183] N&P, ii, 288.<<

[184] Trad, del texto en N&P, iii, 680-687.<<

[185] N&P, iii, 691-692.<<

[186] Véase N&P, iii, 688<<

[187] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, iii, 419.<<

[188] Véase *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, iii, 414-425; e Hildegard von Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler, 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, Stuttgart, 1974, pág. 20.<<

[189] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, iii, 416.<<

[190] Klaus-Jürgen Müller, *Armee, Politik und Gesellschaft in Deutschland 1933-1945*, Paderborn, 1979, pág. 44.<<

[191] Harold C. Deutsch, *Das Komplott oder die Entmachtung der Generale*, Eichsstät, 1974, pág. 231.<<

[192] Broszat, *Staat*, págs. 380-381. <<

[193] El título del estudio magistral de Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, Londres, 1942 (hay traducción española: *Behemoth. Pensamiento y acción en el Nacional-Socialismo*, México, 1943).<<

[194] Dieter Riebentisch, *Führerstaat und Verwaltung in Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1989, págs. 41-42.<<

[195]

Gruchmann,

«Die

“Reichsregierung”», pág. 202.<<

[196] Véase Rebentisch, pág. 374 y n. 11.

<<

[197] Gruchmann, «Die
“Reichsregierung”», págs. 196-197.<<

[198] Rebentisch, pág. 401.<<

[199] Gruchmann, «Die
“Reichsregierung”», págs. 211, 223, n.
115.<<

[²⁰⁰] Rebentisch, págs. 399-400.<<

[201] Véase Broszat, *Staat*, págs. 384-385.<<

[202] Rebentisch, págs. 362-363.<<

[203] Documentación acerca de la
«acción de la eutanasia» en N&P, iii,
997 y sigs.<<

[²⁰⁴] N&P, iii, 1021.<<

[205] IMG, xxvi, 255-257; trad. N&P, ii, 930.<<

[206] Rebentisch, pág. 381 <<

[207] Véase Wolfgang Benz, «Partei und Staat im Dritten Reich», en Martin Broszat y Horst Möller (eds.), *Das Dritte Reich*, Múnich, 1983, pág. 78<<

[208] Neumann, pág. 384.<<

[209] La obra clave sobre Ribbentrop es la de Wolfgang Michalka, *Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik 1933-1940*, Múnich, 1980.<<

[210] Los párrafos siguientes se basan ante todo en Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich*, Múnich, 1986, esp. págs. 299 y sigs.<<

[211] Leonidas E. Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Berlin, 1974, pág. 162.<<

[212] Véase K.-J. Müller, «Nationalkonservative Eliten zwischen Kooperation und Widerstand», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Múnich, 1985, págs. 28-31.<<

[213] IMG, xxvi, 340; trad. N&P, iii, 740.

<<

[²¹⁴] IMG, xxvi, 343; trad. N&P, iii, 742.

<<

[215] *Monologue*, pág. 108.<<

[216] Texto del discurso en Domarus,
págs. 970-973.<<

[²¹⁷] Domarus, pág. 1058; trad. N&P, iii, 1049.<<

[218] N&P, iii, 743.<<

[²¹⁹] IMG, xxvi, 379; trad. N&P, iii, 928.

<<

[²²⁰] *Heeresadjutant bei Hitler*, pág. 68;
trad. N&P, iii, 941.<<

[221] Cit. por Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges*, Stuttgart, 1981, págs. 626-627. Véase también Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945*, Francfort del Meno, 1965, pág. 200; trad. N&P, iii, 665.<<

[222] Franz Halder, *Kriegstagebuch*, 3 vols., Stuttgart, 1962-1964, ii, 49-50.<<

[²²³] N&P, iii, 815.<<

[²²⁴] N&P, iii, 817.<<

[225] Halder, *Kriegstagebuch*, ii, 336-337; trad. N&P, iii, 1086-1087.<<

[²²⁶] *Anatomie des SS-Staates*, ii, 211,
225-226.<<

[227] *Anatomie des SS-Staates*, ii, 198-205.<<

[228] *Anatomie des SS-Staates*, ii, 364-365; trad. *Anatomy of the SS State*, pág. 68.<<

[229] Véase Christopher Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, Nueva York, 1978, pág. 8.<<

[230] Philippe Burrin, *Hitler et les Juifs. Genèse d'un Génocide*, Paris, 1989, págs. 117-118<<

[231] Véase Omer Bartov, *The Eastern Front 1941-1945. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres, 1985.<<

[232] *Anatomie des SS-Staates*, ii, 372-373, trad. *Anatomy of the SS State*, pág. 68.<<

[233] Burrin, págs. 138-139.<<

[²³⁴] BAK, R58/954, 189-191; trad.
N&P, iii, 1103.<<

[235] Louis D. Lochner (ed.), *Goebbels Tagebücher aus den Jahren 1942-43*, Zürich, 1948, pág. 143.<<

[236] Las pruebas, en Gerald Fleming, *Hitler und die Endlösung*. «Es ist des Führers Wunsch», Wiesbaden/München, 1982.<<

[237] Burrin, págs. 118, 151.<<

[238] Burrin, pág. 136.<<

[239] Burrin, cap. 6, esp. págs. 164 y sigs.
Véase también Arno Mayer, *Why did the
Heavens not Darken? The Final
Solution in History*, Nueva York, 1989.

<<

[²⁴⁰] Fest, *Hitler*, pág. 892.<<

[241] Para esta parte, véase Eberhard Jäckel, *Hitler in History*, Hannover/Londres, 1984, cap. 4.<<

[²⁴²] Véase N&P, iii, 840.<<

[243] Albert Speer, *Erinnerungen*,
Francfort del Meno/Berlín, 1969, página
315.<<

[244] David Irving, *Die geheimen Tagebücher des Dr. Morell, Labarzt Adolf Hitlers*, München, 1983, págs. 69, 293-303.<<

[²⁴⁵] *Goebbels Tagebücher*, pág. 241.<<

[246] Para lo que sigue, véase *Tagebücher des Dr. Morell*, págs. 193-202. <<

[²⁴⁷] *Tagebücher des Dr. Morell*, págs.
201-202.<<

[248] Percy Ernst Schramm (ed.), *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, 4 vols., Francfort del Meno, 1961-1965, iv, pt. 2, págs. 1701-1702.<<

[²⁴⁹] *Lagebesprechungen*, pág. 32.<<

[250] La expresión es de Helmut Heiber, en *Lagebesprechungen*, pág. 32.<<

[251] *Goebbels Tagebücher*, pág. 240.<<

[252] Speer, pág. 271.<<

[253] *Goebbels Tagebücher*, pág. 240.<<

[254] Los siguientes párrafos se basan en
Rebentisch, págs. 490-492.<<

[255] Jochen von Lang, *Der Sekretär*, Stuttgart, 1977, pág. 304.<<

[256] Rebentisch, págs. 516-517.<<

[257] Rebentisch, págs. 520-521.<<

[258] Véase Speer, pág. 272.<<

[259] Véase Speer, págs. 221-222, 306, 360.<<

[²⁶⁰] Speer, págs. 210-217.<<

[²⁶¹] De acuerdo con Speer, pág. 228.<<

[262] Willi A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942-1945*, Francfort del Meno, 1969, pág. 27.<<

[²⁶³] *Deutschlands Rüstung*, págs. 32 y
sigs., 37.<<

[²⁶⁴] Rebentisch, pág. 403.<<

[²⁶⁵] Speer, págs. 550-551.<<

[²⁶⁶] Speer, pág. 249.<<

[²⁶⁷] *Deutschlands Rüstung*, págs. 37-39. Véase Speer, pág. 248.<<

[268] Véase *Deutschlands Rüstung*, págs. 416-418, para la información completamente equivocada sobre el estado de la fabricación de cazas que se proporcionó a Hitler el 12 de octubre de 1944. O Speer engañaba a Hitler de manera deliberada, o —lo cual parece más probable— ignoraba él mismo las cifras de producción.<<

[²⁶⁹] Speer, págs. 246-248.<<

[270] Wolfgang Schumann y cols, (eds.), *Deutschlands im Zweiten Weltkrieg*, 6 vols., Berlín Oriental, 1974-1985, v, 477-478.<<

[271] Véase Speer, págs. 372-374.<<

[272] David Irving, *Führer und Reichskanzler. Adolf Hitler 1933-45*, München/Berlin, 1989, pág. 80.<<

[273] William Carr, *Hitler. A Study in Personality and Politics*, Londres, 1978, pág. 80.<<

[274] Speer, pág. 451.<<

[275] Véase Speer, págs. 374-378.<<

[276] Speer, pág. 572, n. 9.<<

[²⁷⁷] *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*,
v, 486-495.<<

[278] Speer, pág. 375.<<

[279] *Goebbels Tagebücher*, pág. 255.<<

[280] Speer, pág. 305.<<

[281] Véase *Lagebesprechungen*, pág. 31.

<<

[282] Speer, pág. 306.<<

[283] *Goebbels Tagebücher*, pág. 264.<<

[284] Peter Longerich (ed.), *Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945*, München, 1989, páginas 321-322.<<

[285] Irving, pág. 571.<<

[286] Raul Hilberg, *Die Vernichtung der europäischen Juden*, Berlin, 1982, págs. 392, 463.<<

[287] Hans-Heinrich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26 Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 20 (1976), pág. 156, y véase además pág. 168, n. 77.<<

[288] Irving, pág. 631.<<

[289] Speer, pág. 446.<<

[290] Speer, pág. 495.<<

[291] Véase lo señalado en la nota 45 y Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Francfort del Meno, 1974, pág. 203.<<

[292] Hans Mommsen, «Gesellschaftsbild und Verfassungspläne des deutschen Widerstandes», en Walter Schmitthenner y Hans Buchheim (eds.), *Der deutsche Widerstand gegen Hitler*, Colonia/Berlin, 1966, págs. 75-76.<<

[293] *Heeresadjutant bei Hitler*, págs.
85-86.<<

[294] BAK, R43II/1087a; sobre Sperrle, Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937-45*, Mainz, 1980. Véase también *Lagebesprechungen*, pág. 618 y n. 4. <<

[295] *Monologue*, pág. 406.<<

[296] Irving, págs. 603-604.<<

[297] Para lo que sigue, véase H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, 3.^a edición, Londres, 1962, págs. 144-157, 182-191, 227-233; y Speer, páginas 485-490.<<

[298] Speer, págs. 405-407.<<

[299] Speer, págs. 415-417.<<

[300] Speer, págs. 428-429.<<

[301] Speer, págs. 409-413, 434, 442-446, 448, 450, 452-462; véase también Trevor-Roper, págs. 92-93.<<

[302] Speer, págs. 457-461.<<

[303] Trevor-Roper, pág. 135.<<

[304] Speer, pág. 259.<<

[305] *Lagebesprechungen*, págs. 125-30.

<<

[306] Véase Speer, págs. 311-312, 560, n. 6, y, para su insensibilidad hacia el pueblo alemán en las últimas semanas de la guerra, págs. 444-446.<<

[307] Speer, pág. 446.<<

[308] Véase Jochen Thies, *Architekt der Weltherrschaft. Die «Endziele» Hitlers*, Düsseldorf, 1979.<<

[309] Véase Rainer Zitelmann, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Stuttgart, 1987.<<

[310] Véase Maria-Louise Recker, *Nationalsozialistische Sozialpolitik im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1985.<<

[311] François Genoud (ed.), *The Testament of Adolf Hitler*, Londres, 1961, págs. 58-59.<<

[312] Carr, pág. 95.<<

[313] Speer, págs. 242-243. Además, véase ahora también Mark Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power, 1939-1949*, Cambridge, 1990, págs. 155 y sigs.<<

[314] Véase Martin Broszat, «Soziale Motivation und FührerBindung des Nationalsozialismus», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 18 (1970), págs. 392-409.<<

[315] Véase Carr, págs. 109-111.<<

[316] Se indica también, cuando ha sido posible encontrarla, la referencia a la edición en español. (*N. del T.*)<<

[317] Ha aparecido ya una edición ampliada en inglés, N. Frei, *Nacional Socialist Rule in Germany: The Führer State 1933-1945*, Oxford/Cambridge, Mass., 1993. (N. del T.)<<

Notas del Prólogo

[1] Konrad Heiden, *Adolf Hitler, Eine Biographie*, Zurich, Europa Verlag, 1936-37, 2 vols. y Hermann Rauschning, *Hitler m'a dit*, Zurich, Europa Verlag, 1940. <<

[2] Allan Bullock, *Hitler. A Study in Tyranny*, Londres, Odhams, 1952 (ed. revisada, Harmondsworth, Penguin, 1962; eds. castellanas en Barcelona, Grijalbo, 1954 y Bruguera, 1969). <<

[3] Joachim Fest, *Hitler*,
Berlín/Frankfurt, Ullstein Verlag, 1973.

<<

[4] Ian Kershaw, *Hitler*, vol. I: 1889-1936. Hubris; vol. II: 1936-1945. *Nemesis*, Londres, Penguin, 1998-1999. Citamos la ed. castellana, Barcelona, Península, 1999-2000, vol. I, págs. 25-26. <<